

Joe y Violet llegaron a la gran ciudad desde su natal Virginia huyendo de la intolerancia y creyendo que también ellos serán partícipes de la ilusión colectiva de bienestar que les permitirá trabajar en libertad al margen del color de su piel. La vida parece soportable ahora, pero Joe, incapaz de resistir la hermosura de una adolescente y para que el sentimiento con su joven amante no acabara nunca, se convirtió en asesino.

A partir de este momento, el hombre deber aprender a vivir con su culpa y con el dolor ajeno, y Violet, la esposa que acuchilló el rostro sin vida de su enemiga, seguir acunando en sueños al hijo que nunca tuvo, llorar con su hombre esa pasión que fue y ensayar su pena por las calles y avenidas de Nueva York, cuya música peculiar marca la vida de miles de inmigrantes.

**Toni Morrison**

**Jazz**

Título original: *Jazz*

Toni Morrison, 1992

Traducción: Jordi Gubern

Portada: Óscar Astromujoff

*Para R W*

*y*

*George*

Yo soy el nombre del sonido

y el sonido del nombre.

Y soy el signo de la letra

y la señal de la división.

*Thunder, Perfect Mind*

THE NAG HAMMADI

Ssst... yo conozco a esa mujer. Vivía rodeada de pájaros en la avenida Lenox. También conozco a su marido. Se encaprichó de una chiquilla de dieciocho años y le dio uno de esos arrebatos que te calan hasta lo más hondo y que a él le metió dentro tanta pena y tanta felicidad que mató a la muchacha de un tiro sólo para que aquel sentimiento no acabara nunca. Cuando la mujer, que se llama Violet, fue al entierro para ver a la chica y acuchillarle la cara sin vida, la derribaron al suelo y la expulsaron de la iglesia. Entonces echó a correr, en medio de toda aquella nieve, y en cuanto estuvo de vuelta en su apartamento sacó a los pájaros de las jaulas y les abrió las ventanas para que emprendiesen el vuelo o para que se helaran, incluido el loro, que decía: «Te quiero.»

El viento barría de tal manera la nieve por donde Violet había corrido que en la acera no quedó la menor huella de sus pisadas, así que por algún tiempo nadie supo exactamente en qué punto de la avenida Lenox residía. Pero, igual que yo, sí sabían quién era, quién tenía que ser, porque sabían que su marido, Joe Trace, era quien había matado a la chica. Nadie, en ningún momento, le acusó públicamente, porque en realidad nadie le había visto hacerlo, y la tía de la chica muerta no quiso malgastar dinero con abogados incompetentes o policías burlones, a sabiendas de que el despilfarro no mejoraría nada. Además, se enteró de que el hombre que había matado a su sobrina lloraba todo el día, y para él y Violet eso era tan malo como la cárcel.

Pese a la aflicción que Violet provocó, su nombre fue mencionado en la reunión correspondiente al mes de enero del Club de Mujeres de Salem como el de alguien necesitado de asistencia, aunque se desestimó por votación, considerando que únicamente la plegaria —no el dinero— podía ya ayudarla, pues tenía un marido más o menos capacitado (cuya necesidad principal era dejar de compadecerse a si mismo) y porque otro hombre y su familia, en la calle Ciento treinta y cuatro, lo habían perdido todo en un incendio. El club se movilizó para acudir en socorro de las víctimas del fuego y dejó que Violet aclarase por sí misma cuál era su problema y de qué modo debía solucionarlo.

Es atrozmente flaca, la Violet esa, tenía cincuenta años, pero se conservaba

guapa todavía, al menos el día en que interrumpió la ceremonia del entierro. Cualquiera habría pensado que el hecho de que la echaran de la iglesia sería el fin de todo —por aquello de la vergüenza y esas cosas—, y sin embargo, no lo fue. Violet es lo bastante obstinada y lo bastante atractiva para creer que incluso sin caderas y sin juventud podría castigar a Joe echándose un amante y consintiendo que la visitara en su propia casa. Consideró que eso secaría sus lágrimas y de paso le proporcionaría a ella alguna satisfacción. La idea pudo haber resultado bien, supongo yo, salvo que los hijos de los suicidas son difíciles de contentar y enseguida creen que nadie los quiere porque no están realmente donde tienen que estar.

Sea como fuere, Joe no prestó a Violet ni a su amigo la menor atención. Si ella despachó a su amante o si éste la abandonó, eso no lo sé. Puede que él llegara a la conclusión de que las virtudes de Violet eran poca cosa comparadas con la simpatía que le inspiraba el hombre que estaba en la habitación contigua con el corazón destrozado. Pero sí sé que aquel apaño no duró ni dos semanas. El siguiente plan de Violet para restablecer el amor que la había unido a su marido se volvió contra ella antes de consolidarse. No consiguió otra cosa que lavarle los pañuelos a Joe y ponerle la comida en la mesa. Un silencio envenenado flotaba por las habitaciones como una gran red que únicamente Violet rasgaba vociferando recriminaciones. La indiferencia de Joe durante el día y las preocupaciones de ambos durante la noche debieron de agotar la resistencia de ella. Así pues, decidió querer —o, digamos, investigar— a la criatura de dieciocho años cuya carita como de crema había tratado de abrir a cuchilladas, aunque sólo hubiera salido paja de su interior.

Violet, al principio, no sabía nada de la chica, excepto su nombre, su edad y el hecho de que estuviera muy bien considerada en el salón de belleza legalmente autorizado. De modo que comenzó a reunir el resto de la información. Quizá pensó que por aquella vía podría resolver el misterio del amor. Buena suerte y... ya me contarás.

Interrogó a todo el mundo, empezando por Malvonne, una vecina de más arriba, la que en primer lugar le había contado la cochinada de Joe y cuyo apartamento él y la chica utilizaban como nido de amor. A través de Malvonne se enteró de las señas de la muchacha y supo a qué familia pertenecía. Por las empleadas del salón de belleza legalmente autorizado averiguó qué tipo de lápiz de labios usaba; qué producto empleaban para alisarle el pelo (aunque yo sospecho que aquella niña poco necesitaba alisárselo); cuál era su grupo musical preferido (los Ebony Keys de Slim Bates, bastante buenos excepto la vocalista, que debe de ser la mujer del líder; de lo contrario, cómo iba Slim Bates a consentir que degradara de

aquel modo al grupo). Y cuando le enseñaron cómo hacerlo, Violet repitió los pasos de baile que la chica muerta solía hacer. Todo. Cuando se supo los pasos al dedillo —incluido el movimiento de rodillas—, todo el mundo, empezando por su ex amante, sintió asco de ella, cosa que comprendo muy bien. Era como ver a una vieja paloma callejera picoteando las migajas de un bocata de sardina desdeñadas por los gatos. Pero Violet era por encima de todo persistente, y ningún comentario burlón, ninguna mirada aviesa iban a detenerla. Sometió a un duro acoso a la escuela pública a la que había asistido la muchacha para hablar con los profesores que la habían conocido, y lo mismo hizo en dos escuelas superiores, porque la chica había tenido que pasar a Wadleigh en undécimo grado, al no encontrar en su distrito ninguna otra escuela que admitiera a alumnos de color. Y durante mucho tiempo incordió a su tía, una decorosa dama que de vez en cuando hacía trabajos delicados para las casas de confección, hasta que la resistencia de la señora cedió y comenzó a esperar con interés las visitas de Violet para despotricar de la juventud y sus malas costumbres. La tía mostró a Violet todas las pertenencias de la chica muerta, y quedó claro (como ya lo estaba para mí) que su sobrina había sido al mismo tiempo obstinada y marrullera.

Concretamente, una de las cosas que la tía le mostró, y que después le permitió conservar por unas semanas, fue un retrato de la muchacha. Ésta, en la foto, no sonreía, pero por lo menos se la veía viva y muy enérgica. Violet tuvo la sangre fría de colocarla sobre la repisa de la chimenea en su propia sala de estar, donde ambos, ella y Joe, la contemplaban luego fascinados.

El futuro de aquel hogar prometía ser francamente sombrío, desaparecidos los pájaros y con la pareja secándose las lágrimas todo el día, pero al llegar la primavera a la Ciudad, Violet descubrió a una muchacha que llevaba cuatro ondas de permanente a cada lado de la cabeza y entraba en el edificio con un disco de Okeh bajo el brazo y entre las manos un paquete de la carnicería. Violet la invitó a pasar a su apartamento para echar una mirada al disco, y así fue como se inició aquel escandaloso juego a tres de la avenida Lenox. Lo que en esta ocasión resultó diferente fueron los papeles de víctima y verdugo.

Estoy loca por esta Ciudad.

La luz del día entra al sesgo como una navaja, cortando los edificios por la mitad. En la mitad superior veo rostros que miran, y no es fácil decir cuáles son personas y cuáles obras de mampostería. Abajo está la sombra en la que se cobija todo el hastío: clarinetes y coitos, puñetazos y voces de mujeres acongojadas. Una ciudad como ésta me hace soñar sin freno y sentir dentro de mí el eco de todas las



cosas. Pues sí. El motivo es el acero bruñido en contraste con la sombra de más abajo. Cuando tiendo la mirada sobre las franjas de hierba verde que bordean el río, las torres de las iglesias y los vestíbulos crema y cobre de los edificios de apartamentos, me siento fuerte. Sola, si, pero superior e indestructible; como la Ciudad en 1926, cuando todas las guerras habían terminado y jamás volvería a haber ninguna. La gente que está allá abajo, en la sombra, se congratula de ello. Por fin, por fin lo tenemos todo ante nosotros. Eso es lo que dicen los enterados, y cuantos los escuchan o leen lo que escriben están de acuerdo: ahora viene lo nuevo. Alerta. Mirad. Por allá se alejan las cosas tristes; las cosas malas; las cosas que «nadie podría remediar». La forma de ser de todos, allí y entonces. Olvidadlo. Es historia pasada, eh, vosotros; al fin está el futuro ahí delante. En salones y oficinas la gente se reúne a debatir grandes ideas sobre proyectos y puentes y trenes que se deslizan veloces bajo la tierra. La A & P contrata a un empleado negro. Mujeres de piernas fuertes y rosadas lenguas de gatita guardan en rollos los billetes verdes, para más adelante; luego ríen y se abrazan unas a otras. Personas decentes atrapan ladrones en los callejones para obtener una rápida revancha, y si son estúpidas y cometen errores también los ladrones las atrapan a ellas. Los rufianes reparten golosinas, hacen cuanto pueden para despertar interés, y dado que son observados como si se tratara de un espectáculo, prestan mayor atención a sus ropas y a la agresividad de sus insultos. Nadie quiere ingresar de urgencias en el hospital de Harlem, pero si está de guardia el médico negro, puede más el orgullo que el dolor. Y a pesar de haberse dictaminado que el cabello de las primeras enfermeras de color era inadecuado para la cofia reglamentaria usada en Bellevue, ahora las enfermeras de color son ya treinta y cinco, todas ellas de una entrega ejemplar y excelentes en su profesión.

Nadie dice que las cosas sean muy bonitas; nadie dice tampoco que sean fáciles. Pero sí son contundentes, y si prestas atención a los planos de calles, que están todos bien expuestos, la Ciudad no puede causarte daño alguno.

Yo no valgo nada en lo que a músculos se refiere, así que, bien mirado, no se puede esperar que sea capaz de defenderme sola. Pero sé bien cómo tomar precauciones. Lo principal es asegurarme de que nadie sabe de mí todo lo que hay que saber; en segundo lugar, lo vigilo todo y a todos y procuro adivinar sus planes, sus razonamientos, mucho antes de que se produzcan. Hay que entender lo que representa enfrentarse a una gran ciudad: una está expuesta a toda clase de crímenes y formas de ignorancia. Aun así, es la única vida que tengo. Me gusta la manera en que la Ciudad hace creer a las personas que pueden hacer lo que les dé la gana con absoluta impunidad. Yo lo veo por todas partes: blancos ricos, e incluso blancos del montón, apiñados en mansiones decoradas y redecoradas por mujeres

negras más ricas que ellos, muy complacido cada bando por el espectáculo que ofrece el otro. He visto los ojos de los judíos negros, rebosantes de compasión por todo aquel que no es uno de los suyos, acariciar con la mirada los puestos de comestibles y los tobillos de las mujeres de moral dudosa, mientras la brisa agita las blancas plumas que los hombres de la UNIA lucen en sus cascos. Un negro baja flotando del cielo mientras toca el saxofón, y por debajo de él, en el espacio que separa dos edificios, una muchacha habla enérgicamente con un hombre que lleva sombrero de paja. Él le roza un labio con el dedo meñique para quitarle una brizna de algo. Súbitamente, ella guarda silencio. Él le levanta el mentón. Allí están, parados los dos. El brazo con que ella sostiene su bolso se relaja y su cuello dibuja una bonita curva. El hombre apoya una mano en la pared de piedra, por encima de la cabeza de la muchacha. Por la manera en que se mueve su mandíbula y se inclina su cabeza sé que tiene un pico de oro. El sol se cuele en el callejón que hay detrás de ellos; ofrece en su descenso una bella estampa.

Haz pues lo que te venga en gana en la Ciudad; está ahí para servirte de fondo y de marco, hagas lo que hagas. Y en sus bloques de viviendas, en sus solares vacíos y en sus calles secundarias ocurrirá todo aquello que los fuertes son capaces de imaginar y que admirarán los débiles. Lo único que a ti te incumbe es adecuarte al modelo, al proyecto; tal como se ha diseñado pan ti, siempre juiciosa, consciente de a dónde quieres ir y de lo que puedas necesitar mañana.

Yo viví mucho tiempo, quizá demasiado, encerrada en mi propia mente. La gente dice que debería salir más. Alternar, mezclarme. Reconozco que en determinados lugares me cierro sobre mi misma, pero si te dejan plantada, como me ha ocurrido a mí, mientras tu pareja se entretiene con otra cita, o promete dedicarte atención exclusiva después de cenar y se queda dormido justo cuando tú acabas de empezar a hablar, bien, eso puede hacer de ti una mujer muy arisca, cosa que no me gusta nada, si no tienes cuidado.

La hospitalidad es oro en esta ciudad: has de ser hábil para adivinar cómo debes comportarte para ser acogedora y al mismo tiempo permanecer a la defensiva. Cuándo amar algo y cuándo abandonarlo. Si no sabes cómo hacerlo, puedes terminar perdiendo el control o acabar controlada por algo extraño a ti, como aquel penoso caso del pasado invierno. Se rumoreaba que por debajo de tanta diversión y tanto dinero fácil, algo maligno recorría las calles y nada era seguro, ni siquiera la muerte. Prueba de ello sería el ataque directo de Violet a la mismísima protagonista de un funeral. Apenas tres días después de que se iniciase el año 1926. Una multitud de personas precavidas estudió los signos (el tiempo, el número, sus propios sueños) y creyó que era el comienzo de todo género de catástrofes. Que el

escándalo era una mensaje enviado para poner sobre aviso a los buenos y convencer a los incrédulos. No sé quién era más ambicioso, si aquellos agoreros o Violet; pero es difícil competir con los supersticiosos cuando están en juego grandes expectativas.

Habían transcurrido siete años desde el armisticio el invierno en que Violet interrumpió la ceremonia del entierro, y los ex combatientes todavía vestían en la Séptima avenida los capotes que un día les suministró el ejército, puesto que nada que estuviera al alcance de sus bolsillos es tan recio o esconde tan bien aquello de lo que en 1919 se hablan vanagloriado. Ocho años después, la víspera del reprobable comportamiento de Violet, la nieve cae en la avenida Lexington y en la avenida del Parque y permanece allí donde ha caído, a la espera de que los carromatos tirados por caballos la apisonen cuando repartan carbón para las calderas que empiezan ya a enfriarse en los sótanos. Arriba, en aquellos grandes edificios de apartamentos de cinco pisos de altura y en las angostas casas de madera intercaladas entre sus moles, los vecinos llaman unos a la puerta de otros para saber si se necesita o sobra algo. ¿Una pastilla de jabón? ¿Un poco de petróleo? ¿Algo de pollo o de tocino par darle sustancia a la sopa una vez más? ¿Qué marido está dispuesto a salir para ver si encuentra una tienda abierta? ¿Hay tiempo de añadir aguarrás a la lista que ya han hecho y le han entregado las esposas?

Duele respirar con un tiempo tan frío, pero cualesquiera que sean los problemas de estar apresado en la ciudad en invierno, todos los soportan porque no tiene precio estar en la avenida Lenox a salvo de trasgos y de las cosas que trasgos y duendes maquinan; estar allí donde las aceras, cubiertas o no de nieve, son más anchas que las calles principales de los pueblos donde nacieron y las personas corrientes y molientes pueden esperar en la parada, subir al tranvía, pagarle los cinco centavos al hombre y viajar hasta el lugar que más les guste, aunque a nadie le apetezca demasiado ir a otros lugares porque todo cuanto se pueda desear está precisamente ahí: la iglesia, la tienda, la tertulia, las mujeres, los hombres, el buzón de correos (aunque no haya escuela superior), el almacén de muebles, los vendedores callejeros de periódicos, los bares y licorerías clandestinos (aunque no haya tampoco bancos), los salones de belleza, las barberías, los prostíbulos, los carros repartidores de hielo, los traperos, las oficinas de apuestas, los mercados de comestibles al aire libre, los vendedores de lotería y todos los clubes, organizaciones, grupos, órdenes, sindicatos, sociedades, hermandades masculinas, hermandades femeninas y asociaciones imaginables. Las rutas más concurridas, por supuesto, muestran muy desgastado el pavimento, y algunas vías sufren las incursiones de unos grupos en los territorios de otros, donde se supone que se oculta algo emocionante, o por lo menos curioso. Algo fulgurante, extraordinario, pavoroso.

Donde puedes arrancar el tapón de corcho y apoyar directamente en la tuya la fría boca de vidrio. Donde puedes tropezar con el peligro, o ser tú mismo el peligro; donde puedes pelear hasta derrumbarte y sonreír al cuchillo tanto cuando falla el golpe como cuando no lo hace. Sólo verlo ya es una maravilla. Como es una maravilla saber que en el edificio donde vives las esposas han escrito listas de cosas para el marido que salga de expedición al mercado, y que las sábanas que es imposible sacar fuera debido a la nevada cuelgan en las cocinas como los telones de las representaciones teatrales en las escuelas dominicales de Abisinia.

Los jóvenes no son aquí tan jóvenes, y no existe nada parecido a la mediana edad. Sesenta años, cuarenta incluso, es lo máximo que la mayoría cree que va a tener que aguantar. Si alguien alcanza esas edades, o si envejece mucho, se sienta a ver lo que pasa por allí como si estuviera en la sesión triple de los domingos, cinco centavos la entrada. De lo contrario, aquellos viejos se encuentran involucrados en los asuntos de unas personas cuyos nombres no consiguen siquiera recordar y cuyos problemas no les conciernen para nada. Y sólo para oírse a sí mismos hablar y gozar con la visión de las caras acongojadas de quienes escuchan. Yo he conocido unas pocas excepciones. Algunas personas ancianas que no abofetean a los niños sólo porque se los puede abofetear; que ahorran tales energías para el caso de que las necesiten con una finalidad importante. Un último cortejo lleno de sonrisas y regalitos. O la consagración al cuidado de un viejo amigo o amiga que no saldría de apuros sin su ayuda. En ocasiones se esfuerzan en asegurarse de que la persona con quien han compartido sus largas vidas tiene una compañía alegre y todo lo necesario para pasar la noche.

Pero allá en Lenox, en el apartamento de Violet y Joe Trace, las habitaciones son como jaulas sin pájaros cubiertas de trapos. Y el rostro de una chica muerta se ha convertido en algo necesario para sus noches. Ambos se turnan en apartar mantas y sábanas, levantarse del hundido colchón y caminar de puntillas por el frío linóleo hasta la sala de estar, para allí fijar la mirada en lo que parece ser la única presencia viva en la casa: la fotografía de una chica descarada que no sonríe, devolviéndoles la mirada desde la repisa de la chimenea. Si quien acude de puntillas es Joe Trace, arrancado por la melancolía del costado de su esposa, el rostro le mira sin esperanza ni rencor, y es la falta de acusación lo que le despierta de su sueño ávido de disfrutar de la compañía de aquella chica. Ningún dedo le señala. Sus labios no dibujan una mueca de desdén. Tiene un rostro tranquilo, generoso y dulce. Pero si quien camina de puntillas es Violet, entonces la fotografía no es en absoluto la misma. El rostro de la chica parece codicioso, arrogante, perezoso en extremo. El rostro como de crema batida de una persona que nunca se esforzará por nada; de alguien que hurta cosas que otra persona ha dejado sobre la

cómoda o el tocador y no se turba cuando la sorprenden. Es el rostro de una criatura sigilosa que se escurre hacia tu fregadero para enjuagar el tenedor que has colocado junto a su plato. Un rostro vuelto hacia dentro: todo lo que ve es su propio interés. Tú estás ahí, dice, porque yo te estoy mirando.

Dos o tres veces cada noche, en el curso de sus turnos dedicados a contemplar aquella fotografía, uno de los dos pronunciará su nombre. ¿Dorcas? Dorcas. Las oscuras habitaciones se oscurecen más aún: en la sala de estar hay que encender un fósforo para ver aquel rostro. Más allá están el comedor, dos dormitorios, la cocina, todo interior, de modo que a las ventanas del apartamento no llega ni la luz de la luna ni la de ninguna farola de la calle. El cuarto de baño dispone de la mejor iluminación de la casa porque sobresale a continuación de la cocina y le toca el sol de la tarde. Violet y Joe han distribuido su mobiliario de un modo que quizá no recordará a nadie las habitaciones que se ven en *Modern Homemaker*, pero que se adapta a los hábitos del cuerpo, es decir, a la forma en que una persona anda de un cuarto a otro sin chocar contra nada y a lo que querrá hacer cuando se siente. ¿Te has fijado en que algunas personas colocan una butaca o una mesa en un rincón en el que lucen mucho, pero donde a nadie en el mundo se le ocurrirá utilizarlos, ni mucho menos sentarse allí? Violet no hizo tales cosas en su casa. Todo está colocado donde a una persona le gustaría tenerlo, o donde lo utilizaría, o donde lo necesitaría. Así, en el comedor no hay lo que suele llamarse una mesa de comedor, con sus sillas correspondientes; hay unas butacas hondas y cómodas y una mesa de juego junto a la ventana, con tablero de jade, con una dracaena y otras plantas de interior que allí están siempre que no se les antoje a ellos jugar a las cartas o al *tonk* mano a mano. La cocina dispone de espacio suficiente para acomodar a cuatro comensales o para que una clienta se sienta a gusto y estire las piernas si quiere mientras Violet le arregla el cabello. La habitación delantera, o sala, no se desperdicia tampoco en espera de la celebración de una boda o de cualquier otro acontecimiento para el que pueda ser útil. Contiene jaulas de pájaros y espejos para que los pájaros se contemplen a sí mismos, aunque ahora, por descontado, los pájaros ya no están, dado que Violet los soltó el día que fue al entierro de Dorcas con un cuchillo. Ahora sólo hay un sofá y unas cuantas sillas de madera tallada con sendas mesitas al lado a fin de que puedas posar tu taza de café o tu platito de helado, o si quieres leer el periódico puedas hacerlo fácilmente sin que se te embarullen las páginas. En la repisa de la chimenea solían verse conchas y piedras de colores, pero ahora todo ello ha desaparecido y sólo se encuentra allí la fotografía de Dorcas Manfred en un marco de plata para irles despertando a lo largo de la noche.

Esas noches tan agitadas hacen que luego duerman hasta muy tarde, y Violet

tiene que correr para preparar algo de comer antes de estar lista para empezar con los peinados. Aunque es muy hábil en ese trabajo, no tuvo una formación reconocida oficialmente, por lo que no dispone de licencia para ejercer, así que no puede cobrar más de veinticinco o cincuenta centavos; aun así, desde aquella historia del entierro de Dorcas, muchas de sus clientas habituales han encontrado excusas para cuidarse ellas mismas el cabello o encomendar a alguna de sus hijas que les calienten los rizadores. Violet y Joe Trace, por lo general, no necesitaban aquella calderilla procedente del trabajo de peluquería, aunque ahora que Joe falta mucho al trabajo Violet transportaba sus herramientas y su oficio con más y más frecuencia a los recalentados apartamentos de esas mujeres que se levantan por la tarde, echan ginebra al té y nada les importa lo que ella haya hecho. Esas mujeres siempre necesitan llevar el cabello bien cuidado, y en ocasiones la compasión oscurece el brillo de sus ojos y son capaces de darle hasta un dólar de propina.

—Tú necesitas comer algo —le dice una—. No querrás abultar menos que ese rizador, ¿eh?

—Cierra la boca —replica Violet.

—Lo digo en serio —insiste la mujer. Está todavía medio dormida, y apoya el mentón en la mano izquierda mientras con la derecha se sostiene la oreja—. Los hombres, si se lo consientes, te consumen hasta dejarte hecha puro cartílago.

—Las mujeres —responde Violet—. A mí me consumen las mujeres. Ningún hombre me ha dejado hecha cartílago ni nada parecido. Son esas chiquillas hambrientas que se comportan como mujeres. No se contentan con los chicos de su edad, no; quieren alguien tan viejo como su padre, o más. Castigando por ahí con los labios pintados, las medias transparentes, las faldas cortas hasta enseñar ya sabes qué...

—¡Eso es mi oreja, chica! ¿También me la vas a rizar?

—Perdona. Lo siento, de veras que lo siento.

Violet interrumpe su tarea para sonarse la nariz y secarse las lágrimas con el dorso de la mano.

—Ah, qué demonios. —La mujer suspira y aprovecha la pausa para encender un cigarrillo—. Supongo que ahora vas a contarme una de esas viejas historias abominables acerca de alguna jovencita que te fastidió la vida y me dirás que *él* no es culpable porque *él* se limitaba a caminar calle abajo ocupándose de sus asuntos

cuando ese coñito le saltó encima y se lo llevó a rastras a su cama. Ahórrate el aliento. Lo necesitarás en tu lecho de muerte.

—El aliento lo necesito ahora.

Violet comprueba si el peine está caliente. Estampa con él un largo dedo marrón en el papel del periódico.

—¿Se largó? ¿Está con ella?

—No. Seguimos juntos. Ella ha muerto.

—¿Muerta? Entonces, ¿a ti qué te importa?

—El piensa constantemente en ella. No se la quita de la cabeza. No trabaja. No duerme. Se lamenta todo el día, toda la noche...

—Oh... —dice la mujer. Desprende la brasa de su cigarrillo, pinza la punta con las uñas y deposita cuidadosamente la colilla en el cenicero. Reclinándose en la silla, se aprieta con dos dedos el lóbulo de la oreja—. Estás en un buen apuro —añade con un bostezo—. Un buen, buen apuro. No se puede competir con una muerta, en cuestiones de amor. Siempre tienes las de perder.

Violet reconoce que así debe de ser; porque no sólo está perdiendo a Joe por una chica muerta, sino que se pregunta si no estará ella misma enamorándose de aquella criatura. Cuando no intenta humillar a Joe, se dedica a admirar el cabello de la muchacha muerta; cuando no se preocupa de su pérdida de apetito o de su insomnio, trata de imaginar de qué color tenía Dorcas los ojos. Su tía había dicho que pardos; en el salón de belleza decían que negros, pero Violet nunca habla visto a una persona de piel clara con ojos como el carbón. Una cosa era segura: necesitaba que le recortaran las puntas. En la fotografía, y por lo que Violet podía recordar del ataúd, la chica necesitaba que le recortaran las puntas. Un cabello tan largo se vuelve fácilmente quebradizo. Un simple corte de medio centímetro haría maravillas, Dorcas. Dorcas.

Violet abandona la casa de la soñolienta mujer. La nieve enlodada que se acumula en la acera se está helando otra vez, y aunque ella tiene por delante siete manzanas heladas, agradece que la clienta a la que ha citado en su cocina no acuda hasta las tres, pues tendrá tiempo, antes de que llegue, de hacer algunas tareas domésticas. Tareas que es necesario hacer porque no tener nada en que ocuparse es imposible, imposible no tener una lista de encargos o una relación de labores

pendientes. Agitaría las manos en el aire o se echarla a temblar si no emprendiera un nuevo trabajo en el instante mismo en que termina el que la ocupa. Enciende el horno para caldear la cocina. Y mientras rocía con agua el cuello de una camisa blanca que se dispone a planchar, su mente vuela a los pies de la cama que tiene una pata rota y está separada del armazón de tal forma que costará mucho volver a clavarla. La clienta aparece y Violet procede a lavarle el escaso pelo gris murmurando «Ah, qué pena» en cada pausa de la retahíla de confidencias de la anciana dama, mientras al mismo tiempo se dedica a reinstalar el cordel que mantiene en su bisagra correspondiente la puerta del horno y a ensayar mentalmente la súplica que recitará al cobrador del alquiler para que retrase tres días el cobro del mes en curso. Piensa que se muere de ganas de descansar, de disfrutar de una tarde sin preocupaciones para decidir súbitamente que se marcha al cine, o simplemente para sentarse entre las jaulas y escuchar las voces de los niños que juegan en la nieve.

La idea de poder descansar es atractiva para ella, pero no creo yo que en el fondo le gustase. Son todas así, esas mujeres. Siempre esperando el reposo, el espacio que no necesitarán llenar con otra cosa que no sea el fluir de sus propios pensamientos. Y sin embargo, no les gustaría. Están muy ocupadas y piensan en la manera de estarlo aún más, porque un intervalo así, sin nada que las presione, las hundiría. Ese respiro no lo ocuparán los prados donde florecen las primulas, ni las mañanas sin moscas ni calor en las que la luz parece como recatada. No. Absolutamente no. Se llenan la mente y las manos de jabón, remiendos y enfrentamientos arriesgados porque lo que les espera, en un repentino momento de ocio, son los posos de la ira. La ira derretida. Espesa y que se mueve despacio. Seleccionando meticulosamente lo que va a destruir en su camino. Y, cuando no es así, se desliza de repente por debajo de sus senos, y en el costado, una pena cuya procedencia desconocen. Una vecina devuelve el ovillo de lana que pidió prestado, y no sólo el ovillo, sino también las agujas de tejer, y ambas se quedan en el quicio de la puerta unos momentos mientras la vecina cuenta a la dueña del ovillo una pintoresca conversación que sostuvo con la inquilina del piso de abajo; es tan pintoresca que ambas ríen, una ruidosamente mientras se oprime la frente con la mano, la otra con tanta fuerza que la risa le produce dolor de estómago. La dueña del ovillo cierra la puerta y más tarde, sonriente aún, se roza el ojo con la lana del suéter para borrar los restos de risa y luego se deja caer sobre el brazo del sofá, y las lágrimas brotan tan deprisa que necesita ambas manos para contenerlas.

Así pues, Violet salpica los cuellos y los puños. Luego enjabona con todo su cariño los menos de cien gramos de cabello gris, suave, tan agradable como el de un bebé.



No es la clase de cabello infantil que su abuela había enjabonado, con el que se habría recreado, el que había recordado durante cuarenta años. El cabello del niño a quien aquel cabello dio nombre. Quizá por ello Violet es hoy peluquera: tantos años escuchando a su abuela, la liberadora, True Belle, contar historias de Baltimore. Los años con la señorita Vera Louise en la elegante casa de piedra de la calle Edison, donde la ropa blanca estaba bordada con hilo azul, donde no había otra cosa que hacer sino criar y adorar a aquel niño rubio que un día escapó de ellas quitándoles para siempre su cabello tan esmeradamente cuidado.

La gente se enfureció cuando Violet interrumpió el entierro, pero yo me resisto a creer que su acción fuera una sorpresa para los presentes. Mucho, mucho antes de aquello, antes de que Joe pusiera sus ojos en la chica, Violet se sentó en mitad de la calle. No se cayó, nadie la empujó: se sentó, simplemente. Enseguida se le acercaron dos hombres y una mujer, pero ella no consiguió entender qué le decían ni por qué. Alguien trató de darle a beber un poco de agua, pero la rechazó de un manotazo. Un policía se arrodilló frente a ella, y Violet se apartó a un lado, rodando sobre sí misma y tapándose los ojos. El agente la habría detenido de no ser porque los transeúntes que se habían congregado murmuraban: «Vamos, está cansada. Déjela descansar.» La llevaron hasta la escalera más cercana. Allí se recuperó lentamente, sacudió el polvo de sus ropas, y llegó una hora tarde a la cita que tenía, lo cual complació a las putas, quienes se movían despacio salvo en todo lo concerniente a su oficio.

Aquello no volvió a ocurrir jamás, que yo sepa —me refiero a sentarse en la calle—, pero por muy en silencio que se haya mantenido, ella intentó realmente robar aquel bebé, aunque no exista manera de probarlo. Lo que sí se sabe es que las Dumfrey, madre e hija, no estaban en casa cuando Violet llegó. O bien habían confundido la fecha, o bien habían decidido ir a un salón de belleza autorizado; sólo para lavarse el pelo con champú, probablemente, porque es imposible lavar el cabello a fondo en un lavamanos corriente. Las peluqueras oficiales tienen en esto ganada la partida: una está recostada hacia atrás en lugar de inclinada hacia delante, no necesita cubrirse los ojos con una toalla para que no se le llenen de agua jabonosa, porque en un salón de belleza como Dios manda el agua se escurre hasta el lavabo por la parte de atrás de la cabeza. Por lo tanto, en ocasiones, incluso si la peluquera legal no es tan experta como Violet, una clienta habitual se escabulle hacia el salón con licencia simplemente por el placer de lavarse con champú cómodamente.

Hacer dos cabezas en el mismo sitio era una ganga, y Violet acudía con interés a la cita de las once. Como nadie respondió al timbre de la puerta, esperó, pensando que quizá se hablan retrasado en el mercado. Volvió a llamar al poco rato,

y luego se asomó por encima de la barandilla de cemento para preguntar a una mujer que en aquel instante salía del edificio contiguo si sabía dónde estaban las Dumfrey. La mujer negó con la cabeza, pero se acercó para ayudar a Violet a mirar por las ventanas y hacer alguna averiguación.

—Cuando están en casa tienen las persianas subidas —dijo—. Las bajan cuando se marchan. Tendría que ser al revés.

—Quizá cuando están en casa les gusta mirar afuera —aventuró Violet.

—¿Para ver qué? —inquirió la mujer, algo enojada.

—La luz del día —dijo Violet—. Dejar que entre un poco de luz.

—En ese caso deberían volverse a Memphis, si es luz de día lo que necesitan.

—¿Memphis? Creí que habían nacido aquí.

—Eso es lo que quieren hacernos creer. Pero no. Y ni siquiera Memphis. Cottown. Un rincón del que no ha oído hablar nadie.

—Vaya, vaya —dijo Violet.

Estaba muy sorprendida, porque las Dumfrey eran damas de aspecto muy urbano, muy elegantes, cuyo padre tenía una tienda en la calle ciento treinta y seis, y ellas mismas trabajaban en asuntos de papeleo, una controlando entradas en el Lafayette, la otra empleada en las oficinas.

—No les gusta que se sepa —continuó la mujer.

—¿Por qué? —preguntó Violet.

—Orgullo, ésa es la razón. Es el resultado de manejar dinero todo el día. ¿No lo ha notado? ¿No ha visto lo tiesa que se vuelve la gente que trabaja manejando dinero? ¿Como si el dinero fuera suyo en lugar de nuestro? —La mujer dedicó una mueca a las ventanas y sus persianas—. Luz del día, narices.

—Bien, yo les arreglo el pelo cada dos martes, y hoy es martes, ¿no?

—Todo el día.

—Pues por eso me pregunto dónde estarán.

La mujer se metió una mano por debajo de la falda para reajustarse el borde superior de una media.

—En cualquier parte, por ahí, intentando disimular que son de Cottown.

—¿De dónde es usted?

Violet estaba impresionada por la destreza de la mujer en asegurarse la media con una sola mano.

—De Cottown. Las conozco a las dos de allí. Me vine aquí, y la familia entera actúa como si nunca me hubiera echado la vista encima. Eso viene de manejar dinero en lugar de una escoba, que es lo que mejor será que vaya yo a hacer enseguida, antes de perder esta mierda de empleo. Dios mío... —respiró profundamente—. Déjeles una nota, ¿por qué no? No cuente conmigo para que les diga que ha estado usted aquí. No nos hablamos si no es imprescindible.

Se abrochó el abrigo y agitó la mano en un gesto que significaba «usted misma» cuando Violet dijo que esperaría un poco más.

Violet se sentó en los anchos peldaños, colocando entre los tobillos la bolsa que contenía los rizadores, los aceites, el champú.

Cuando tuvo el bebé en sus brazos, levantó un poco la manta para que ésta le abrigase las mejillas y las protegiera del viento, demasiado frío para su carita de color mantequilla y dulce como la miel. La mirada evasiva de sus grandes ojos la hizo sonreír. Notó en el vientre una sensación de placer, y una especie de luz saltarina correteó por sus venas.

A Joe le gustará, pensó. Le querré. E inmediatamente su fantasía voló hacia el dormitorio de su casa, hacia lo que allí había que pudiera utilizar como cuna hasta que consiguiese una cuna auténtica. La caja de muestras contenía una de jabón suave, de modo que podría bañarle enseguida en la cocina. ¿Bañarle o bañarla? ¿Era niño o niña? Violet alzó la cabeza hacia el cielo y rió pensando con excitación en el momento en que llegaría a casa y examinaría al bebé. Fue aquella risa (libre y sonora) lo que para algunos confirmó el robo y para otros demostró lo contrario. Una páfida ladrona que acabara de robar un niño, ¿llamaría la atención hacia sí misma de aquel modo, en una esquina a menos de cien metros del cochecillo de mimbre de donde lo había sacado? Una mujer inocente y bondadosa ¿daría un

paseo con un bebé que le habían pedido que vigilase mientras la hermana mayor entraba un minuto en casa, y reiría de aquella forma?

La hermana estaba chillando delante de su casa, atrayendo hacia ella a vecinos y transeúntes, mientras escudriñaba la acera arriba y abajo y proclamaba:

—¡Philly! ¡Philly ha desaparecido! ¡Se ha llevado a Philly!

Mantenía las manos en el manillar del cochecito del bebé, sin decidirse a correr en ninguna de las direcciones hacia las que volvía la vista, como si temiera que si soltaba el cochecito, vacío excepto por el disco que acaba de depositar en su interior —el disco que había ido a buscar a su casa y que ahora descansaba sobre el almohadón donde debería estar su hermanito—, desaparecería también.

—¿Quién? —preguntó alguien—. ¿Quién se lo ha llevado?

—¡Una mujer! Me he separado de él sólo un minuto. ¡Menos de un minuto! Le he pedido a ella..., le he dicho..., y ella ha dicho que muy bien...

—¿Has dejado a un bebé vivo y sano con una desconocida para ir a buscar un disco? —La irritación que denotaba el tono de voz del hombre llenó de lágrimas los ojos de la chica—. Confío en que tu mamá te despelleje viva.

Opiniones, decisiones y comentarios se encendieron como fósforos entre la concurrencia.

—Tiene menos seso que un mosquito.

—¿Quién te ha educado tan mal?

—Llamad a la policía.

—¿Para qué?

—Para que eche una mirada, por lo menos.

—Echa tú una mirada a lo que la ha hecho abandonar al niño.

—¿Qué es?

—*The Trombone Blues.*

—Ten compasión.

—Sabrá más de blues que cualquier trombón cuando su madre llegue a casa.

El pequeño grupo de personas, cada vez más furiosas contra la estúpida e irresponsable hermana, contra la policía, contra el disco que estaba donde debería estar el bebé, había casi olvidado a la secuestradora cuando un hombre, en la acera, preguntó:

—¿No será ella?

Señalaba a Violet, parada en la esquina, y fue justo en el momento en que todos se volvían hacia donde el dedo del hombre señalaba cuando Violet echó la cabeza atrás, excitada por el placer del descubrimiento que pronto iba a hacer, y rompió a reír ruidosamente.

La prueba de su inocencia se encontraba en la bolsa de utensilios de peluquería, que continuaba en los peldaños donde Violet se había sentado a esperar.

—¿Dejaría yo mi bolsa, con todos los trastos con que me gano la vida, si quisiera robarte el crío? ¿Te figuras que estoy loca? —Los ojos de Violet, bizqueantes y centelleantes de furia, miraban fijamente a la hermana—. De hecho, me lo habría llevado todo. El cochecito también, si hubiera sido eso lo que pretendía.

Aquello sonó a sincero y verídico para la mayoría de los presentes, en especial para quienes culpaban a la hermana. La mujer había dejado su bolsa y estaba simplemente paseando al bebé mientras la hermana de éste, demasiado tonta, por otra parte, para cuidar de un niño pequeño, entraba en casa en busca de un disco para escucharlo con cualquier amigo. ¿Y quién sabe qué más le rondaba por la cabeza a una chica demasiado estúpida para vigilar a un bebé dormido?

Una minoría, sin embargo, lo consideró inverosímil y altamente sospechoso. ¿Por qué aquella mujer se había alejado tanto si sólo quería distraerse acunando en sus brazos al bebé? ¿Por qué no paseaba por delante de la casa, que habría sido lo normal? ¿Y qué clase de risa era la suya? Si podía reír de aquella forma, también era capaz de olvidarse, no ya de su bolsa, sino del mundo entero.

La hermana, convenientemente reprendida, se llevó el niño, el cochecito y *The Trombone Blues* de vuelta a casa, peldaños arriba.

Violet, triunfante y muy airada, agarró su bolsa y anunció:

—Es la última vez que hago un favor a alguien en este barrio. ¡Si tenéis hijos, cuidadlos vosotros!

Y siguió pensando lo mismo hasta mucho después, recordando el incidente como un ultraje a su persona. La cuna improvisada y el jabón suave se borraron de su memoria. No obstante, el recuerdo de aquella luz que había correteado por su venas resurgió de vez en cuando, y en alguna ocasión, en días especialmente nublados, cuando ciertos rincones de su apartamento se resistían a ser alcanzados por la luz de la lámpara, o cuando las alubias rojas de la olla parecían tardar una eternidad en cocerse, imaginaba algo muy resplandeciente que ella podía llevar entre sus brazos; algo que podía repartir, si era necesario, por lugares tan oscuros como el fondo de un pozo.

Joe nunca supo nada de la demencia pública de Violet. Perplejos, Gistan y otros amigos comentaron lo ocurrido entre ellos, pero no se atrevieron a decirle más que cosas como: «¿Qué tal va Violet? Sigue bien, ¿no?» Sus grietas privadas, sin embargo, si las conocía él.

Las llamo grietas porque eran exactamente eso. No huecos o vacíos, sino fisuras oscuras en la esférica claridad del día. Violet despierta por la mañana y ve con perfecta nitidez una ristra de pequeñas escenas bien iluminadas. En cada una de ellas está ocurriendo algo específico: cosas relacionadas con la comida, cosas del trabajo; encuentros con clientes y otras personas conocidas; lugares conocidos. Pero no se ve a sí misma haciendo aquellas cosas. Ve que las hacen, ve que suceden. La claridad esférica contiene y baña cada escena, y es de suponer que en la curva donde termina la luz hay un fundamento sólido. A decir verdad, tal fundamento no existe en absoluto; en realidad no hay más que pasadizos, hendeduras por donde una trasiega sin descanso. Pero la luz esférica es también imperfecta. Examinada con atención presenta costurones, intersticios mal cerrados y zonas endebles detrás de las cuales está todo, lo que sea. Cualquiera cosa. En determinados momentos, cuando Violet no presta atención, tropieza con aquellas grietas, como la vez que, en lugar de adelantar el talón del pie izquierdo, dio un paso atrás y dobló las piernas con objeto de sentarse en plena calle.

Antes no solía ser así. Había sido una chica vivaz y resuelta, una joven que

trabajaba duro, de lengua propensa al chismorreo, como buena peluquera. Le gustaba seguir su propio camino, y lo hacía. Había elegido a Joe y rehusado volver al hogar en cuanto le vio tomar forma con las primeras luces. Con él se había lanzado de cabeza fuera del distrito de Tenderloin hasta parar en un espacioso apartamento de la zona alta comprometido ya para otra familia, pero que consiguió asediando al casero, poniendo cerco a su puerta. Hizo clientes yendo directamente a su encuentro y describiendo sus servicios: «Yo puedo arreglarle el cabello mejor y por menos dinero, y hacerlo cuando y donde usted quiera.» Discutía con los carniceros y cualquier otro vendedor del mercado para conseguir descuentos y extras: «Incluya esa pieza que sobra ahí. Usted pesa los troncos, yo compro las hojas.» Ya antes de que Joe se parase en el drugstore a contemplar a una chica que compraba golosinas, Violet habla tropezado con una o dos grietas. Notaba que el «todo vale» empezaba en su boca. Palabras conectadas únicamente con ellas mismas iban más allá de un explicación o un comentario por lo demás normales.

—No creo que este mes haya salido ningún ocho —dice, pensando en el sorteo diario de la lotería—. Ninguno. Es seguro que saldrá pronto, así que pongo ochos por todas partes.

—Así no se juega —dice Joe—. Elige una combinación y repítela siempre.

—No. El ocho tiene que salir, lo sé. Salía a cada momento en agosto; en realidad salió todo el verano. Ahora está a punto de salir otra vez de su escondrijo.

—Tú misma.

Joe está examinando un envío de productos Cleopatra.

—Tengo ganas de aparejarlo con algún otro número o con dos o tres más por si acaso... ¿Quién es aquella chica tan bonita que tenías al lado?

Mira a Joe como si esperase una respuesta.

—¿Qué? —El frunce el entrecejo—. ¿Qué dices?

—Oh. —Violet pestañea rápidamente—. Nada. Es decir..., nada.

—¿Una chica bonita?

—Nada, Joe. Nada.

Quiere decir que no hay nada que hacer, pero que si era algo. Algo trivial, aunque molesto. Como aquella vez que la señorita Haywood le preguntó a qué hora podría arreglarle el cabello a su nieta y Violet dijo:

— A las dos, si el coche fúnebre se aparta.

Desentenderse de aquellos dislates no es excesivamente difícil, puesto que nadie la apremia. ¿Les pasa lo mismo a los demás? Quizá. Quizá todo el mundo tenga una lengua traicionera que anhela actuar por cuenta propia. Violet calla. Habla cada día menos, hasta que «uh» o «perdón» constituyen la mayor parte de su conversación. Menos excusable que una lengua díscola es una mano rebelde que puede encontrar en la jaula de un loro un cuchillo extraviado hace semanas. Violet ha perdido prácticamente el habla. Con el tiempo, sus silencios fastidian a su esposo, luego le intrigan y finalmente le deprimen. Está casado con una mujer que habla principalmente a sus pájaros. Uno de los cuales le responde: «Te quiero.»



O solía hacerlo. Cuando Violet despachó los pájaros, no sólo se quedó sin la compañía de los canarios y las declaraciones amorosas del loro, sino que perdió además la rutina de cubrir sus jaulas, hábito que se había convertido en una de esas cosas necesarias para pasar la noche, las cosas que te ayudan a dormir de un tirón hasta la mañana siguiente. El trabajo agotador sirve; o el alcohol. Seguramente también un cuerpo —amigable si no conocido— acostado junto a ti. Alguien cuyo contacto sea tranquilizador, no una afrenta o un estorbo. Alguien cuya pesada respiración ni te irrite ni te disguste, sino que te divierta como la del perrito casero. E igualmente son útiles los rituales: cerrar la puerta con llave, limpiar y ordenar, lavarse los dientes, cepillarse el cabello, aunque de hecho sean preliminares de las cosas verdaderamente necesarias. La mayoría de la gente quiere caer rendida en un sueño profundo. Busca hundirse en él abatida por la fatiga, para poder pasar la noche sin escuchar el silencio, sin jaulas vacías que ya no hay que cubrir con un paño ni chicas descaradas que te miran sin sonreír desde la repisa de la chimenea.

Para Violet, que no conoció a la muchacha, que únicamente conocía su fotografía y la personalidad que se inventó para ella basándose en minuciosas averiguaciones, su recuerdo es una enfermedad oculta en la casa, que está en todas partes y en ninguna. No hay nada que Violet pueda aporrear, nada que pueda destruir, y cuando tiene que hacerlo, cuando de una u otra forma necesita arremeter contra algo, ya no queda más que paja o una estampa de color sepia.

Pero para Joe es distinto. Aquella chica había sido justo lo que necesitaba por las noches durante tres meses. Conserva vivos los recuerdos de ella, de cómo pensar en ella, tendido en el lecho junto a Violet, era el camino que le llevaba al sueño. Le preocupa su muerte, le apena mucho, pero le inquieta aún más la posibilidad de que aquel recuerdo llegue a ser incapaz de hacerle revivir su amor. Y sabe que todo se irá desvaneciendo porque ya empezó a ocurrir la tarde en que se lanzó a la caza de Dorcas. Después de que ella dijera que quería ir a Coney Island, y a fiestas, y volver a México. Incluso entonces seguía él aferrado a la azucarada rugosidad de su piel, al gran matojo silvestre en que las almohadas de la cama convertían su pelo, a sus uñas mordidas, a aquella forma que tenía de levantarse con las puntas de los pies vueltas hacia dentro, en una pose que desgarraba el alma.

Incluso entonces, oyéndola hablar, escuchando las terribles cosas que decía, él notaba que estaba olvidando el timbre de su voz y qué era lo que ocurría con sus párpados cuando hacían el amor.

Ahora se tiende en la cama rememorando cada detalle de aquella tarde de octubre en que la conoció, de principio a fin, una vez y otra. No sólo porque es un recuerdo delicioso, sino porque intenta estigmatizarla en su mente, marcarla a fuego allí para que el futuro no la desgaste. Para que ni ella ni su palpitante amor por ella se difumine ni se desmorone con el transcurso de los días, como pasó con Violet. Pues siempre que Joe trata de recordar cómo era todo cuando Violet y él eran jóvenes, cuando se casaron, decidieron marcharse del condado de Vesper y dirigirse al norte camino de la Ciudad, casi nada acude a su memoria. Recupera fechas, por supuesto, reconstruye acontecimientos, compras que hicieron, actividades, hasta escenas concretas. Pero le cuesta un esfuerzo infinito capturar apenas un eco de lo que todo aquello le hizo sentir.

Había combatido contra aquella pérdida durante mucho tiempo, creyó que se habla resignado a ella, admitió el hecho de que la vejez consistiría en no recordar lo que se había sentido ante las cosas. Que uno diría: «Tuve un susto de muerte», pero no podría recuperar la sensación de miedo. Que podría representar en su mente la escena del éxtasis o del asesinato o de la ternura, pero los habría despojado de todo cuanto no fuera el lenguaje necesario para narrarlos. Creyó que se había resignado a admitir esto, y sin embargo se equivocaba. Cuando visitó a Sheila para entregarle su pedido de productos Cleopatra, entró en una habitación llena de mujeres que reían, le incordiaban y le embromaban; y allí estaba ella, de pie junto a la puerta, manteniéndola abierta para él; la misma chica que le habla trastornado en el drugstore; la chica que compraba golosinas y se arruinaba el cutis y que le había emocionado tanto que le ardían los ojos. Y entonces, de súbito, allí estaba, en el mismo umbral del salón de Alice Manfred, con las puntas de los pies vueltas hacia dentro, el cabello trenzado, sin ni siquiera sonreír pero dándole, sin duda, la bienvenida. Naturalmente que sí. De lo contrario, él no habría tenido la audacia, el nervio, de susurrarle algo al oído junto a la puerta, cuando se marchó.

Fue un muestra de agresividad lujuriosa que le llenó de gozo porque nunca antes la había utilizado ni necesitado. Empezó a congraciarse con el zumbido de deseo que afloró mezclado con el susurro mientras la puerta se cerraba. Primero se lo guardó, complaciéndose en saber que estaba allí. Más tarde lo desarrolló para admirarlo a gusto. No suspiraba por la chica ni se consumía por ella; más bien se limitaba a pensar en ella y tomar decisiones. Igual que las había tomado sobre su propio nombre, sobre el nogal donde durmieron Victory y él, una parcela de tierra

de aluvión, y sobre cuándo partir hacia la Ciudad, así las tomó sobre Dorcas. En lo que concernía a su matrimonio con Violet, no era él quien lo había decidido, aunque en el fondo agradecía no haber tenido que hacerlo y que Violet lo hiciera por él, ayudándole a esquivar a todos los mirlos alirrojos del condado y a librarse del pesado silencio que los acompañaba.

Se conocieron en el condado de Vesper, en Virginia, bajo un nogal. Ella había estado trabajando en los campos como todo el mundo, y se quedó después del tiempo de la recolección para vivir con una familia a unos treinta kilómetros de distancia de la suya. Ambos tenían conocidos comunes y sospechaban que incluso tenían en común algún pariente. Se unieron porque los habían unido, y lo único que decidieron por sí mismos fue cuándo y dónde encontrarse por las noches.

Violet y Joe salieron de Tyrell, la estación del ferrocarril del condado de Vesper en 1906, y se acomodaron en la sección para gente de color de Southern Sky. Cuando el tren tembló al acercarse al agua que rodeaba la Ciudad, pensaron que el convoy era como ellos: estaba nervioso por haber llegado al fin hasta allí, pero aterrorizado ante lo que pudiese haber al otro lado. Impacientes, un poco atemorizados, ni siquiera dormitaron durante las catorce horas de un viaje menos agitado que el balanceo de una cuna. La repentina oscuridad que se hacía en los vagones cuando atravesaban un túnel los inducía a dudar si no habría delante un muro contra el cual se estrellarían, o un despeñadero abierto al vacío. El tren se estremecía con ellos ante la idea pero seguía su camino, y seguro que lo que había delante sería terreno firme y que aquel temblor significaba solamente que el convoy bailaba bajo sus pies. Joe se levantó del asiento y sus dedos se aferraron al soporte para equipajes situado por encima de su cabeza. En aquella posición percibía mejor el baile, y le dijo a Violet que hiciera lo mismo.

Allí estaban, colgados del portaequipajes, una joven pareja campesina que reía y ejecutaba pasos de claqué al ritmo del traqueteo sobre los raíles, cuando el revisor pasó, amable, aunque sin sonreír ahora que no tenía por qué hacerlo en aquel vagón ocupado por gente de color.

—Desayuno en el coche-restaurante. Desayuno en el coche-restaurante. Buenos días. Desayuno completo en el coche-restaurante. —Sostenía sobre el antebrazo una manta de viaje, de debajo de la cual sacó una botella de leche que depositó en manos de una joven que tenía un niño dormido en el regazo—. Desayuno completo.

Aquel revisor nunca lograba su propósito. Quería que todo el pasaje del

vagón se encaminase en fila hacia el coche-restaurante, ahora que podía. Inmediatamente: ahora que hablan salido de Delaware y estaban muy lejos de Maryland no habría cortinas de un verde venenoso que separasen del resto de los comensales a la gente de color. Los cocineros no se sentirían obligados a apilar guarnición extra en los platos destinados al otro lado de la cortina: tres rajadas de limón en el té frío, dos piezas de pastel de coco dispuestas de modo que pareciesen una, para quitarle a la cortina su doloroso significado; para dar un toque hogareño añadiendo al plato algún detalle. Ahora, en los alrededores de la Ciudad, ya no había cortinas verdes: todo el coche-restaurante estaría lleno de personas de color y a cada cual se le serviría por orden de llegada. Bastaría con que ellos quisieran. Bastaría con que escondiesen bajo el asiento aquellas cajas y aquellas cestas; que por una vez cerraran aquellas bolsas de papel, envolvieran de nuevo en sus servilletas los bollos rellenos de tocino curado y echaran a andar en fila india a lo largo de los cinco vagones delanteros hasta llegar al coche-restaurante, donde la mantelería era por lo menos tan blanca como las sábanas que ellos tendían a secar sobre las matas de enebro y las servilletas estaban dobladas tan pulcramente como las que ellos planchaban para la comida del domingo; donde las salsas eran tan delicadas como las suyas propias y los bollos no tenían nada que envidiar a los que, rellenos de tocino, llevaban ellos envueltos. Muy de vez en cuando ocurría. Alguna mujer con zapatos caros, acompañada de dos chicas jóvenes, un hombre de aspecto clerical que lucía cadena de reloj y sombrero de ala ribeteada, a veces se alzaban de sus asientos, se ajustaban las ropas y avanzaban hacia las mesas blancas como la espuma donde reposaban, sólidos, los tenedores y cuchillos plateados. Todo presidido atentamente por un hombre negro que no tenía que mancillar su dignidad con una sonrisa.

A Joe y Violet ni se les pasaría por la cabeza: pagar dinero por una comida que no habían echado de menos y que les exigiría además sentarse a una mesa, o peor aún, separados por ella. No ahora. No cuando ya alcanzaban los límites de la Ciudad bailando sin descanso. La cadera de ella acariciaba el muslo de él, ambos en pie en el pasillo y sin poder dejar de sonreír. Todavía no estaban allí, y sin embargo la Ciudad ya les hablaba. Bailaban, bailaban. Y como otros muchos millones de seres, latiéndoles con violencia el corazón, gobernados los pies por los raíles, miraban por la ventanillas anhelando la primera visión de la Ciudad que bailaba con ellos para demostrarles cuánto los quería. Como otros muchos millones, a duras penas lograban contener la impaciencia de llegar allí y corresponder a su amor.

Algunos remoloneaban, viajaban desde Georgia a Illinois, de aquí iban a la Ciudad, retrocedían incluso hasta San Diego, y finalmente, sacudiendo la cabeza, se

entregaban rendidos a su hado. Otros sabían inmediatamente que aquél era su sitio: aquella Ciudad y ninguna otra en el mundo. Acudían por capricho, puesto que allí estaba; ¿y por qué no? Llegaban después de planearlo mucho, de escribir muchas cartas y recibir otras tantas o más para asegurarse de cómo, cuándo y dónde. Iban de visita y se olvidaban de regresar a los campos de algodón, así estuvieran altas o bajas las matas. Licenciados con o sin honor, despedidos con o sin indemnización, desahuciados con o sin aviso previo, deambulaban por algún tiempo y luego no podían imaginarse a sí mismos en ninguna otra parte. Muchos se plantaban allí porque un pariente o un amigo del pueblo les decía: «Tío, esto tienes que verlo antes de morirte»; o bien: «Ahora tenemos sitio libre, así que haz la maleta y no te traigas las botas altas.»

Comoquiera que llegasen, cuándo o por qué, al minuto de haber pisado el firme con las suelas de los zapatos, ya no tenían posibilidad de volverse. Incluso si la habitación que alquilaban era más pequeña que el establo de la vaca y más oscura que el retrete, se quedaban para ser uno más, para sentirse parte de algo, tener voz, encontrarse caminando calle abajo entre otros centenares de personas que caminaban en la misma dirección y que, al hablar, independientemente del acento, trataban el lenguaje como un mismo juguete intrincado y maleable, concebido para su diversión. Una de las razones para amarlo era el fantasma que dejaban atrás. Los abatidos espinazos de los ex combatientes del 27.<sup>o</sup> Batallón traicionados por el comandante a cuyas órdenes lucharon como posesos. Los ojos de millares, estupefactos ante el disgusto de haber sido importados por la circunscripción del señor Armour, el señor Swift o el señor Montgomery para actuar como esquiroles y luego ser despedidos por haber actuado como tales. Los zapatos rotos de dos mil estibadores de Galveston a quienes el señor Mallory nunca pagaría los cincuenta centavos por hora que cobraban los blancos. Las manos suplicantes, la respiración rechinante, los hijos silenciosos de aquellos que habían escapado de Springfield Ohio, Springfield Indiana, Greensburg Indiana, Wilmington Delaware, Nueva Orleans Luisiana, después de que los rabiosos hombres blancos hubieran sembrado de espumarajos senderos y apriscos, allá en su tierra.

La oleada de negros que huían de las privaciones y la violencia alcanzó su apogeo en la década de 1870, en los años ochenta, en los noventa, y era un flujo constante en 1906, cuando Joe y Violet se sumaron a ella. Al igual que los demás, ambos eran campesinos, ¡pero qué pronto olvidan las gentes del campo! Cuando se enamoran de una ciudad es para siempre y como si siempre la hubieran amado. Como si nunca hubiese existido un tiempo en que no la amaran. En el instante en que llegan a la estación de ferrocarril o desembozan del ferry y vislumbran las amplias calles y las pródigas farolas que las alumbran, comprenden que han nacido

para aquello. Allí, en una ciudad, ven cómo despierta su propia identidad; son sólo lo más fuerte y arriesgado de su naturaleza. Y es lo mismo al principio, cuando llegan, que veinte años después, cuando tanto ellos como la Ciudad han crecido; aman tanto aquella parte de sí mismos que olvidan lo que significa amar a otras personas; si alguna vez lo supieron, claro está. No pretendo decir que las odien, no, sólo que lo que empiezan a amar es la forma de ser de las personas en la Ciudad; el hecho de que una colegiala nunca se detiene ante un semáforo rojo, sino que mira a derecha e izquierda de la calle antes de bajar de la acera; cómo los hombres se acostumbran a los edificios altos y a los portales diminutos; qué aspecto tiene una mujer caminando en medio de una multitud, o qué chocante es su perfil sobre el telón de fondo del East River. La tranquilidad con que aquella mujer trabaja en la cocina cuando sabe que el combustible para sus fogones o cualquier otro producto que necesite se encuentran justo a la vuelta de la esquina y no a once kilómetros de distancia; la estupefacción de abrir la ventana y quedar hipnotizada durante horas por la gente que hay abajo, en la calle.

De todo esto, poco es lo que induce al amor, aunque sí provoque el deseo. La mujer que hizo bullir la sangre a un hombre estando apoyada, sola, en una cerca junto a un camino rural, no puede esperar de él que le eche siquiera una mirada en la Ciudad. Pero si avanza airosa por una calle céntrica, taconeando y balanceando el bolso, o está sentada en el pórtico de entrada de una casa con una cerveza fresca en la mano y un zapato colgado de la punta del pie, el hombre; reaccionando ante su postura, ante el contraste entre la suavidad de la piel y la piedra o entre la mole del edificio y la delicadeza del zapato colgante, queda subyugado. Y pensará que aquélla es la mujer que desea, y no una mera combinación de piedra tallada y un zapato de tacón alto que se columpia entrando y saliendo de la luz del sol. Enseguida se percatará del engaño, del juego de las formas, el movimiento y la luz, pero esto poco importa, porque el engaño también forma parte del hechizo. En cualquier caso, notará cómo se le llenan los pulmones. No hay aire en la Ciudad, pero hay aliento, y cada mañana corre por su interior como el gas de la risa, dando brillo a sus ojos, a su conversación y a sus esperanzas. En un dos por tres se olvida de los arroyuelos pedregosos y de los manzanos, tan viejos que sus ramas se extienden a ras de suelo y uno debe agacharse para recoger el fruto. Olvida aquel sol que se deslizaba en lo alto como la yema de un buen huevo de granja, rotundo y de color rojo-naranja cuando llegaba el ocaso, y no lo echa de menos, no mira hacia arriba para ver qué ha sido de él o de las estrellas, que han perdido toda relevancia tras la luz de las conmovedoras y pródigas farolas que pueblan la calle.

Esa clase de fascinación, permanente y fuera de control, hace presa en los niños, en las muchachas jóvenes, en los hombres de todo tipo, en las madres, en las

novias y en las mujeres que frecuentan bares y locales nocturnos, y todos ellos, si encuentran el camino y llegan a la Ciudad, se sienten más como realmente son, más como las personas que siempre creyeron que eran. Nada puede privarles de eso; la Ciudad es lo que ellos quieren que sea: derrochadora, cálida, pavorosa y llena de amigables desconocidos. No es raro que olviden los arroyuelos pedregosos y que cuando no se olvidan completamente del cielo se limiten a considerarlo un mínimo elemento de información sobre la hora del día o de la noche.

Pero yo he visto en la Ciudad cielos increíbles. Los empleados del ferrocarril, revisores y camareros de coche-restaurante, a quienes ni se les pasa por la cabeza la idea de marcharse de la Ciudad, a veces largan inacabables discursos sobre los cielos de la campiña que han visto desde las ventanillas del tren. Pero no hay nada que supere lo que la Ciudad puede hacer de un cielo nocturno. Puede despojarse de superficie y, más parecido al océano que el propio océano, adquirir una inmensa profundidad sin estrellas. Arrimado a la cúspide de los edificios, más cercano, más próximo incluso que la gorra que llevas, un cielo urbano así te oprime y se retira, te oprime y se retira, y a mi me trae al pensamiento el amor libre pero ilegítimo de los enamorados antes de que los descubran. Mirándolo, mirando este cielo nocturno que se expande sobre una ciudad resplandeciente, me resulta posible no soñar con lo que sé que hay en el océano y en las bahías y mares tributarios que alimenta: aeroplanos de dos plazas, hundida la nariz en el lodo, en los que piloto y pasajero miran fijamente cómo pasan los bancos de peces plateados; dinero, empapado y salado dentro de sacas de lona, o agitando débilmente los bordes de fajas metálicas que retendrán eternamente los billetes. Están allá abajo, junto con las flores amarillas que engullen escarabajos acuáticos y los huevos que, sacudidos por el movimiento de las aletas, flotan alrededor; junto a los niños que se equivocaron en la elección de padres; junto a láminas de mármol de Carrara desprendidos de edificios ya pasados de moda. Hay botellas también, hechas de un cristal lo bastante bello como para rivalizar con las estrellas que no atino a ver por encima de mi debido a que el cielo de la Ciudad las oculta. En caso contrario, si el cielo quisiera, podría mostrarme estrellas recortadas de los vestidos de lamé de las coristas de teatro, o reflejadas en los ojos de furtivos enamorados, dichosos bajo la presión de aquella profundidad tangible.

Pero no es esto todo lo que el cielo de la Ciudad puede hacer. Puede teñirse de púrpura y conservar un corazón naranja para que la ropa de la gente que anda por la calle luzca como un traje de fiesta. He visto a mujeres almidonando camisas o cogiendo puntos que se les han corrido en las medias, mientras una chicha alisa en la cocina el cabello de su hermana, sin advertir que el cielo, bello y sigiloso como un iroqués, se expande ante sus ventanas. Como ante las ventanas donde los

enamorados, libres y clandestinos, se cuentan cosas uno a otro.

Veinte años después de que entrasen en la Ciudad bailando con el tren, Joe y Violet seguían siendo una pareja, pero apenas se decían nada uno a otro, por no hablar de reír juntos o de comportarse como si el suelo fuera una pista de baile. Convencido de que únicamente él recordaba aquellos días y deseaba que volvieran, consciente de cómo fueron pero en absoluto de lo que entonces sentía, se buscó otra pareja. Alquiló un cuarto a una vecina que sabía el precio exacto de su discreción. Contrató seis horas semanales. Tiempo para que el cielo de la Ciudad pasara de un fino azul como de hielo a un púrpura con el corazón de oro. Y tiempo suficiente, cuando el sol declinaba para contarle a su nuevo amor cosas que a su esposa no le decía nunca.

Cosas importantes, como cuál es el aroma del hibiscus a la orilla de un río al anochecer; o que a duras penas puede verse las rodillas asomando por los agujeros de los pantalones con tan poca luz, así que ¿por qué va a pensar que puede verle la mano incluso si ella ha decidido mostrarla entre los arbustos y confirmarle, de una vez por todas, que es verdaderamente su madre? Y aunque la confirmación hubiera de avergonzarle, habría hecho de él el chico más feliz de Virginia. Si ella, por descontento, resolvía mostrársela, atender por una vez a lo que él le pedía y después hacerlo, decirle una especie de «sí», incluso si era un «no», de manera que él comprendiese. Y hasta qué punto estaba él ansioso de correr el riesgo de sentirse al mismo tiempo humillado y agradecido, porque la confirmación significaría ambas cosas. La mano de ella, sus dedos tanteando entre hojas y flores para tocar los suyos; quizá permitiendo que él correspondiera a su contacto. No habría asido aquella mano, no habría tirado de ella con ánimo de arrastrarla a través de la vegetación y ponerla en evidencia. Quizás esto era precisamente lo que ella tenía, pero él se habría abstenido de hacerlo, y así se lo dijo. Una simple señal, añadió, basta con que me enseñes la mano, dijo, y yo lo sabré, ¿no crees tú que debo saberlo? Ella no necesitaría decir nada, a pesar de que nadie le habla oído nunca decir nada; no tenían por qué ser palabras; él no necesitaba palabras, ni siquiera las quería, pues ya sabía cuánto podían mentir, cómo te calentaban la sangre y desaparecían. Ella no tendría, ni mucho menos, que pronunciar la palabra «madre». Nada de eso. Lo único que tenía que hacer era una seña: meter la mano entre las hojas, entre las blancas flores, sería suficiente para indicarle que sabía quién era él, que era el hijo que tuvo catorce años antes y del cual huyó, aunque no demasiado lejos. Justo lo bastante lejos como para fastidiar a todo el mundo porque no se ha marchado de verdad, y lo bastante cerca como para atemorizar a todo el mundo porque merodeaba subrepticamente por los alrededores y se esconde y toca y ríe con una risa infantil, queda y dulce, que parece salir de las altas matas de hierba.



Quizá lo hizo. Quizás aquello fueron sus dedos que se movían por el interior del matorral, y no ramas, pero bajo una luz tan débil que no le permitía ni verse las rodillas por los agujeros de los pantalones, puede que él no distinguiera la señal que habría representado una cierta mezcla de vergüenza y placer, al fin, en lugar de la nada que de allí en adelante llevó dentro, excepto en el otoño de 1925, cuando tuvo alguien a quien contársela. Alguien llamado Dorcas, con marcas en la piel de los pómulos, que sabía mejor que otras personas de su edad qué era aquella nada interior. Y que la llenó para él, igual que él la llenó para ella, porque ella también la tenía.

Es posible que su nada fuera peor, puesto que ella conoció a su madre e incluso recibió de ésta una bofetada en respuesta a alguna insolencia que podría no recordar. Pero que sí recordaba, y se lo contó a él; le habló del bofetón que le cruzó la cara, del chasquido y la punzada de dolor, de cómo ardía. Cómo ardía, le dijo. Y de todos los sopapos que habla recibido, aquél era el que mejor recordaba, porque fue el último. Se habla asomado a la ventana de la casa de una amiga, su mejor amiga, pues los gritos no formaban parte de lo que estaba soñando. Sonaban fuera de su cabeza, al otro lado de la calle. Como las carreras. Todo el mundo corría. ¿A por agua? ¿En busca de cubos? ¿O del coche de los bomberos, bruñido y parado en otra parte de la Ciudad? Imposible entrar en aquella casa donde estaban guardadas sus muñecas, hechas con pinzas de tender la ropa. Alineadas dentro de una caja de puros. Pero de todos modos intentó cogerlas. Descalza, vestida con la camisa con que había dormido, corrió en su busca, y gritó a su madre que la caja de las muñecas, la caja de las muñecas estaba allá arriba, sobre la cómoda, ¿no podemos cogerla? ¿Mamá?

Rompe a llorar de nuevo, y Joe la aprieta contra si. El cielo iroqués se despliega frente a la ventana, y si lo ven alegrará su amor con trazos como de lápices de colores. Eso será cuando, tras un prudencial silencio, él tome su estuche de muestras de productos Cleopatra de la silla contigua y bromee antes de abrirlo, para provocarla, manteniendo levantada la tapa de modo que ella no pueda ver todavía, debajo de los frascos y las cajitas envueltas en suaves aromas, el regalo que le ha traído. Aquello es el pequeño lazo que cierra su día al mismo tiempo que el cielo de la Ciudad cambia su corazón naranja por el negro que ocultará largo rato las estrellas hasta acabar mostrándolas unas tras otra tras otra, como joyas que también él le regala.

Para entonces ella ya le ha quitado las cutículas, le ha limpiado las uñas, y se las ha pintado con esmalte transparente. Ha llorado un poco hablando de East St. Louis y ha recuperado la alegría haciéndole la manicura. Le agrada pensar que ha

sido ella quien ha embellecido aquellas manos que la levantan y la voltean bajo la manta. Ella las ha suavizado con la crema de un frasco, de algún producto tomado de su muestrario. Entonces se endereza un poco, toma entre sus manos el rostro de él y besa sus párpados, sus ojos de dos colores. Uno para mí, dice, y uno para ti. Uno para mí y uno para ti. Dame éste. Yo te doy este otro. Dame éste. Dame éste.

Procuran no gritar, pero no pueden evitarlo. En ocasiones él le cubre la boca con la palma de la mano para que si alguien pasa por el corredor no pueda oírlos, y si le es posible, si se le ocurre a tiempo, es ella quien muerde la almohada para ahogar sus propios alaridos. Si le es posible. A veces cree que los ha ahogado, porque efectivamente tiene en la boca el ángulo de la almohada, y a continuación se oye a sí misma aspirar y espirar, aspirar y espirar, en la estela de un grito que sólo puede haber salido de su fatigada garganta.

Esto la hace reír, y ríe y ríe antes de sentarse a horcajadas sobre su espalda y aporreársela con ambos puños. Después se queda exhausta, y cuando él ya está medio dormido se reclina sobre su cuerpo, con los labios detrás de su oreja, y hace planes. México, susurra. Quiero que me lleves a México. Demasiado estrépito, murmura él. No, no, dice ella, solamente lo justo. ¿Cómo lo sabes?, pregunta él. Lo ha oído contar a la gente, la gente dice que las mesas son redondas y tienen encima manteles blancos y lamparitas diminutas. No abren hasta mucho después de tu hora de irte a la cama, replica él sonriendo. Ésta es mi hora de acostarme, dice ella, pero la gente en México duerme de día; llévame. Se quedan allí hasta la hora de ir a la iglesia el domingo por la mañana, y ninguna persona blanca puede entrar, y los músicos que tocan a veces se levantan y bailan contigo. Vaya, vaya, dice él. ¿Cómo que vaya vaya?, inquiera ella. Yo sólo quiero bailar contigo y luego ir a sentarme a una mesa redonda con una lamparita encima. Alguien puede vernos, dice él, esas lamparitas de que hablas son lo bastante grandes para que se vea quién está sentado allí. Tú siempre dices lo mismo, ríe ella nerviosamente, como la última vez, y nadie nos miró siquiera de lo bien que todos lo estaban pasando; y México todavía es mejor porque nadie puede ver debajo del mantel, ¿no es así? ¿Pueden? Si no tienes ganas de bailar, sencillamente nos sentaremos a la mesa a la luz de la lámpara y escucharemos quietecitos la música y miraremos a la gente. Nadie ve nada de lo que pasa debajo del mantel. Joe, Joe, llévame, di que me llevarás. ¿Cómo piensas escaparte de casa?, pregunta él. Ya me inventaré algo, canturrea ella, como siempre, tú sólo di que sí. Bien, responde él, bien, no tiene sentido coger la manzana si no quieres probar su sabor. ¿Cuál es su sabor, Joe?, pregunta ella. Y él abre los ojos.

La puerta está bien cerrada y Malvonne no volverá de sus oficinas de la calle Cuarenta hasta bastante después de medianoche, una idea que los excita: que si

fuera posible casi podrían pasar la noche juntos. Si Alice Manfred o Violet se fueran de viaje, digamos, entonces ellos dos podrían diferir el obsequio que él le hace a ella hasta la parte más oscura de la noche, hasta la hora en que, oliendo a Oxydol y a cera de fregar suelos, Malvonne regresa de sus oficinas. Tal como están las cosas, y una vez hechos sus planes sobre México, Dorcas sale de puntillas por la puerta y baja las escaleras antes de que Violet haya terminado sus peinados de la tarde y vuelva a casa alrededor de las siete para encontrarse con que Joe ha cambiado ya el agua de los pájaros y cubierto las jaulas. Esas noches a Joe no le importa yacer despierto junto a su callada esposa, porque sus pensamientos están con aquella chiquilla angelical que es una bendición para su vida y a la vez le hace desear no haber nacido.

Malvonne vivía sola con periódicos e historias de otras personas impresas en pequeños libros. Cuando no estaba ocupada procurando que su edificio de oficinas resplandeciera, entremezclaba las historias impresas con sus agudas observaciones de la gente que la rodeaba. Poco era lo que escapaba a esta mujer que empujaba su carrito desafiando el ajeteo de las seis de la tarde, que inspeccionaba las papeleras de poderosos hombres blancos y contemplaba las fotografías de mujeres y niños que había sobre sus escritorios. Oía sus conversaciones de pasillo, y las risas de lavabo que se filtraban en el cuartito de la limpieza como los vapores de su frasco de amoníaco. Examinaba sus botellas y volvía a colocar los frasquitos de bolsillo apretujados debajo de almohadones y detrás de libros cuyas palabras estaban impresas en dos columnas. Sabía quién tenía pasión por la justicia, además de por la ropa interior femenina, quién amaba a su esposa y quién compartía la suya. Estaba al corriente de quién reñía con su hijo y quién no se hablaba con su padre. Porque ninguno de ellos cubría el auricular del teléfono cuando hablaba para decirle a ella que se retirase si la veía avanzar lentamente por el pasillo o entrar en su despacho; ninguno bajaba la voz para expresarse en susurros confidenciales cuando se quedaba a trabajar hasta tarde, dedicado a lo que entre ellos llamaban «los verdaderos negocios».

Pero Malvonne no estaba interesada en los poderosos hombres blancos; simplemente se fijaba en las cosas. Su interés lo dedicaba a la gente del vecindario.

Antes de que Caramelito cambiara su nombre, William Younger, por el de Little Caesar, había robado un buzón en la calle Ciento treinta. Buscaba giros postales, billetes, quién sabe; Malvonne no podía imaginar qué. Lo había criado desde que tenía siete años, cuando era el mejor sobrino que nadie hubiera podido desear. Durante el día, por lo menos. Aunque de algunos de los líos en que se metió durante el horario de trabajo de Malvonne, de seis de la tarde a dos y media de la

madrugada, ella no supo nunca nada; de otros se enteró cuando él se marchó a Chicago, o quizás a San Diego, o a otra ciudad cuyo nombre terminaba en o.

Una de las cosas que supo explicaba a dónde había ido a parar su bolsa de la compra (un saco de los que se utilizan para envasar sal, pulcramente lavado, que solía llevar plegado dentro del bolso). Cuando la encontró, detrás del radiador del cuarto de Caramelito, estaba llena de cartas sin el matasellos puesto. Su primer impulso al examinar el contenido de los sobres fue volver a cerrarlos de alguna forma y apresurarse a introducirlos de nuevo en un buzón. Terminó, sin embargo, por leer las cartas una por una, incluidas las que Caramelito no se había molestado en abrir. Excepto por el placer de reconocer las firmas, la lectura resultó completamente insulsa.

Estimada Helen Moore: preguntas sobre la salud de Helen; respuestas sobre la propia correspondencia, estado del tiempo, decepciones sufridas, promesas, cariño, y a continuación la o el firmante, como si Helen recibiera tanta correspondencia, tuviera tantos parientes y amigos que no pudiese recordarlos a todos, se identificaba con una firma grande y sesgada: tu devota hermana, señora Lo-que-fuere, o tu amante padre en Nueva York, L. Henderson Woodward.

Algunas de aquellas cartas requerían una acción por parte de Malvonne. Una estudiante había respondido a un anuncio que ofrecía cursos de leyes por correspondencia incluyendo el billete de un dólar que se exigía, pero que había desaparecido. Malvonne no tenía un dólar disponible para pagar la cuota de Lila Spencer, aunque la preocupó en extremo que la chica no llegara a ser abogada y terminase trabajando con un delantal puesto. Por lo tanto, añadió una nota de su puño y letra diciendo: «No dispongo del dólar en este momento, pero en cuanto tenga noticias de que han recibido ustedes esta solicitud y han accedido a admitirme ya me ocuparé de obtenerlo si me dicen que ustedes no lo tienen y realmente lo necesitan.»

Lo triste fue cuando leyó la carta con destino a Panamá que había escrito Winsome Clark quejándose a su esposo, que trabajaba en la Zona del Canal de la mezquindad y la insuficiencia del dinero que él le había enviado; dinero que la había ayudado tan poco que renunciaba a su empleo, cogía a los niños y regresaba a Barbados. Malvonne podía sentir la presión del muro de la vida contra las palmas de las manos de la mujer; sentía cómo aquellas manos se despellejaban golpeando el muro, apretujadas las caderas por la nidada de criaturas. «Ya no sé qué hacer», escribía. «Nada de lo que hago sirve. Tu tía arma un alboroto por todo. Estoy fuera de mi. Los niños son tan desgraciados como yo. El dinero que mandas no nos

mantiene a flote. Aquí nos hundimos, y lo mismo da que nos hundamos en nuestra tierra, donde está tu madre y está la mía y los árboles son grandes.»

Oh, pensó Malvonne, ¿piensa en árboles grandes, allá en Barbados? ¿Más grandes que los del parque? Será la selva, seguro.

Winsome decía que estaba «apenada porque tu buen amigo muriese en el incendio; rezo por él y por ti, y me pregunto cómo es posible que tantas personas de color mueran donde los blancos hacen grandes negocios. Imagino que piensas que ésta no es una pregunta de persona mayor. Manda todo lo que consigas a Wyndham Road donde yo y los niños estaremos desde ahora. Sonny dice que tiene dinero del trabajo de limpiabotas para su pasaje, así que preocúpate sólo de estar entre los listos. Tu esposa que te adora, Sra. Winsome Clark».

Malvonne no conocía a Winsome ni a nadie del bloque 300 de la avenida Edgecombe, aunque allí había un edificio lleno de antillanos ricos que formaba un grupo muy cerrado y de cuyas ventanas salían olores de condimentos que ella no sabía identificar. La cuestión ahora era avisar a Panamá de la partida de Winsome antes de que llegara a Edgecombe más dinero, si no había llegado ya, y fuese a parar a manos de la tía, y quién sabe, si era tan odiosa como Winsome contaba (pues aguaba en secreto la leche de los niños y zurró al pequeño de cinco años porque quiso coger la plancha caliente), podía no decir nada y quedárselo. Malvonne volvió a cerrar el sobre cuidadosamente y pensó que añadiría otro sello de un penique por si ello ayudaba a que la carta llegase antes a Panamá.

Una única carta la hizo sudar e inquietarse a propósito de la mujer capaz de escribir semejantes palabras, por no hablar de lo que había hecho y prometía seguir haciendo. Quien la escribía vivía en el mismo edificio que su amante. Malvonne no entendía qué la habría empujado a malgastar un sello de tres centavos, como no fuera el placer de saber que el servicio de correos transmitía su ardor. Transpirando y conteniendo el aliento, Malvonne se obligó a si misma a leer la carta varias veces. El problema era si debía o no reenviar al señor M. Sage (así era llamado en el sobre, aunque en la hoja de libreta que había dentro se le llamaba «papaíto») su carta de «siempre tuya Bomboncito Caliente». Un mes había transcurrido desde que había sido escrita y quizá Bomboncito estaría preguntándose si no había ido demasiado lejos. ¿O habrían hecho Papaíto Sage y Bomboncito Caliente, en el ínterin, varias más de aquellas escabrosas cosas tan confidenciales? Decidió finalmente echar la carta al correo adjuntándole una nota de su propia cosecha, recomendando precaución y llamando la atención de papaíto sobre un recorte del *Opportunity Magazine*.

Fue mientras preparaba este consejo anónimo cuando Joe Trace llamó a su puerta.

—¿Cómo te va, Malvonne?

—No me quejo. ¿Qué tal tú?

—¿Puedo entrar? Tengo que hacerte una propuesta.

El rostro de Joe mostraba su complaciente sonrisa de campesino.

—No tengo un centavo, Joe.

—No. —Él alzó la mano y pasó junto a Malvonne en dirección a su cuarto de estar—. No vendo nada. ¿Ves? Ni siquiera traigo el muestrario.

—Oh, bien entonces. —Malvonne le acompañó hasta el sofá—. Siéntate.

—Pero si no fuera así —siguió diciendo él—, ¿qué te gustaría? Si tuvieras un centavo, vamos.

—Aquel jabón de color granate me pareció muy fino.

—¡Tuyo es!

—Se acabó enseguida, sin embargo —observó Malvonne.

—El jabón fino es fino. No está hecho para durar.

—Supongo que no.

—Me quedan dos pastillas. Te las traeré enseguida.

—¿A qué viene eso? ¿Regalas la mercancía porque no te la compran, o qué?

Malvonne miraba de reojo el reloj de la repisa de la chimenea, calculando cuánto tiempo le quedaba para hablar con Joe y echar sus cartas al correo antes de marcharse al trabajo.

—Digamos que es un favor.

—¿Y si a mí no me lo parece?

—Te lo parecerá. Es un favor para mi y unas cuantas monedas para ti.

Malvonne se echó a reír.

—Suéltalo ya, Joe. ¿Es algo en lo que Violet no tiene parte?

—Bueno. Ella. Eso. Violet es... No voy a complicarle la vida con esto, ¿entiendes?

—No. Explícamelo.

—Bien. Me gustaría alquilarte este sitio.

—¿Qué?

—Sólo una o dos tardes, de vez en cuando. Mientras tú estás en el trabajo. Pero te pagaré el mes entero.

—¿Qué te traes entre manos, Joe? Ya sabes que trabajo de noche.

Quizás aquel nombre era un camelo y la dirección era falsa, y Joe era «Papaíto», recibía su correspondencia en otras señas y le decía a Bomboncito que se llamaba Sage.

—Ya sé que tu turno es de noche, pero te marchas de aquí a las cuatro.

—Si hace buen tiempo y puedo ir a pie, sí. La mayoría de las veces salgo a las cinco y media.

—No sería cada día, Malvonne.

—No será ningún día. Creo que no me gusta lo que me propones.

—Dos dólares al mes, todos los meses.

—¿Te parece que necesito tu dinero o tu dichoso jaboncito?

—No, no, Malvonne. Mira. Deja que te explique. No hay muchas mujeres que comprendan como tú los problemas que los hombres tienen con sus esposas.

—¿Qué clase de problemas?

—Bueno. Pues Violet. Ya sabes lo rara que se ha vuelto desde que hizo el cambio.

—Violet ya en rara mucho antes. Era rara el año veinte, si no recuerdo mal.

—Si, bueno. Pero ahora...

Joe, tú quieres alquilar el cuarto de Caramelito para traer aquí a otra mujer mientras yo estoy fuera sólo porque Violet no quiere ni que la toques. ¿Qué clase de persona te figuras que soy? Ciertamente, entre Violet y yo no hay precisamente una historia de amor, pero me pongo de su parte, no de la tuya, viejo zorro.

—Oye, oye, Malvonne...

—¿Quién es ella?

—Nadie. Es decir, todavía no lo sé. Pensaba únicamente...

—Ja. Que si tenías suerte con alguna imbécil la traerías aquí, ¿no? ¿Es eso lo que pensabas?

—Más o menos. Puede incluso que no lo vaya a usar nunca. Pero me gustaría, por si acaso. Te pagaré tanto si lo uso como si no.

—Por cincuenta centavos en ciertas casas encuentras la mujer, el suelo, el techo, las paredes y la cama. Por dos dólares te la sirven en patinete de lujo, si quieres.

—Ah, no, Malvonne. No, no, no. Tú me interpretas mal. No quiero a nadie pescado por ahí, en la calle. Por Dios...

—¿No? ¿Quién piensas que se va a revolcar contigo, si no es una puta callejera?

—Malvonne, mi única ilusión es una amistad femenina, alguien con quien hablar.

—¿A espaldas de Violet? Me gustaría saber por qué me pides a mi, a una mujer, un catre donde echar tus polvos. Yo diría que tendrías que pedírselo a otro viejo rijoso como tú.



—Ya lo he pensado, pero no conozco a ningún hombre que viva solo y sea, bueno, eso. Vamos, muchacha. Me estás empujando a la calle. Lo que te propongo es mejor, ¿no? Recibir de vez en cuando a una dama respetable.

—¿Respetable?

—Exactamente, respetable. Quizá también se sienta sola, o puede que tenga hijos, pero...

—O un marido con un martillo.

—No, nadie así.

—Y si Violet se entera, ¿qué se supone que voy a decirle yo?

—No se enterará.

—¿Y si yo misma se lo cuento?

—No lo harás. ¿Por qué habrías de contárselo? Yo sigo cuidando de ella. Nadie saldrá perjudicado. Y tú ganas algún dinero extra, además de tener a alguien que vigilará tu casa mientras estás fuera por si acaso volviera Caramelito o viniese cualquiera buscándole y no le importara destruirlo todo porque eres una mujer...

—Violet me mataría.

—Tú no tienes nada que ver en el asunto. No sabrás cuándo vengo ni verás nada. Todo estará tal como lo dejes al salir, excepto que si hay algo estropeado, cualquier cosilla que quieras que arregle o cambie, yo lo haré con gusto. Lo único que verás será un poco de dinero encima de esa mesa que yo habré dejado por algún motivo del que no sabes ni una palabra, ¿entiendes?

—Ajá...

—Ponme a prueba, Malvonne. Una semana. No, dos. Si en cualquier momento cambias de idea, en cualquier momento, deja simplemente mi dinero sobre la mesa y yo comprenderé que significa basta y tan seguro como que estás viva que encontrarás la llave de tu puerta en su sitio.

—Ajá...

—Ésta es tu casa. Dime lo que quieres que haga, lo que necesitas que arregle, o lo que no te gusta. Pero créeme, muchacha, no te enterarás de si voy o vengo, ni de cuándo lo hago. Excepto, quizá, porque el grifo ya no goteará más.

—Ajá...

—Lo único que sabrás es que cada sábado, a partir de ahora, tendrás medio dólar más que guardar en el azucarero.

—Muy caro me parece por un poco de conversación.

—Te sorprendería lo que puede ahorrar una persona que, como yo, no bebe, no fuma, no juega y no despilfarra.

—Quizá te convendría hacerlo.

—No quiero vicios ni bajezas, y no quiero andar por ahí colgado, en clubes y esas cosas. Sólo quiero un poco de compañía femenina agradable.

—Pareces muy seguro de que la encontrarás.

Joe sonrió.

—Tampoco pasa nada si no la encuentro. Nada.

—De mensajes, ni hablar.

—¿Qué?

—Que no pasaré notas. Ni cartas. No entregaré ningún mensaje.

—Por supuesto que no. No quiero amistades por correspondencia. O hablamos aquí o no hablamos en absoluto.

—Supón que ocurre algo y tú o ella queréis terminar.

—No te preocupes por eso.

—Supón que ella cae enferma y no puede venir y necesita avisarte.

—Esperaré, y si no viene me marcharé.

—Supón que quien cae enfermo es uno de sus hijos y nadie encuentra a su mamá porque se ha escondido contigo en alguna parte.

—¿Quién dice que tiene hijos?

—No te lées con una mujer si sus hijos son pequeños, Joe.

—Está bien.

—Me pides demasiado.

—No tienes que preocuparte absolutamente de nada. Tú no intervienes. ¿Me has visto alguna vez tontear con alguien? He vivido en este edificio más tiempo que tú. ¿Has oído una sola palabra sobre mi en boca de alguna mujer? Vendo productos de belleza por toda la ciudad, ¿y te han dicho alguna vez que persiguiera a una mujer? No. Nunca has oído nada semejante, porque nunca ha ocurrido. Ahora intento darle un poco de luz a mi vida con una buena mujer, como lo haría un hombre decente, eso es todo. Dime qué hay de malo en ello.

—Violet es lo malo.

—Violet cuida a su loro mucho mejor que a mí. El resto del tiempo lo dedica a cocinar carne de cerdo, que yo no puedo comer, o a ondular cabezas, con un olor que no puedo soportar. Quizá sea esto lo que le ocurre a todas las personas que han estado casadas tanto tiempo como nosotros. Pero, ¿y el silencio? El silencio no lo resisto. Ella, ahora, ya prácticamente no habla, y no consiente que me acerque a ella. Cualquier otro hombre andaría de parranda por ahí, saldría cada noche, lo sabes bien. Yo no soy de esa clase. Yo no.

No lo era, cierto, pero lo hacía de todos modos. Urdía sus propias intrigas, se escabullía, y salía cada noche que se lo pedía la chica. Fueron a México, a Sook's y a clubes que cada semana cambiaban de nombre, y él no estaba solo. Se convirtió en un «hombre del jueves» y los «hombres del jueves» están satisfechos. Su apariencia denuncia que algún amor ilícito ha sido o no tardará en ser satisfecho. Los fines de semana y otros días son posibilidades, pero el jueves es un día con el que se puede contar. Yo solía pensar que esto se debía a que las trabajadoras domésticas tenían el jueves libre y podían quedarse en cama por la mañana, cosa imposible los fines de semana, cuando o bien dormían en las casas donde trabajaban o se levantaban tan temprano para llegar que no tenían tiempo para desayunar ni para juegos de ningún tipo. Pero observé que ello era asimismo cierto en el caso de hombres cuyas mujeres no eran sirvientas y trabajadoras diurnas, sino camareras de bar y cocineras

de restaurante que libran domingo-lunes; las maestras, las cantantes de café, las mecanógrafas de oficina y las vendedoras de los puestos del mercado esperaban todas con ilusión sus sábados libres. La gran ciudad dedica sus pensamientos y se prepara como corresponde para el fin de semana: el día anterior al día de pago, el día después del día de pago, la actividad presabática, el comercio cerrado y las aulas de la escuela en silencio; atrancadas las cámaras de los bancos y clausuradas en la oscuridad las oficinas.

Entonces, ¿por qué los hombres parecen tan satisfechos los jueves? Acaso se deba al ritmo artificial de la semana; acaso exista un elemento de falsedad tan acusado en el ciclo de siete días que el cuerpo no le presta atención y prefiere espacios de tiempo de tres días, de dos, de cuatro, lo que sea, excepto un ciclo de siete que hay que dividir en parcelas humanas, y la ruptura se produce el jueves. Irresistible. Las abusivas expectativas y las inflexibles exigencias del fin de semana son nulas los jueves. La gente espera los fines de semana para relacionarse, para modificar cosas, para separarse, aun a costa de que muchas de estas actividades vengán acompañadas de magulladuras e incluso de algunas gotas de sangre, porque la excitación se remonta a gran altura los viernes o sábados.

Sin embargo, en cuanto a satisfacción pura y profunda, en cuanto a equilibrio en el placer y el bienestar, los jueves son inmejorables, como queda claro por la expresión de competencia del rostro de los hombres y las resueltas zancadas con que caminan por la calle. Parece como si aquel día alcanzaran una especie de consumación que los mantiene sobre sus pies con la firmeza suficiente para parecer elegantes y llenos de gracia incluso cuando no lo son. Se pavonean por la acera; silban insinuantes en los portales mal alumbrados.

La cosa no dura, por descontado, y veinticuatro horas después vuelven a estar amedrentados y se recomponen a sí mismos gracias a cualquier debilidad que tengan a su alcance. Así pues, los fines de semana, destinados al desengaño, son estridentes, téticos, están salpicados de magulladuras y gotas de sangre. Las cosas que las personas lamentan, los comentarios groseros y agrios, las palabras que en el corazón se convierten en tumores malignos, nada de eso se produce los jueves. Supongo que el personaje a quien el día debe su nombre lo detestaría, pero el hecho es que es un día para el amor en la ciudad y la compañía de los hombres satisfechos. Ellos hacen que las mujeres sonrían. Los silbidos emitidos entre dientes perfectos se recuerdan, se recuperan más tarde y se reviven ante los fogones de la cocina. Frente al espejo contiguo a la puerta, una de aquellas mujeres volverá la cabeza hacia un lado para verse reflejada, y se balanceará encantada de su cintura y de la curva de sus caderas.

Allá arriba, en aquella parte de la ciudad (que es la parte de donde ellas vienen) el silbido oportuno en el vano de una puerta, como la tonadilla que se eleva de los círculos y surcos de un disco, puede cambiar hasta el tiempo que hace. De glacial a caluroso, a fresco.

Como aquel día de julio, casi nueve años antes, cuando los hombres más guapos tenían frío. En un típico clima de verano, bochornoso y brillante, Alice Manfred pasó tres horas en la Quinta Avenida maravillada ante las frías caras negras y escuchando a los tambores decir lo que no podían decir ni las garbosas muchachas ni los hombres que desfilaban marcando el paso. Lo que si podía decirse figuraba ya impreso en una pancarta que repetía un par de promesas de la Declaración de Independencia y ondeaba por encima de la cabeza de su portador. Pero el significado surgía de los tambores. Era el mes de julio de 1917 y los hermosos rostros estaban fríos y tranquilos: avanzaban lentamente por el espacio que los tambores creaban para ellos.

Durante el desfile le pareció a Alice como si el día entero hubiera transcurrido, y también la noche, y ella continuase parada allí, con la mano de la niña en su mano, escudriñando cada una de las caras frías que pasaban. Los tambores y los rostros glaciales la herían, pero una herida en mejor que el miedo, y Alice llevaba atemorizada mucho tiempo. Primero la asustó Illinois, luego fue Springfield, Massachusetts, después la Undécima Avenida, la Tercera Avenida, la avenida del Parque. Recientemente había comenzado a no sentirse segura en ninguna parte al sur de la calle Ciento diez, y la Quinta Avenida era para ella la más temible de todas. Allí era donde por las ventanillas de los automóviles asomaban hombres blancos mostrando, entre los dedos de la mano, billetes de dólar doblados. Donde los vendedores la tocaban, y sólo a ella, como si fuera parte de los artículos que habían accedido a venderle: era el juego obligado si la gerencia era lo bastante generosa para permitir que te probaras una blusa (pero no un sombrero) en una tienda. Era donde ella, una mujer de cincuenta años y económicamente independiente, no tenía apellido. Donde las mujeres que hablaban inglés decían: «No te sientes ahí, cariño, nunca se sabe lo que pueden tener.» Y las mujeres que no hablaban una palabra de inglés y nunca tendrían un par de medias de seda cambiaban de asiento si ella se sentaba a su lado en el tranvía.

Ahora, Quinta Avenida abajo y de acera a acera, avanzaba una oleada de fríos rostros negros, mudos y sin pestañear porque lo que ellos pretendían decir, pero no confiaban en si mismos para hacerlo, lo decían los tambores en su lugar, y

lo que ellos habían visto en sus propios ojos y a través de los ojos de otros los tambores lo describían a la perfección. La herida la había lastimado, pero el miedo, por fin, había desaparecido. La imagen de la Quinta Avenida estaba ahora clara en su mente e igualmente lo estaba la protección que le debía a la chiquilla, huérfana reciente, que tenía a su cargo.

A partir de entonces escondió el cabello de la chica peinándolo en trenzas dobladas y recogidas, no fuera que los hombres blancos lo viesan caer en cascada en torno a sus hombros y le tendieran los dedos envueltos en billetes de dólar. La instruyó acerca de la sordera y la ceguera, sobre cuán valiosas y necesarias eran en compañía de mujeres blancas, tanto si hablaban inglés y como si no, así como en presencia de sus hijos. Le enseñó cómo deslizarse pegada a la pared de las casas, cómo desaparecer en el quicio de las puertas, cómo cambiar de acera si en la esquina había aglomeraciones; cómo hacer lo que fuere, ir adonde fuere para eludir a cualquier muchacho blanco de más de once años de edad. Mucho de esto podía conseguirlo gracias a su forma de vestir, pero a medida que la chica creció hubo que adoptar medidas más complejas. Los zapatos de tacón alto con aquella graciosa tirita que rodeaba el tobillo, los sombreros de vampiresa ajustados a la cabeza y con alas que enmarcaban insolentemente el rostro, todo género de maquillaje, eran cosas prohibidas en casa de Alice Manfred. Especialmente los abrigos desabrochados y echados hacia la espalda, pero ceñidos al cuerpo como un albornoz o una toalla de baño, que daban a las mujeres que los llevaban aspecto de acabar de salir de la bañera y disponerse a meterse en la cama.

En secreto, Alice admiraba tanto aquellos abrigos como las mujeres que los lucían. Cosía forros de abrigos cuando tenía ganas de trabajar, y solía mirar dos veces por encima del hombro cuando las Gay Northeasters y las City Belles paseaban por la Séptima Avenida, tan hermosas eran. Pero Alice disimulaba este placer teñido de envidia y no dejó nunca que la chica notase hasta qué extremo admiraba aquellas prendas que en plena calle sugerían disposición para el lecho. Y confesó a las hermanas Miller, que cuidaban niños pequeños durante el día para madres que trabajaban fuera de casa, sus sentimientos. A ellas no era necesario convencerlas, puesto que llevaban doce años preparándose para el Día del Juicio y esperaban ya que su dulce alivio llegara de un momento a otro. Tenían listas de todos los restaurantes, casas de comidas y clubes que vendían bebidas alcohólicas y no desistieron de denunciar a propietarios y clientes a la policía hasta que descubrieron que tales noticias, en la Brigada del Vicio, no sólo representaban un fastidio, sino que eran superfluas.

Cuando Alice Manfred recogía a la chiquilla en casa de las hermanas Miller, a

última hora de los días en que era solicitada su destreza como costurera, las tres mujeres se sentaban en la cocina a murmurar y suspirar ante sendas tazas de Postum sobre los síntomas del Inminente Final tales como no ya tobillos, sino rodillas a la vista, rojo de labios comparable al fuego del infierno, cejas pintadas con fósforos quemados, uñas del color de la sangre; una ya no distinguía a las furcias de las madres de familia. Y los hombres, ya sabes, había que ver las cosas que no tenían reparo en decirle en voz alta a cualquier mujer que pasara por su lado, cosas que no podían ser repetidas en presencia de niños. No lo sabían con certeza, pero sospechaban que los bailes debían ser más que indecentes, porque la música se iba haciendo cada vez peor a medida que pasaban las estaciones en la espera de que el Señor tuviera a bien manifestarse. Las canciones que antes empezaban en la cabeza y llenaban el corazón habían caído ahora muy abajo, mucho, hasta zonas más allá del ceñidor o del cinturón de hebilla. Abajo y abajo, hasta que la música se hacía tan vil que te obligaba a cerrar las ventanas y soportar los sudores del verano, cuando los hombres, en mangas de camisa, se acodaban en los alféizares vecinos, o se agrupaban en los terrados, en las callejuelas y pasajes, en pórticos y verandas y en los apartamentos de amigos y parientes para tocar aquellas vilezas que señalaban el Inminente Final. O cuando una mujer con un bebé apoyado contra el hombro y una sartén en la mano cantaba: «Me vuelvo hacia la almohada donde mi dulce amado solía estar... hace tanto tiempo, tanto, tanto.» Porque la canción podías oírla por todas partes. Incluso si vivías, como Alice Manfred y las hermanas Miller, en Clifton Place, con un frondoso árbol de casi veinte metros de altura cada treinta metros, una calle tranquila con no menos de cinco automóviles estacionados junto a la acera; podías oírla, y no había error posible sobre el efecto que causaba en las niñas que tenían a su cuidado: enderezaban la cabeza y contoneaban las caderas, ridículas, sin forma aún.

Alice pensaba que aquella música deprimente (y en Illinois todavía era peor que ahí) guardaba relación con las silenciosas mujeres negras y los hombres que desfilaron por la Quinta Avenida para proclamar su ira por los doscientos muertos de East St. Louis, dos de los cuales eran su propia hermana y su cuñado, víctimas de los disturbios. Fueron tantos los blancos dedicados a matar que los periódicos ni siquiera publicaron su número.

Algunos comentaban que los sediciosos eran ex combatientes descontentos que habían servido en unidades donde no se tenía en cuenta el color de la piel, a quienes fueron negados los servicios de la Asociación de Jóvenes Cristianos, tanto allí como aquí, y que al volver a casa se encontraron con que la violencia blanca era más intensa aún que cuando se alistaron y, a diferencia de las batallas que libraron en Europa, la lucha en Estados Unidos era despiadada y totalmente desprovista de



honor. Otros dijeron que fueron los blancos aterrorizados por la marea de negros sureños que inundaban las ciudades buscando trabajo y lugares donde vivir. Unos pocos reflexionaron sobre ello y señalaron lo perfecto que había sido el control de los trabajadores, ninguno de los cuales (como los cangrejos en una barrica, que no requieren tapadera, ni obstáculos, ni siquiera vigilancia) escaparía, no del agujero del tonel sino del agujero del cañón.

Alice, sin embargo, creía conocer la verdad mejor que nadie. Su cuñado no era ex combatiente y había vivido en East St. Louis desde antes de la guerra. Tampoco necesitaba quitarle el trabajo a un blanco: era dueño de una sala de billar. De hecho, ni tan siquiera participó en la revuelta: no tenía armas, no se enfrentó a nadie en la calle. Fue arrojado de un tranvía y pisoteado hasta morir, y la hermana de Alice acababa de recibir la noticia y había regresado a casa y trataba de olvidar el calor de aquellas entrañas cuando su vivienda fue incendiada y ella murió carbonizada entre las llamas. Su única hija, una niña llamada Dorcas, que dormía al otro lado de la calle con su mejor amiga, no oyó que el coche de bomberos bajara por la calle, rugiendo y haciendo sonar la campana, porque cuando lo llamaron no acudió. Pero sí debió ver las llamas, debió necesariamente verlas porque la calle entera chillaba y vociferaba. Nunca lo dijo. Nunca dijo una palabra sobre ello. Asistió a dos entierros en cinco días, y nunca dijo nada.

Alice pensaba: No. No fueron la guerra ni los ex combatientes descontentos; no fue la incontenible muchedumbre de personas de color que acaparaba salarios e invadía las calles. Fue la música. La sucia, la degradante música que las mujeres cantaban y los hombres tocaban y con la que unas y otros bailaban, impudicamente juntos o separados y desenfrenados. Alice estaba convencida de ello, e igualmente lo estaban las hermanas Miller cuando suspiraban sobre sus tazas de Postum en la cocina. Aquella música te empujaba a hacer cosas descabelladas e imprudentes. Sólo escucharla equivalía a violar la ley.

Nada de ello hubo en el desfile de la Quinta Avenida. Únicamente los tambores y los Colored Boy Scouts que distribuían folletos explicativos a hombres blancos con sombrero de paja que necesitaban saber lo que los rostros glaciales ya sabían. Alice había atrapado un folleto que revoloteaba por el suelo, leyó el texto y, en la acera, trató de no perder el equilibrio. Leía aquellas palabras y miraba a Dorcas. Miraba a Dorcas y volvía a leer las palabras. Lo que leía parecía disparatado, incongruente. Un gran abismo se abría entre el texto y la niña. Miraba uno, miraba a la otra, y se esforzaba por hallar la conexión, algo que acortara la distancia entre aquella chiquilla silenciosa y las marrulleras y disparatadas palabras. Entonces, de súbito, como una soga lanzada para rescatarla, los tambores cubrieron la distancia,

uniéndolos y conectándolos a todos: Alice, Dorcas, su hermana y su cuñado, los Boy Scouts y las congeladas caras negras, los espectadores de la calle y los que observaban desde lo alto de las ventanas.

Alice llevó aquella soga que lo amarraba todo siempre consigo, desde aquel día en la Quinta Avenida, y la consideraba innegablemente fuerte y segura... la mayoría de las veces. Excepto cuando los hombres se sentaban ante la ventana para tocar sus instrumentos de viento y la mujeres musitaban «hace tanto tiempo, tanto, tanto». Entonces la soga se rompía, alterando su paz, volviéndola consciente de la presencia de la carne y de algo tan licencioso que podía percibir su olor a sangre; la volvía consciente de la vida que tenía más abajo de la cintura, así como del rojo de sus labios. Sabía por los sermones religiosos, y también por ciertos editoriales de prensa, que aquello no era auténtica música: tonterías propias de la gente de color; nocivas, ciertamente; embarazosas, por descontento; pero no cosas genuinas, no cosas serias.

No obstante, Alice juraba que oía en aquellos acordes una cólera compleja, algo hostil que se disfrazaba de florida y estrepitosa seducción. Pero la parte que odiaba más era su apetito. Sus ansias de golpes, de cuchilladas; una especie de hambre insensata de pelea, o la avidez por un rubí rojo en el alfiler de corbata: ambas cosas servían. Simulaba la felicidad, simulaba una bienvenida, pero a ella no la hacía sentirse generosa aquella música propia de sucios antros de baile, de miserables bares clandestinos, de cabarets baratos. La inducía a cerrar el puño dentro del bolsillo de su delantal para no estrellarlo contra el panel de vidrio y agarrar el mundo del otro lado y exprimir de él la vida por lo que le había hecho y hecho y hecho a ella y a todas las demás personas que conocía o de las que sabía algo. Mejor era cerrar las ventanas y los postigos, sudar en el calor veraniego de un silencioso apartamento de Clifton Place que arriesgarse a tener una ventana rota o a lanzar un aullido que quizá no sabría ni cómo interrumpir.

Yo la he visto, pasando ante un café o una ventana sin cortinas cuando alguna que otra frase («pégame pero no me dejes») se filtraba al exterior, y observaba su forma de tender una mano en busca de la fuerte soga que lo amarraba todo, la soga salvadora que le lanzaron ocho años antes en la Quinta Avenida, y cerrar la otra mano en un puño que escondía en el bolsillo del abrigo. Ignoro cómo lo conseguía: mantener el equilibrio con dos gestos tan diferentes de las manos. Pero no estaba sola en el intento, ni lo estaba en el fracaso. Era imposible mantener los tambores de la Quinta Avenida separados de aquellas tonadas que apuntaban más abajo de la cintura, surgidas de las vibrantes teclas de los pianos y de los discos que giraban en las gramolas. Imposible. Algunas noches son silenciosas; ningún

motor de automóvil funciona en lo que alcanza el oído; no hay borrachos ni bebés inquietos que lloren llamando a sus madres, y Alice abre cualquier ventana que se le antoje y no oye absolutamente nada.

Sorprendida ante esa noche totalmente silenciosa podría volverse a la cama, pero tan pronto como gire la almohada para encontrar su lado más fresco y liso, una frase melódica de no recuerda dónde suena por sí sola, estridente, sin que nadie se lo haya pedido, dentro de su cabeza: «Cuando ya era joven y estaba en lo mejor de la vida podía tener mi barbacoa a toda hora.» Palabras de una atolondrada glotonería, disolutas e irritantes, pero difíciles de desechar porque debajo, alzando la libertad como una palma, están los tambores que centraron sobre la Quinta Avenida su atención.

Su sobrina, por supuesto, no tenía el mismo problema. Alice la habla estado reeducando y corrigiendo desde el verano de 1917, y aunque el primer recuerdo de su llegada desde East St. Louis era el desfile a que su tía la llevó, una especie de gran cortejo funerario para su madre y su padre, Dorcas lo recordaba de forma diferente. Mientras que su tía se preocupaba sobre cómo conservar el corazón ignorante de las caderas y la cabeza gobernándolo todo, Dorcas se tendía sobre una colcha de felpilla, dichosa, deleitándose en saber que no había un lugar donde nadie, muy cerca, no estuviera lamiendo su bastón de regaliz, acariciando las teclas, batiendo sus parches, soplando en su trompeta mientras una mujer maliciosa cantaba nadie me va a sujetar, tú tienes la llave apropiada, niño, pero no la cerradura que corresponde, tienes que tenerla, trae la llave y métela aquí; si no, lo lamentarás.

Resistiéndose a la protección y a las manos represoras de su tía, Dorcas consideraba aquella vida-por-debajo-de-la-cintura como la única vida existente. Los tambores que escuchó en el desfile fueron sólo la primera parte, la primera palabra de un mandato. Para ella los tambores no fueron una soga de confraternidad, disciplina y trascendencia que lo abrazaba todo. Los recordaba como un comienzo, el principio de algo que ella se cuidaría de completar.

Allá en East St. Louis, cuando el pequeño porche se derrumbó, astillas de madera, ardientes y humeantes, estallaron por los aires. Una de ellas debió de introducirse entre sus mudos y prietos labios y descender por su garganta, pues continuaba allí humeando y ardiendo. Dorcas no la dejó nunca salir ni tampoco la dejó apagar. Al principio pensó que si hablaba de ella la astilla la abandonaría, quizás escaparía por su boca. Y cuando su tía la llevó en tren a la ciudad y estrechó fuertemente su mano mientras ambas presenciaban un largo desfile, el ardiente

trocito de madera penetró más y más abajo hasta alojarse confortablemente en algún lugar más allá de su ombligo. Ella contempló a los hombres negros que no pestañeaban, y los tambores le aseguraron que aquel ardor nunca la abandonaría, que estaría siempre con ella a la espera de cualquier momento en que deseara sentir su presencia. Y cuando quisiera dejarlo libre para que de golpe se inflamase de nuevo, cualquier cosa que ocurriera sería instantánea. Como con las muñecas.

Debieron de consumirse rápidamente. Eran de madera, a fin de cuentas, metidas en una caja de puros también de madera. La falda roja de papel de seda de Rochelle, enseguida. Ssst, como un fósforo; y luego la de seda auténtica, azul, de Bernardine, y la capa de algodón blanco de Faye. El fuego les habría comido las piernas, ennegreciéndolas primero con su aliento caliente; y sus redondos ojos, con las finas pestañas y las cejas que ella les había pintado con tanto cuidado, se habrían visto a sí mismos desaparecer. Dorcas evitaba pensar en el gran ataúd colocado tan cerca, allí enfrente, sólo unos pocos metros a su izquierda, y en el olor a medicina de su tía Alice, sentada a su lado, para concentrarse en Rochelle y Bernardine y Faye, que no tendrían entierro ni funeral de ninguna clase. Esto la hizo audaz. Incluso a los nueve años, alumna de la escuela elemental, era atrevida. Por muy apretadas y recogidas que llevara las trenzas, por muy feas que fueran las botas que cubrían unos tobillos que otras niñas exhibían en sus zapatitos de estilo Oxford, por muy negras y gruesas que fueran sus medias, nada lograba ocultar el descaro que se cimbreaba debajo de su falda aunque ésta pareciese de hierro. No lo enmascaraban las gafas, ni lo cubrían los granos de su cutis, causados por el duro jabón de color marrón y una dieta poco equilibrada.

Cuando era pequeña y Alice Manfred accedía a trabajar de costurera durante uno o dos meses, a Dorcas la vigilaban después de la escuela las hermanas Miller. Con frecuencia había cuatro niños más, en ocasiones sólo uno. Jugaban apaciblemente, confinados en una pequeña zona del comedor de la casa. La hermana que tenía dos brazos, Frances Miller, les daba de merendar pan con mermelada de manzana; la que tenía un solo brazo, Neola, les leía salmos. La estricta disciplina se aligeraba algo cuando Frances dormitaba en la mesa de la cocina. Entonces Neola solía cansarse del desgaste que los versos producían en su voz y seleccionaba a uno de los niños para que encendiese un fósforo y, con éste, su cigarrillo. No fumaba más de tres bocanadas, pero algo en aquel gesto removía en su interior un mecanismo extraño que la incitaba a contar a sus pupilos historias ejemplares. No obstante, sus ejemplos del beneficio que comporta la buena conducta se desplomaban ante la excitación del pecado que pretendían condenar.

Si el mensaje que contenía sus enseñanzas fracasaba, era porque una semana

después de haber colocado el anillo de compromiso en el dedo de Neola, el hombre que muy pronto iba a contraer matrimonio con ella huyó del lugar. El dolor de aquel desaire era visible, pues apoyada sobre el corazón, cerrada como una concha, estaba la mano en que él puso el anillo. Como si retuviera los fragmentos de su corazón roto en el hueco de un brazo congelado. Ninguna otra parte de su persona resultó afectada por aquella parálisis. Su mano derecha, la que volvía las finísimas páginas del Antiguo Testamento o acercaba el cigarrillo Old Gold a los labios, era firme y correcta. Pero las historias de ruina moral, del daño que los malos causaban a los buenos, que contaba a los niños, se hacían más punzantes debido a aquel engranaje entre brazo y pecho. Les contó cómo había aconsejado personalmente a una amiga que se respetara a si misma y dejara al hombre que no era bueno con (o para) ella. La amiga le hizo finalmente caso, pero a los dos días, ¡dos!, volvió directa a él, Dios nos ayude a todos, y Neola no le dirigió nunca más la palabra. Les habló de una chica muy joven, no mayor de catorce años, que había abandonado familia y amigos para recorrer penosamente más de seiscientos kilómetros en pos de un muchacho que se alistó en el ejército y partió sin ella, y la desdichada se entregó a una vida completamente disoluta en un campamento militar. Podían ver, por lo tanto, ¿verdad?, cuál era el poder del pecado si lo acompañaba un escaso entendimiento. Los niños se rascaban las rodillas y movían afirmativamente la cabeza, pero Dorcas, por lo menos, estaba encantada por la débil y blanda tendencia de la carne y por aquel Paraíso que podía hacer que una mujer volviera directa a su hombre a los dos días, ¡dos!, o que una chiquilla de catorce años emprendiera un viaje de seiscientos kilómetros hacia un campamento militar o que el brazo de Neola se doblara para retener mejor en la mano los pedazos de su corazón roto. El Paraíso. Todo por el Paraíso.

Por la época en que tenía diecisiete años, su vida era insoportable. Y cuando pienso en ello comprendo bien cómo se sentía. Es terrible que no haya absolutamente nada que hacer, nada que merezca la pena hacer excepto acostarse y confiar en que cuando estás desnudo ella no se burle de ti. O que él, sosteniendo tus pechos, no vaya a desear que tengan otra forma. Terrible, pero vale la pena correr el riesgo, porque no hay otras cosas que hacer, aunque tú, con diecisiete años crees que sí y las haces. Estudias, trabajas, memorizas. Hincas los dientes en la comida y en la reputación de tus amigas. Te ríes de las cosas que están como deben estar y de las que están cabeza abajo: poco importa, puesto que no haces lo que sí vale la pena hacer, que es acostarse en alguna parte en un lugar mal iluminado, presa entre unos brazos y sustentada por el núcleo del mundo.

Piensa cómo es, si puedes, simplemente llegar a hacerlo. La naturaleza, entonces, se enloquece por ti. Se convierte en cobijo, te ofrece caminos recoletos.

Almohadas para dos. Extiende las ramas de las matas de lilas lo bastante bajas para ocultarte. Y la Ciudad, a su manera, se encoge para ti, coopera, alisa la acera de sus calles, rectifica los bordillos, te ofrece melones y verdes manzanas en el puesto de fruta de la esquina. Percheros llenos de bufandas amarillas; ristras de abalorios egipcios. El pollo frito a la manera de Kansas y algo que tiene uvas pasas atrae tu atención hacia una ventana abierta donde el aroma parece acecharte. Y si esto no es suficiente, las puertas de los bares clandestinos están entreabiertas y en aquel rincón oscuro y fresco un clarinetista tose y se aclara la garganta esperando a que la mujer decida cuál será el tono. La mujer toma la decisión y cuando tú pasas informa a tu espalda de que ella es el angelito de papá. La Ciudad es sagaz para estas cosas: aromática y buena y en apariencia descuidada; sagaz para enviar mensajes secretos disfrazados de avisos públicos: dirección única, abrir aquí, peligro por alquilar personas de color únicamente hombres solos en venta se necesita mujer paso particular alto cuidado con el perro plazos sin entrada pollo fresco entrega rápida sin recargo. Y buena para abrir cerraduras, oscurecer escaleras. Para cubrir tu gemidos con los suyos.

Hubo una noche, cuando tenía dieciséis años, en que Dorcas enderezó su cuerpo y lo ofreció a uno de los dos hermanos para bailar. Ambos chicos eran más bajos que ella, pero igualmente atractivos. Más aún, su dominio del baile era tan superior al de la mayoría que cuando querían una competencia fuerte estaban obligados a bailar entre ellos. Escapar a aquella fiesta con Felice, su mejor amiga, habría sido normalmente muy difícil de organizar, pero Alice Manfred tenía asuntos que resolver en Springfield que la retendrían allí toda la noche, y la cosa no pudo resultar más simple. La única complicación residía en encontrar algo atractivo que ponerse.

Las dos amigas suben por la escalera, guiadas directamente hasta el lugar adecuado más por las notas del piano que se oyen a través de la puerta que porque recuerden el número del apartamento. Se detienen e intercambian miradas antes de llamar. Incluso a la escasa luz del pasillo, la amiga de piel oscura realza el color crema de la otra. El cabello graso de Felice mejora la apariencia de las ondas suaves y secas del de Dorcas. La puerta se abre, y entran.

Antes de que las luces se apaguen, y antes de que los sándwiches y los licores con soda hayan desaparecido, quien se ocupa del tocadiscos elige música rápida, apropiada a la brillante iluminación de la sala, en la cual los muebles que podrían estorbar han sido arrimados a las paredes o empujados al pasillo, mientras que en los dormitorios se han amontonado los abrigos. Bajo la lámpara del techo, las parejas se mueven como gemelos nacidos uno con (o para) el otro, compartiendo el

pulso del compañero o compañera como una segunda yugular. Creen conocer antes que la música misma lo que sus manos, sus pies van a hacer, pero esta ilusión es en realidad el impulso secreto de la música: el control que los engaña haciéndoles creer que surge de ellos; la anticipación que aquélla anticipa. Entre disco y disco, mientras las chicas se abanicaban en el cuello de la blusa para refrescar las húmedas clavículas o reparan con toquecitos de sus manos ansiosas los desperfectos que el sudor haya causado en sus cabellos, los chicos se acarician la frente con pañuelos doblados. Las risas cubren indiscretas miradas de bienvenida y promesa, y liman el filo de gestos de seducción y abandono.

Dorcas y Felice no se sienten extrañas en la reunión; nadie se siente así. Personas que nunca se han visto unas a otras se suman a la diversión con tanta facilidad como las que han crecido conviviendo en el mismo edificio. Pero las dos chicas alimentan esperanzas que han aumentado por los esfuerzos que les ha costado preparar sus respectivos atuendos para la escapada. Dorcas, a los dieciséis años, todavía no lleva medias de seda y sus zapatos son propios o de alguien mucho más joven o de una vieja. Felice se ha soltado las dos trenzas detrás de las orejas y tiene la punta de un dedo manchada del carmín que se ha extendido por los labios. Con el cuello vuelto hacia dentro, su vestido tiene un aire más o menos adulto, pero la mano dura de una persona mayor proclive a las amonestaciones se nota en todo lo demás: en el borde de la falda, en el cinturón centrado en la cintura, en las manguitas abombadas. Tanto Dorcas como Felice han intentado quitar los cinturones de su sitio y volverlos a colocar a la altura del ombligo. La estrategia ha dado un resultado abominable. Ambas muchachas saben que un cuerpo mal vestido te hace no ser nadie, y Felice ha tenido que parlotear soltando un cumplido tras otro mientras caminaban por la Séptima Avenida para conseguir que Dorcas se olvidara de sus ropas y se concentrara en la fiesta.

La música se remonta hasta el techo y sale por las ventanas, abiertas de par en par para facilitar la ventilación, cuando las dos chicas entran. Inmediatamente, ambas son arrebatadas por manos masculinas y conducidas entre giros al centro de la zona de baile. Dorcas reconoce en su pareja a Martín, quien había estado en su clase de declamación durante un tenso minuto, que fue lo que el profesor tardó en convencerse de que nunca renunciaría a decir «poblema» en lugar de «problema». Dorcas baila bien; no tan deprisa como otras, pero es graciosa, a despecho de aquellos vergonzosos zapatos, y muy provocativa.

Es al cabo de dos bailes más cuando descubre a los hermanos que acaparan la atención de un grupo en el comedor. Lo mismo en la calle, en los portales que en las fiestas particulares, son espectaculares, se mueven como la seda tensa, como el

metal fundido. El vuelco del corazón que Dorcas y Felice han convenido que representa la señal del verdadero interés y del posible amor surge de pronto y la sensación aumenta mientras Dorcas observa a los hermanos. Los sándwiches ya se han acabado, la ensalada de patata también, y todos saben que el momento de la música con las luces apagadas se aproxima. La increíble agilidad, el sentido del ritmo llevado hasta la fracción de segundo que los hermanos exhiben anuncia la culminación de la parte de baile rápido de la fiesta.

Dorcas se encamina al pasillo paralelo a la sala de estar y al comedor. Desde sus sombras, a través de la arcada, goza de una vista magnífica de los hermanos cuando alcanzan el excitante final de su actuación. Riendo, aceptan los elogios que les prodigan: miradas de adoración de las muchachas, palmadas y codazos de aprobación de los chicos. Tienen rostros maravillosos, los dos. Sus sonrisas, más que una muestra de dientes impecables, son divertidas y tentadoras. Alguien está manipulando la gramola: coloca el brazo sobre el disco, lo raya, vuelve a intentarlo, luego cambia el disco por otro. Durante el intervalo de silencio, los hermanos se fijan en Dorcas. Más alta que la mayoría de las chicas presentes, ella los mira por encima de la cabeza de su amiga de piel oscura. Los ojos de los hermanos se le antojan grandes y hospitalarios. Avanza desde las sombras y se desliza a través del grupo. Los hermanos exhiben sus sonrisas de alto voltaje. El disco adecuado está ya sobre el plato giratorio; ella oye el siseo preparatorio mientras la aguja corre en busca del primer surco. Los hermanos sonrían con aire deslumbrante; uno se inclina apenas hacia el otro y, sin perder el contacto visual con Dorcas, murmura algo. El otro examina a Dorcas de pies a cabeza mientras ella avanza hacia ellos. Entonces, justamente cuando la música, lenta y neblinosa, llena pesadamente el aire, sin perder la brillantez de su sonrisa, él frunce la nariz, da media vuelta y se aleja.

Dorcas ha sido aceptada, evaluada y descartada en el lapso que necesita la aguja de una gramola para encontrar el surco inicial del disco. Los brincos del corazón que indican un posible amor no son nada comparados con los témpanos de hielo que ahora taponan sus venas. El cuero en que habita es indigno. Aunque es joven y tiene todo lo que tiene, se ha podrido justo en el momento de florecer. No es raro que Neola doblara el brazo para retener con la mano los fragmentos de su corazón roto.

Es por eso que el día en que Joe Trace le susurró unas palabras a través de la rendija de una puerta que se cerraba, su vida se había hecho casi insoportable. Casi. La carne, rudamente desdeñada por los hermanos, mantenía secreta el hambre de amor que crecía con desmesura dentro de ella. Yo he visto peces hinchados, serenamente ciegos, flotar en el cielo. Sin ojos, pero dirigidas de una u otra forma,



esas aeronaves nadan bajo una espuma de nubes y nadie puede apartar la vista de ellas porque mirarlas es como presenciar un sueño íntimo y confidencial. Así era su hambre: fascinante, dirigida, flotando como un secreto público un poco por debajo de la capa de nubes. Alice Manfred había trabajado duramente para monopolizar a su sobrina, pero no podía competir con una Ciudad rebotante de una música que suplicaba y exigía día sí y día también. «Ven», decía. «Ven y obra mal.» Incluso las abuelas que barrían las escaleras cerraban los ojos y echaban la cabeza atrás mientras celebraban su dulce aflicción. «Nadie me hace lo que me haces tú.» En el curso del año que transcurriría entre el rechazo de los hermanos bailarines y la reunión del club de Alice Manfred, el yugo que Alice había colocado al cuello de Dorcas se desgastó hasta partirse.

Al margen de las componentes del club, muy pocas personas supieron dónde la había conocido Joe Trace. No en el puesto de golosinas de Duggie, donde la vio por primera vez y se preguntó si no sería aquello, los caramelos de menta que compraba, lo que estropeaba su cutis, fino y cremoso en todas partes excepto en sus mejillas. Joe conoció a Dorcas en casa de Alice Manfred exactamente delante de sus narices y frente a sus propios ojos)

Él había ido a entregar un pedido a Sheila, prima de Malvonne Edwards, quien dijo que si Joe acudía al 237 de Clifton Place antes de mediodía podría servirle el pedido, el Nut Brown n.º 2 y la crema base, allí mismo, y ella no tendría que esperar hasta el sábado siguiente o hacer todo el camino de noche hasta Lenox para recogerlo, salvo, naturalmente, que él quisiera ir al lugar donde trabajaba...

Joe había decidido que esperarla hasta el sábado siguiente porque no cobrar el dólar y treinta y cinco centavos no iba a arruinarle. Pero después de haber salido de casa de la señorita Ransom y pasado media hora viendo a Bud y a C.T. insultarse uno a otro mientras jugaban a las damas, decidió liquidar el asunto de Sheila inmediatamente y dar por terminada la jornada. Sentía cierta acidez de estómago y los pies empezaban a dolerle. No quería verse sorprendido por la lluvia, una lluvia que habla amenazado con caer durante toda aquella cálida mañana de octubre mientras anotaba o entregaba pedidos. Y a pesar de que regresar a casa temprano representaba prolongar la compañía de una Violet que no hablaba, mientras él forcejeaba con el sifón del lavabo o la polea que traía el tendedero de ropa a su lado del edificio, también suponía que aquel sábado comería temprano y satisfactoriamente: verduras de fines de verano cocidas con el hueso del jamón sobrante del domingo anterior. Joe esperaba con gusto las comidas del sábado, que eran magras y frugales, pero detestaba la del domingo: jamón cocido, seguido de un pastel pesado y dulzón. El empeño de Violet de recuperar un trasero como el que

juraba que había tenido a él le estaba matando.

En otros tiempos, Joe se jactaba de lo bien que cocinaba ella. No veía la hora de volver a casa y devorar los manjares. Pero ahora tenía cincuenta años y los apetitos cambian, ya se sabe. Todavía le gustaban las golosinas, los caramelos duros y las bolas ácidas eran sus favoritos. Si Violet se hubiera limitado a sopas y verduras hervidas (con un poco de pan para acompañar), él hubiera quedado perfectamente satisfecho.

En esto iba pensando cuando encontró el número 237 y subió la escalera. La discusión entre C.T. y Bud a propósito del hado incierto del buque *Ethiopia* había sido demasiado buena, demasiado divertida: les había escuchado más tiempo del que pensaba, porque era bastante después de mediodía cuando llegó allí. A través de la puerta se oía rumor de voces femeninas. Joe, de todos modos, llamó.

La chica de los caramelos de menta y el cutis estropeado abrió la puerta, y mientras él estaba contándole quién era y a qué venía, Sheila asomó la cabeza al vestíbulo y exclamó:

—¡Joe Trace! ¡Sorpréndeme por una vez!

Él sonrió y traspuso el umbral de la puerta. Se quedó parado, conservando la sonrisa, pero no abrió ni soltó el muestrario hasta que la dueña de la casa, Alice Manfred, acudió y le dijo que pasara al salón.

Las excitó mucho que él interrumpiese su reunión. Se trataba de un almuerzo de trabajo de las Civic Daughters para planificar la recaudación de fondos con motivo del Día de Acción de Gracias y en beneficio de la National Negro Business League. Habían ya resuelto lo que podían resolver, contabilizado lo que tenían que contabilizar e iniciado el almuerzo de pollo *à la king* que había costado a Alice los mayores esfuerzos. Complacidas, dichosas incluso con su trabajo y con la compañía mutua, no se les ocurrió que les faltara nada hasta que Alice envió a Dorcas a atender al timbre de la puerta, y Sheila, recordando lo que le había dicho a Joe, se levantó de un salto al oír una voz masculina.

Le convirtieron de inmediato en protagonista. Le hicieron sentirse uno de aquellos petimetres que se arracimaban indolentes en las esquinas luciendo corbatas a juego con los pañuelos que asomaban por el bolsillo superior de sus chaquetas; como los gallos jóvenes que se quedan quietos sin hacer caso a las gallinas que los están esperando. Bajo las apreciativas y coquetas miradas de las

mujeres, Joe se deshacía en sonrisas de placer.

Ellas reían, tamborileaban sobre el mantel con las puntas de los dedos y empezaron a provocarle, zaherirle y adorarle, todo a la vez. Le confesaron el especial efecto que les producían los hombres altos como él, se quejaron de su impuntualidad, de su informalidad; le preguntaron qué más tenía en su muestrario que tanto había alborotado a Sheila. Decían sorprenderse de que nunca llamara a sus puertas o subiera cuatro tramos dobles de escaleras para entregarles a ellas un pedido. Mezclaron cumplidos con denuestos, y sólo Alice se limitó a una sonrisa difusa, a una inexpresiva mirada, y no sumó a los comentarios ninguna apreciación propia.

Por supuesto, él se quedó a almorzar. Por supuesto. Aunque procuró no comer apenas y reservar el apetito para las verduras de finales de verano que tenía la certeza de que estarían cociéndose en el puchero, allá en su casa. Pero las mujeres le embromaban y le miraban de hito en hito, reflexionando en voz alta sobre sus ojos de dos colores. Le ordenaron:

—Ven acá, hombre, y siéntate. Sírvete un plato. Deja que te lo sirva yo.

Él protestó; ellas insistieron. Él abrió finalmente su muestrario; ellas se ofrecieron a comprárselo todo.

—Come, niño, come —decían—. No pensarás salir, con el tiempo que hace, y exponerte a una pulmonía sin algo que te dé fuerzas; no tiene sentido con todo lo que tenemos aquí. Dorcas, hija, tráele un plato a este hombre, que yo se lo llenaré, ¿oyes? Calma, Sheila.

La mayoría eran mujeres de su edad, con maridos, hijos y hasta nietos. Grandes trabajadoras para sí mismas y para quienquiera que necesitase de ellas. Consideraban que los hombres eran ridículos y deliciosos y terribles, y aprovechaban cualquier ocasión para hacerles saber que lo eran. Formando grupo, como entonces, podían hacer con impunidad cosas que se cuidarían mucho de hacer estando a solas con un hombre, fuera quien fuese, desconocido o amigo, que llamara a su puerta con una caja de muestras en la mano, por muy alto que fuera, por muy rústica que fuera su sonrisa, por mucha tristeza que hubiera en sus ojos. Además, les gustaba su voz. Tenía un timbre, una nota que únicamente oían cuando visitaban a los viejos parientes obstinados que no habían traspuesto al fin la verja de su granja y abandonado las exhaustas tierras para emigrar a la ciudad. Les recordaba a aquellos hombres que se encasquetaban el sombrero para arar el campo

y no se lo quitaban ni para engullir la cena; que soplaban en los pocillos de café y sostenían el cuchillo en el puño mientras comían. Así que le miraban de frente y le decían de todas las maneras posibles cuán ridículo era, cuán delicioso y cuán terrible. Como si él no lo supiera.

Joe Trace contaba con las mujeres coquetas y de risa fácil para que le comprasen sus artículos, pero era lo bastante cauto como para no liarse con ninguna de ellas. No, si quería estar en condiciones de inclinarse sobre una mesa de billar para jugar unas tacadas exponiendo la espalda a los maridos de sus clientas. Sin embargo, aquel día, en casa de Alice Manfred, mientras escuchaba y devolvía sus chanzas, algo en el toma y daca verbal adquirió un insólito peso.

Yo he reflexionado mucho sobre ello. Sobre lo que él pensaría entonces y después, y sobre lo que le dijo a ella. Susurró algo a Dorcas cuando ésta le acompañó a la puerta, y nadie parecía más complacido y sorprendido que él.

Si no recuerdo mal, en aquel almuerzo del mes de octubre en casa de Alice Manfred algo estuvo fuera de lugar. Alice se mostraba distraída, y cualquiera que hubiese pasado en su compañía treinta minutos sabía que aquél no era su estilo. Ella era el tipo de persona que con una simple mirada puede reducir el chismorreo a una risita disimulada cuando se sale de madre. Y quizás era su mentalidad de costurera lo que hacía que lo que tú considerabas un vestido bonito y alegre se volviera frívolo y chillón junto al suyo. Pero podía poner una mesa. Quizá la comida fuera un poco escasa en lo que concierne a porciones, y creo que tenía algún prejuicio en contra de la mantequilla, tan poca era la que usaba en sus pasteles, aunque los bizcochos le salían ligeros y su vajilla y sus cubiertos resplandecían y estaban perfectamente colocados. Desplegabas las servilletas en toda su anchura y no encontrabas ni rastro de taras o manchas. En aquel almuerzo se comportó educadamente, por descontado; ni altiva ni distante, a pesar de que parecía no prestar demasiada atención a las cosas. Estaba distraída: por culpas de Dorcas, probablemente.

Yo siempre creí que aquella chica era un saco lleno de embustes. Por su manera de andar adivinaba una que su ropa interior no era la que correspondía a sus pocos años, aunque el vestido sí fuera adecuado. Puede que aquel mes de octubre Alice empezase también a pensar lo mismo. Cuando llegó enero ya nadie tenía que especular: todo el mundo lo sabía. Me pregunto si tendría alguna premonición de que Joe llamaría a su puerta. O quién sabe si fue algo que leyó en todos aquellos periódicos que apilaba cuidadosamente a lo largo del zócalo de su dormitorio.

Todos necesitamos muchos periódicos: para desplegar un par de hojas y pelar patatas encima, para atender a las necesidades del cuarto de baño, para envolver basuras. Pero no como Alice Manfred. Ella debía leerlos y releerlos varias veces, pues, si no, ¿para qué los guardaba? Y si resulta que leía algo en el periódico un par de veces sabía demasiado poco sobre demasiadas cosas. Si tienes secretos que quieres guardar, o si pretendes deducir cuáles son los que tienen otras personas, un periódico puede trastornarte la mente. Lo mejor para averiguar lo que pasa es observar cómo se comporta la gente en la calle. ¿Cuáles son los predicadores ambulantes que les hacen detenerse en su camino? ¿Avanzan sin titubear entre los chicos que en la acera juegan al fútbol con latas vacías o los regañan para que dejen de hacerlo? ¿Ignoran a los hombres sentados en los guardabarros de los coches o se paran a cambiar unas palabras con ellos? Si estalla una disputa entre un hombre y una mujer, ¿cruzan la calle en mitad de la manzana para presenciarla de cerca o corren hacia la esquina por si acaso se complica el asunto?

Una cosa es segura: las calles te confundirán, te instruirán o te partirán la cabeza. Pero Alice Manfred no era de la clase de personas que encuentran razones para andar por las calles. Las recorría tan deprisa como podía para regresar a casa. Si hubiese salido con más frecuencia, si se hubiera sentado de vez en cuando un rato en el portal o chismorreando frente al salón de belleza, habría sabido bastante más de lo que decía el periódico. Pudo haberse enterado de lo que ocurría delante de sus narices. Cuando al fin descubrió lo que había sucedido entre aquel día de octubre y el atroz día de enero en que terminó todo, la última persona del mundo a quien hubiera deseado ver era a Joe Trace o a cualquier otra relacionada con él. Ocurrió, sin embargo. La mujer que evitaba las calles introdujo en su sala de estar a la mujer que se había sentado en mitad de una de ellas.

Hacia finales de marzo, Alice Manfred dejó a un lado sus agujas para reflexionar de nuevo sobre lo que ella llamaba la impunidad del hombre que había matado a su sobrina simplemente porque podía. No habla sido difícil hacerlo; ni siquiera se habla parado a pensar dos veces en el riesgo que estaba afrontando. Lo hizo, y basta. Un hombre. Una chiquilla indefensa. La muerte. Un corredor de productos de perfumería. Un hombre agradable, sociable, el buen vecino a quien conocían todos. El tipo de hombre al que permites la entrada en tu casa porque no es peligroso, porque le has visto con niños, has comprado sus productos y nunca has oído ni el más mínimo chisme sobre su comportamiento. Te has sentido no sólo segura sino a gusto en su compañía porque era uno de esos hombres a quien piden socorro las mujeres cuando piensan que alguien las está siguiendo, u observando, o a quien recurren si necesitan que una persona tenga una llave extra de su puerta por si un día, en un descuido, la cierran y se quedan fuera. Era el hombre que te

acompañaba hasta tu casa si perdías el tranvía y hablas de caminar por las oscuras calles en plena noche. Que advertía a las jovencitas que se alejaban de las tabernas de mala nota y de los sujetos que deambulaban por sus alrededores. Las mujeres bromeaban con él porque confiaban en él. Pudo haber sido uno de aquellos hombres que desfilaban por la Quinta Avenida, fríos, silenciosos, dignos, cubriendo el espacio que abrían los tambores. Él distinguía entre el bien y el mal, y a pesar de todo lo hizo.

Alice Manfred habla visto y soportado mucho, había pasado miedo en todo el país, en cada calle. Sin embargo, sólo ahora se sentía verdaderamente insegura, porque los hombres embrutecidos y sus brutales mujeres no estaban ya simplemente allá fuera: estaban en su manzana, en su casa. Un hombre habla venido a su sala de estar y destruido a su sobrina. Su esposa había asistido al entierro para ofenderla y deshonrarla. Ella habría lanzado a la policía en pos de ambos si todo lo que sabía sobre la vida de los negros hubiera hecho remotamente posible considerarlo útil. Resolver a fin de cuentas por voluntad propia hablar con uno, blanco o negro, recibirle en su casa, verle ajustar las nalgas al asiento del sillón para acomodar aquel hierro de brillo azulado que hacia de él un hombre...

Ociosa y retirada en su pena y su vergüenza, consumía lentamente los días haciendo labores por nada, leyendo sus periódicos, arrojándolos al suelo, recogiénolos de nuevo. Ahora los leía de forma distinta. Cada semana desde la muerte de Dorcas, durante los meses de enero y febrero, algún periódico mostraba al desnudo los huesos de una mujer degradada. Un hombre mata a su esposa. Absueltos ocho acusados de violación. Madre e hija víctimas de... Una mujer se suicida. Procesados asaltantes blancos. Cinco mujeres detenidas. Una mujer declara que su hombre la apaliza. En un acceso de celos, un hombre...

Como animalitos indefensos, pensaba. ¿O no era así? Leídas atentamente, las noticias revelaban que la mayoría de aquellas mujeres, humilladas y mancilladas, no habían estado indefensas. Ni fueron, como Dorcas, presas fáciles. Por todo el país, las mujeres negras estaban armadas. Aquello, pensó Alice, aquello, por lo menos, si lo habían aprendido. ¿Acaso no es cieno que todo en esta tierra de Dios posee o ha adquirido un medio de defensa? La velocidad, un veneno en las hojas, o en la lengua, o en la cola. Un disfraz, el vuelo, millones de seres que engendran cada uno otros tantos millones de seres. Un aguijón aquí, una espina allá.

¿Presas naturales? ¿Botín fácil?

—No lo creo. —Lo dijo en voz alta—. No creo que sea así.

Había terminado de reforzar los puntos más gastados de la ropa blanca con hilo resistente. La ropa, lavada y plegada, estaba en una cesta que ya había usado su madre. Alice plantó la tabla de planchar y extendió debajo unos papeles de periódico para que no se ensuciaran de polvo los dobladillos que colgaran. Se hallaba a la espera, no sólo de que se calentaran las planchas, sino de la llegada de una mujer negra como el hollín de la que se sabía que llevaba encima un cuchillo. Esperaba con menos titubeos de los que antes tuvo y sin ninguno de los alarmantes accesos de ira que la invadieron en enero cuando una mujer, diciendo que era Violet Trace, trató de verla, de hablar con ella o de lo que fuera. Llamó a su puerta por la mañana, tan temprano que Alice pensó que sería la policía.

—No tengo nada que decirle a usted. Absolutamente nada.

Había hablado en un sonoro murmullo por la rendija de la puerta, entreabierta y bloqueada por la cadena, que volvió a cerrar de golpe. No necesitaba conocer su nombre para atemorizarse ni para saber quién era: la estrella del entierro de su sobrina. La mujer que arruinó la ceremonia fúnebre, cambió el propósito y el significado de ésta y fue prácticamente lo único de lo que todos hablaron cuando se referían a la muerte de Dorcas; a la mujer le cambiaron el nombre. Ahora la llamaban Violent. No era de extrañar. Alice, sentada en el primer asiento de la primera fila, había asistido pasmada a la conmoción que se produjo en la iglesia. Más adelante, y poco a poco, igual que los desechos marinos depositados en una playa —extraños y reconocibles, tiesos y lóbregos—, los sentimientos retornaron.

De ellos los más destacados eran el miedo y algo nuevo: la ira. Hacia Joe Trace, que era quien lo había hecho: sedujo a su sobrina en sus narices y en su propia casa. El vecino amable. El hombre que vendía productos femeninos como negocio extra; una figura familiar prácticamente en todos los bloques de apartamentos de la Ciudad. Un hombre a quien apreciaban tenderos y porteros porque colocaba los juguetes de los niños bien alineados y fuera del paso cuando ellos los dejaban esparcidos y revueltos en la acera. Que agradaba a los niños porque nunca parecían molestarle, y a los hombres porque jamás hacía trampas en el juego, no se enzarzaba en peleas estúpidas, no difamaba a nadie y no importunaba a sus mujeres. Les gustaba a ellas porque las hacía sentirse como muchachas jóvenes, y a las muchachas porque las hacía sentirse mujeres. Eso, pensó ella, fue lo que Dorcas buscaba. Un asesino.

Pero Alice no le temía, ni tampoco, ahora, temía a su esposa. Hacia Joe sentía una furia temblorosa por su conducta propia de una serpiente oculta en la hierba, que le robó la chiquilla que tenía a su cargo; y vergüenza de que la hierba donde

aquella serpiente se ocultó fuera la suya: el protegido y vigilado ámbito donde la preñez de soltera y sin posibilidad de matrimonio era el final definitivo de una existencia vivible. Después de aquello, ¡zas! Únicamente la espera hasta que el bebé nacido creciese y tuviera edad suficiente para establecer a su vez su propio vigilado y protegido entorno.

Esperando a Violet, con menos vacilaciones que antes, Alice se preguntaba por qué serían así las cosas. A los cincuenta y ocho años, sin hijos y muerta ya la única criatura a que tuvo acceso y de la que fue responsable, cavilaba a propósito de la histeria, la violencia, la maldición que comportaba la preñez sin posibilidades de matrimonio. Esto había ocupado por entero la mente de sus padres desde el primer recuerdo que de ellos tenía. Le hablaban firme pero cautelosamente de su cuerpo: sentarse de manera indecente (piernas abiertas); sentarse de manera femenina (piernas cruzadas); respirar por la boca; manos en las caderas; repantigarse en la mesa; contonearse al caminar. Cuando se le formaron los pechos, sus padres se mostraron entre preocupados y resentidos, resentimiento que aumentó hasta convertirse en franco aborrecimiento ante sus posibilidades de quedar preñada y no cesó hasta que ella se casó con Louis Manfred, momento en que, de súbito, pasó a ser todo lo contrario. Ya antes de la boda sus padres murmuraban a propósito de los nietos que un día verían y sostendrían en brazos, mientras que al mismo tiempo y por turnos abominaban de las modestas prominencias que brotaban y crecían bajo las blusas de las hermanas menores de Alice. Detestaban las manchas de sangre, las nuevas caderas, el vello. Aquello y la necesidad de renovar el vestuario. «¡Oh, por Dios, hija!» El entrecejo fruncido cuando se había agotado el dobladillo y el borde de la falda no podía bajar más, cuando a la pretina no podía añadirse ni un punto. Criada y educada bajo aquel enardecido control, Alice juró que nunca lo transmitirla, pero lo hizo. Lo traspasó a la única hija de la menor de sus hermanas. Y se preguntaba ahora si habría hecho lo mismo en caso de vivir su marido, de que éste estuviera a su lado, o simplemente en caso de que ella hubiera tenido hijos. De haberse encontrado él allí, a su lado, ayudándola a tomar decisiones, acaso no estaría ella, como estaba ahora, esperando a una mujer llamada Violent y acariciando ideas de guerra. Aunque guerra era ciertamente aquello, por cuya razón había elegido rendirse y hacer de Dorcas su prisionera.

Otras mujeres, sin embargo, no se habían rendido. Por todo el país se habían armado. Alice trabajó en cierta ocasión con un sastre sueco que tenía una cicatriz desde el lóbulo de la oreja hasta la comisura de la boca.

—Una negra —decía—. Me cortó hasta los dientes, hasta los dientes.  
—Sonreía de su propia peculiaridad y sacudía la cabeza—. Hasta los dientes.



El repartidor de hielo de Springfield tenía cuatro orificios regularmente espaciados en un lado del cuello, resultado de cuatro heridas regularmente espaciadas hechas con algo estrecho, redondo y puntiagudo. Por las calles de Springfield, de East St. Louis y de la Ciudad corrían hombres sosteniéndose una mano ensangrentada con la otra y luciendo en la cara un colgajo de piel. A veces llegaban al hospital con vida únicamente porque habían dejado la navaja en el lugar donde se alojó.

Las mujeres negras estaban armadas; las mujeres negras eran peligrosas, y cuanto menos dinero tenían más mortífera era el arma que solían elegir.

¿Quiénes eran las que no estaban armadas? Aquellas que encontraron protección en la iglesia y en el iracundo Dios juzgador que estaba de su parte y cuya cólera era demasiado terrible para ser desafiada. Dios no estaba simplemente en camino, no estaba sólo acercándose, acercándose para remediar los agravios que les habían hecho. Estaba aquí. Ya estaba aquí. ¿Lo veis? Lo que el mundo les había hecho a ellas se estaba volviendo ahora en contra de ese mismo mundo. ¿Las maltrató el mundo? Si, pero mira dónde se originó el maltrato. ¿Fueron zaheridas y maldecidas? Oh, sí, pero mira de qué modo el mundo se maldice y zahiere a sí mismo. ¿Fueron las mujeres manoseadas lúbricamente en cocinas y trastiendas? Ajá. ¿Aporreó la policía el rostro de las mujeres para que el ánimo de sus maridos se quebrase como se rompían las quijadas de ella? ¿Las llamaban los hombres (hombres que no las conocían, extraños asomados a las ventanillas de sus automóviles) sin pronunciar sus nombres, cada día y todos los días de su vida? Ajá. Pero a los ojos de Dios y a los de ellas, cada palabra odiosa y cada gesto odioso eran el deseo que despertaba en la Bestia su propia inmundicia. La Bestia no hacía sino lo que deseaba que se le hiciera a ella: violaba porque ella misma quería ser violada. Mataba despiadadamente niños porque anhelaba ser un tropel de niños despiadadamente sacrificados. Construía cárceles para encerrarse en ellas y mantenerse aferrada a su secreta corrupción. La cólera de Dios, tan bella, tan simple. Los enemigos conseguían lo que querían: pasaban a ser la misma cosa que imponían a los demás.

¿Qué otras mujeres no iban armadas? Aquellas que pensaban que no necesitaban llevar cuchillas escondidas, frascos de vitriolo o trozos de vidrio disimuladamente atados a las manos. Aquellas que adquirirían casas y acumulaban dinero como protección e instrumento para su persona. Las vinculadas a hombres armados. Quienes no llevaban pistola porque ellas mismas se tornaban pistolas; no llevaban navaja porque ellas mismas eran navajas que dispersaban assembleas, derribaban estatuas y denunciaban a voces los ultrajes a la sangre y la carne. Las

que incorporaban su pequeña e inerte porción de energía a la energía activa y potente de ligas, sociedades, hermandades o clubes destinados a conservar o impedir, moverse o quedarse quietos, abrir camino, reclamar, confortar y dar alivio. Aportar fianzas, vestir al difunto, pagar el alquiler, encontrar nuevas viviendas, poner en marcha una escuela, asaltar una oficina, efectuar recaudaciones, patrullar la manzana o el barrio y dedicar especial atención a todos los niños. Cualquier otra clase de mujer negra que en 1926 estuviera desarmada era muda, o estaba loca, o era una mujer muerta.

Alice esperaba esta vez, en el mes de marzo, a la mujer del cuchillo. La mujer a quien la gente llamaba ahora Violent porque había intentado matar lo que ya reposaba en un ataúd. La que había pasado mensajes por debajo de la puerta de Alice día tras día desde principios de enero (una semana después del funeral); pero Alice Manfred sabía ya qué clase de negros eran aquella pareja, y no en vano había educado a Dorcas para que se mantuviera apartada de ellos. Gente embarazosa. Más peligrosa aún que repelente. El marido disparaba; la esposa apuñalaba. Nada. Nada de lo que su sobrina hubiese hecho o pretendido hacer podría igualar la violencia que contra ella se había ejercido. Y donde había violencia ¿acaso no había también vicio? Juego. Blasfemias. Una terrible y detestable promiscuidad. Vestidos rojos. Zapatos amarillos. Y por descontado, música racial para excitarlos más.

Pero Alice, ahora, no tenía miedo de ella como lo había tenido en enero y como lo tuvo en febrero, la primera vez que la dejó entrar. Había pensado que la mujer terminaría algún día en la cárcel; todas, tarde o temprano, terminaban allí. ¿Presas fáciles, no obstante? ¿Víctimas naturales? «No lo creo. No creo que sea así.»

En el velatorio, Malvonne le dio los detalles. O lo intentó, por lo menos. Alice eludió la excesiva proximidad de la mujer y contuvo el aliento como para mantener a raya las palabras.

—Agradezco su interés —le dijo—. Sírvase lo que guste. —Señaló con un gesto las mesas rebosantes de comida y a los amigos que la rodeaban—. Hay de todo.

—Lo he sentido mucho —dijo Malvonne—. Es como si le hubiera pasado a alguien de los míos.

—Gracias.

—Crías a los hijos de otras personas y te duele exactamente igual que si

fueran hijos tuyos. ¿Sabe usted lo de Caramelito, mi sobrino?

—¿Cómo dice?

—Lo hice todo por él. Todo lo que una madre habría hecho.

—Por favor. Tome alguna cosa. Hay mucho, muchísimo.

—Esos viejos depravados viven en la misma escalera que yo, ya sabe...

—Hola, Felice. Has sido muy amable al venir...

Entonces no había querido oír ni saber una palabra más. Ni mucho menos ver a la mujer a quien empezaban a llamar Violent. La primera nota que ésta deslizó por debajo de la puerta de Alice la ofendió, luego la atemorizó. Pero al cabo de un tiempo, habiendo oído lo atormentado que estaba el hombre, y tras leer los titulares de *Age*, el *News*, *The Messenger*, hacia el mes de febrero dominó sus sentimientos y abrió la puerta a la mujer.

—¿Puede saberse qué quiere de mí?

—Oh, en este momento sólo necesito que me permita sentarme —dijo Violet.

—Lo lamento. No se me ocurre en qué puede ayudarnos esto.

—Tengo problemas con mi cabeza —declaró Violet, tocándose con los dedos la copa del sombrero.

—¿Por qué no va al médico, entonces?

Violet pasó por su lado, atraída por una mesita auxiliar como si ésta fuera un imán.

—¿Es ella?

Alice no necesitó mirar para saber a qué se refería.

—Sí.

La larga pausa que siguió, mientras Violet examinaba el rostro fantasmal enmarcado sobre la mesilla, puso nerviosa a Alice. Antes de que reuniese el valor

necesario para pedir a la mujer que se marchase, ella alejó la mirada de la fotografía y dijo:

—Yo no soy la persona a quien debe usted temer.

—¿No? ¿Pues quién es?

—No lo sé. Eso es lo que me tortura.

—Usted no ha venido a decirme que se arrepiente. Había pensado que quizás era así, pero a lo que viene es a liberarse de una parte de su maldad.

—Yo no tengo maldad de ninguna clase.

—Creo que será mejor que se marche.

—Déjeme que descanse aquí un minuto. No puedo encontrar un sitio donde simplemente sentarme. ¿Es ella la de allí?

—Acabo de decirle que sí.

—¿Le daba muchos problemas?

—No. Ninguno. Bueno, alguno.

—Yo era una buena chica a su edad. Nunca causé ni pizca de problemas. Hacía todo lo que me decían que hiciera. Hasta que llegué aquí. La ciudad te curte mucho.

Extraño comportamiento, pensó Alice, pero nada de inclinaciones sanguinarias. Y antes de que pudiera impedir que ocurriese, la pregunta se le escapó:

—¿Por qué hizo él semejante cosa?

—¿Por qué la hizo ella?

—¿Por qué la hizo usted?

—No lo sé.

El día de su segunda visita, Alice estaba todavía cavilando a propósito de

esas mujeres bravas con sus frascos de vitriolo, sus afiladas navajas, sus cicatrices aquí, aquí y allí. Mientras corría las cortinas para interceptar la luz que golpeaba directamente los ojos de su visitante, dijo:

—¿La maltrata su marido?

Violet puso cara de perplejidad.

—¿Maltratarme?

—Quiero decir que parece tan amable, tan tranquilo... ¿Le pega?

—¿Joe? No. Nunca ha hecho daño a nadie.

—Excepto a Dorcas.

—Y a las ardillas.

—¿Qué?

—Y a los conejos. Ciervos. Zarigüeyas. Faisanes. Allá en nuestra tierra comíamos bien.

—¿Por qué se marcharon?

—El propietario no quería conejos. Quería dinero fresco.

—Lo mismo que quieren aquí.

—Pero aquí hay maneras de ganarlo. Hice faenas por horas en cuanto llegué. Tres casas al día me daban un buen pico. Joe limpiaba pescado por las noches. Tardó un tiempo en encontrar trabajo en un hotel. Luego yo empecé con lo de la peluquería, y Joe...

—No quiero oír nada de eso.

Violet calló y miró fijamente la fotografía. Alice se la dio para que se fuera de una vez de su casa.

Al día siguiente volvió y tenía tan mal aspecto que Alice sintió ganas de abofetearla. En lugar de hacerlo, dijo:

—Quítese ese vestido y le coseré el puño.

Violet llevaba el mismo vestido que en la ocasión anterior, y a Alice la irritaba la hebra suelta que colgaba de la manga, aparte el forro de su abrigo, desgarrado, por lo que ella pudiera ver, al menos en tres lugares distintos.

Violet se quedó en combinación, con el abrigo puesto, mientras Alice arreglaba la manga con unas cuantas puntadas diminutas. En ningún momento se quitó la mujer negra el sombrero.

—Al principio creía que usted venía a hacerme daño. Luego pensé que quería darme el pésame. Después, que quería agradecerme que no hubiese avisado a la policía. Pero no se trataba de nada de esto, ¿verdad?

—Tenía que sentarme a descansar en algún sitio. Se me ocurrió que podría hacerlo aquí, que usted me dejaría entrar, y me dejó. Sé que no di a Joe muchos motivos para que no callejearse más ni rondase más por ahí. De todos modos, quería ver qué tipo de mujer habría él preferido que fuera yo.

—Tonterías. Habría preferido que tuviera usted dieciocho años, eso es todo.

—No. Algo más.

—Si no sabe usted nada sobre su propio marido, no esperará que yo pueda ayudarla.

—Usted ignoraba tanto como yo que ellos se veían a menudo, y usted la veía a ella cada día, como yo a Joe. Yo sé dónde tenía la mente, mi mente. ¿Dónde tenía usted la suya?

—No se le ocurra reprenderme. Eso no se le consentiré.

Alice había terminado con las sábanas y empezaba a planchar la primera blusa cuando Violet llamó a su puerta. Años y años atrás había deslizado la punta de la plancha sobre las arrugas de la camisa blanca de un hombre. Humedecida lo justo para que la tela se alisara y tensara con el almidón. Aquellas camisas eran ahora viejos retales. Trapos para quitar el polvo, harapos anudados en torno a las juntas de tuberías para evitar que se helaran; agarradores de ollas, cazuelas y cazos, paños para probar las planchas calientes y envolver sus asas. Incluso mechas para quinqués, bolsas de sal para restregarse los dientes. Sus propias blusas eran las que recibían hoy sus esmerados cuidados manuales.

Dos pares de fundas de almohadas, todavía calientes al tacto, se encontraban plegadas sobre la mesa. Al igual que las sábanas del lecho. La semana siguiente, quizá, también lo estarían las cortinas.

Para entonces ya reconocía su forma de llamar a la puerta, aunque nunca sabía al oírla si eso la impacientaba o la ponía furiosa. Y poco le importaba.

Cuando Violet acudía a visitarla (y Alice ignoraba siempre cuándo iba a ser) algo nuevo parecía revelarse.

El negro sombrero hacia su cara más negra aún. Sus ojos eran redondos como dólares de plata, pero también podían convertirse de repente en angostas hendiduras.

Lo curioso era cómo Alice se sentía y hablaba en su compañía. No como lo hacía con otras personas. Con Violet en descortés, hasta grosera. Brusca. Parca en palabras. Entre ellas no parecían necesarias disculpas ni ceremonias. Pero si era necesaria otra cosa: claridad, quizá. La clase de claridad que las personas dementes requieren de las sanas. Violet, reparado ya el forro de su abrigo, asegurados sus puños, necesitaba sólo prestar atención a sus medias y a su sombrero para tener un aspecto normal. Alice exhaló un leve suspiro, asombrada de sí misma, mientras abría la puerta a la única visitante posible.

—Está usted helada.

—Casi —dijo Violet.

—Marzo te manda a la cama, enferma, en cuanto te descuidas.

—Me gustaría —respondió Violet—. Todos mis problemas se acabarían si pudiera tener enfermo el cuerpo en lugar de la mente.

—¿Quién cuidaría entonces del cabello de esas mujeres alegres?

Violet rió.

—Nadie. Puede que no lo hiciese nadie y que nadie notara la diferencia.

—La diferencia es más que un peinado.

—Son simplemente mujeres, usted ya sabe. Como nosotras.

—No —dijo Alice—. No lo son. No como yo.

—No me refiero al oficio. Me refiero a las mujeres.

—Oh, por favor —replicó Alice—. Dejemos eso. Iba a prepararle un poco de té.

—Fueron buenas conmigo cuando no lo era nadie más. Joe y yo comimos gracias a ellas.

—No me hable de eso.

—Cada vez que estoy a punto de pedir un préstamo o necesito dinero extra, puedo trabajar en sus cabezas el día entero, y sea el día que sea.

—No me lo cuente, le he dicho. No quiero oír ni una palabra sobre eso ni sobre cómo ganan esas mujeres su dinero. ¿Quiere o no quiere té?

—Sí, muy bien. ¿Por qué no? ¿Por qué no quiere oír hablar de eso?

—Oh. Los hombres. La mala vida. ¿No pelean constantemente? Cuando les arregla usted el cabello, ¿no teme que puedan enzarzarse en una pelea?

—Sólo cuando están sobrias —sonrió Violet.

—Ah, vaya.

—Comparten los hombres, luchan con ellos y a veces también luchan por ellos.

—Ninguna mujer debería vivir así.

—No. Ninguna debería tener que hacerlo.

—Matar gente. —Alice chascó los dientes—. Me revuelve el estómago. —Sirvió el té, y a continuación levantó la taza y el plato y los sostuvo mientras miraba fijamente a Violet—. Si hubiera descubierto lo de ellos antes de que él la matase, ¿lo habría hecho usted?

—Lo dudo.



Alice le tendió el té.

—No entiendo a las mujeres como usted. Mujeres con cuchillos.

Tomó una blusa de manga larga y la alisó encima de la tabla de planchar.

—Yo no nací con un cuchillo.

—No, pero consiguió uno.

Violet sopló sobre su taza, rizando la superficie del té.

—¿Usted no lo ha hecho nunca?

—No, nunca. Incluso cuando mi marido escapó no hice eso. Y usted. Usted ni siquiera tenía una enemiga apreciable. Alguien a quien valiese la pena matar. Usted cogió un cuchillo para ultrajar a una chica muerta.

—Pero eso es mejor, ¿no? El daño ya estaba hecho.

—Ella no era su enemiga.

—Oh, si lo es. Ella es mi enemiga. Lo era entonces, cuando yo no lo sabía, y lo es también ahora.

—¿Por qué? ¿Porque era joven y bonita y le quitó a usted el marido?

Violet sorbió su té y no contestó. Tras un largo silencio, y después de que su conversación hubiera derivado acto seguido hacia banalidades sobre las estrecheces de la vida, Violet dijo a Alice Manfred:

—¿Usted no lo habría hecho? ¿No habría luchado por su hombre?

Sembrado en la infancia, regado cada día desde entonces, el miedo habla germinado dentro de sus venas toda su vida. Acariciar ideas de guerra era algo que habla concentrado y madurado, transformándolo en otra cosa. Ahora, fijos los ojos en aquella mujer, Alice oyó su pregunta como el disparo de una pistola de juguete.

En algún lugar de Springfield sólo quedaron los dientes. Quizás el cráneo, quizá no. Si ella ahondara lo suficiente y apartase la tierra, podía estar segura de que los dientes se encontrarían ciertamente allí. No habría labios que compartir con

la mujer con quien los habla compartido. No habría dedos para levantar sus caderas como habla levantado otras. Únicamente los dientes, al descubierto ahora, en nada parecidos a la sonrisa que a ella le habla hecho decir: «Elige.» Y él eligió.

Lo que le habla dicho a Violet era cierto. Ella nunca había empuñado un cuchillo. Lo que descuidó decirle —lo que ahora volvía a ella como un torrente desbordado— era asimismo cierto: cada día y cada noche durante siete meses, ella, Alice Manfred, estuvo sedienta de sangre. No de la sangre de él. Oh, no. Para él planeó azúcar en el motor, tijeras para cortarle la corbata, trajes quemados, zapatos acuchillados, calcetines desgarrados. Actos de violencia perversos, infantiles, para molestarle, para hacerle recordar. Pero no sangre. Su sed se centraba en el rojo líquido que discurría por las venas de la otra mujer. Un punzón de romper hielo hincado con fuerza serviría. ¿Le haría escupir la vida una soga de tender la ropa que rodease su cuello, si Alice tiraba de ella con todo su vigor? Su idea favorita, sin embargo, el sueño que destilaba su almohada por las noches, fue verse a si misma montando un caballo, cabalgar y encontrar a la mujer sola en un camino, para entonces galopar hasta derribarla bajo los cuatro cascos herrados; luego retroceder una vez, otra, otra, hasta que no quedase más que la atormentada tierra del camino señalando dónde había estado aquella desvergonzada.

Él había elegido; lo mismo haría ella. Y acaso tras galopar a lo largo de siete meses con sus noches sobre un caballo que nunca tuvo ni supo cómo montar, pisoteando el cuerpo crispado y pulposo de una mujer que usaba zapatos blancos en invierno, que reía agudamente como una niña y que nunca había visto una licencia de matrimonio, acaso habría ella cometido un acto salvaje. Pero después de siete meses había tenido que elegir otra cosa. El traje, la corbata, la camisa que más le gustaba a él. Le sugirieron que no desperdiciase los zapatos. Nadie los vería. Pero ¿y los calcetines? ¿Seguro que debía llevar calcetines? Por supuesto, dijo el hombre de la funeraria. Calcetines, por supuesto. Y poco importó que uno de los doloridos asistentes fuera su enemiga jurada y odiada, que depositó rosas blancas sobre el ataúd y se llevó una del mismo color de su vestido. Hacía treinta años que él se estaba convirtiendo en dientes, allá en Springfield, y ni ella ni la plañidera impropriamente vestida podrían hacer nada al respecto.

Alice dejó la plancha sobre la tabla con un enérgico golpe.

—Usted no sabe qué significa una pérdida —dijo, y escuchó las palabras que salían de su propia boca con tanta atención como la mujer que estaba sentada junto a la tabla de planchar, tocada con un sombrero en plena mañana.



Con el sombrero echado hacia atrás, Violet tenía cierto aire de tonta. El reconfortante efecto del té que le había dado Alice Manfred no duró mucho. Un rato después estaba sentada en el drugstore sorbiendo malta por una cañita y preguntándose quién demonios sería aquella otra Violet que andaba por la ciudad dentro de su piel, que se asomaba a sus ojos y vela otras cosas. Donde ella veía una silla solitaria abandonada como una huérfana en una parcela de parque frente al río, la otra Violet veía cómo la película de hielo daba a los balaustres negros de la baranda un lustre de armas. Donde ella, última de la cola de la parada del tranvía, descubría la fría muñeca de un niño asomado por la manga demasiado corta de un abrigo tronado, aquella Violet cuatro minutos después se adelantaba sin reparos a una mujer blanca para ocupar un asiento en el tranvía. Y si ella volvía la espalda a las caras que la miraban desde el interior de los ventanales de los restaurantes, aquella Violet oía el castañeteo de las planchas de vidrio sacudidas por el rudo viento de marzo. Ella había olvidado incluso en qué sentido había que girar la llave de la cerradura; aquella Violet no sólo sabía que el cuchillo estaba en la jaula del loro y no en el cajón de la cocina, aquella Violet recordó lo que ella no recordaba haber hecho: limpiar las garras y el pico del loro semanas antes. Habla pasado un mes entero buscando aquel cuchillo. Ni aun estando en juego su vida habría recordado lo que hizo con él. Pero aquella Violet lo sabía y fue directamente a cogerlo. También sabía dónde se celebraba el entierro, aunque, pensándolo bien, no podía ser sino en uno de los dos únicos lugares posibles. A pesar de todo, aquella Violet sabía de cuál de los dos se trataba, así como la hora precisa a la que había que estar allí. Justo antes de que fuera cerrado el féretro, cuando las personas que iban a desmayarse ya se hablan desmayado y las mujeres vestidas de blanco las abanicaban. Y los componentes de la escolta, muchachos jóvenes de la misma edad que la difunta (alumnos del mismo curso de la escuela superior que la chica, recién cortado el cabello y con guantes de un blanco fantasmal), se agrupaban; primero en un apretado grupo de seis y luego separados en dos filas de tres, avanzaron por el pasillo desde el fondo, donde hablan rodeado el catafalco. Fueron ellos los que aquella Violet tuvo que apartar a codazos para abrirse camino. Y se apartaron. Se hicieron a un lado, pensando quizá que se trataba de alguna muestra de amor en el último momento, un amor desesperado por darse a conocer antes de que ya no pudiera ver más y acaso olvidase la faz dormida que adoraba. Los jóvenes de la

escolta descubrieron el cuchillo antes que ella. Antes de que ella se percatara de lo que ocurría, las firmes manos de los muchachos (nudillos endurecidos en las refriegas escolares, palmas curtidas apretando bolas de nieve para darles consistencia de proyectiles, dedos adiestrados en sostener bates que enviaban las pelotas por encima del capó de los automóviles hacia el interior de solares protegidos por altas cercas, cuando no hacia las ventanas abiertas e incluso cerradas de gente que vivía en terceros y cuartos pisos, manos que hablan sostenido todo el peso del cuerpo de los muchachos cuando se colgaban de los tirantes de hierro de los puentes del ferrocarril elevado), aquellas manos se abalanzaron sobre la hoja de acero que ella no había visto desde hacía por lo menos un mes y que ahora le sorprendía ver asestada en el rostro arrogante y secreto de la chiquilla.

La hoja rebotó, abriendo una pequeña mella bajo el lóbulo de la oreja, como un pliegue de la piel que apenas se notaba y no la desfiguraba en absoluto. Ella lo habría dejado así: un pliegue debajo del lóbulo; pero aquella Violet, insatisfecha, forcejeó con los muchachos de la escolta, quienes habían intervenido justo a tiempo. Éstos tuvieron que olvidar inmediatamente que su contrincante era una mujer de cincuenta años vestida con un abrigo de cuello de piel y tocada con un sombrero tan inclinado sobre su ojo derecho que era un milagro que hubiese visto la puerta de entrada a la iglesia, por no hablar del punto donde pretendía clavar el cuchillo. Debieron abandonar las enseñanzas que toda la vida les habían impartido sobre el respeto debido a sus mayores. Lecciones aprendidas de los ancianos cuyos ojos de mirada lechosa observaban todo cuanto hacían, lo comentaban y decían a cada uno lo que era. Lecciones que aprendieron de los menos viejos, como ella, que podía haber sido su tía, su abuela, su madre o una amiga de su madre, quien no sólo podía delatarlos, sino reprenderlos; que podía pararlos en seco con una palabra, con un «¡Basta ya!» gritado desde una ventana, el umbral de una puerta o la acera de una calle en un radio de dos manzanas. Y ellos interrumpirían el alboroto o lo trasladarían a otra parte, quizás a algún parque desatendido, o mejor aún a las sombras del ferrocarril elevado donde ninguna luz iluminaba lo que aquellas mujeres no permitían, no importaba de quién fueran ellos hijos. El caso es que lo hicieron a pesar de todo. Olvidaron las lecciones de toda la vida y se concentraron en la ancha hoja reluciente, porque, ¿quién sabe?, quizás ella tenía en mente más de una cuchillada. O quizá se veían a sí mismos avergonzados en la mesa del comedor intentando explicar a aquellas mismas mujeres o incluso, ¡Jesús!, a los hombres, los padres y tíos, los primos adultos, los amigos y vecinos, por qué se hablan limitado a quedarse parados como farolas y permitido a esa mujer de abrigo con cuello de piel burlarse de ellos y arruinar el honorable cometido para el cual se habían puesto guantes blancos. Necesitaron luchar hasta derribarla al suelo antes de que cediese. Y el sonido que salió de su boca correspondía más a un ser que se cubriera con una

pelleja o una zalea que a alguien que vestía un abrigo.

Para entonces se hablan unido a los muchachos de la escolta unos cuantos hombres ceñudos, quienes sacaron de la iglesia a aquella Violet que gruñía y pataleaba, en tanto que ella miraba en derredor con incredulidad. No se había mostrado tan fuerte desde Virginia, desde que cargaba heno y manejaba el carro de mulas como un hombre hecho y derecho. Pero veinte años de arreglar cabelleras en la Ciudad habían debilitado sus brazos y ablandado la piel que en otro tiempo protegía sus dedos y las palmas de sus manos. Igual que los zapatos se habían llevado el recio cuero que habían desarrollado sus pies, la Ciudad se llevó el vigor de espalda y brazos de que ella solía vanagloriarse. Un vigor que aquella otra Violet no habla perdido, porque dio a los chicos de la escolta y a los hombres maduros mucho trabajo.

Aquella Violet no hubiera debido soltar al loro. Éste había olvidado la manera de volar y se quedó temblando en el alféizar, pero cuando ella corrió a casa huyendo del entierro, tras ser literalmente arrojada de la iglesia por los muchachos de fuertes manos y los hombres ceñudos, el «Te quiero» era justo lo que ni ella ni aquella Violet soportarían oír. Trató de no mirarlo mientras paseaba por las habitaciones, aunque el loro sí la vio y graznó un débil «Te quiero» a través del cristal de la ventana.

Joe, que había desaparecido desde el día de Año Nuevo, no regresó a casa aquella noche ni la siguiente para saborear sus frijoles. Gistan y Stuck pasaron a preguntar por él y a avisar que no podrían jugar a las cartas el viernes, remoloneando con embarazo en el vestíbulo mientras Violet los miraba fijamente. Así que ella supo que el loro continuaba allí porque subió y bajó las escaleras incontables veces desde la puerta de su apartamento a la puerta de la casa de enfrente para ver si Joe se acercaba por la calle. Hizo el recorrido a las dos de la madrugada, y de nuevo a las cuatro; escudriñó la oscura calle, solitaria excepto por algún que otro gato y una pareja de policías que orinaban en la nieve. El loro, temblando y sin apenas volver su cabeza verde y rubia, le dijo en cada ocasión: «Te quiero.»

—Márchate —le contestaba ella—. ¡Vete a cualquier otra parte!

La segunda mañana debió de hacerlo. Todo lo que ella vio, abajo, en el espacio de entrada al sótano, junto al pórtico, fue una leve pluma amarilla con la punta verde. Ella nunca le habla puesto nombre. Lo habla llamado «mi loro» todos aquellos años. «Mi loro.» «Te quiero.» «Te quiero.» ¿Lo atrapó algún perro? ¿Lo

recogió algún noctámbulo que se lo llevaría a su casa, donde quién sabe si habría espejos y una reserva de galletas de jengibre para él? O puede que finalmente captara el mensaje: que ella decía «Mi loro» y él decía «Te quiero», y ella nunca había respondido a su declaración ni aún menos se había molestado en darle nombre; y que se las hubiera apañado de un modo u otro para salir volando con unas alas que no había ejercitado en seis años. Alas anquilosadas por la falta de uso y torpes por tanto tiempo de vida a la luz de una bombilla en un apartamento sin vistas dignas de mención.

La malta se había acabado, y aunque su estómago parecía a punto de reventar, pidió otro batido y se lo llevó al otro lado del anaquel de revistas de segunda mano, a una de las mesillas que Duggie había colocado allí vulnerando la ley que decía que, si lo hacía, convertía el local en restaurante. Allí podía sentarse y presenciar cómo desaparecía la espuma y las bolas de helado perdían volumen y se convertían en una especie de jabón semiderretido en una pila llena de agua.

Había tenido intención de llevar consigo un frasco de reconstituyente para diluirlo en el batido de malta, porque los batidos por si solos no parecían servirle de nada. Las caderas con que llegó a la Ciudad se habían evaporado también, siguiendo el mismo camino que el vigor de su espalda y sus brazos. Quizás aquella Violet, la que supo donde estaba el cuchillo de carnicero y era lo bastante fuerte para usarlo, tenía las caderas que ella había perdido. Pero si aquella Violet era fuerte y tenía caderas, ¿por qué estaba orgullosa, y lo estaba, de haber intentado asesinar a una chica muerta? Siempre que pensaba en aquella Violet, y en lo que aquella Violet veía a través de sus propios ojos, sabía que allí no habla vergüenza, no había disgusto. Esto corría sólo de su cuenta, y por ello se escondía detrás del anaquel en una de las mesillas ilegales de Duggie y jugaba con la cañita en un batido de malta. Podía haber tenido ella misma dieciocho años, exactamente igual que la chica del anaquel de revistas, y estar leyendo *Collier's* y remoloneando para pasar el rato en el drugstore. Cuando vivía, ¿le gustaría a Dorcas el *Collier's*? ¿O el *Liberty Magazine*? ¿La atraían las damas rubias de cabello escalado? ¿Y los galanes con zapatos de golf y suéteres de escote en uve? ¿Cómo podían gustarle si se había acaramelado con un hombre lo bastante viejo para ser su padre? Un hombre que llevaba consigo, no un palo de golf, sino un muestrario de productos Cleopatra. Un hombre cuyos pañuelos no eran de algodón ligero que asomaba por el bolsillo de la chaqueta, sino grandes y rojos y moteados de lunares blancos. ¿Le pedía él que con su cuerpo calentase, en las frías noches de invierno, la parte de la cama donde se acostaría? ¿O lo hacía él para ella? El probablemente le dejaba hundir la cuchara en su plato de crema y comerse la parte más suave, y cuando se sentaba en la oscuridad del Lincoln Theatre, él no se enojaría si ella metía mano a su bolsa de

palomitas de maíz y le quitaba un buen puñado, la muy hijaputa. Y cuando sonaba *Wings over Jordan* él probablemente bajaría el volumen para poderla oír cantando sobre el fondo del coro, en lugar de subirlo para ahogar su interpretación de *Lay my body down*. También acercaría la cara a la luz de la bombilla para que ella pudiese oprimir entre sus pulgares la raíz de pelo atrapada en un poro, el muy perro. Y a propósito, otra cosa... (La malta era ahora una sopa, fluida y fría.) La bonificación por valor de veinticinco dólares, a elegir entre una lámpara de sobremesa con pantalla azul o una bata de mujer de imitación satén color de orquídea que él había ganado y merecido por haber vendido toda aquella mercancía en un mes, ¿se la regaló a ella, la muy cerda? La llevaría al índigo el sábado y se sentaría en la parte de atrás de manera que pudieran oír bien la música y al mismo tiempo estar en la oscuridad, en una de aquellas mesas redondas esmaltadas de negro, tan vistosas con su mantelito de un blanco immaculado, bebiendo ginebra corriente en la que se echa aquella cosa roja y dulce y parece una especie de gaseosa, que era lo que una chica como ella debía haber pedido en lugar de aguardiente u otro alcohol y que podía sorber del borde de una copa más ancha en la boca que en la base, con un tallo intermedio delicado como el de una flor, mientras su mano, la que no sostenía la copa con forma de flor, estaba debajo de la mesa tamborileando el ritmo de la música en el lado interno del muslo de él, de su muslo, su muslo, muslo, muslo, y él le compraba ropa interior con calados hechos de manera que imitasen capullos de rosa y violetas, VIOLETAS, no te digo, y ella la lucía para él, fina y transparente como era y demasiado ligera para un cuarto donde no se podía confiar en que el radiador funcionase toda la tarde, ¿mientras yo estaba dónde? ¿Resbalando en el hielo para no llegar con retraso a la cocina de quien fuere y arreglarle el cabello? ¿Encogida en el hueco de una puerta para protegerme del viento mientras esperaba el tranvía? Dondequiera que estuviese, hacía frío y yo estaba helada y nadie se habla metido primero entre las sábanas del lecho para calentar mi lado ni me rodeaba los hombros para subirme el cobertor hasta la barbilla o incluso hasta las orejas porque hacía tanto frío que ni así bastaba, y quizá fue por ello que el cuchillo de carnicero rajó la cara justo a la altura del lóbulo. Por eso fue. Y por eso fue que hubo que luchar tanto para derribarme, agarrarme, alejarme de aquel ataúd donde estaba ella, la cerda que cogió lo que era mío, lo que yo había elegido, tomado, conquistado, lo que había decidido retener y guardar junto a mí. ¡No!, aquella Violet no es alguien que deambula por la ciudad, calle arriba y calle abajo llevando mi piel y usando mis ojos, mierda, no, aquella Violet ¡soy yo! El yo que cargaba heno allá en Virginia y gobernaba un tiro de cuatro mulas. Yo he estado en los campos de caña en plena noche cuando tantos susurros misteriosos disimulan el reptar de las serpientes y me he quedado quieta esperándole a él, sin respirar siquiera por si él pasaba cerca y yo no lo advertía, y al diablo las serpientes, mi hombre venía a mi encuentro ¿y quién o qué me iba a privar de él? Muchas veces,



muchísimas veces he soportado los cardenales que me había causado un blanco miserable por haber llegado tarde al trabajo por la mañana. Muchas, muchísimas veces corté doble cantidad de leña de la necesaria en troncos cortos y astillas para estar segura de que aquellos blancos chiflados tendrían suficiente y no saldrían a llamarme a gritos cuando yo tenía que reunirme con mi Joe a toda costa, y tómallo como quieras, como puedas, él era mi Joe Trace. Mío. Yo le elegí entre todos los demás, no había nadie como Joe, él hacía esperar a cualquiera en el cañaveral en mitad de la noche; hacía que cualquier mujer soñase con él en pleno día con tanta fuerza que se salía de las roderas y sudaba tinta para devolver las mulas al camino. Cualquier mujer, no solamente yo. Quizá fuera esto lo que ella vio. No el hombre de cincuenta años que paseaba un muestrario de perfumería, sino mi Joe Trace, mi Joe Trace de Virginia que llevaba dentro una luz, cuyos hombros eran enjutos como navajas y me miraba con ojos de dos colores distintos y nunca veía a nadie más. ¿Pudo ella haberle mirado y visto aquello? Debajo de la mesa, en el Indigo, ¿tamborileaba en un muslo blando como el de un bebé pero sintiendo todo el rato que allí había habido una piel tan tensa que casi se rasgaba atravesada por el músculo de hierro? ¿Notó ella aquello, lo supo? ¿Aquello y otras cosas, cosas que yo debí haber sabido y no supe? ¿Cosas secretas que para mí permanecieron ocultas o cosas de las que no me percaté? Fue por eso que él le dejaba meter la cuchara en la parte más suave de su crema y la mano en su bolsa de palomitas aderezadas con pimienta y sal. ¿Qué vio, una chica joven como ella, apenas salida de la escuela superior, con el cabello destrenzado, los labios pintados por primera vez y zapatos de tacón alto? Y él, ¿qué vio él? ¿Una Violet joven con la piel de un color amarillo subido en lugar de negra? ¿Una Violet joven con el cabello largo y ondulado en lugar de corto? O nada en absoluto que se relacionase conmigo. Con una Violet a quien amaba en Virginia sólo porque aquella chiquilla, Dorcas, no estaba en ningún lugar por ahí cerca. ¿Se trataba de eso? ¿Quién era? ¿En quién pensaba él cuando corría en la oscuridad para encontrarse conmigo en el campo de caña? ¿En alguien de color dorado, como mi propio chico de oro, a quien nunca vi pero que hizo pedazos mi niñez, tanto como si hubiéramos sido los mejores amantes del mundo? Ayúdame, Dios, ayúdame si así era, porque le conocí y le amé mejor que nadie excepto True Belle, que fue quien en primer lugar me hizo enloquecer por él. ¿Es eso lo que ocurrió? De noche, entre la caña, él trataba de encontrar a una muchacha a la que no había visto aún, pero sobre la cual su corazón lo sabía todo, y yo quería aferrarme a él deseando que fuera el chico de oro al que tampoco había visto nunca. Lo cual significa que desde el principio mismo yo era una sustituta y otro tanto era él.

Guardé silencio porque las cosas que no podía decir salían a pesar de todo de mi boca. Guardé silencio porque uno sabía a qué se acercarían mis manos una vez

terminado el trabajo del día. Consideré que lo que estaba ocurriendo dentro de mí no era asunto mío ni tampoco de Joe porque simplemente tenía que retenerle de cualquier forma que me fuera posible, y enloquecer me llevaría a perderle.

Encontrarse sentada en la clara e intensa luz del drugstore jugando con una cañita en un vaso alto la hizo pensar en otra mujer sentada a una mesa y ocupada en fingir que bebía de una taza. Su madre. Y ella no quería ser así. Oh, no, nunca. Sentarse a la mesa, sola bajo la luz de la luna, sorbiendo de una taza de porcelana blanca mientras duraba el café, y fingiendo sorberlo cuando se había acabado; a la espera de la mañana en que los hombres vinieron, hablando bajo como si allí no hubiera nadie más que ellos, y rebuscando entre nuestras cosas, cogiendo lo que quisieron; lo que era suyo, decían, aunque en aquellas cosas nosotras cocinábamos, lavábamos sábanas, nos sentábamos, comíamos. Aquello ocurrió después de que se hubieran llevado el arado, la guadaña, la mula, la cerda, la mantequera y la prensa para la mantequilla. Luego entraron en casa y nosotras, las niñas, apoyando un pie sobre el otro, los observamos. Cuando llegaron al lugar donde nuestra madre estaba sentada acariciando una taza vacía, retiraron la mesa que tenía delante y también se la llevaron, y a continuación, como seguía sentada, sola, ensimismada, con la taza en la mano, retrocedieron y dieron unos golpes ligeros a su silla. Ella no se movió, no pareció enterarse, así que sacudieron un poco la silla, y al fin, puesto que mi madre seguía sentada mirando al frente, pero sin ver a nadie, la despacharon de la forma en que echas a un gato de un asiento cuando no quieres tocarlo o cogerlo en brazos: inclinas el asiento hacia delante y el gato salta al suelo. No pasa nada si se trata de un gato, puesto que tiene cuatro patas. Pero una persona, una mujer, puede que caiga hacia delante y se quede tendida un minuto mirando la taza, más fuerte que ella, que no se ha roto y ha caído un trecho más allá de su mano. Lo justo para quedar fuera de su alcance.

Eran cinco, Violet la tercera, y todas entraron por fin en casa y dijeron mamá; cada una de ellas entró y lo dijo hasta que ella respondió con un quejido. No la oyeron decir nada más en los días que siguieron, cuando, acurrucadas en una choza abandonada, pasaron a depender enteramente de los pocos vecinos que quedaron en 1888 (los que no habían emigrado al oeste hacia Kansas City u Oklahoma, o al norte hacia Chicago o Bloomington, Indiana). Fue a través de una de las últimas familias que se marcharon, camino de Filadelfia, como la noticia de la aflicción de Rose Dear llegó a oídos de True Belle. Quienes se quedaron aportaron algunas cosas: un camastro, un puchero, una sartén, pan y un cubo de leche. También consejos: «No te dejes abatir, Rose. Nos tienes a nosotros, Rose Dear. Piensa en las pequeñas, Rose. Él no te da nada que no puedas soportar.» Pero ¿no se habría Él equivocado? Esta vez quizá sí. Él habla juzgado mal y comprendido peor la

resistencia de su espinazo en particular. Esta única vez. Este particular espinazo.

La madre de Rose, True Belle, acudió en cuanto se enteró. Dejó su cómodo trabajo en Baltimore y con diez monedas de diez dólares cosidas en las faldas y bien separadas para que no entrechocaran y sonasen, tomó el tren hasta Rome, una pequeña estación del condado de Vesper, dispuesta a hacerse cargo de la situación y asumir la iniciativa. Las niñas se enamoraron de ella inmediatamente y las cosas volvieron a su sitio. Lenta pero firmemente, durante unos cuatro años, True Belle consiguió reorganizarlo todo. Y entonces Rose Dear se tiró al pozo y se perdió lo mejor. Dos semanas después de su entierro, el marido de Rose llegó con lingotes de oro para las niñas, monedas de dos dólares para las mujeres y aceite de serpiente para los hombres. Para Rose Dear trajo un almohadón de seda bordada destinado a acomodar su espalda en un sofá que ella no tuvo nunca, pero que habría quedado muy bien debajo de su cabeza en la caja de madera de pino, si hubiese llegado a tiempo. Las niñas se comieron el chocolate de los lingotes de oro e intercambiaron el precioso papel de la envoltura por silbatos de caña e hilo de pescar. Las mujeres mordieron la moneda de plata antes de anudarla fuertemente en sus ropas. Excepto True Belle. Ella manoseó la moneda y, trasladando la mirada de la pieza de plata a su yerno, sacudió la cabeza y se echó a reír.

—Maldición —dijo él—. Oh, maldición —cuando oyó lo que había hecho Rose.

Veintiún días después se había vuelto a marchar, y Violet ya estaba casada con Joe y vivía en la ciudad cuando se enteró por su hermana de que lo había hecho de nuevo: llegó a Rome con tesoros abultándole los bolsillos y plegados bajo el sombrero que le cubría la cabeza. Sus regresos eran tan temerarios como secretos, pues habla estado involucrado, y mucho, con el Readjuster Party, y si el apremio verbal de los terratenientes no dio resultado, si lo dio la prepotencia física, que le persuadió de que deba trasladarse a algún lugar, cualquier lugar siempre que fuera lejos. Quizá planeaba encontrar una manera de sacarlas a todas de allí; mientras tanto, fue protagonizando regresos maravillosos y fabulosamente arriesgados a lo largo de los años, si bien los intervalos se prolongaron más y más, y aunque disminuyera la posibilidad de que continuara vivo, no menguaba nunca la esperanza. En el momento menos pensado, otro inseguro y frío lunes o en el estallido de calor de una noche de domingo, él podía reaparecer, lanzando desde la carretera el silbido de la lechuza como señal, con los billetes burlones y osados asomando por su sombrero, apretujados en las vueltas del pantalón y en la caña de las botas. Las golosinas se amasaban en los bolsillos de su chaqueta junto a una lata de Frieda's Egyptian Hair Pomade. Botellas de licor de centeno, aguas purgantes y

lociones para cualquier acicalamiento concebible tintineaban en su gastado morral de viaje.

Ahora tendría ya unos setenta años. Se movería más despacio, sin duda, y quizás habría perdido los dientes que componían aquella sonrisa que hacía que las hermanas le perdonaran. Pero para Violet (al igual que para sus hermanas y para quienes se hablan quedado en el campo) él estaba allá fuera, en alguna parte, reuniendo y seleccionando golosinas para distribuirlas entre la gente de casa. Porque quién iba a sujetar a aquel personaje desafiante que renacía cada día y repartía regalos y contaba historias que las hechizaban hasta hacerles olvidar por un tiempo la despensa vacía y la tierra exhausta, o hasta hacerles creer que la pierna de una niña se curarla por sí sola con el tiempo... Olvidar, ante todo, por qué huyó y se vela obligado a entrar a hurtadillas en su propia casa. En su compañía, el olvido descendía del aire como el polen. Pero para Violet el polen nunca borró a Rose. En medio de la gozosa resurrección de aquel padre fantasma entregado al placer de distribuir sus dádivas, tanto las genuinas como las falsas, Violet jamás olvidó a Rose Dear ni el lugar al que se había arrojado; un lugar tan angosto, tan oscuro que fue puro alivio, un respiro sosegante verla encerrada en una caja de madera.

—Gracias a Dios por la vida —dijo True Belle—, y gracias a la vida por la muerte.

Rose. Querida Rose Dear.

¿Qué fue, me pregunto, qué fue lo único y definitivo que no logró sobrellevar o no pudo repetir? ¿Es que el último lavado había deshilachado de tal modo la blusa que ya no admitía otro remiendo y pasaba a la condición de harapo? Quizá le había llegado la noticia de los cuatro días de linchamientos en Rocky Mount: los hombres el martes, las mujeres dos días después. O acaso fue el enterarse de que aquel joven tenor del coro había sido atado a un árbol y mutilado, y que su abuela rehusó entregar sus pantalones llenos de excrementos y se empeñó en lavarlos una y otra vez a pesar de que la mancha había desaparecido en el tercer aclarado. Le enterraron con los pantalones de su hermano y la vieja aún llenó otro balde de agua limpia. ¿Pudo haber sido la mañana que siguió a una noche en que su anhelo (que solía ser esperanza) escapó a todo control? ¿Cuando el deseo la estrujaba y justo después la lanzaba al aire para partir a la carrera prometiendo regresar y hacerla botar de nuevo como si fuera una pelota de goma? ¿O fue aquella silla de la que la hicieron caer? ¿Decidió precisamente allí y entonces, tendida en el suelo, que lo haría? Un día u otro. Lo demoró cuatro años porque True Belle acudió y se hizo cargo de la situación, pero seguía recordando las tablas del piso como una puerta

cerrada con llave. ¿Veía quizá la desoladora verdad en una taza de porcelana irrompible? Estuvo esperando su oportunidad, otra vez el momento (con todo su desconsolado dolor o su cólera desbordante) en que ella pudiese dar la espalda a la puerta, a la taza, para precipitarse hacia la infinitud que la estaba llamando desde el pozo. ¿Qué pudo haber sido, me pregunto?

True Belle estaba allí, risueña, competente, cosiendo junto al fuego del hogar, trabajando el huerto y recolectando durante el día. Aplicando infusiones de mostaza a los cortes y rozaduras de las niñas y haciendo que éstas se esmerasen en sus tareas a cambio de contarles fascinantes historias de sus tiempos de Baltimore y del niño al cual cuidaba allí. Quizá fuera esto: saber que sus hijas estaban en buenas manos, mejores manos que las suyas, al fin, y que ella, Rose Dear, se había liberado de un tiempo que ya no fluía porque se paró en seco cuando la derribaron de la silla de su cocina. Así que se dejó caer al fondo del pozo y se perdió lo mejor.

Lo importante, la conclusión de mayor relevancia que Violet sacó de aquello fue que ella nunca nunca nunca tendría hijos. Ocurriera lo que ocurriese, jamás un par de piecitos negros se restregarían uno contra otro mientras una boca hambrienta decía: ¿Mamá?

Al hacerse mayor, Violet supo que no podía quedarse donde estaba ni tampoco marcharse. El pozo le quitaba el sueño, pero la idea de irse de allí la aterrorizaba. Fue True Belle, quien forzó las cosas. Había excelentes cosechas de algodón en Palestine y la gente de treinta kilómetros en derredor se disponía a su recolección. Se rumoreaba que el salario era de diez centavos para las mujeres jóvenes, un cuarto de dólar para los hombres. Tres dobles temporadas con una racha de mal tiempo habían arruinado todas las esperanzas, pero entonces llegó el día en que las flores estallaron gordas y esponjosas. Todo el mundo contuvo la respiración mientras el propietario entrecerraba los ojos y escupía. Sus dos peones negros recorrían las hileras, tocando las tiernas flores, manoseando la tierra y tratando de descifrar el enigma del cielo. Luego hubo un día de lluvia ligera y fresca, cuatro días secos, claros y cálidos, y todo Palestine se llenó del algodón más limpio que nadie viera jamás. Más suave que la seda, y crecido con tanta rapidez que los gorgojos, que habían abandonado los campos años antes, no tuvieron ni tiempo de volver.

Tres semanas. Tenía que hacerse todo en tres semanas o menos. Toda persona que tuviera dedos, en un radio de treinta kilómetros, compareció y fue contratada al instante. Nueve dólares la bala, decían algunos, si lo negociabas tú mismo; once dólares si tenías un amigo blanco que lo llevara a subasta. Y para los

recolectores, diez centavos las mujeres y un cuarto de dólar los hombres.

True Belle envió a Violet y a dos de sus hermanas en la cuarta carretada de trabajadores. Viajaron toda la noche, se congregaron al amanecer, comieron lo que les dieron y compartieron prados y estrellas con la gente del lugar que no veía sentido en retirarse a sus casas para dormir sólo cinco horas.

Violet no tenía habilidad para aquella tarea. Había ya cumplido diecisiete años, pero se quedaba atrás con las chicas de doce; era la última de la fila o encontraba a las otras cuando ya volvían. Por este motivo la dedicaron a «escañar», es decir, a repasar las matas donde habían quedado sin recoger vainas de inferior calidad, abandonadas en las ramas por manos más rápidas que las suyas. Humillada, agobiada por las lágrimas, había casi decidido suplicar que la devolvieran a Rome cuando un hombre cayó del árbol cuya copa se alzaba por encima de su cabeza y aterrizó a su lado. Una noche se había acostado, confusa y malhumorada, algo apartada de sus hermanas, aunque no demasiado lejos. No demasiado lejos por si tenía que reptar apresuradamente hacia ellas en caso de que resultara que los árboles estuvieran llenos de espíritus que vagaban por allí en la oscuridad. El punto que había elegido para tender su manta se encontraba debajo de un hermoso nogal negro que crecía en la linde del bosque que bordeaba los campos de algodón.

El golpe contra el suelo no podía haberlo producido un mapache porque dijo: ¡Uf! Violet se apartó rodando sobre si misma, demasiado asustada para hablar, pero se puso a gatas, dispuesta a defenderse.

—Nunca me había pasado —dijo el hombre—. He dormido ahí arriba cada noche. Ésta es la primera vez que me caigo.

Violet podía distinguir su silueta en posición sentada y ver que se restregaba un brazo, luego la cabeza y luego otra vez el brazo.

—¿Tú duermes en los árboles?

—Si encuentro uno bueno, sí.

—Nadie duerme en los árboles.

—Yo lo hago.

—Me parece una simpleza. Ahí arriba puede haber serpientes.

—Las serpientes de por aquí, de noche, se arrastran por el suelo. Así que, ¿cuál es la simpleza?

—Podías haberme matado.

—Todavía podría, si es que no me he roto el brazo.

—Espero que te lo hayas roto. Por la mañana poco trabajarás, pero tampoco subirás a los árboles de los demás.

—Yo no recojo algodón. Trabajo en la desmotadora.

—¿Qué haces aquí entonces, señor Alto y Fuerte, durmiendo en los árboles como un murciélago?

—¿No tienes una palabra amable para un pobre lisiado?

—Claro que sí: búscate un árbol de otra persona.

—Hablas como si el árbol fuera tuyo.

—Y tú como si fuera tuyo.

—Digamos que lo compartimos.

—Conmigo, ni pensarlo.

Él se levantó y movió un poco una pierna antes de apoyar sobre ella su peso. A continuación se dirigió cojeando hacia el árbol. Violet añadió:

—No irás a subirte otra vez encima de mi cabeza.

—He de coger mi lona —dijo él—. Se ha roto. Por eso me he caldo. —Escudriñó la oscuridad tratando de localizar las bifurcaciones de las ramas—. ¿La ves? Ahí está. Ahí, colgando. Si. —Optó por sentarse con la espalda apoyada en el tronco del nogal—. De todos modos —concluyó— tendré que esperar a que haya luz.

Violet creyó siempre que a causa de aquella primera conversación entre ambos, que se había iniciado en la oscuridad (cuando ninguno de los dos podía ver del otro mucho más que la silueta) y terminó en un amanecer verde y blanco, la

noche no volvió a ser nunca lo mismo para ella. Nunca más despertaría forcejeando contra el tirón de un estrecho pozo. Ni esperaría el alba con la tristeza que le había dejado en el corazón el haber encontrado a Rose Dear, aquella mañana, encogida en una pequeña cantidad de agua.

Él se llamaba Joseph, e incluso antes de que el sol saliera, cuando aún estaba escondido en el bosque pero ya realzaba el verde del mundo y los deslumbrantes campos de blanco algodón frente a la brecha color rubí del horizonte, Violet le reclamó para sí. ¿Acaso no habla caldo prácticamente en su regazo? ¿No se había quedado junto a ella? Toda la noche, toda, soportando sus insolencias, protestando, embromándola, explicando, pero hablando, hablándole a través de la oscuridad. Y con la luz del día aparecieron los detalles, los pedacitos de él: su sonrisa y sus grandes ojos escrutadores. Su camisa sin botones, cerrada sólo por un nudo en la cintura, descubría un pecho que ella reivindicó como su almohada personal. El fuste de sus piernas, el plano de sus hombros, la línea de su mandíbula, sus largos dedos: ella lo quería todo. Sabía que le estaba mirando con demasiada fijeza e intentó apartar la vista, pero el color contrastado de sus dos ojos volvía a atraer su mirada una y otra vez. Se sentía más y más ansiosa, mientras oía que los trabajadores empezaban a moverse, anticipando la llamada a desayunar; que se alejaban hacia los árboles para evacuar y murmuraban confusos sonidos matinales; pero entonces él dijo:

—Esta noche volveré a nuestro árbol. ¿Dónde estarás tú?

—Debajo —replicó ella, y se levantó del lecho de tréboles como una mujer a la que esperasen tareas importantes.

No lo preocupaba lo que pudiera ocurrir tres semanas después, cuando se suponía que debía regresar junto a True Belle con sus dos dólares y diez centavos. El resultado fue que envió el dinero con sus hermanas y ella se quedó en la vecindad buscando trabajo. El capataz de la cuadrilla no confiaba en su valía tras haberla visto sudar tinta para llenar su costal con la misma rapidez que las niñas, pero Violet reveló dotes especiales para manifestar con voz clamorosa sus propósitos y su determinación de conseguirlos.

Se alojó, pues, con una familia de seis personas, en Tyrell, y trabajó en lo que fuera con tal de estar con Joe siempre que fuese posible. Fue allí donde se transformó en la resuelta y vigorosa muchacha capaz de manejar mulas, cargar balas de heno y cortar leña tan bien como cualquier hombre. Fue allí donde en las palmas de sus manos y las plantas de sus pies se formó un callo protector cuya



eficacia no igualaban ni guantes ni zapatos. Todo por Joe Trace, un mozo de diecinueve años y ojos dispares que vivía adoptado por una familia, trabajaba en la desmotadora y en el aserradero, o en la caña, el algodón y el maíz, que hacía cualquier chapuza cuando era necesario, araba la tierra, pescaba, cazaba y vendía pieles; que era listo y voluntarioso. Adoraba los bosques. Los amaba de verdad. Por ello dejó atónitos a sus familiares y amigos, no cuando accedió a casarse con Violet, sino cuando, catorce años después, accedió asimismo a llevarla a Baltimore, donde ella decía que en las casas los cuartos estaban separados y el agua venía a ti, no tenías tú que ir a por ella. Donde los hombres de color trabajaban en los muelles por dos dólares y medio al día, descargando barcos grandes como iglesias, y otros conducían un coche hasta la misma puerta de tu casa para llevarte a donde quisieras ir. Estaba describiendo un Baltimore de veinticinco años atrás y un vecindario en el que ni ella ni Joe podrían alquilar una vivienda, pero no lo sabía ni lo sabría nunca, porque finalmente no fueron allí sino a la Ciudad. Otros sueños más poderosos desplazaron sus sueños de Baltimore. Joe conocía a gente que vivía en la Ciudad y a personas que habían estado allí y regresado al campo con historias que dejaban Baltimore en segundo plano. Haciendo trabajos ligeros —plantando delante de una puerta, llevando comida en una bandeja, incluso lustrando zapatos de desconocidos— en un solo día ganabas más que en una cosecha entera. Los blancos te echaban literalmente el dinero encima; y sólo por ser sociable, por abrir la puerta de un taxi o recoger un paquete. Y cualquier cosa que poseyeras, que hicieras con tus manos, o incluso que encontrases, podías venderlas por las calles. De hecho, existían calles donde la gente de color era dueña de todos los comercios; manzanas enteras de hombres y mujeres de color, guapos y elegantes, que reían toda la noche y ganaban dinero todo el día. Automóviles de acero circulaban a la velocidad del rayo, y, si ahorrabas, decían que podías comprarte uno y conducirlo sin parar mientras tuvieras delante vía libre.

Durante catorce años escuchó Joe aquellas historias y se rió de ellas. No sucumbió a su hechizo hasta que un día, de repente, cambió de opinión. Nadie, ni siquiera Violet, supo qué había sido lo que le permitió abandonar sus campos, sus bosques, sus secretos y solitarios valles. Desprenderse de su caña de pescar, de su cuchillo de desollador, de todos sus pertrechos excepto uno, y tomar prestada una maleta para meter sus cosas. Violet nunca supo qué había sido lo que le inflamó, lo que despertó su deseo —de repente, pero más tarde que en muchos otros— de emigrar a la Ciudad. Supuso que el banquete que tentaba a todos debió de jugar un importante papel en el cambio de mentalidad de Joe. Si Booker T. se sentaba a comer un sándwich de pollo en casa del presidente en una ciudad a la que llamaban capital, cerca de donde True Belle había conocido tan buenos tiempos, las cosas debían de andar muy bien, pero que muy bien. Llevó consigo a su novia, en un viaje

en tren lo bastante excitante como para que les saltaran los ojos de las órbitas, y ambos entraron bailando en la ciudad.

Violet pensaba que la Ciudad iba a defraudarlos; que no sería tan adorable como Baltimore. Joe creía que sería perfecta. Cuando llegaron, transportando todas sus pertenencias en una única maleta, los dos comprendieron al instante que perfecto no era la palabra adecuada. Era mejor aún.

Joe tampoco quería hijos, así que todos aquellos abortos —dos en el campo, sólo uno en su cama— fueron más contratiempos que pérdidas. Y la vida ciudadana iba a ser mucho mejor sin hijos. Al llegar a la estación de ferrocarril, allá por 1906, las sonrisas que ambos dedicaban a las mujeres con niños pequeños, ensartados como cuentas entre maleta y maleta, estaban llenas de compasión. No era que los niños no les gustaran. Sí les gustaban, especialmente a Joe, quien tenía para ellos un don especial. Pero los dos preferían evitar las complicaciones que comportaban. Años después, sin embargo, cuando Violet ya andaba por los cuarenta, su mirada se detenía continuamente en los pequeños, se entretenía incluso contemplando los juguetes que los comercios exhibían por Navidad. Su cólera despertaba al instante si oía que a un niño le dedicaban una palabra dura, o si una mujer que llevaba un bebé en brazos parecía distraída o torpe. La peor quemadura que causó fue en la sien de una cliente que sostenía a un niño sobre sus rodillas. Violet, embobada ante las palmaditas cariñosas que la mujer daba al niño y la forma en que éste brincaba impulsado por las piernas de ella, olvidó que su propia mano empuñaba el rizador. La cliente se sobresaltó y su piel comenzó enseguida a decolorarse. Violet balbució sus disculpas y la mujer quedó satisfecha hasta descubrir que el bucle entero se le había chamuscado. La piel se le curaría, pero una brecha como de calvicie en su peinado... Violet tuvo que renunciar a cobrar su trabajo para que callara.

A la larga el anhelo se hizo más fuerte que el sexo: un ansia dolorosa, difícil de dominar. Su esclavitud la enervaba; se ponla tensa, rígida, en su esfuerzo por desprenderse de aquel deseo. Fue entonces cuando se hizo a si misma un obsequio; algo que mantendría oculto y sacaría en secreto siempre que la angustia alcanzase un grado insoportable. Comenzó por imaginar qué edad tendría entonces, caso de haber llegado a buen término, la criatura perdida en su último aborto. Una niña, probablemente. Ciertamente una niña. ¿A quién se parecería? ¿Qué sonido tendría su voz? Después del destete, Violet soplaría delicadamente sobre la papilla del bebé para que no escaldara su tierna boca. Más adelante, ambas cantarían juntas: Violet haría los tonos altos, la niña sería una soprano melosa. «Tú no recuerdas, mucho tiempo atrás, dos niñas cuyos nombres no conozco salieron de paseo un claro día de verano, se perdieron en los bosques, dice la gente, y el sol se puso y las estrellas

encendieron sus lucecitas. Pobres niñitas en el bosque, se echaron al suelo y murieron. Cuando estuvieron muertas un petirrojo de pecho encendido cubrió sus cabezas con hojitas de fresa.» Oh. Oh. Y algún día Violet le arreglaría el cabello al estilo de las chicas de ahora. ¿Corto y con flequillo hasta las cejas? ¿Rizos en las orejas? ¿Partido con raya y peinado hacia un lado? ¿Suelto y ondulado con permanente?

Violet se sumergía en ello, soñaba hondo. Precisamente cuando sus senos eran al fin lo bastante planos para no necesitar los sujetadores que las jovencitas llevaban para lucir un pecho de muchacho, precisamente cuando sus pezones ya no eran puntiagudos, el hambre de maternidad la había golpeado como una maza. La había tumbado y aturdido. Cuando recobró el sentido, su marido había matado a una chica tan joven que podría haber sido aquella hija cuyo cabello se había ella consagrado a emperifollar. ¿Quién yacía dormida en aquel ataúd? ¿Quién posó allí, despierta, para aquella fotografía? ¿La putilla intrigante que no había tenido por los sentimientos de Violet ni un ápice de consideración, que tomó lo que quería y al diablo las consecuencias? ¿O la niña de quien su madre se deshizo? ¿Era la mujer que cautivó al hombre, o la hija que escapó de su vientre? Arrastrada por un salvaje chorro de jabón, sal y aceite de ricino. Aterrorizada, quizá, de la hostilidad de semejante refugio. Ignorante de que, si aquello hubiera fallado, si ella hubiese soportado indemne los venenos caseros de su mamita podía haber tenido el cabello mejor cuidado de la Ciudad. En cambio, merodeaba observando las rollizas rodillas de los hijos de los desconocidos. O los escaparates de los comercios. O los cochecitos de niños dejados un momento al sol. Sin enterarse de que, putilla o niña mimada, ellas dos, madre e hija, podrían haber paseado juntas por Broadway dando una ojeada a los vestidos de última moda; podrían ahora sentarse juntas en la intimidad de la cocina, mientras Violet le arreglaba el cabello.

—En otra época —le dijo a Alice Manfred—, en otra época yo también la habría amado. Exactamente como usted. Como Joe.

Con las manos mantenía cerradas las solapas del abrigo, demasiado avergonzada para dejar que su anfitriona lo colgara, no fuera que viese el forro.

—Quizá —dijo Alice—. Quizá. Pero ahora ya nunca lo sabrá, ¿no es así?

—Pensé que sería bonita. Realmente bonita. Y no lo era.

—Bastante bonita, diría yo.

—Usted se refiere al cabello. Al color de la piel.

—No me cuente a qué me refiero.

—¿Qué, entonces? ¿Qué vio él en ella?

—¡Qué vergüenza! Una mujer hecha y derecha como usted preguntándome eso.

—Tengo que saberlo.

—Entonces pregúnteselo a quien sí lo sabe. Le ve usted cada día.

—No se ponga nerviosa.

—Lo haré si quiero.

—Está bien. Pero yo no quiero preguntárselo a él. No quiero oír lo que él tiene que decir sobre esta cuestión. Usted sabe qué es lo que pregunto.

—Usted lo que está pidiendo es perdón, y eso yo no puedo dárselo. No es cosa mía.

—No, eso no. No es eso, no es perdón.

—Entonces, ¿qué es? No me venga con el cuento de la lágrima. No lo soportarla, ¿me entiende?

—Nacimos más o menos por la misma época, usted y yo —dijo Violet—. Somos mujeres, las dos. Dígame algo que sea auténtico, que sea la verdad. No se limite a recordarme que soy adulta y debería saberlo. No lo sé. Tengo cincuenta años y no sé nada. ¿Qué he de hacer? ¿Me quedo junto a él? Eso es lo que quiero, me parece. Quiero..., bueno, no ha sido siempre..., ahora sí quiero. Quiero un poco de calor en esta vida.

—Despierte de una vez. Con frío o con calor, no tenemos más que una vida. Así son las cosas.

—Usted tampoco lo sabe, ¿verdad?

—Sé lo suficiente para comportarme como es debido.

—¿Es eso todo? ¿Es eso todo lo que hay?

—¿Es qué?

—¡Vamos, dígalos! ¿Dónde están las personas adultas? ¿Somos nosotras?

—¡Oh, mamá! —exclamó Alice Manfred abruptamente, y enseguida se tapó la boca con la mano.

Violet tuvo idéntico pensamiento: mamá. ¿Mamá? ¿Era ahí adonde llegabas y donde terminaba todo? ¿El rincón de sombra entre los árboles donde tú sabes que nadie te ama ni te amará si puede elegir no hacerlo? ¿Donde todo ha acabado excepto las palabras vanas?

A continuación dejaron de mirarse una a otra. Se hizo el silencio, que duró y duró hasta que Alice Manfred dijo:

—Déme su abrigo. No aguanto ver ese forro un minuto más.

Violet se puso en pie y se quitó el abrigo, sacando cuidadosamente los brazos atrapados en la deshilachada seda. Luego volvió a sentarse y observó a la costurera iniciar su trabajo.

—En lo único que he pensado es en escarnecerle como él ha hecho conmigo.

—No sea tonta —dijo Alice, y cortó el hilo.

—No pronunciaría su nombre ni aunque en ello me fuera la vida.

—Pero él sí pronunciará el de usted.

—Que lo haga.

—¿Qué piensa resolver con todo eso? ¿Es alguna solución? —Como Violet no contestaba, Alice añadió—: ¿Le ha devuelto la atención de su marido?

—No.

—¿Ha sacado a mi sobrina de la tumba?

—No.

—¿Tengo que repetírselo?

—¿Que no sea tonta? No. No, pero dígame, quiero decir: escúcheme. Todas las personas con quienes me crié y crecí están allá, en nuestra tierra. No tenemos hijos. Él es lo único que tengo. Él es lo único.

—Pues no lo parece —dijo Alice.

Sus puntadas eran tan pequeñas que el ojo no alcanzaba a distinguirlas.

A finales de marzo, sentada en el drugstore de Duggie, Violet jugueteaba con una cañita rememorando la visita que había hecho a Alice aquella mañana. Fue a su casa temprano. Era hora de trabajo, pero Violet no trabajaba.

—Es diferente de lo que pensaba —dijo—. Diferente.

Se refería a veinte años de vida en una Ciudad mejor que perfecta, pero Alice no le preguntó qué quería decir. No le preguntó si la Ciudad, con todo el despliegue de sus calles, incitaba a los celos demasiado tarde para hacer cualquier cosa que no fuera una tontería. O si era la Ciudad lo que provocaba aquella tortuosa aflicción por una rival lo bastante joven para ser la propia hija.

Habían estado hablando de prostitutas y de mujeres que luchaban: Alice provocativa, Violet indiferente. Luego silencio, mientras Alice planchaba y Violet la observaba. De vez en cuando una de las dos murmuraba algo, para sí misma o para la otra.

—A mí, eso me gustaba —dijo Violet.

Alice sonrió, comprendiendo sin levantar la vista que Violet se refería al almidón.

—A mí también —replicó—. Volvía loco a mi marido.

—¿Será el crujiir? No puede ser el tacto.

Alice se encogió de hombros.

—Sólo el cuerpo lo sabe.

La plancha siseó sobre la tela húmeda. Violet apoyó el mentón en la palma de

la mano.

—Usted plancha como mi abuela. El refuerzo del hombro al final.

—Es la prueba de un planchado de primera clase.

—Algunas empiezan por los hombros.

—Y tienen que volverlos a planchar. Yo detesto las chapuzas.

—¿Dónde aprendió a coser como lo hace?

—A las niñas nos tenían siempre ocupadas. Manos ociosas..., ya sabe.

—Nosotros recolectábamos algodón, partíamos leña, arábamos los campos. Nunca supe qué eran unas manos ociosas. Aquí, ahora, es cuando he estado más cerca de ver que mis manos no hacen nada.

Preparar el almidón, decidir cuándo planchar los refuerzos, coser, recolectar, cocinar, partir leña. Violet pensó en todo ello y suspiró.

—Creí que sería más importante de lo que fue. Pensé que no duraría, pero sí que sería más importante.

Alice reajustó el trozo de tela que envolvía el asidor de la plancha. Luego, dijo:

—Él volverá a hacerlo. Usted lo sabe. Otra vez y otra vez y otra vez.

—En ese caso será mejor que le eche de casa.

—¿Y después qué?

Violet sacudió la cabeza.

—Quedarme mirando el suelo, supongo.

—¿Quiere algo auténtico, algo de verdad? —preguntó Alice—. Le diré algo que si es auténtico. Si le han dejado alguna cosa que pueda amar, lo que sea, cualquier cosa, ámela.

Violet irguió la cabeza.

—¿Y cuando él vuelva a hacerlo? ¿No importa lo que piense la gente?

—Importa lo que a usted le haya quedado.

—¿Me está diciendo que lo acepte? ¿Que no luce?

Alice depositó con fuerza la plancha sobre la tabla.

—¿Luchar contra qué? ¿Contra quién? ¿Contra alguna chica maltratada que vio que se quemaban sus padres? ¿Quién sabe mejor que usted o que yo o que cualquiera lo pequeño que es y lo deprisa que pasa este pedacito de vida? O quizá quiera usted pisotear a alguien que tiene tres hijos y sólo un par de zapatos. Alguien con una ropa andrajosa, que arrastra el borde de la falda por el barro. Alguien que necesita unos brazos exactamente como los necesita usted y usted quiere acercarse y abrazarla pero su falda tiene el borde sucio de barro y la gente que hay alrededor no entenderla cómo pueden los ojos de alguien estar tan tristes, ¿cómo es posible? Nadie le pide a usted que lo acepte. Yo le estoy diciendo que lo aguante, ¡que lo aguante!

Tardó un momento en darse cuenta de que Violet tenía la mirada fija. Siguiendo la dirección de ésta, Alice levantó la plancha y vio lo mismo que Violet: la negra y humeante quemadura que la plancha había dibujado nítidamente en el refuerzo del hombro.

—¡Mierda! —gritó Alice—. ¡Oh, mierda!

Violet fue la primera en sonreír. Luego Alice. Un instante después la risa las sacudía a las dos. Violet se acordó de True Belle, que entraba en la única habitación de su cabaña y reía a carcajada limpia. Ellas estaban acurrucadas como ratones junto al fuego que ardía en un bote de lata, ni siquiera una estufa, sobre el suelo, hambrientas e irritables. True Belle las miraba y tenía que apoyarse en la pared para impedir que la risa la derribara al suelo con ellas. En tales momentos deberían haberla odiado. Deberían haberse levantado del suelo y odiarla. Pero, en cambio, se sentían mejor. Ni vencidas ni abandonadas. Mejor. Y también reían, e incluso Rose Dear agitaba la cabeza y sonreía, y repentinamente el mundo recobraba el orden que parecía perdido. Violet aprendió entonces lo que hasta el momento presente habla olvidado: que la risa es seria. Más compleja, más seria que las lágrimas.

Doblada hacia delante, temblorosos los hombros, Violet pensó en cuál debía de haber sido su aspecto en el entierro, en cuál era su propósito. El espectáculo de sí misma tratando de hacer algo dramático, algo audaz, manejando torpemente el



cuchillo, demasiado tarde ya, de todos modos... Rió hasta toser incontinentemente, y Alice tuvo que preparar para ambas un té reparador.

Pese a lo empeñada que estaba en el desarrollo de sus caderas, Violet fue incapaz de beber lo que quedaba del batido de malta: un resto acuoso, insípido y templado. Se abrochó el abrigo, salió del drugstore y notó, en el mismo instante en que aquella Violet lo hacía, que era primavera. En la Ciudad.

Y cuando la primavera llega a la Ciudad, las personas que andan por la calle reparan unas en otras; prestan atención a los desconocidos con quienes comparten pasillos y mesas y el espacio donde se lava la ropa íntima. Entrando y saliendo, entrando y saliendo por la misma puerta, usan todas la misma manija; en los tranvías y en los bancos del parque asientan sus nalgas donde las han asentado otros centenares de hombres y mujeres. Las monedas de cobre que sostienen en la palma de la mano han sido engullidas por niños y mordidas por gitanos para comprobar su validez, pero siguen siendo dinero y la gente las acepta con una sonrisa. Es la época del año en que la Ciudad incita más a la contradicción: te induce a comprar algo de comer en la calle cuando no tienes ni pizca de apetito; te lleva a disfrutar de una habitación individual que ocupas tú sola mientras lo que deseas vehementemente sería compartirla con alguien con quien acabas de cruzarte en la calle. Aunque en realidad no exista tal contradicción, sino que se trata más bien de una condición natural: el amplio abasto de lo que una Ciudad con ingenio puede hacer. ¿Qué evitará que los ladrillos se calienten al sol? El retorno de los toldos. La manta se retira del lomo de los caballos. El alquitrán se ablanda bajo los tacones y la oscuridad que hay debajo de los puentes transforma su lobreguez en sombra refrescante. Después de un ligero chubasco, cuando ya han brotado las hojas, las ramas de los árboles son como dedos húmedos jugando con rizadas cabelleras verdes. Los automóviles se convierten en cajas negras que corren en pos de un par de faros cuya luz atenúan el vaho o la llovizna. Por las aceras, ahora de satén, las figuras humanas se desplazan adelantando un hombro, inclinadas las cabezas para que su coronilla sirva de precario escudo contra los perdigones que son las gotas de lluvia. Las caras infantiles que se ven en las ventanas parecen llorar, pero son los diminutos regueros que descienden por el cristal lo que produce aquel efecto.

En la primavera de 1926, una tarde de lluvia, cualquier persona que pasara por el callejón contiguo a cierto edificio de apartamentos en Lenox pudo haber mirado hacia arriba y visto, no a un niño, sino la cara de un hombre adulto que lloraba en sincronía con el vidrio de la ventana. Una extraña visión muy poco frecuente: hombres que lloren sin disimulo. No es algo que suelen hacer. Por raro que fuera, sin embargo, la gente acabó por acostumbrarse a aquel hombre, a su modo de secarse la cara y sonarse la nariz con un pañuelo rojo mientras permanecía

sentado, y así estuvo mes tras mes, frente a la ventana sin vistas, o en el pórtico de la casa, primero en la nieve y más tarde al sol. Yo diría que Violet lavaba y planchaba aquellos pañuelos porque, aunque estuviera loca y se hubiese vuelto descuidada, no podía soportar la ropa sucia. Pero todo el mundo se cansó de tanto esperar a ver qué más haría Violet después de pretender matar a una chica ya muerta y de proveer a su marido de pañuelos limpios. Mi opinión personal era que un día apilaría aquellos pañuelos, los llevaría a la cómoda, los guardaría en un cajón y a continuación prendería fuego con una cerilla al cabello de su marido. No lo hizo, pero quizás aquello hubiera sido mejor que lo que sí hizo. Con intención o sin ella, le obligó a sufrirlo todo de nuevo; y en primavera, precisamente cuando está más claro que en ninguna otra época del año que la vida ciudadana es vida callejera.

Los ciegos canturrean sus monótonos sonsonetes en la suave brisa, al tiempo que avanzan con pasos cortos pero seguros acera abajo. Evitan pararse cerca de los viejos que toman posiciones hacia la mitad de la manzana para tañer sus guitarras de seis cuerdas.

Hombre melancólico. Hombre negro y melancólico. Negro y melancólico y por lo tanto hombre del blues.

Todos te conocen.

Adonde se marchó ella y por qué... Estoy tan solo que moriré...

Todos te conocen.

Es difícil no prestar atención al cantante de blues, sentado como está sobre un cajón de fruta en medio de la acera. Tiene cómodamente estirada la pata de palo; su pierna de verdad marca el ritmo y sostiene el peso de la guitarra. Joe piensa probablemente que la canción se refiere a él. Le gustaría creerlo. Le conozco muy bien. Le he visto dar de comer a animalitos de los que nadie se ocupaba, pero nunca me dejé engañar. Recuerdo de qué manera solía calarse el sombrero cuando salía del edificio de apartamentos; cómo se lo inclinaba un poco hacia delante y un poco a la izquierda. Lo mismo si se agachaba para apartar unas bostas de caballo que si caminaba en dirección al ostentoso hotel donde servía, su sombrero tenía que estar siempre en la misma posición. No exactamente ladeado, pero sí con el sesgo preciso, diría una. El suéter que llevaba debajo de la chaqueta iba asimismo abrochado hasta arriba, aunque yo sé que sus pensamientos no los abrocha nunca, que los deja bien sueltos. Echa una sagaz mirada a los cuatro holgazanes que matan el tiempo en la esquina. Hay algo que ellos tienen y él desea. Muy poco de lo que contiene su

muestrario de productos Cleopatra induciría a la compra a los hombres: excepto polvos astringentes para después del afeitado, la mayoría de lo que hay allí es para mujeres. Con éstas le resulta fácil hablar, mirarlas a la cara, galantearlas, flirtear, o quién sabe qué más hacer. Y aunque una le corresponda con otra mirada que dice algo más que la hora del día, los ojos escrutadores de los holgazanes de la esquina le dan mayor satisfacción que los de la propia mujer.

O bien se compadece a si mismo por ser, sobre todo, fiel. Y cuando esta virtud no es suficientemente apreciada y nadie se precipita a congratularle por poseerla, su autocompasión se conviene en un resentimiento que le es muy difícil entender pero muy fácil proyectar sobre aquellos jóvenes lascivos, brutales y radiantes que montan guardia en la esquina próxima. Mirad. Mirad a un hombre fiel, casi cincuentón. Porque nunca se lió con otra mujer, porque seleccionó a aquella chica jovencita para amarla, hoy se cree libre. No libre para alimentar al mundo multiplicando panes y peces; tampoco para resucitar a los muertos en la guerra. Pero libre para cometer una barbaridad.

Confiad en mi palabra: él tiene marcado el camino. Avanza por él como la aguja por el surco de un disco Bluebird. Vuelta tras vuelta por la Ciudad. Así es como la Ciudad te hace girar. Te obliga a hacer lo que quiere, a ir por donde indica el plano de sus calles. Persuadiéndote en todo momento de que eres libre; de que puedes correr hacia los matorrales cuando te venga en gana. Aquí no hay matorrales, si a lo sumo te está permitido caminar por un césped bien segado, la Ciudad te lo hará saber. No puedes salirte del camino que la Ciudad ha trazado para ti. Ocurra lo que ocurra, así te enriquezcas o sigas pobre, arruines tu salud o vivas hasta la vejez, terminas siempre volviendo al punto donde empezaste; ávido de la única cosa que todos perdemos: el amor juvenil.

Eso fue Dorcas, por descontado. Joven pero sensata. Ella fue el dulce amor particular de Joe: como un caramelo. Lo mejor del mundo si fueras joven y acabaras de llegar a la Ciudad. Esto y los clarinetes, a los que incluso llamaban bastones de regaliz. Pero Joe lleva en la Ciudad veinte años y ya no es joven. Yo le imagino como uno de esos hombres que detienen su evolución en algún momento alrededor de los dieciséis años. Por dentro. Así que, pese a llevar el suéter abotonado por delante hasta arriba y zapatos de punta redonda, es un jovenzuelo, un adolescente, y un caramelo todavía puede hacerle sonreír. Le gustan esas piruletas de menta que duran todo el día, y encima cree que también gustan a los demás. Las reparte a los chicos Gistan que hacen el payaso en la acera. Diría una que seguramente prefieren algo de chocolate o que tenga cacahuetes.

Joe me deja perpleja. Con todos los beneficios que consigue en el hotel Windemere, gasta casi tanto dinero en piruletas de menta rancias y pegajosas como en el alquiler del cuarto que tiene para joder. Donde se abre para él su particular bolsa de caramelos.

Es una rata. No me extraña que todo terminara como terminó. Pero no tenía por qué haber sido así, y si él hubiera dejado de correr detrás de aquella gacela por toda la ciudad el tiempo suficiente para contárselo a Stuck o a Gistan o a cualquier vecino susceptible de interesarse, ¿quién sabe cómo habrían ido las cosas?

«No es algo que uno cuente a otro hombre. Sé que la mayoría de los hombres se mueren de ganas de contarse unos a otros los asuntos que llevan bajo mano. Lo sacan todo a relucir. Lo hacen porque la mujer no les importa a fin de cuentas demasiado ni les preocupa lo que la gente piense de ella. Lo máximo que yo hice fue contárselo a medias a Malvonne, y porque no había manera de evitarlo. ¿Pero decírselo a otro hombre? No. De todos modos, Gistan se habría limitado a reírse y a tratar de no oírlo. Stuck se habría mirado la punta de los zapatos, habría jurado que temía por mi salud y aventurado el remedio para curarme. Ni a uno ni a otro les habría yo hablado de ella. No es una cosa como para que la cuentes, excepto quizás a un amigo muy íntimo, alguien a quien conocieras de antes, de mucho tiempo antes, como Victory, pero incluso si hubiese tenido ocasión no creo que me hubiera sido posible contárselo y si no podía contárselo a Victory era porque no podía ni contármelo a mí mismo, porque yo mismo no lo sabía todo. Lo único que sé es que la vi comprando un caramelo y que todo el asunto fue dulce. No simplemente el caramelo: todo el asunto y las circunstancias del asunto. Un caramelo es algo que lames, que chupas, que finalmente tragas, y se acabó. No. Esto era distinto. Más como agua azul y flores blancas, y azúcar en el aire. Yo necesitaba estar allí donde todo se había mezclado y revuelto de la manera correcta, y donde aquello ocurría estaba Dorcas.

»Cuando llegué al apartamento no tenía un nombre que poner a aquel rostro que había visto en el drugstore, ni tampoco tenía su rostro en la mente en aquel preciso momento. Pero ella abrió la puerta, la abrió directamente para mí. Percibí olor a pastel y a pollo guisado. Las mujeres se agruparon en torno y tuve que abrir mi muestrario mientras ellas reían y hacían las cosas que hacen las mujeres: sacudían motitas de polvo de mi chaqueta, me oprimían el hombro para que me sentase. Es su manera de agasajarte: remediar lo que a su juicio parece no estar del todo bien.

»Ella no me miró ni dijo nada. Pero yo sabía dónde estaba y cómo, lo supe en

cada instante. Apoyó la cadera en el respaldo de una silla del salón, en el momento en que más mujeres salían como un torrente del comedor para atenderme y embromarme. Entonces alguien pronunció su nombre. Dorcas. Apenas oí nada más, pero me quedé allí y les mostré toda mi mercancía, sonriendo, sin venderles nada, sino dejando que se lo vendieran ellas mismas.

»Yo vendo confianza; facilito las relaciones. Es el mejor camino. Nunca presiono. Como en el Windemere cuando sirvo las mesas. Estoy presente pero sólo si se me necesita. O cuando trabajo en las habitaciones, sirviendo el whisky disimuladamente para que parezca café. Justo donde y cuando se me necesita, y siempre puntual. Uno tiene que adivinar que una mujer quiere cuatro copas de lo que sea, pero no se atreve a pedir una copa cuatro veces; entonces esperas a que dos tercios de su copa estén vacíos y la vuelves a llenar. De esta manera puede que beba una copa, pero se está tomando cuatro. El dinero susurra discretamente dos veces: una cuando se desliza al interior de mi bolsillo, otra cuando se desliza hacia fuera.

»Estaba dispuesto a esperar, a permitir que ella me ignorase. No tenía ningún plan ni podría haberlo puesto en práctica caso de haberlo tenido. Me sentía aturdido, un poco mareado, pensé que a causa del fuerte aroma de limón, de las caras empolvadas y de esa ligera transpiración femenina. Picante. No agria como la de los hombres. Todavía hoy no me explico lo que me impulsó a hablar con ella cuando nos dirigíamos hacia la puerta de salida.

»Puedo imaginar lo que dice la gente. Que yo trataba a Violet como si fuera un mueble que aprecias, aunque cada día necesite algún soporte para seguir en pie. No lo sé. Pero desde Victory, yo nunca me sentí tan próximo a nadie. Gistan y Stuck, si, somos amigos, pero no es lo mismo que cuando alguien te conoce desde que naciste y os hicisteis hombres a la par. A Victory le habría dicho lo que pasaba. Con Gistan, con Stuck, les habría contado algo, pero no todo lo que realmente ocurría. No podía hablar con nadie excepto con Dorcas, y a ella le confesé cosas que ni a mí mismo me había confesado nunca. Con ella me sentí limpio, fresco, renovado una vez más. Antes de conocerla ya me había renovado siete veces; la primera, cuando me di un apellido, cosa que nadie había hecho por mí porque nadie sabía cuál era o podía haber sido.

»Nací y crecí en el condado de Vesper, Virginia, en 1873. En un lugarcito llamado Vienna. Rhoda y Frank Williams me acogieron desde el principio y me criaron con los seis hijos propios que ya tenían. El último de sus hijos acababa de cumplir tres meses cuando la señora Rhoda me adoptó, y el y yo estuvimos más unidos que muchos hermanos que conozco. Se llamaba Victory. Victory Williams.

La señora Rhoda me puso el nombre de Joseph, que era el de su padre, pero ni a ella ni al señor Frank se les ocurrió darme un apellido. Ella nunca fingió que yo fuera su hijo natural. Cuando distribuía quehaceres o favores, decía: "Es como si tú fueras mío." Aquel "como si" debió ser, supongo, lo que me impulsó a preguntarle (yo no tenía ni tres años) dónde estaban mis verdaderos padres. Ella me miró por encima del hombro y me dedicó una sonrisa dulcísima, aunque triste en cierto modo, y me dijo: "Ay, precioso, desaparecieron, sin rastro." Tal como entonces lo interpreté, eso quería decir que el "rastro"<sup>[1]</sup> era yo, que se habían marchado sin mi.

»El primer día que fui a la escuela tuve que dar nombre y apellido. Dije a la maestra que me llamaba Joseph Trace. Victory giró en redondo en su asiento.

»—¿Por qué le has dicho eso? —me preguntó más tarde.

»—No lo sé —respondí—. Porque sí.

»—Mamá se enfadará. Papi también.

»Estábamos al aire libre, en el patio de la escuela, un sitio decente, con el suelo de tierra apisonada, aunque en ella había mezclados bastantes clavos y otras cosas. Descalzos los dos. Yo me entretenía en arrancarme de la planta del pie un trocito de vidrio para no tener que mirarle a la cara.

»—No se enfadarán —dije—. Tu mamá no es mi mamá.

»—Si ella no lo es, ¿quién lo es?

»—Otra mujer. Un día volverá. Volverá a buscarme. Mi papá también.

»Era la primera vez, que yo recuerde, que pensaba aquello, o que lo deseaba.

»—Ellos saben dónde te dejaron —insistió Victory—. Vendrán a nuestra casa. La casa de los Williams es el lugar donde te buscarán. —Mientras hablaba estaba intentando caminar como si tuviera articulaciones dobles, algo que su hermana sabía hacer y de lo cual se ufanaba tanto que Victory lo practicaba siempre que tenía ocasión. Recuerdo que su sombra se contorsionaba rápidamente en el suelo, delante de mí—. Saben que estás en casa de los Williams. Williams es como deberías llamarte.

»—Tendrán que escoger —repliqué—. Tendrán que reconocirme entre todos vosotros. Yo soy Trace, se marcharon sin mi.

»— ¿No fue eso una perrería?

»Victory se burlaba. Me rodeó el cuello con el brazo y forcejeó para derribarme. No sé lo que ocurrió con el pedazo de vidrio. No recuerdo habérmelo arrancado. Y nadie vino a buscarme, por otra parte. Nunca he conocido a mi verdadero padre. En cuanto a mi madre, bueno, en cierta ocasión oí a una mujer decir en el comedor del hotel una cosa abominable. Hablaba con otras dos mujeres mientras yo les servía el café. "Yo soy dañina para mis hijos", afirmó. "No quiero serlo, pero hay algo en mi que produce ese efecto. Me considero una buena madre, y sin embargo les va mucho mejor cuando están lejos de mí; si los tengo conmigo, todo les va de mal en peor. Los que se marchan parece como si florecieran; los que se quedan sólo encuentran dificultades. Imagínate qué mal me siento sabiéndolo."

»Tuve que echarle una mirada con disimulo. Se necesita coraje para decir semejante cosa. Para admitirla.

»El segundo cambio se produjo cuando fui seleccionado y adiestrado para ser un hombre. Para vivir con independencia y alimentarme por mi mismo, pasara lo que pasase. No eché de menos tener un padre porque, ante todo, allí estaba el señor Frank. Firme como una roca, y sin hacer el menor distingo entre todos nosotros, los hijos. Pero lo extraordinario fue que me seleccionó, y también a Victory, el mejor hombre del condado de Vesper con quien se podía ir a cazar. No hablemos de lo orgulloso que me sentí. El mejor cazador del condado nos había elegido a Victory y a mí para que cazáramos con él. Era tan bueno que decían que llevaba escopeta simplemente por capricho, porque sabía con mucha antelación lo que la presa iba a hacer, cómo engañar a las serpientes, combar ramillas y liar cordeles para atrapar conejos y marmotas; y emitía un sonido que los patos salvajes no podían resistir. Los blancos decían que era un hechicero, pero lo decían para no tener que admitir que era inteligente y astuto. El rey de los cazadores, eso era. Listo como nadie. Me enseñó dos normas de las que no me he apartado en la vida. Una era el secreto para ganarme la simpatía de los blancos: para que alguien les guste, primero tienen que haberle compadecido. La otra..., bueno, la he olvidado.

»Gracias a él, gracias a lo que aprendí de él, me sentía más cómodo en los bosques que en la ciudad. Me ponía nervioso sólo con ver una cerca por los alrededores. Mis vecinos estaban seguros de que yo era exactamente el tipo de persona incapaz de digerir una ciudad. ¿Edificios amontonados? ¿Caminos de cemento? ¿Yo? Ni hablar.

»Mil ochocientos noventa y tres fue el año de mi tercer cambio. El año en que



un incendio arrasó Vienna. Las llamas rojas hicieron rápidamente lo que los capuchas blancas habían tardado demasiado en llevar a cabo: cancelar todos los títulos de propiedad; evacuar todos y cada uno de los campos; desalojarnos de nuestras casas tan deprisa que salimos corriendo de una parte del condado a otra... o a ninguna. Yo caminé y trabajé, trabajé y caminé, y como yo Victory, veinticinco kilómetros hasta Palestine. Allí fue donde conocí a Violet. Nos casamos y nos establecimos en la finca de Harlon Ricks, cerca de Tyrell. Era la peor tierra del condado. Violet y yo trabajamos en sus cultivos durante dos años. Cuando el suelo dejó de producir, cuando la principal cosecha eran las piedras, comimos lo que yo cazaba. Luego el viejo Ricks se hartó y traspasó la finca y nuestra deuda a un hombre llamado Clayton Bede. La deuda aumentó de ciento ochenta dólares a ochocientos con él. Intereses, dijo, y todos los fertilizantes y materiales que retirábamos del almacén general (cosas que él pagaba); los precios, dijo, subían cada día más. Violet tenía que atender nuestra casa y nuestra parte, además de labrar la de él, mientras yo iba de Bear a Crossland y a Goshen haciendo los trabajos que encontraba. Talar pinos algunas veces, tareas de aserradero la mayoría. Nos costó cinco años, pero salimos adelante.

»Entonces conseguí empleo en el tendido de la línea férrea del Southern Sky. Tenía veintiocho años y ya me había acostumbrado a cambiar, así que en 1901, cuando Booker T. se tomó un sándwich en la mansión del presidente, reuní la audacia suficiente para cambiar una vez más: decidí comprarme una parcela de terreno. También fui lo bastante estúpido para creer que me dejarían tenerla. Nos echaron con dos papeles que yo nunca había visto ni firmado.

»Volví a cambiar por cuarta vez en 1906, cuando llevé a mi esposa a Rome, una estación de ferrocarril próxima a su lugar de nacimiento, donde tomamos el Southern Sky en dirección norte. Nos cambiaron de sitio en cinco ocasiones y en cuatro vagones diferentes en cumplimiento de la ley Jim Crow.

»Vivimos en un apartamento sin pasillo, en el Tenderloin. Violet se puso a servir y yo hice toda clase de trabajos, desde preparar el cuero para confeccionar los zapatos de los blancos hasta liar cigarros en un sitio donde nos leían historias mientras manipulábamos el tabaco. Limpié pescado de noche y retretes de día, hasta que conseguí una plaza de camarero. Y pensé que por fin me habla asentado en mi verdadera personalidad, la quinta, cuando dejamos la hediondez de Mulberry Street y Little Africa, y luego las ratas carnívoras de la calle Cincuenta y tres Oeste, y nos trasladamos a la parte norte de la ciudad.

»Por entonces ya habían desaparecido cerdos y vacas, y lo que habían sido

granjas y cabañas campesinas —apenas ninguna de ellas con una porción de terreno mayor que la que yo había intentado comprar— se convertían en más y más casas de vecinos. Era normal que a un hombre de color le pegaran un tiro sólo por pasear por aquellos andurriales. Levantaron lo mismo hileras de casas iguales que viviendas aisladas, cada una con su propio patio y su huerto. Luego, inmediatamente antes de la guerra, bloques enteros de edificios fueron alquilados a personas de color. Muy bonitos. No como en la zona del centro de la ciudad. Aquéllos tenían cinco, seis habitaciones; algunos tenían hasta diez, y para conseguirlos bastaba con que pudieras disponer de cincuenta o sesenta dólares al mes. Cuando nos mudamos de la calle Ciento cuarenta a un apartamento más grande en Lenox, los inquilinos de piel clara trataron también de no dejarnos entrar. Violet y yo nos enfrentamos a ellos, igual que si se tratara de blancos. Vencimos. Habían llegado malos tiempos, y los propietarios blancos o negros se disputaban a la gente de color por los alquileres altos, cosa que para nosotros estaba muy bien porque teníamos ocasión de vivir en cinco habitaciones a pesar de que algunos realquiláramos una o dos. Los edificios eran como los castillos que se ven en las fotografías, y nosotros, que habíamos limpiado la porquería de los demás desde el principio, sabíamos mejor que nadie cómo conservarlos bien. Teníamos pájaros y plantas por todas partes, Violet y yo. Personalmente me ocupaba de recoger el estiércol de la calle para que no nos faltase abono. Y me aseguraba de que la fachada estuviera tan pulcra como el interior. Por entonces trabajaba en el hotel; mejor que en un restaurante, porque hay más formas de conseguir propinas. La paga era escasa, pero las propinas caían en la palma de mi mano como las nueces de pacana en noviembre.

»Cuando los alquileres subieron y volvieron a subir, y los comercios doblaron el precio de la carne de buey en los barrios altos sin tocar el de la carne para los blancos, yo me busqué un pequeño complemento vendiendo productos Cleopatra en el vecindario. Sumando lo que ganaba Violet, que dejó los trabajos de limpieza para dedicarse sólo a la peluquería por su cuenta, no podíamos quejarnos.

»Luego, al cabo de un tiempo, llegó un verano, en 1917, en que unos blancos me pusieron una pistola en la cabeza y todo estuvo a punto de terminar, porque casi me mataron. Como a otros muchos. Uno de aquellos blancos tenía corazón y evitó que los demás acabaran conmigo allí y entonces.

»No sé exactamente cómo empezó el tumulto. Pudo haber sido lo que los periódicos dijeron, lo que dijeron los camareros con quienes yo trabajaba, o lo que Gistan dijo: una fiesta, decía, donde se repartieron invitaciones a los blancos para que viniesen a ver a un hombre de color quemado vivo. Gistan decía que miles de

blancos comparecieron. Gistan decía que todos llevaban el odio en el pecho, y que si la matanza no se hubiera producido por aquel motivo, la chispa habría saltado con cualquier otra excusa. Debido a la guerra, estaban trayendo enjambres de personas de color a trabajar. Los blancos pobres del Sur rugían de rabia porque los negros se marchaban; los blancos pobres del Norte, porque venían.

»Yo he visto algunas cosas en mis tiempos. En Virginia. Dos de mis medio hermanos. Mal heridos. Muy mal. Faltó poco para que aquello se llevara a la señora Rhoda a la tumba. También hubo una muchacha. Habla ido a visitar a su familia, en Crossland. Era sólo una pobre criatura. De todos modos, aquí, si te echas a la calle, un centenar de personas se echarán a la calle contigo.

»Yo observé que unos niños corrían. Vi que uno cala al suelo y que tardaba en levantarse, de modo que acudí en su ayuda. De ahí vino todo. El tumulto continuó sin mí y Violet me curó la cabeza. Sobreviví, sin embargo, y quizá fue aquello lo que me hizo cambiar de nuevo y por séptima vez dos años más tarde, en 1919, cuando anduve todo el camino, hasta el último condenado palmo del camino, junto con los del tres seis nueve. No recuerdo haber bailado nunca en la calle, excepto en aquella ocasión única en que lo hacía todo el mundo. Pensé que aquel cambio sería el último, y ciertamente era el mejor, pues la guerra había empezado y terminado y las tropas de color del tres seis nueve que hablan combatido en ella despertaban en mí un orgullo que me henchía el corazón. Gistan me consiguió empleo en otro hotel donde a la hora de las propinas caían más billetes que monedas. Habla llegado alto. En 1925 hablamos llegado alto todos. Entonces Violet comenzó a dormir con una muñeca entre los brazos. Demasiado tarde. En cierto modo lo comprendí. En cierto modo.

»No me interpretéis mal. Aquello no fue culpa de Violet. Toda la culpa es mía. Toda. Nunca me recobraré de lo que le hice a aquella chica. Nunca. Yo había cambiado una vez más, pero esta vez me pasé. Me había renovado demasiado. Podría decirse que toda mi vida había sido un negro nuevo. Y sin embargo, ni todo aquello por lo que pasé, ni todo aquello que vi, ni todos aquellos cambios me prepararon para ella. Para Dorcas. Habríaís creído de mí que tenía veinte años, como allá en Palestine cuando satisfice mi apetito por primera vez debajo de un nogal.

»Les dimos una sorpresa a todos cuando nos marchamos, Violet y yo. Decían que la Ciudad te hace sentir solo, pero desde que me había adiestrado el mejor cazador de los bosques, la soledad era algo que no podía ni rozarme. ¡Dispara! Muchacho campesino, adulto campesino. ¿Cómo iba yo a saber lo que una chiquilla

de dieciocho años puede provocar en un hombre hecho y derecho cuya esposa duerme con una muñeca? Descubrirme una soledad que jamás imaginé en un bosque donde no había otro ser humano en veinticinco kilómetros a la redonda, o a la orilla de un río sin otra compañía que los gusanos del cebo. Convencerme de que nunca había conocido el lado dulce de nada hasta que probé" su miel. Dicen que las serpientes se quedan ciegas por un tiempo antes de mudar de piel por última vez.»

«Tenía el cabello largo y la piel estropeada. Un litro de agua dos veces al día le habría limpiado enseguida aquella piel, pero yo ni siquiera se lo sugería porque me gustaba tal como en. Debajo de sus pómulos mostraba un ramillete de diminutas medias lunas, como débiles huellas de cascos de caballo. Allí y en la frente. Le traje los productos que ella me pidió, pero me alegré de que ninguno sirviera para nada. ¿Borrar mis pequeñas huellas de cascos? ¿Quedarme sin ninguna pista? Lo mejor de este mundo, lo único que cuenta, es encontrar la senda y no salirse de ella jamás. Seguí la pista de mi madre en Virginia y me condujo directamente a ella, y seguí la de Dorcas de distrito en distrito. Ni siquiera tuve que esforzarme en hacerlo. Ni siquiera tuve que pensarlo. Algo extraordinario te guía cuando la pista empieza a hablarte, a enviarte señales tan fuertes que tú apenas tienes que mirar. Si la pista no te habla, es posible que te levantes de tu asiento y salgas a comprar dos o tres cigarrillos, que lleves las monedas en el bolsillo y simplemente echas a andar, luego a correr, y termines en alguna parte de Staten Island para clamar a gritos, o quizás en Long Island, para variar. Pero si la pista te habla, por muchos obstáculos que se interpongan en tu camino puedes encontrarte un día en una habitación llena de gente y dispararle una bala al corazón sin importarte que aquél sea el corazón sin el cual tú no puedes vivir.

»Yo quería quedarme allí. Inmediatamente después de que la pistola hiciera ¡zuh! y ninguno de los presentes lo oyera excepto yo; por ello el grupo no se dispersó como la bandada de mirlos que semejaba ser sino que continuó apiñado, trabados unos con otros por la fuerza del baile y de la música que no les permitía soltarse. Yo quería quedarme precisamente allí. Cogerla en mis brazos antes de que cayese al suelo y se lastimara.

»No estuve buscando la pista; la pista me buscó a mi, y al principio, cuando empezó a hablarme, ni tan sólo fui capaz de oírla. Yo deambulaba a la ventura, me limitaba a callejear por la Ciudad. Tenía la pistola, pero no era la pistola, era con mi mano con lo que quería tocarte. Cinco días vagando sin rumbo. Primero en High Fashion, en la calle Ciento treinta y uno, porque creí que tenías una cita para arreglarte el cabello el martes. El primer martes de cada mes, pensaba yo. Pero no estabas allí. Algunas mujeres entraban con raciones de pescado que traían de la

iglesia baptista de Salem, y en la tienda tocaban la guitarra los dos gemelos ciegos, y todo era exactamente como me lo hablas contado: uno de los dos es ciego, el otro se limita a representar el papel. Probablemente no son ni hermanos, y no digamos gemelos. Algo que su mamá inventó para ganar unas pocas monedas extra. Tocaban algo negro, sin embargo; no la cosa religiosa a que suelen dedicarse, y las mujeres que vendían el pescado fruncían el entrecejo y hablaban mal de su madre, pero en ningún momento dijeron a los gemelos una sola palabra y sé que se lo pasaban estupendamente oyéndoles porque una de las que más refunfuñaba, por mucho que apretase los dientes, no podía evitar seguir el compás con el pie. A mí no me prestaron atención. Me costó un buen rato conseguir que me dijeran que tú no estabas anotada para aquel día. Minnie dijo que te habías hecho un retoque el sábado y me contó que ella no era partidaria de los retoques, no sólo porque costaban cincuenta centavos cuando el arreglo completo no valía más que un dólar y cuarto, sino porque perjudicaban el cabello; darle calor sin haberlo lavado, decía, lo perjudicaba más que cualquier otra cosa de que ella tuviera noticia. Excepto, por descontado, no darle calor nunca. ¿Para qué te hiciste el retoque? Esto fue lo primero que me vino a la mente. ¿El sábado anterior? Tú me dijiste que irías con el coro a Brooklyn para cantar en Shiloh y que saldrías a las nueve de la mañana y no volverías hasta la noche, he ahí por qué. Y que te escabulliste en la anterior ida a Brooklyn y tu tía se enteró y que por ello esta vez no te quedaba otro remedio que ir, he ahí por qué. En consecuencia, yo no esperé a que Violet se marchase ni fui a abrir el apartamento de Malvonne. No era necesario. ¿Y cómo podías hacerte un retoque el sábado con tiempo de llegar a la estación a las nueve de la mañana si Minnie nunca abre antes de mediodía los sábados porque luego tendrá abierto hasta medianoche para servir a todas las clientas que quieren lucir sus peinados el domingo? Rechacé el recelo de mis pensamientos porque no estaba seguro de que no fuera la música negra que los dos gemelos ciegos tocaban lo que lo había inspirado. Una cierta forma de tocar la guitarra puede provocarte cosas así. No es lo mismo que con los clarinetes, pero casi. Si aquella canción hubiera brotado de un clarinete lo habría comprendido enseguida. En cambio, las guitarras... me confundieron, mi obligaron a dudar de mí mismo, y perdí la pista. Me retiré a casa y no volví a encontrarla hasta el día siguiente, cuando Malvonne me miró y se cubrió la boca con la mano. No atinó a cubrirse también los ojos, sin embargo: la risa escapaba volando de ellos.

»Sé que no tenías intención de decirme las cosas que me dijiste. Después de haberte encontrado y haberte hecho volver a nuestro cuarto una vez más. Sé que no querías decir aquello. A pesar de todo me dolió, y al día siguiente estuve helándome de frío en el portal y me atormenté pensando en ello hasta enfermar. No había nadie allí, excepto Malvonne, que esparcía cenizas sobre las placas de hielo.

Al otro lado de la calle, apoyados contra la baranda metálica, vi a tres de esos holgazanes presumidos. A dos bajo cero, antes de las diez de la mañana, y ya resplandecían como cuero enlustrado. Pulcros y bien afeitados. No tendrían más de veinte o veintidós años. Jóvenes. Eso es para ti la Ciudad. Uno usaba botines y a otro le asomaba del bolsillo un pañuelo del mismo color que la corbata. Tenía el abrigo echado sobre los hombros. Estaban tranquilamente allí, riendo y esas cosas, y luego se pusieron a canturrear, inclinados hacia delante, juntas las cabezas, chascando los dedos. Hombres de la Ciudad, ya sabes a lo que me refiero. Encerrados en sí mismos, siempre bien enterados, arrogantes como gallos de corral. No tenían que hacer nada, sólo esperar a que pasaran las pollitas y los encontrasen. Chaquetas ceñidas y pañuelos a juego con las corbatas. ¿Crees tú que Malvonne se habría tapado la boca delante de ellos? ¿O que les habría hecho pagar por adelantado si querían usar su casa el jueves? Aunque esto nunca habría ocurrido, porque los gallos no necesitan a Malvonne. Las pollitas encuentran a los gallos y además encuentran la casa adecuada, y si hay que seguir una pista son ellas quienes la siguen. Ellas buscan, ellas calculan. Los gallos esperan porque es a ellas a quienes esperan. No tienen que perseguir a nadie, no han de comportarse como estúpidos en un salón de belleza preguntando por una chica delante de un puñado de mujeres que apenas podían esperar a que yo me marchase para marcar con el pie el ritmo de la música negra y hablar de por qué demonios quería yo saber el paradero de una criatura que no había salido aún de la escuela superior, ¿y acaso no estaba yo casado con aquella vieja loca de Violet? Sólo los gallos viejos como yo tienen que plantarse en el portal de la casa, interrumpir a Malvonne en mitad de una frase e intentar caminar, no correr, no, para cubrir todo el camino hasta Inwood, donde nos sentamos la primera vez y tú cruzaste las piernas a la altura de las rodillas para que yo pudiese ver los zapatos verdes que sacabas de casa ocultos en una bolsa de papel con objeto de que tu tía no supiera que los lucías Lenox abajo y Octava arriba en vez de los Oxford de colegiala con que salías por la puerta. Mientras tú balanceabas el pie, girabas los tobillos para exhibir los tacones, yo te miraba las rodillas, aunque no las toqué. Volví a decirte que eras tú el motivo de que Adán se comiera la manzana, corazón y todo. Que cuando salió del Edén lo hizo convertido en un hombre rico. No sólo tenía a Eva, sino que conservó en la boca y por el resto de su vida el sabor de la primera manzana del mundo. Fue el primero en saber cómo era. El primero en morderla, en morderla a fondo. En oír su crujido y dejar que la piel roja le partiese el alma.

»Tú me mirabas entonces como si me conocieras, y pensé que aquello era realmente el Edén, y no conseguía atender a tus ojos porque me estaba enamorando de las marcas que tenías en las mejillas.

»Allí volví, al lugar exacto. La nieve acumulada hacía que el cielo pareciese difuso y ennegrecía la corteza de los árboles. Dispersas por la nieve se veían pisadas de perro, y también de conejo, nítidas como el dibujo de una corbata de domingo. Uno de aquellos perros debió de pesar cerca de cuarenta kilos; los demás fueron de tamaño pequeño, y uno cojeaba. Mis huellas lo estropearon todo. Y cuando miré atrás, al camino que acababa de recorrer, y me vi a mí mismo con zapatos de calle, sin chanclos, mojado hasta las pantorrillas, lo supe. No sentí el frío, sin embargo, porque estaba recordándolo todo tal como era en nuestros días. Aquel octubre tan cálido, ¿te acuerdas? Los rosales todavía llenos de flores. Las lilas, los pinos. Aquel tulipero donde los indios se reunían tenía el aspecto de un rey. La primera vez que nos citamos allí yo llegué antes que tú. Había dos hombres blancos sentados en una piedra. Me senté en el suelo muy cerca de ellos, a propósito, hasta que se enojaron y se marcharon. Tú tenías que estar trabajando o aparentar que debías hacerlo en algún lugar no lejos de allí. Por el mismo motivo yo llevaba conmigo mi muestrario. Para dar la impresión de que me disponía a servir un pedido importante. Sí, era algo prohibido, pero nadie iba entonces a hablar de nosotros; y daba al hecho un gusto especial, estar allí, un riesgo que acentuaba el encanto de que tú y yo estuviéramos juntos. Grabé nuestras iniciales en la roca donde aquellos hombres se habían sentado. D y J. Más adelante, cuando ya teníamos un sitio y unas costumbres fijas, te hice muchos obsequios, ansioso cada vez de que el regalo me trajera tu sonrisa y te indujese a volver la vez siguiente. ¿Cuántos discos fueron? ¿Cuántas medias de seda? El aparatito para recoger los puntos corridos, ¿recuerdas? La caja metálica de color púrpura con un dibujo de flores en la tapa, llena de chocolate Schrafft. Agua de colonia en una botella azul, que olía a puta. Flores en una ocasión, pero te desilusionaron y en compensación te di un dólar para que te comprases lo que quisieras. La paga de un día entero allí en mi tierra, cuando yo era joven. Solamente para ti. Todo, todo solamente para ti. Para morder a fondo, masticar el corazón y retener el sabor de la piel roja de la manzana, para llevarlo conmigo durante el resto de mi vida. En el cuarto del sobrino de Malvonne con el anuncio del vendedor de hielo en la ventana. Tu primera vez. Y la mía, en cierto sentido. Algo por lo que, y lo diré de nuevo, yo habría desdeñado, ¡desdeñado!, el Jardín del Edén con tal de que tú caminaras de mi mano, muchacha. Dorcas, muchacha, tu primera vez y la mía. Yo te elegí. No me fuiste dada por nadie. Nadie dijo que tú debías ser para mí. Te escogí yo. En un momento inadecuado, bien, y perjudicando a mi esposa. Pero te escogí yo, te elegí yo. Nunca se te ocurra pensar que caí en tus redes, o que caí sobre ti. A mí el amor no me hace caer, el amor me levanta. Te vi y tomé una decisión. Mi decisión. Y mi decisión fue seguirte. Eso es algo que sé hacer muy bien desde tiempos lejanos. Quizá no te he contado nunca esa parte de mi vida. Mi don especial en los bosques, que incluso él admiraba, y era el mejor del mundo. Del mundo. Aquellos veteranos, los de entonces, lo sabían todo. Hoy cuento que yo me

había renovado ya siete veces antes de conocerte, pero entonces, allá en mi tierra, si eras o alegabas ser un hombre de color, tenías que ser nuevo y seguir igual cada día que el sol salía y cada noche que se ponía. Y déjame que te diga, nena, que en aquellos días eso era más que un estado de ánimo.»



Sería aventurado, creo yo, tratar de explicarse el estado de ánimo de cualquier persona. Pero vale la pena si una es como yo: curiosa, inventiva y bien informada. Joe se comporta como si lo supiera todo respecto a lo que la gente de antaño hacía para seguir viviendo, pero poco podía saber acerca de True Belle, por ejemplo, porque dudo de que Violet le hablara nunca de su abuela, y mucho menos de su madre. Así que no sabía nada. Tampoco yo, aunque no me resulta difícil imaginar cómo debían de ser las cosas.

El estado de ánimo de True Belle cuando se trasladó de Baltimore otra vez al condado de Vesper debió de ser de profunda meditación. Abandonó Wordsworth, sede del condado, siendo una esclava, y regresó en 1888 como una mujer libre. Su hija y sus nietos vivían en un oscuro lugarejo llamado Rome, unos veinte kilómetros al norte de la población de donde ella habla salido. Las edades de sus nietos iban de los cuatro a los catorce años, y una, Violet, tenía doce cuando True Belle llegó. Esto sucedía después de que los hombres se hubieran llevado cuanto había en la granja, incluidos los pucheros y la silla donde su hija Rose Dear estaba sentada. El día que compareció allí, lo único que quedaba, aparte de unos jergones prestados y la ropa que llevaban puesta, era el papel que el marido de Rose había firmado diciendo que podían hacerlo; que los hombres tenían derecho a hacerlo y, supongo yo, el deber de hacerlo si la lluvia se negaba a caer, o si en lugar de lluvia caían del cielo pedriscas que malograsen la cosecha. Ninguna referencia había en el papel a que el marido se hubiese unido a un partido que apoyaba el voto de los negros. Desposeída de casa y tierra, la triste familia que True Belle encontró vivía miserablemente en una cabaña abandonada que unos vecinos habían encontrado para ella y comía los escasos alimentos que aquellos vecinos estaban en condiciones de compartir y las niñas de pillar por los alrededores. Abundancia de quingombó y alubias secas, así como, dado que era septiembre, bayas de todas clases. Dos veces, sin embargo, el hijo del pastor de la parroquia les había regalado ardillas jóvenes para que celebraran el correspondiente banquete. Rose contaba a la gente que su marido, aturdido y hastiado de la inutilidad de sus brazos, cansado de tomates verdes fritos y maíz a medio moler, hambriento hasta más allá de lo creíble de un poco de carne de verdad y harto de simples pellejos, furioso por el precio del café y el mal estado de las piernas de su hija mayor, simplemente se había marchado. Un

día se levantó y se fue. Se marchó a algún lugar donde sentarse y reflexionar o donde sentarse y no pensar en nada. Mejor era hablar por hablar que revelar por descuido lo que Rose sabía. En la próxima ocasión podían venir y llevársela a ella, no únicamente sus cacerolas, sus sartenes, su casa. Por fortuna para Rose, True Belle se sentía morir y quería morir en el condado de Vesper, tras haber dado íntegramente lo mejor de su vida a la señorita Vera Louise en Baltimore.

La muerte que True Belle sentía venir duró once años en llegar, tiempo suficiente para que ella rescatase a Rose, la enterrara, viese al marido regresar cuatro veces, tricotase seis colchas, hiciera trece enaguas y llenara la cabeza de Violet de historias relativas a su señora blanca y a la luz de la vida de ambas: un hermoso joven cuyo nombre, por razones obvias, era Golden Gray. Gray porque tal era el apellido de Vera Louise (mucho, mucho después fue también el color de los ojos del joven), y Golden porque una vez perdida su rosada piel de bebé recién nacido, así como la pelusa de su cabeza, su carne se tornó radiante y dorada<sup>21</sup> y suaves rizos rubios cubrieron su cráneo y enmarcaron los pabellones de sus orejas. No era en absoluto un cabello tan rubio como lo había sido en otro tiempo el de Vera Louise, pero su color como de rayos de sol, su peculiar ensortijamiento, no podían menos que cautivarla. No de inmediato. Eso requirió un tiempo. En cambio, True Belle se echó a reír ruidosamente desde el primer instante en que le tuvo antes los ojos y siguió riendo cada día durante dieciocho años.

Cuando ellos tres vivían en una linda casa de piedra arenisca en la calle Edison de Baltimore, muy lejos del condado de Vesper, en el que tanto Vera Louise Gray como True Belle habían nacido, lo que la señora blanca contaba a vecinos y amigos era en parte verdad: que no podía soportar las restrictivas y mezquinas costumbres de su tierra natal. Y que se había llevado a Baltimore a su sirvienta y a un huerfanito al que tenía afecto, para conocer un estilo de vida más mundano.

Era una acción propia de una renegada, casi de una sufragista, y las vecinas y posibles amigas rodearon a Vera Louise de una cortés distancia tan amplia como les fue posible establecer. No obstante, si con ello pensaban forzarla a modificar su conducta, quizás a admitir que necesitaba buscarse un marido, se equivocaban. Aquella recién llegada, procedente de otro Estado, rica y testaruda, se contentaba con el lujo que la envolvía y no parecía precisar la compañía de aquellas damas. Al parecer, la absorbían enteramente la lectura de libros, la escritura de panfletos y la adoración del huérfano.

Desde el principio, él fue como un faro en aquel tranquilo y umbrío hogar. Sorprendidas cada mañana por la mera visión del niño, ambas mujeres competían

por la luz que proyectaba sobre ellas. Recibió de Vera Louise la mala crianza más remilgada que se pueda imaginar, y la más completa indulgencia por parte de True Belle, quien, riendo, riendo, le alimentaba de golosinas selectas y quitaba una por una hasta la última pepita con la tajada de melón que se iba a comer. Vera Louise le vestía como si fuer el Príncipe de Gales y le leía los cuentos más divertidos.

True Belle, por descontado, debió de saberlo todo enseguida porque, en primer lugar, poco podía ocultarse en Wordsworth y nada en absoluto podía ocultarse en las Grandes Casas de los terratenientes. Ciertamente, nadie pudo evitar percatarse de cuántas veces por semana un muchacho negro de fuera de Vienna era requerido para que cabalgase junto a la señorita Vera y de cuál era la parte de los bosques por donde ella prefería cabalgar. True Belle sabía lo que sabían todos los esclavos, y sabía más dado que ella era la persona encargada de atender a cuanto la señorita Vera Louise necesitara o desease, incluyendo el lavado de su ropa, parte de la cual debía dejarse en remojo en vinagre toda la noche una vez al mes. Por lo tanto, si esto no era necesario, si sus prendas íntimas podían lavarse juntamente con las demás, True Belle conocía el motivo, y Vera Louise sabía que lo sabía. Nunca hubo necesidad de hablar de ello. Las únicas personas que lo ignoraban eran los padres de ella. El padre en ciernes —el muchacho negro— jamás se enteró, en opinión de True Belle, porque Vera Louise se abstuvo de mencionar su nombre o de volver ni siquiera a acercarse a él. El padre y cabeza de familia, el coronel Wordsworth Gray, no sabía una palabra. Ni una palabra.

Tuvo que ser su esposa quien finalmente se lo dijera. Finalmente. Pese a que nunca habló de ello a su hija, o a que, después de que lo descubriera, no volvió a hablar en absoluto, era la esposa quien tenía el deber de hacérselo saber al coronel; y éste, cuando se enteró, se alzó de su butaca, volvió a sentarse y de nuevo se levantó. Su mano izquierda tanteaba el aire en su derredor en busca de algo: un trago de whisky, su pipa, un látigo, un revólver, el programa del Partido Demócrata, su corazón; Vera Louise no lo supo nunca. Por breves instantes, el coronel pareció enfermo, gravemente enfermo. A continuación su ira inundó el comedor, empañando la cristalería y arrugando el mantel almidonado. La conciencia de la terrible cosa que le había ocurrido a su hija le hacía sudar, pues ya habla en sus tierras siete niños mulatos. El sudor descendía por sus sienes y se acumulaba bajo su mentón; le empapó los sobacos y la espalda de la camisa a medida que su cólera se desbordaba e inundaba la habitación. La hiedra que adornaba la mesa se habla avivado y la plata era resbaladiza al tacto cuando llegó el momento en que el coronel se secó con un pañuelo la frente y se recompuso lo bastante para hacer lo que correspondía: derribar a Vera Louise de un bofetón contra la mesa de servir.

La madre fue, no obstante, quien jugó la última baza: sus cejas permanecieron inmóviles, pero la mirada que lanzó a Vera Louise mientras la muchacha forcejeaba para levantarse del suelo estaba tan llena de repulsión que la hija pudo intuir el sabor amargo de la saliva que se acumulaba bajo la lengua de su madre y llenaba los huecos de sus mejillas. Sólo la buena crianza, la más cuidada educación le impidió escupir. Ni una palabra, entonces o después, se cruzó entre madre e hija. Y el maletín lleno de dinero que reposaba sobre la almohada de Vera el siguiente miércoles estaba rebosante, en su generosidad, de hiriente desdén. Más dinero del que nadie en el mundo necesitaba para pasar lejos de casa alrededor de siete meses. Tantísimo dinero que el mensaje resultó obvio: muere, o vive si quieres, pero en otra parte.

Era a True Belle a quien deseaba llevarse consigo, y a quien se llevó. No sé lo duro que sería para una esclava separarse de un marido al que el trabajo y la distancia le impedían de todos modos ver con frecuencia, y dejar atrás a dos hijas al cuidado de una tía vieja. Rose Dear y May tenían entonces ocho y diez años. Una buena ayuda a aquella edad pan quienquiera que fuese su propietario y ninguna ayuda para una madre que vivía en Wordsworth, a kilómetros de distancia de su marido, en casa de un hombre rico cuidando de su hija día y noche. Quizá no era tan duro pedirle a una hermana mayor que se ocupase un poco del marido y de las niñas, dado que tenía que marcharse por un tiempo a Baltimore con la señorita Vera Louise. True Belle tenía veintisiete años, ¿y de qué otra manera podría algún día en la vida ver una gran ciudad?

Más importante aún, la señorita Vera Louise podía ayudarla a comprar su libertad y la de todos con dinero de papel, porque seguro que le habían dado una gran cantidad. O quizá no, tampoco. Quizá ponía cara de disgusto, sentada en el furgón de equipajes, bamboleándose al compás de cajas y baúles, sin posibilidad de ver la tierra que estaba pisando en aquel viaje. Quizá se sentía indispuesta. Sea como fuere, sin capacidad de elección, se marchó dejando a sus espaldas marido, hermana, Rose Dear y May, y aquel bebé rubio sosegó sus tormentos y la tuvo entretenida durante dieciocho años hasta que él mismo abandonó el hogar.

Así pues, en 1888, con veintidós años de un salario que la señorita Vera comenzó a pagarle tan pronto terminó la guerra (pero que retuvo por si acaso a su sirvienta se le ocurrían ciertas ideas), True Belle se convenció a si misma y convenció a su señora de que se estaba muriendo, recogió el dinero (diez monedas de diez dólares) y se halló en condiciones de responder a la súplicas de Rose Dear y regresar al condado de Vesper con historias de Baltimore que contar a unas nietas a las que nunca había visto. Alquiló una casita, compró una cocina con horno para

instalarla en ella y deleitó a las niñas con descripciones de su vida junto al maravilloso Golden Gray. Cómo le bañaban tres veces al día, cómo toda su ropa interior llevaba bordada una G en hilo azul. La forma de la bañera y lo que ponían en el agua para que él oliese unas veces a madreselva y otras a lavanda. Qué inteligente era y qué educado. Los hilarantes comentarios de persona adulta que hacía cuando era niño y el coraje altivo que mostró cuando ya era un hombre y se marchó a buscar, y después a matar, si tenía suerte, a su padre.

True Belle no volvió a verle a partir del momento en que emprendió el viaje y no supo si Vera Louise iba a ser más afortunada a este respecto. Sus recuerdos del muchacho fueron más que suficientes para ella.

Yo he pensado mucho en él, me he preguntado si era de verdad el chico que True Belle, y también Violet, habían amado. O si no sería el vanidoso e hipócrita lechuguino siempre preocupado por el buen corte de su gabán y por la botonadura de marfil de su chaleco; el hombre que había hecho tan largo camino para insultar no a su padre sino a su raza.

Una cabellera bonita no debe ser demasiado larga, le dijo Vera Louise una vez, y dado que ella parecía entender de aquellas cosas, él la creyó. El resto de lo que decía era casi todo falso, pero aquella última pizca de información él la consideró una especie de dogma. Por esta precisa razón sus rizos rubios cubrían el cuello de su chaqueta como el cabello de un granjero; porque la referencia a la longitud adecuada, según la fastidiosa sociedad de Baltimore, procedía de la mujer que le había mentado a propósito de prácticamente todo, incluida la duda de si era su dueña, su madre o una vecina compasiva. La otra cosa sobre la cual no mintió (aunque tardó dieciocho años en tocar por fin el tema) fue que su padre era un hombre de piel negra.

Le veo en un faetón de dos asientos. Su caballo es magnífico: negro. Amarrado a la trasera del carruaje está su baúl: grande y atestado de elegantes camisas, ropa interior, sábanas y fundas de almohada bordadas; una cigarrera y otros objetos de plata. Un abrigo largo, de color vainilla, con cuello y puños marrón oscuro, está pulcramente doblado a su lado. Se encuentra muy lejos de casa y empieza a llover furiosamente, pero como es el mes de agosto no hace frío.

La rueda izquierda tropieza con una piedra y él oye, o le parece oír, un golpe que puede indicar que se ha desequilibrado el baúl. Tira de las riendas del caballo y se apea para ver si sus pertenencias han sufrido algún daño. Descubre que el baúl está suelto: la cuerda se ha aflojado y cuelga. Termina de soltarla del todo y la

vuelve a asegurar tan fuerte como puede.

Satisfecho del resultado de sus esfuerzos, pero enojado por la intensa lluvia, por el deterioro que padece su ropa y por el retraso en su viaje, mira en derredor. Entre los árboles, a su izquierda, distingue a una negra desnuda. Está sucia de barro, con el cabello lleno de hojas. Tiene unos ojos grandes y terribles. Tan pronto ella le ve a él, se sobresalta y gira repentinamente en redondo para escapar a la carrera, pero como se ha vuelto sin mirar a dónde va, se da de cabeza contra el árbol en que estaba apoyada. Su terror es tan grande que sus pies huyen antes de que sus ojos hayan tenido ocasión de elegir el camino de huida. El golpe la derriba inconsciente.

Él la contempla un instante y, reteniendo el sombrero por el ala, vuelve apresuradamente al carruaje. No quiere intervenir para nada en lo que ha visto; de hecho, está seguro de que no se aleja de una mujer de verdad, sino de una «visión». Cuando empuña las riendas no puede menos que observar que su caballo también es negro, está desnudo y con la piel lustrosa por el agua, y sus sentimientos hacia el caballo son de seguridad y afecto. Se le ocurre que hay algo raro en aquello: el orgullo que le produce el caballo, la náusea que le provoca la mujer. Se siente ligeramente avergonzado y decide asegurarse de que ha sido una visión, de que no hay ninguna negra desnuda tendida entre la maleza.

Amarra el caballo a un arbolillo y se dirige chapoteando bajo la lluvia hacia el punto donde ha caído la mujer. Ésta sigue allí tendida. Boca y piernas abiertas. Una pequeña mancha roja está apareciendo en su cabeza. Tiene el vientre grande y tenso. Él se inclina a examinarla, conteniendo el aliento para evitar la infección o el mal olor o lo que sea. Lo que sea que pueda tocarle o penetrar en él. Ella parece muerta o sumida en un profundo desmayo. Y es joven. A él no se le ocurre ninguna manera de ayudarla, cosa que le produce un cierto alivio. Entonces observa en su vientre un movimiento ondulante. Algo se mueve dentro de ella.

No se ve a sí mismo tocándola, sino que la imagen que se forma en su mente es la de él alejándose de ella por segunda vez, subiendo a su carruaje y abandonándola por segunda vez. Una imagen de sí mismo que le hace sentirse incómodo, y no quiere consumir ni una mínima parte del tiempo futuro en recordar que ha sido capaz de hacer aquello. Hay también algo relacionado con el lugar de donde ha venido y por qué ha venido, el lugar adonde va y por qué va, que alienta en su interior una insistente y deliberada imprudencia. La escena quizá llegue a ser un episodio, una acción que intimide a Vera Louise y le proteja a él contra el parricidio. Quizá.

Despliega el largo gabán que ha llevado junto a él en el asiento y lo extiende por encima de la mujer. Luego la toma en brazos y la transporta, haciendo esos porque pesa más de lo que suponía, hasta el carruaje. Con gran dificultad la coloca en el interior en posición sentada y ocupa el lugar correspondiente a su lado. La cabeza de la mujer queda inclinada y separada de él, mientras que sus pies tocan una de sus espléndidas pero enfangadas botas. Confía en que la inclinación de ella no cambiará, aunque no puede hacer nada en relación con los sucios pies apoyados en su bota, pues si intenta moverlos corre el riesgo de desequilibrar a la negra y de que le caiga encima en lugar de tumbarse hacia el otro lado del coche. Hace señal al caballo de que inicie la marcha y lo gobierna con suavidad para que ni las roderas ni el fango de la senda alteren el equilibrio que ha logrado y la mujer caiga o él sufra algún tipo de lesión.

Se dirige a una casa situada a corta distancia de una población llamada Vienna. Es la casa donde vive su padre. Y ahora piensa que es una idea interesante, cómica incluso, ir al encuentro de aquel negro a quien nunca ha visto (y que nunca ha intentado verle a él) con una mujer negra empapada en agua entre los brazos. Suponiendo, por descontado, que ella no despierte y las ondulaciones de su vientre sigan siendo ligeras. Esto le inquieta: que ella pueda recobrar el conocimiento e interferir en su siniestro propósito.

Lleva un rato sin mirarla. Ahora lo hace y descubre un hilo de sangre que desciende por su mejilla hasta el cuello. La mancha roja que apareció en su cabeza cuando chocó contra el árbol no fue la causa de su desvanecimiento; debió golpearse además contra una piedra o algo así al caer. Pero respira tranquila. Espera que no se muera, o que no se muera ahora, antes de que lleguen a la casa descrita y dibujada expresamente para él, en el correspondiente mapa, con claros e infantiles trazos por True Belle.

La lluvia parece perseguirle: siempre que cree que está a punto de parar, a los pocos metros arrecia de nuevo. Ha estado viajando seis horas, por lo menos, y el hostelero le aseguró que llegaría a destino antes de que oscureciera. Ahora ya no parece cosa tan segura. No le complace que caiga la noche llevando la pasajera que lleva. Poco después suspira aliviado a la vista del valle que se abre ante sus ojos, el valle cuya travesía requeriría una hora y que le situaría ante la casa, dos o tres kilómetros a este lado de Vienna. La lluvia cesa casi de repente. La hora siguiente es la más larga, llena de reminiscencias de lujo y dolor. Cuando llega a la casa, entra en el cercado y encuentra un cobertizo con dos cuadras detrás. Conduce su caballo a una de ellas y lo seca cuidadosamente. A continuación le cubre los lomos con una manta y busca por las cercanías agua y pienso. En todo ello se demora mucho. Es

importante para él, y no está seguro de que alguien no le vigile desde la casa. De hecho, confía en que sí; confía en que el negro le observe boquiabierto por alguna rendija de las tablas que sirven de pared.

Pero nadie sale a hablarle, así que puede que no haya nadie. Después de haber atendido al caballo (y notado que una herradura necesita reparación), regresa al carruaje en busca de su baúl. Lo desata y se lo carga al hombro. Echa a perder todavía más su chaleco y su camisa de seda al acarrearlo hasta la casa. En el pequeño porche no hace ningún intento de llamar, y la puerta está cerrada pero no trabada. Entra y mira en torno buscando dónde puede depositar adecuadamente su baúl. Lo deja sobre el suelo de tierra y examina la casa. Tiene dos habitaciones: un catre en cada una, mesa, silla, chimenea y cocina con horno en una de las dos. Modesta, habitada, masculina, pero, ello aparte, sin la menor traza de la personalidad de su dueño. La cocina está fría y la chimenea contiene un montoncillo de ceniza, pero no hay brasas. El ocupante debe de llevar ausente un día, acaso dos.

Tras haberse ocupado del emplazamiento de su baúl, vuelve al carruaje en busca de la mujer. La ausencia del baúl ha desplazado el peso, y el vehículo se inclina un poco sobre su eje. Alcanza la portezuela, la abre y tira de la mujer. El contacto con la piel de ésta le resulta casi intolerable. El largo abrigo con que la ha envuelto se arrastra por el barro mientras la lleva a la casa. Dentro, la tiende en un catre, y se maldice a sí mismo por no haber retirado primero la manta. Ahora ella está acostada encima y el abrigo parece ser lo único que hay allí para cubrirla. Su ruina puede ser permanente. Entra en la segunda habitación, examina un cajón de madera y encuentra un vestido femenino. Cautelosamente recupera su abrigo y cubre a la mujer con el vestido, que huele de una manera rara. Acto seguido abre su baúl y selecciona una camisa blanca de algodón y un chaleco de franela. Dispone la camisa sobre el respaldo de la única silla antes que arriesgarse a estropearla colgándola de un clavo que ve en la pared. Inspecciona con detenimiento las prendas secas. Luego se dispone a encender el fuego. Hay leña en la leñera y en la chimenea, y en el rincón más oscuro de la habitación una lata de petróleo con cuyo contenido rocía la leña. Pero no hay cerillas. Durante mucho rato busca cerillas y finalmente descubre algunas en una caja, envueltas en un retal de cutí. Cinco cerillas exactamente. El petróleo se ha evaporado de la leña en el tiempo que ha pasado buscando las cerillas. Él no es ducho en estas cosas. Toda su vida le han encendido el fuego otras personas. Pero persiste, y acaba consiguiendo una rugiente llama. Ahora puede sentarse, fumar un cigarro y prepararse para el regreso del hombre que vive en aquella casa. Un hombre que él da por supuesto que se llama Henry LesTroy, aunque por la manera en que True Belle lo



pronunciaba el nombre podría ser cualquier otro. Un hombre sin relevancia ninguna, excepto cierta fama de rastreador fundada en uno o dos episodios que denotaban su habilidad para interpretar pistas. Mucho tiempo atrás, según True Belle, que fue quien le facilitó todos los detalles; porque Vera Louise se encerraba en su dormitorio o volvía la espalda siempre que él intentaba sacarle alguna información. Henry Lestory o LesTroy o algo así, pero a quién le importa el nombre de aquel negro. Salvo a la mujer que lamentaba hasta el mero hecho de haberle conocido y echaba el cerrojo a su puerta antes que mencionarlo en voz alta. Y que habría lamentado también la existencia del bebé que él le dio, que lo habría entregado o abandonado, de no ser porque era dorado y ella nunca había visto aquel color excepto en el cielo del amanecer y en las botellas de champaña. True Belle le contó que Vera Louise había sonreído y exclamado: «¡Pero si es dorado! ¡Completamente dorado!» En consecuencia, le habían puesto este nombre y no le llevaron a la inclusa católica, donde las muchachas blancas depositaban su humillación.

Hace siete días, ocho ahora, que sabe todo esto. Y sólo dos que sabe el nombre de su padre y conoce el emplazamiento de la casa donde vivió en otro tiempo. Información que le llegó de la mujer que guisaba y limpiaba para Vera Louise; la que le enviaba a él cestas de confitura de ciruela, jamón y hogazas de pan cada semana mientras estuvo en el pensionado; que daba sus camisas usadas al trapero antes que consentir que él volviese a ponérselas; la mujer que sonreía y movía de un lado a otro la cabeza cada vez que le miraba. Incluso cuando era una criatura de cabello ondulado en grandes rizos del color del champaña y comía las porciones de pastel que ella le guardaba expresamente, su sonrisa expresaba más diversión que placer. Cuando las dos, la mujer blanca y la cocinera, le bañaban, ocasionalmente dedicaban miradas ansiosas a la palma de sus manos, a la textura de su cabello a medida que éste iba secándose. Bien, Vera Louise estaba ansiosa; True Belle se limitaba a sonreír, y él sabía ahora qué motivaba su sonrisa: el negro. Pero también era negro él. Siempre había creído que existía una sola clase: la clase a la que pertenecía True Belle. Negra y nada más. Como Henry LesTroy. Como aquella sucia mujer que roncaba en el catre. Pero habla otra clase: la clase a la que él mismo pertenecía.

La lluvia ha cesado del todo, aparentemente. Emprende entonces la búsqueda de algo que comer, algo que se pueda comer sin necesidad de cocinarlo. No encuentra más que una garrafa de aguardiente. Se dedica a degustarlo sentado ante el fuego.

En el silencio que reina tras cesar la lluvia oye el golpear de los cascotes de un

caballo. A través de la puerta descubre aun jinete que contempla su carruaje. Se dirige hacia él. Hola. ¿Es usted por casualidad pariente de Lestory? ¿De Henry LesTroy, o como se llame?

El jinete ni siquiera pestañea.

—No, señor. Vienna. Vuelvo directamente.

No le entiende. Por otra parte, ya está borracho. Afortunadamente. Quizás ahora pueda dormir. Pero no debería. El dueño de la casa puede regresar, o la negra empapada puede despertar o morir o dar a luz o...

Cuando detuvo el faetón, se apeó de éste para amarrar el caballo y echó a andar bajo la lluvia, acaso fue porque aquella cosa de atroz apariencia caída en medio de la maleza mojada era todo lo que él no era, además de una conveniente protección y un eventual antídoto contra lo que creía que era su padre, y por lo tanto (si simplemente aquello pudiera ser definido e identificado) él mismo. ¿O era quizá la figura, la «visión», según él había pensado, una cosa que le impresionó antes de caer al suelo? La misma cosa que él percibía en las miradas desviadas de los sirvientes del internado; en el limpiabotas que bailaba claqué por un centavo. ¿Una visión que, en los momentos en que su miedo era más intenso, aparecía también como un refugio lo bastante acogedor como para guarecerse en él? Podía ser eso. Pero ¿quién iba a vivir en aquel frondoso cabello? ¿Quién, en aquella insondable piel? No obstante, él ya había vivido en y con ellos: True Belle había sido su primer y más grande amor, a lo cual quizá se debiera que unos pasos más allá de aquel cabello, de aquella piel, su ausencia resultara impensable. Y si se estremeció ante la posibilidad de que la mujer se volcase hacia él, de que se deslizara hacia la izquierda y llegase a descansar dormida contra su hombro, también es verdad que se sobrepuso a los estremecimientos. Tragó saliva, quizá, y azuzó el caballo.

Me gusta pensar en él de esta manera. Sentado muy tieso en el faetón. La lluvia enmaraña su cabello, se lo pega a la nuca, forma un charquito en el espacio que queda entre sus botas. Sus ojos grises se entorpecen en el intento de ver a través de la cortina de agua. Luego, de improviso, al entrar en un valle, la lluvia deja de caer y se distingue un pedazo de grasa blanquecina que es el sol cociéndose allá arriba en su cielo. Ahora le es posible oír cosas que le llegan del exterior de su ser. Hojas mojadas que se despegan unas de otras. El plop de las nueces que caen y el aletear de las perdices abriendo el pico en sus nidos. Las ardillas, que han escapado al extremo de las ramas, toman posiciones allí para evaluar el peligro. El caballo sacude la cabeza para dispersar una amenazadora nube de mosquitos. Con tanta

atención escucha él que no ve el hito que marca un kilómetro y medio con la palabra VIENNA tallada verticalmente en la piedra. Pasa de largo, y enseguida distingue el techo de una cabaña que asoma casi un kilómetro más adelante. Puede pertenecer a cualquiera, absolutamente a cualquiera. Pero acaso, juntamente con la cerca ruinoso que delimita un patio de tierra apisonada donde yace, tendida de costado, una mecedora sin brazos, y con la puerta retenida por un pedazo de cuerda a modo de cerrojo, acaso cobije a su padre.

Golden Gray refrena el caballo. Ésta es una de las cosas que hace bien; otra es tocar el piano. Se apea y, conduciendo al animal, se aproxima para ver mejor. En las cercanías hay otros animales: puede olerlos, aunque la cabaña parece vacía, si no completamente abandonada. Sin duda el propietario no contó nunca con que llegaran un caballo y un carruaje, pues la abertura de la cerca es suficientemente ancha para dar paso a una mujer obesa, pero poco más. Desenjaeza el caballo y lo lleva hacia la derecha, y así descubre, detrás de la cabaña y bajo un árbol de una especie que desconoce, dos cuadras abiertas, una de las cuales está llena de objetos imprecisos. Mientras conduce al animal oye a sus espaldas un plañido de la mujer, pero no se para a averiguar si está despertando, o muriéndose, o si ha caído del asiento. Más cerca ya de las cuadras, identifica los objetos como tinas, barriles, talegos, maderos, ruedas, un arado roto, una prensa para mantequilla y un baúl metálico. También hay una estaca clavada en el suelo, a la que amarra el caballo. Agua, piensa. Agua para el caballo. Lo que desde lejos parece una bomba es el mango de un hacha todavía hincada en un tocón. Ha estado lloviendo mucho, sin embargo, y una artesa contigua al tocón ha recogido agua abundante. Puede, pues, abreviar el caballo, ¿pero dónde están los demás animales que huele, aunque no los vea ni los oiga? Liberado del arnés, el caballo bebe ávidamente, pero sin él, debido a la desigual distribución del baúl y la mujer, el coche se inclina peligrosamente. Golden Gray examina las ataduras del baúl antes de dirigirse a la puerta de la casita cerrada con una sogá.

Esto es lo que me preocupa de él. Que piense en sus ropas antes que en la mujer. Que compruebe las ligaduras, pero no cómo respira ella. Es difícil ignorar esto, pero poco después rasca el barro de las suelas de sus botas de Baltimore antes de entrar en una cabaña cuyo piso es de tierra sucia, y ya no le detesto tanto.

Dentro, la luz penetra débilmente; cansada de forcejear para abrirse camino a través del papel aceitado clavado con tachuelas en la ventana que hay en la pared del fondo, se queda en el suelo de tierra, incapaz de llegar más arriba de la cintura de Golden Gray. Lo más importante de la habitación es la chimenea. Limpia, preparada para que se encienda el fuego, reforzada con piedras bien pulidas, de las

cuales emergen dos brazos de hierro para sostener los pucheros. En cuanto al resto: un catre de madera, una manta de color rojizo cuidadosamente extendida sobre un colchón delgado y lleno de protuberancias. No de hojas de mazorca, y con toda certeza tampoco de plumas ni de hojas. De trapos. Retales de telas definitivamente inservibles embutidos en una funda de cutí. A Golden Gray le recuerda el cojín que True Belle hizo para que King durmiera a sus pies. Le habían puesto un nombre apropiado para un gran perro macho, pero King era una simple gata sin personalidad, y a eso se debía que True Belle la mimase y quisiera tenerla siempre cerca. Dos camas y una sola silla, en suma. La persona que vivía allí se sentaba sola a la mesa, pero tenía dos camas: la otra está en una segunda habitación a la que se accede por una puerta más resistente y mejor hecha que la propia puerta de entrada a la casa. En aquella habitación, la segunda, hay una caja que contiene, plegado, un vestido verde de mujer. Echa una mirada totalmente indiferente a la caja. Levanta la tapa, ve el vestido, e investigaría más a fondo de no ser porque el vestido le recuerda algo que debería haber tenido muy presente: la mujer que respira por la boca en la otra habitación. ¿Quizá piensa que, si la deja sola, en un momento u otro despertará y emprenderá la fuga, relevándole del imperativo de decidir? ¿O que morirá, que viene a ser lo mismo?

Sé que la está eludiendo. Tras haber hecho lo más importante, lo más difícil, que fue retroceder y levantar a la muchacha de entre las malezas que se le adherían a los pantalones, mirándola sin ver lo que podía verse de sus partes íntimas pese al hecho chocante de constatar que el vello que tenía allí, una vez seco, era tan espeso como para tener que separarlo con la uña. Trató asimismo de no mirar el pelo de su cabeza, ni su cara, vuelta hacia un lado y medio oculta por la hierba. Ya anteriormente había visto los ojos de gacela que se fijaron en él a través de la lluvia, se fijaron en él cuando la muchacha se echó atrás, se fijaron en él cuando su cuerpo comenzó a girar para salir huyendo. Lástima que ella no tuviese el instinto de una gacela y no mirase en la dirección que se disponía a tomar con tiempo suficiente para descubrir el arce gigantesco. Con tiempo suficiente. Cuando él retrocedió para recogerla no sabía si aún seguiría allí (podía haberse levantado y echado a correr), pero esperaba, deseaba, que los ojos de gacela estuvieran cerrados. Súbitamente no se sintió seguro de si mismo. Podían estar abiertos. El alivio de comprobar que no lo estaban le dio el vigor necesario para levantarla.

Después de haber manoseado las ligaduras de su baúl, entra en el patio de la cabaña. Los rayos oblicuos del sol inciden en sus ojos y le obligan a entornar los párpados; se los cubre con la mano y mira entre los dedos hasta que la luz deja de molestarle. Hace una inspiración profunda, una hambrienta toma de aire para reponer la energía y perseverancia que toda vida, pero especialmente la suya,

requiere. ¿Ves tú los campos que se extienden más allá, crepitando y secándose al viento? ¿El aspa de mirlos que se levanta de no sabes dónde, se agita en el aire y se aleja? Y el olor de los invisibles animales que se acentúa con el calor, que ahora se mezcla con el de alguna mata oculta de hierbabuena y el de algún fruto que pide ya ser recogido. Nadie le mira en aquellos momentos, pero él se comporta como si alguien le contemplase. Es la forma correcta de proceder. Pórtate como lo harías si estuvieras siempre bajo la mirada crítica de una persona conocida, impresionable pero intrascendente.

Ella continúa allí. Apenas distinguible en la sombra de la capota del carruaje, bajo la cual duerme. Todo en ella es violento, o así lo parece, aunque acaso se deba a que yace desprotegida debajo de aquel abrigo largo, y nada hay que impida a Golden Gray pensar que una mujer desprotegida le estallará entre los brazos, o lo que es peor, que él estallará entre los de ella. Tendría que embutirla en la funda cutí juntamente con los retales y coser la abertura para ocultar sus bien visibles protuberancias y sus conmovedoras partes. Pero allí está, y él escudriña la sombra para encontrar su rostro y, si es necesario, también sus ojos de gacela. Los ojos de gacela, empero, se han cerrado, y gracias a Dios no se abrirán con facilidad porque los ha sellado la sangre. Una tirita de piel cuelga de su frente y la sangre de la herida ha cubierto sus ojos, su nariz y una mejilla antes de coagularse. Más negros que la sangre, no obstante, son sus labios, suficientemente gruesos para sonreírle y partirle el corazón.

Sé que es un hipócrita, que está dando forma a una historia que él mismo contará a alguien; que contará a su padre, naturalmente. Cómo iba de viaje, y vio y socorrió a aquella negrita salvaje. Sin miramientos. Yo no tengo miramientos. Mira, fíjate, ahí, de qué modo he echado a perder mi abrigo y estropeado sin remedio posible una camisa como nunca verás otra igual. Tengo unos guantes hechos con la piel de una ternera muy joven, pero no los he usado para levantarla, para trasladarla. La he tocado con las manos desnudas. Desde la maleza al coche; desde el coche hasta esta cabaña que puede pertenecer a cualquiera. A cualquiera. Antes que nada la he acostado en el catre de madera, porque era más pesada de lo que parece, y con la prisa he olvidado retirar primero la manta para cubrirla. Habré pensado en la sangre, supongo, que ensuciaría el colchón. Pero ¿quién sabría decir si ya estaba o no estaba sucio? No quería volver a levantarla, así que he ido a la otra habitación, he cogido el vestido que he encontrado allí y se lo he colocado encima lo mejor que he sabido. Parecía más desnuda entonces que antes de que la cubriese, pero yo no podía hacer otra cosa.

Está mintiendo, el muy hipócrita. Podía haber abierto su baúl, tan grande, tan

lleno; sacado una o dos sábanas bordadas a mano, o aunque fuera su bata de casa, y tapado convenientemente a la chica. Es joven. Muy joven. Considera que su historia es maravillosa y que, bien contada, impresionará a su padre revelándole su buena voluntad, su honor. Pero yo sé que no es así. Pretende jactarse a propósito de aquel encuentro, como el caballero andante que fanfarronea de su serenidad en el momento en que apartó la lanza del corazón del monstruo e insufló nueva vida en sus llameantes hocicos. Excepto que este monstruo sin escamas ni hocicos llameantes es más peligroso, porque se trata de una muchacha de rostro ensangrentado y conmovedoras partes íntimas, de ojos luminosos y labios que parten el corazón.

Me pregunto por qué no le lavará la cara. Quizás en aquel estado resulte ella más salvaje. Más gráfico el relato de su rescate. Si ella pudiera levantarse y arañarle, esto le satisfaría más aún y confirmaría la advertencia de True Belle referente al hombre que salvó la vida a la serpiente de cascabel, cuidó a la serpiente de cascabel, alimentó a la serpiente de cascabel, sólo para descubrir que la última información que recibirla en este mundo sería que la naturaleza de la serpiente de cascabel es inalterable. Oh, pero él es joven, es joven y está dolido, de manera que perdono que se engañe a si mismo y disculpo sus gestos de fingida grandeza, y cuando le veo beberse a tragos con demasiada rapidez el aguardiente de caña que ha encontrado, preocupándose por su abrigo en lugar de atender a la chica, no le detesto ni poco ni mucho. Lleva en el baúl una pistola y una cigarrera de plata, pero a fin de cuentas es un chiquillo, y se sienta ante la mesa en la única silla a meditar si se cambiará de ropa, pues la que ahora viste, todavía húmeda en costuras, dobleces y puños, está sucia de sudor, sangre y polvo. ¿Debería ir en busca de la mecedora rota que hay en el patio delantero? ¿Acercarse a inspeccionar su caballo? Se encuentra pensando en esto, en qué será lo primero que haga, cuando oye los lentos y apagados sonidos de unos cascos. Tras una ojeada a la muchacha para asegurarse de que el vestido y la sangre permanecen intactos, abre la puerta y escudriña el patio. Flotando hacia él en paralelo a la cerca aparece un chico negro montado en una mula.

Habría saludado con un «buenos días», fuera o no bueno el día, pero creyó que el hombre que bajaba los peldaños tambaleándose era blanco, y a un blanco no se le habla sin permiso. Borracho, además, pensó, porque sus ropas eran las propias del tipo que duerme en el patio de su casa después de una buena juerga, en lugar de hacerlo en la cama de su mujer, y se despierta cuando sus perros acuden a lamerle la cara. Supuso que aquel blanco, aquel tipo embriagado, estaría buscando al señor Henry, esperándole, dispuesto a reclamar los pavos silvestres, ahora, ahora mismo, maldición, o las pieles, o lo que fuera que el señor Henry le hubiese prometido, o vendido, o le debiese.

—Hola —dijo el hombre ebrio, y si el chico negro había dudado un solo instante de que fuera blanco, la sonrisa sin sonrisa que acompañó al saludo le convenció.

—Señor.

—¿Vives por aquí?

—No, señor.

—¿No? ¿De dónde eres, entonces?

—De cerca de Vienna.

—¿Ah, sí? ¿Y adónde vas?

Era mejor cuando preguntaban las cosas muchas veces. Si decían algo llano y directo era porque no querían que nadie lo oyese. El chico dio unos golpecitos al saco de arpillera que transportaba.

—Vengo a cuidar del ganado. El señor Henry dijo que tengo que echarle una mirada.

La sonrisa se había borrado, claro está.

—¿Henry? —preguntó el hombre. Su cara tenía de pronto otro color. Había en ella más sangre—. ¿Has dicho Henry?

—Si, señor.

—¿Dónde está? ¿Cerca de aquí?

—No lo sé, señor. Se marchó.

—¿Dónde vive? ¿En qué casa?

Oh, pensó el chico, no conoce al señor Henry pero anda buscándole.

—En esta misma.

—¿Qué?

—Ésta es su casa.

—¿Ésta? ¿Es ésta su casa? ¿Vive él aquí?

La sangre se retiró de su cara y sus ojos resaltaron más.

—Sí, señor. Cuando está. Ahora no está en casa.

Golden Gray frunció el entrecejo. Había pensado que lo sabría inmediatamente, sin necesidad de que se lo dijeran, y sorprendido de que no hubiera sido así se volvió para mirar hacia la cabaña.

—¿Estás seguro? ¿Estás seguro de que es aquí donde vive? ¿Henry LesTroy?

—Sí, señor.

—¿Cuándo va a volver?

—Un día de éstos.

Golden Gray se restregó el labio inferior con el pulgar. Apartó de nuevo los ojos del rostro del muchacho y posó la mirada en los campos que todavía crepitaban bajo la caricia del viento.

—¿A qué has dicho que habías venido?

—A cuidar del ganado.

—¿Qué ganado? Mi caballo es el único animal que hay.

—Ahí detrás. —Señalaba con los ojos y con un gesto de la mano—. De vez en cuando se marchan. El señor Henry dice que vigile que, si se marchan, vuelvan.

Golden Gray no captó la nota de dignidad que había en la voz del muchacho, «El señor Henry dice que vigile...», porque estaba tan aterrorizado que se echó a reír.

Así que era esto, entonces. El lugar al cual se había propuesto ir y al que «un día de éstos» acudiría también el hombre más negro del mundo.

—Pues muy bien. Sigue con tu trabajo.



El chico chascó la lengua para que la mula se pusiera en marcha; en vano, aparentemente, porque tuvo que golpearle los flancos con sus talones de color crema para que el animal obedeciese.

—¡Oye! —Golden Gray levantó la mano—. Cuando termines vuelve acá. Necesito que me ayudes a hacer una cosa. ¿Has oído?

—Sí, señor. Vuelvo enseguida.

Golden Gray pasó a la segunda habitación para mudarse de ropa. Esta vez eligió algo formal, elegante. Era el momento adecuado. Adecuado para escoger una camisa muy fina; para desplegar los pantalones azul oscuro que combinaban perfectamente con ella. El momento adecuado y el único, pues si alguien en Vienna le conocía le vería con las ropas que ahora iba a ponerse. Cuando las extendió cuidadosamente sobre el catre (la camisa amarilla, los pantalones con botones de hueso en la bragueta, el chaleco de color mantequilla), el conjunto daba la falsa impresión de ser un hombre acostado, vacío y con un brazo doblado debajo del cuerpo inexistente. Se sentó en el tosco colchón cerca de las vueltas de los pantalones, y cuando en la tela aparecieron unas manchas oscuras supo que estaba llorando.

Únicamente ahora, pensó, únicamente ahora que sé que tengo un padre, siento su ausencia: el lugar donde él debería haber estado y no estaba. Antes, creí que todo el mundo era manco de un brazo, como yo. Ahora noto la cirugía. El crujir del hueso que se parte en dos, la carne rajada y los conductos de la sangre seccionados; el trastorno del flujo sanguíneo, la alteración de los nervios. De los nervios que quedan colgando, retorciéndose. Cantando el dolor. Despertándome con su propio sonido, rasgueando monótonamente mientras reposo, con tanta insistencia que sofocan mis sueños. No hay otro remedio que marcharse de donde él no está e ir hacia donde solía estar y puede estar todavía. Dejar que los colgajos retorcidos vean cuál es la parte que falta; dejar que el dolor cante a la tierra donde plantó los pies en el lugar donde solía estar y puede estar todavía. Yo no voy a curarme, o a encontrar el brazo que me amputaron. Voy a reavivar el dolor, a agudizarlo, con el fin de que ambos sepamos para qué sirve.

Y no, no guardo ningún rencor. No necesito el brazo. Pero sí necesito saber cómo habría sido tenerlo. Es un fantasma al que debo aferrarme y que debe aferrarse a mí, allá en todas las cuevas donde se refugie, bajo todas las ramas que le acojan. A no ser que merodee por espacios abiertos, desprovistos de árboles e iluminados por un sol aceitoso. Esa parte de mí que no me conoce, que no me ha

tocado nunca ni ha paseado a mi lado. Esa mano perdida que jamás me sacó de apuro ninguno, jamás me guió entre los dragones, jamás me sacó del foso donde había caído. Que no me acarició la cabeza ni me dio de comer; que no sostuvo conmigo la carga para hacérmela más llevadera. Ese brazo que no se levantó, extendido desde mi cuerpo, para que no perdiese el equilibrio cuando caminaba sobre raíles, o tablas, o troncos estrechos, redondos, peligrosos. Cuando lo encuentre, ¿me saludará con la mano? ¿Me indicará con un gesto que me acerque? ¿O no sabrá siquiera quién ni qué soy? Poco importa. Lo localizaré para que la parte amputada pueda recordar el momento en que le fue arrancado, el tajo que produjo su deformidad. Quizás entonces el brazo dejará de ser un fantasma, quizás adquirirá forma propia, desarrollará su propio hueso y sus propios músculos, y su sangre latirá violentamente impulsada por el sonoro cántico que habrá descubierto la finalidad de su serenata. Amén.

¿Quién me dará soporte? ¿Quién lavará la ignominia? ¿Quién la enjabonará hasta que la inmundicia caiga a mis pies y baste con avanzar un paso para librarse de ella? ¿Lo hará él? ¿Me rescatará como una papeleta de empeño que apenas se aprecia en el mercado pero es inestimable para recuperar su valor real? ¿Qué me importan el color de su piel o el contacto que tuvo con mi madre? Cuando le vea, o vea lo que queda de él, se lo contaré todo sobre la parte de mí que perdí y estaré atento al llanto de su vergüenza. Entonces haré un intercambio: que él se quede con la vergüenza mía y yo tome la suya como propia, y los dos seremos libres, entrelazados los brazos, intactos, enteros.

Le había dejado estupefacto oír quién y qué era su padre. Se quedó confuso, perdido, desorientado. Primero hurtó y luego destrozó algunos de los vestidos de su madre, y luego se sentó en la hierba mirando las cosas que se dispersaban, unas sobre el césped que le rodeaba, otras en el interior de su mente. Unas lucecitas que se movían como gusanos jugueteaban delante de sus ojos, y el hálito de la desesperación tenía un olor repulsivo. Fue True Belle quien le ayudó a levantarse del césped, le secó el empapado cabello y le explicó lo que debía hacer.

—Márchate —le dijo—. Yo te contaré cómo encontrarle, a él o lo que quede de él. No importa que le encuentres o no; lo que importa es el hecho de ir en su busca.

De manera que recogió las cosas que ella le aconsejó que recogiese, hizo el equipaje y se marchó. Durante el curso del viaje reflexionó mucho sobre su apariencia personal, riendo con qué blasón le convendría presentarse. Contaba únicamente con su baúl y la altivez de su mentón. Pero estaba presto, presto a

enfrentarse a aquel hombre negro y salvaje que le inquietaba y que injurió su brazo.

En su lugar encontró, tropezó con ella, a una alocada muchacha negra que se habla golpeado la cabeza arrastrada por el espanto y que ahora yace en la otra habitación mientras un chico negro, fuera de la cabaña, persigue un presunto ganado. Pensó que ella sería su lanza y su escudo; ahora tiene que serlo él mismo. Tiene que mirar de frente los ojos de gacela con el gris de alba de los suyos. Se precisa coraje para ello, pero no le falta. Tiene coraje para hacer lo que algunas flores nunca cesan de repetir: renunciar a ser un capullo que todos adoran aunque mantenga escondido su futuro y osar abrirse completamente, dejar que los pétalos se desplieguen y expongan a la vista de los adoradores el apiñamiento de pistilo y estambres que la flor guarda en su seno.

¿En qué estaría yo pensando? ¿Cómo pude equivocarme tanto al imaginarle? No advertí que su vejación no se relacionaba con el color de la piel ni con la sangre que allí latía, sino con alguna otra cosa que aspiraba a la autenticidad, al derecho a estar en aquel lugar sin esforzarse, sin necesidad de adquirir un rostro falso, una sonrisa falsa, una falsa actitud dialogante. Yo había sido estúpida además de negligente y me enfurecía descubrir (de nuevo) la poca confianza que merezco. Incluso su caballo había comprendido: transportó de un lado a otro a Golden Gray sin más guía que un leve toque del látigo. Había caminado firme y seguro por valles sin caminos, a través de ríos sin puentes ni transbordadores que permitiesen cruzarlos. Fija la mirada de sus ojos sólo en el curso de la senda, ajeno a las pequeñas formas de vida que bullían en torno a sus cascos, impulsando hacia delante con esfuerzo su amplio pecho, controlando el paso para no desperdiciar energía y acumular la necesaria. No sabía adónde iba y nada sabía del camino, pero sí sabía cuál era la naturaleza de su trabajo. Llega hasta allí, decían sus cascos. A ver si llegamos hasta allí.

Esto, ahora, tengo que pensarlo muy a fondo, con mucha cautela, aunque me exponga a tropezar con otro malentendido. Debo hacerlo sin desanimarme. No odiarle es insuficiente; sentir afecto por él, quererle, es inútil. Tengo que alterar las cosas. He de ser una sombra que le desea buena suerte, como las sonrisas de los muertos que nos han quedado de sus vidas. Quiero soñar para él un bello sueño y soñar otro sueño sobre él. Yacer a su lado, muy cerca, ser una arruga en la sábana, y contemplar su dolor y, al hacerlo, mitigarlo, disminuirlo. Quiero ser el lenguaje que le augura buena suerte, pronuncia su nombre, le despierta cuando debe tener los ojos abiertos. Quiero verle en pie junto a un pozo excavado lo bastante lejos de cualquier árbol como para que no caigan ramillas ni hojas al agua profunda, y que siga allí envuelto en una luz agradable, las puntas de los dedos apoyadas sobre la

piedra del brocal, la mirada perdida en el vacío, ebria y entumecida de pena la mente, o despierta e irritada por la desesperación que nace de saber poco y sentir demasiado (tan irritada, tan despierta que corre peligro de parar en el extremo contrario: saber demasiado y no sentir nada). Quiero verle allí y entonces, sin otra alternativa que el entumecimiento o la irritación, sin ni siquiera mirar el pozo, inconsciente de su desagradable olor a cieno o de la diminuta vida que se agita en su entorno, pero si de que él continúa junto al brocal cuando muy dentro del pozo, en aquel fondo donde la luz no llega, una colección de sonrisas perdidas se revuelve, un cierto amor benevolente y efímero sube de la oscuridad, y aunque no hay nada que él alcance a ver, nada que alcance a oír, ningún motivo para que siga allí, allí se queda. Primero por seguridad, luego por la compañía. Finalmente por sí mismo; con una especie de energía confiada, generosa, serena, que hierde como un rápido navajazo y al instante se esconde. Pero él ya ha notado la punzada, y ésta puede repetirse. No cabe duda de que otras muchas cosas se repetirán: se repetirá la duda, y todo puede parecer confuso de vez en cuando. Pero una vez que el filo de la navaja ha infligido su herida él la recordará; y si la recuerda podrá recuperarla. Es decir, de ahora en adelante la tiene a su disposición.

El chico tenía trece años y había visto a suficientes personas desplomarse sobre un arado, o quedarse inmóviles y calladas después de un parto, y a suficientes niños ahogados para conocer la diferencia entre la vida y la muerte. Lo que vio tendido sobre el catre y cubierto por un brillante vestido verde estaba vivo, a su parecer. En ningún momento separó el chico sus ojos del rostro de la muchacha (excepto cuando Golden Gray dijo: «He encontrado ese vestido ahí dentro y la he tapado con él»). Entonces dirigió la mirada a la segunda habitación y luego la posó en el hombre a quien creía blanco. A continuación levantó la manga del vestido y con ella dio unos ligeros toques al corte que la muchacha tenía en la frente. Observó que la cara de la joven ardía como una brasa. La sangre estaba seca como un pellejo.

— Agua — dijo, y salió de la cabaña.

Golden Gray comenzó a seguirle, pero se detuvo en el quicio de la puerta, incapaz de avanzar o retroceder. El chico regresó con un balde de agua del pozo y un saco de arpillera vacío. Tomó agua con una taza, dejó caer unas gotas en la boca de la muchacha. Ésta no tragó el agua ni hizo el menor movimiento.

— ¿Cuánto tiempo lleva así?

— Menos de una hora — dijo Golden Gray.

El chico se arrodilló para seguir limpiando la cara, desprendiendo suavemente parches enteros de sangre coagulada de la mejilla, la nariz, un ojo, después el otro. Golden Gray, que presenciaba las operaciones, pensó que ya estaba preparado para que aquellos ojos de gacela se abriesen.

Algo así puede causar mucho daño. Trece años después de que Golden Gray se armase de valor para mirar a aquella muchacha, el daño que ella podía hacer seguía allí. Las jóvenes preñadas eran quienes estaban más expuestas, pero también lo estaban los abuelos. Cualquier hechizo podría estigmatizar a un recién nacido: melones, conejos, las flores de la glicina, una sogá; y aún peor que el pellejo de una serpiente es una mujer salvaje. Por lo tanto, las admoniciones que se hacían a las muchachas eran parte de un conjunto de cosas que había que vigilar, no fuera caso que el bebé naciese raro o propiciase la locura de la madre. ¿Quién habría pensado que también los viejos necesitarían ser amonestados, alertados, prevenidos contra el peligro de verla, olerla o incluso oírla?

Vivía cerca, decían, no allá lejos en los bosques, ni abajo en el lecho del río, sino en algún punto de los campos de caña; en los bordes, decían algunos, o quizá desplazándose de acá para allá por el interior de aquellos campos. Cerca. Cortar caña podía convertirse en una tarea frenética los días en que los jóvenes braceros tenían la sensación de que ella estaba justamente allí, oculta, probablemente observándolos. Un golpe de machete podía desmocharle la cabeza si se insolentaba o se acercaba demasiado, y la culpa sería exclusivamente de ella. Aquello ocurriría cuando cortasen mal; es decir, cuando los tallos de caña subían volando a golpearte la cara, o si el machete resbalaba y hería al compañero que trabajaba a tu lado. Solamente el hecho de pensar en ella, tanto si estaba cerca como si no, podía echar a perder el trabajo de toda una mañana.

Los abuelos, que ya hablan dejado atrás los machetazos a la caña pero estaban todavía en condiciones de atar los tallos o llenar las tinas de melaza, eran generalmente considerados personas que no corrían riesgo alguno. Así fue hasta que el hombre a quien los abuelos llamaban Hunters Hunter recibió en el hombro los golpecitos de las yemas de unos dedos que no podían pertenecer a nadie salvo a ella. Cuando el hombre se volvió sobresaltado, alcanzó a ver cómo se agitaban los tallos de caña, pero no oyó un solo crujido. Gracias a estar más acostumbrado a la vida silvestre que a la doméstica, sabía siempre en qué momento los ojos que le vigilaban se encontraban en la copa de un árbol, detrás de una loma o, como en aquella ocasión, a ras de suelo. Comprenderéis la perplejidad del hombre: las

yemas de los dedos en su hombro, los ojos a sus pies. En lo primero que pensó fue en la mujer a la que él mismo había dado nombre cosa de trece años antes porque, mientras la cuidaba, aquélla fue la palabra que le vino a la mente: Salvaje. Estaba convencido, al principio, de que cuidaba a una muchacha dulce pero maltratada, pero cuando ella le mordió se dijo: Oh, es una salvaje. Bien pensado, muchas son las cosas que suceden así. Nada se gana profundizando más.

Recordaba su risa, sin embargo, y lo apacible que se mostraba los primeros días que siguieron al mordisco, por lo cual el roce de sus dedos no le asustó, aunque sí le hizo sentirse triste. Demasiado triste para informar de lo ocurrido a sus colegas del trabajo, viejos como él e incapaces ya de cortar caña la jornada entera. Desprevenidos, no estaban preparados para la manera en que su pulso reaccionó cuando tuvieron ocasión de avistarla brevemente, o para el temblor que acometió sus piernas al oír aquella risa suya de niña pequeña. Las jóvenes preñadas podían o no parir bebés estigmatizados, pero a los abuelos (desprevenidos) se les ablandó la mollera, se marcharon de los depósitos de melaza y saltaban de la cama en mitad de la noche, se orinaban encima, olvidando los nombres de sus hijos y el sitio donde habían dejado el suavizador de su navaja de afeitar.

Cuando el hombre a quien ellos llamaban Hunters Hunter la conoció, la cuidó, ella se enojaba fácilmente. Si él la hubiese tratado de forma correcta, quizá se habría quedado en la casa, criando su bebé, aprendiendo cómo vestirse y hablar con las demás personas. Después, cuando ocasionalmente pensaba en ella, tenía la convicción de que ya estaría muerta. Tras muchos meses de no verla ni oír noticias suyas recordó entre suspiros la época en que su casa estuvo tan falta de amor maternal, y quien más falta estaba era Salvaje. La gente del lugar se valía de su historia para amonestar a los niños y a las jóvenes preñadas, y a él le entristeció saber que en lugar de reposar estaba todavía ansiosa. Ansiosa de qué, él no habría podido decirlo con exactitud, salvo que anhelase un cabello cuyo color correspondía al nombre de un joven. Al verlos juntos se había dado un buen susto: la melena rubia del joven, larga como la cola de un perro, al lado de la madeja de lana negra de ella.

Él no dijo nada, pero las noticias circularon de todos modos. La historia de Salvaje no era la de una simple muchacha loca, popular tiempo atrás, cuyo cuello los cortadores de caña habrían rebanado a gusto con sus machetes, ni era tampoco un recurso rápido y fácil pan que los niños testarudos obedeciesen órdenes. Salvaje seguía estando allí y era una persona real. Alguien había visto al hombre a quien llamaban Hunters Hunter dar un salto, llevarse la mano al hombro y, cuando se volvió para escudriñar el campo de caña, murmurar lo bastante alto para que aquel

alguien lo oyese: «Salvaje... Que me condene si no ha sido Salvaje.» Las jóvenes preñadas se limitaron a suspirar al enterarse del hecho y continuaron barriendo y salpicando de agua los patios de tierra de sus casas, y los hombres afilaron sus machetes hasta que las hojas silbaban en el aire. Pero los viejos empezaron a soñar. Ellos recordaban cuándo llegó, cuál era entonces su aspecto, por qué se quedó, así como a aquel extraño joven a quien ella daba tanta importancia.

No fueron muchas las personas que vieron al joven. La primera no fue Hunters Hunter, que estaba ausente tratando de reunir pieles de zorro suficientes para venderlas; el primero fue el chico de Patty, Honor. Él se ocupaba de las cosas del señor Henry cuando éste se ausentaba, y uno de los días en que pasó por su cabaña (para desbrozar un poco el patio, quizás, y ver si los cerdos y las gallinas seguían vivos) estuvo lloviendo toda la mañana. Las cortinas de lluvia, por la tarde, producían multitud de arco iris. Más tarde contó a su madre que la misma cabaña estaba irisada y que cuando el hombre salió por la puerta y él, Honor, vio su cabello mojado de color amarillo y su piel cremosa, pensó que un fantasma se había adueñado del lugar. Luego comprendió que lo que veía era un hombre blanco y jamás creyó otra cosa de allí en adelante, a pesar de haber visto con sus propios ojos la cara que puso el señor Henry cuando el hombre blanco le anunció que era su hijo.

Cuando Henry Lestory, aquel hombre tan experto en los bosques que se había convertido en cazador de cazadores<sup>31</sup> (y que así era llamado si alguien le hablaba o hablaba de él), regresó a casa y vio el carruaje y el hermoso caballo amarrado cerca de su cuadra, al instante se alarmó. Ningún conocido suyo poseía un coche como aquel; ningún caballo del condado llevaba las crines cortadas y peinadas de aquella manera. A continuación vio la mula que solía montar el chico de Patty y se tranquilizó un poco. Fue hasta la puerta de su cabaña y allí necesitó tiempo para hacerse cargo de lo que veía. El chico de Patty, Honor, estaba arrodillado junto al catre, sobre el cual yacía tendida una muchacha preñada, y un hombre de cabello dorado estaba de pie cerca de ellos contemplándolos. Dentro de su casa no había habido un hombre blanco nunca. Hunters Hunter tragó saliva. Todos sus esfuerzos se habían ido al diablo.

Cuando el hombre rubio se volvió a mirarle, los ojos grises se abrieron mucho, luego se cerraron, y acto seguido, la mirada del hombre fue como una lengua que se deslizara lentamente desde las botas hasta las rodillas de Hunter, desde el pecho hasta la cabeza. En el momento en que los ojos grises se situaron al nivel de los suyos, Hunter tuvo que esforzarse para evitar sentirse atrapado. En su propia casa. Ni siquiera un plañido procedente del catre quebró la sólida trabazón de su mirada con el desconocido. Todo en él parecía ser joven y suave... excepto el



color de sus ojos.

Honor los contemplaba inquieto.

—Me alegro de que haya vuelto, señor Henry.

—¿Quiénes son éstos?

—Han llegado aquí antes que yo.

—¿Quiénes son?

—No podría decírselo, señor. La mujer estaba mal, pero ya se está reponiendo.

Por lo que Hunter podía ver, el hombre de cabello dorado no llevaba pistola, y sus delicadas botas nunca habían recorrido caminos rurales. Sus ropas habrían hecho suspirar a un predicador y Hunter dedujo por sus manos de damita que su puño no tendría fuerza suficiente ni para aplastar un melón. Se dirigió a la mesa y dejó encima de ésta el morral que traía consigo. Con un amplio ademán arrojó a un rincón un par de becas. No obstante, conservó el rifle apoyado en el hueco del brazo. Y el sombrero puesto. Los ojos grises seguían cada uno de sus movimientos.

—La mujer tuvo una mala caída, diría yo. El hombre la trajo aquí. Le he limpiado la sangre lo mejor que he podido.

Hunter observó el vestido verde que cubría a la mujer, las negras manchas de sangre en la manga.

—He entrado las gallinas y la mayoría de los cerdos. Excepto Bubba. Es joven pero está creciendo, señor Henry. Se ha hecho grande y malo...

La garrafa de aguardiente de caña, destapada, estaba sobre la mesa con una tacita al lado. Hunter inspeccionó su contenido y volvió a colocar el tapón, preguntándose de qué tierra vendría aquel hombre tan raro y que tan poco sabía de las normas de hospitalidad. Los habitantes de los bosques, blancos o negros, y toda la gente del campo, eran libres de entrar en cualquier refugio, en cualquier choza de cazador. Tomaban lo que necesitaban, dejaban lo que podían. Aquellos lugares eran como estaciones de tránsito y toda persona podía encontrarse necesitada de un resguardo ocasional. Pero nadie, absolutamente nadie, se bebía el aguardiente de un hombre, en su casa, a no ser que ambos se conocieran muy, muy bien.

—¿Nos conocemos?

Hunter pensó que ese «señor» que había omitido al final de la pregunta sonaba tan fuerte como una explosión. Pero el forastero no oyó el golpe porque su propia explosión interior estaba ensordeciéndole.

—No, papá. No nos conocemos.

No podía decir que no fuera posible, que necesitara el testimonio de una comadrona o un medallón con un retrato para convencerse. Pero la conmoción tuvo la misma fuerza.

—Nunca supe que tú existieras —fue lo que finalmente dijo, pero lo que el hombre rubio iba a responder, lo que había planeado responder tuvo que esperar, porque la mujer lanzó en aquel momento un chillido y se enderezó apoyada en los codos para mirar entre sus rodillas, que estaban levantadas.

El hombre de ciudad mostró síntomas de mareo. Honor y Hunter, en cambio, no sólo habían presenciado los alumbramientos corrientes y previsibles que la gente del campo suele presenciar, sino que hablan extraído fetos por las buenas o por las malas de todo género de conductos. Aquel feto no se presentaba fácil. Se pegaba a las paredes de aquella espumeante caverna, y la madre no aportaba prácticamente ninguna ayuda. Cuando el bebé emergió por fin, el problema fue claro de inmediato: la mujer rehuyó sostener al recién nacido, e incluso mirarlo. Hunter envió al chico a su casa.

—Dile a tu madre que convenza a alguna de las vecinas para que venga aquí. Que venga aquí y se ocupe de la criatura, de lo contrario no vivirá más allá de mañana.

—¡Sí, señor!

—Y consigue aguardiente si lo encuentras por alguna parte.

—¡Sí, señor!

Hunter se inclinó entonces para examinar a la madre, que no había abierto la boca desde aquel chillido. El sudor le cubría la cara y, entre jadeos, se lamía las gotas que perlaban su labio superior. Se inclinó más para verla con mayor detalle. Observó entonces que debajo de la suciedad, entretejidas en su piel negra como el carbón, había trazas de cosas malas; cosas como jugo de tabaco, salmuera y quizás

huellas de las iniciativas de algún artífice de la diversión. Cuando él volvió la cabeza para ajustar la manta sobre su cuerpo, ella se enderezó y le hincó los dientes en la mejilla. Hunter se apartó violentamente, y tocándose ligeramente la mordedura dejó escapar una risa sorda.

—Salvaje, ¿eh? —Se volvió para mirar al joven pálido que le había llamado «papá»—. ¿Dónde has cazado a esta salvaje?

—En los bosques. Donde las mujeres salvajes viven.

—¿Ha dicho quién era?

El joven movió negativamente la cabeza.

—La asusté y se dio un golpe contra un tronco o un pedrusco. Simplemente, no podía dejarla allí.

—Supongo que no. ¿Quién te envió a mi?

—True Belle.

—Ahhhh. —Hunter sonrió—. ¿Dónde está? Nunca supe adónde había ido.

—¿Ni con quién?

—Se marchó con la hija del coronel. El coronel Wordsworth Gray. Eso lo sabían todos. Y también que se marcharon a toda prisa.

—Adivina por qué.

—Ahora no necesito adivinarlo. Nunca supe que tú existieras.

—¿Pensaste en ella? ¿Te preguntaste alguna vez dónde podía estar?

—¿True Belle?

—¡No! Vera. Vera Louise.

—Vamos, hombre. ¿Tengo cara de preguntarme adónde fue una muchacha blanca?

—¡Era mi madre!

—Supón que lo hubiera hecho, ¿eh? ¿Cuál habría sido el siguiente paso? ¿Ir a ver al coronel? Oiga, mire, coronel Gray, he estado preguntándome adónde se habrá marchado su hija. Hace algún tiempo que no salimos a cabalgar. Le diré lo que ha de hacer usted. Dígale a ella que la espero, y que vuelva. Ella sabe en qué lugar encontrarme. Y dígale que se ponga aquel vestido verde. El que hace difícil verla entre la hierba. —Hunter se restregó la mandíbula con la mano—. No has dicho dónde están. Ni de dónde vienes.

—De Baltimore. Me llamo Golden Gray.

—No digo que el nombre no sea adecuado.

—¿Preferirías que me llamase Golden Lestory?

—No en esta parte del país. —Hunter deslizó la mano bajo la manta para comprobar si el corazón del bebé latía—. El niño está débil. Necesita cuidados lo más pronto posible.

—Qué conmovedor.

—Mira, ¿qué es lo que quieres? Ahora, me refiero. ¿Qué quieres ahora? ¿Quieres quedarte aquí? Eres bienvenido. ¿Quieres castigarme? Quítatelo de la cabeza. No toleraré ni una palabra de reproche. Te presentas aquí, te bebes mi aguardiente, revuelves mis cosas ¿y crees que puedes engatusarme sólo porque me llamas «papá»? Si ella te dijo que yo era tu padre, entonces te dijo más de lo que me dijo a mi. Domínate. Un hijo no es tal porque una mujer lo diga. Un hijo lo es porque un hombre lo hace. Si quieres actuar como hijo mío, entonces adelante; de lo contrario, ¡lárgate cuanto antes de mi casa!

—No he venido hasta aquí para engatusarte, no he venido a ganarme tu aprobación.

—Sé a qué has venido: a ver lo negro que soy. Tú pensabas que era blanco, ¿no es así? Ella probablemente consintió en que lo creyeras. Confiaba en que lo creerías. Y juro que yo también lo habría creído.

—¡Ella me protegió! ¡Si hubiese revelado que yo era negro, habría sido un esclavo!

—Esa gente tenía negros liberados. Siempre tuvieron algunos negros libres. Tú pudiste ser uno de ellos.

—Yo no quiero ser un negro libre. Quiero ser un hombre libre.

—¿Y no lo queremos todos? Mira, sé lo que quieras: blanco o negro. Elige. Pero si eliges ser negro tienes que actuar como negro, lo cual significa levantar tu hombría, pero rápido, ¡rápido!, y no me vengas con insolencias de niño blanco.

Los efectos del alcohol ya habían pasado, y el primer pensamiento sobrio de Golden Gray fue volarle la cabeza a aquel hombre. Mañana.

Debió de ser la muchacha quien le hizo cambiar de idea.

Las muchachas pueden hacerlo. Apartar a un hombre de la muerte o conducirlo directamente a ella. Arrancarte del sueño y que despiertes en tierra bajo un árbol que nunca volverás a localizar porque estás perdido. O si lo encuentras no será el mismo árbol. Quizás estalló desde dentro, barrenado por la vida reptante que también tenía derecho a seguir su curso, que se limitó a arrastrarse, arracimarse, mordisquear y horadar, hasta que el árbol entero quedó hueco, vacío como resultado del servicio que había prestado a otras criaturas. O quizá lo talaron antes de que se derrumbara él solo. Convertido en leños para una gran chimenea donde los niños mirarían fijamente las llamas.

Victory debería recordarlo. Era para Joe más que el hermano predilecto, era su mejor amigo y ambos cazaron y trabajaron recorriendo de uno a otro extremo el condado de Vesper. El nogal de cuya copa cayó Joe no figuraría ni en un mapa del sheriff, pero Victory tenía que recordarlo. El nogal seguiría plantado en el terreno de alguien, aunque los campos de algodón y el vecindario de gente de color que existió en sus cercanías hubieran sido removidos y aplanados.

Una semana de rumores, dos días de embalar precipitadamente las pertenencias y novecientos negros, ante la incitación de las armas y las sogas, abandonaron Vienna, partieron en carromatos o a pie rumbo a un destino que nadie conocía ni a nadie le importaba. ¿Con dos días de plazo? ¿Cómo puede uno planear adónde ir, y si uno sabe de algún lugar donde cree que será bien recibido, dónde está el dinero para llegar hasta allí?

Se juntaron en los alrededores de la estación de ferrocarril, acamparon apiñados en las tierras al borde de la carretera hasta que los espantaron por encarnar la propia plaga que los habla castigado, por reflejar como aguas tranquilas el desconsuelo que ciertamente sentían y por recordar a otros los frutos con que el pecado remunera a quienes lo cultivan.

El campo de caña donde Salvaje se escondía, o vigilaba, o reía a carcajadas, o permanecía callada y quieta, ardió durante meses. El olor del azúcar persistió en el aire haciéndolo pesado. ¿Lo sabría la mujer?, se preguntaba él. ¿Entendería que el fuego no era luz, ni flores que se le acercaban, ni una cabellera rubia que agitaba el viento? ¿Que si intentabas tocarlo o besarlo engulliría tu respiración?

Los pequeños cementerios con sus cruces toscas y alguna que otra piedra en la que una inscripción en laboriosas letras mayúsculas suplicaba un recuerdo quedaron relegados al olvido.

Hunter se negó a marcharse; pasaba en los bosques más tiempo que en su cabaña, de todos modos, y su ilusión parecía ser que los últimos años de su vida transcurriesen en los lugares donde se sentía más a gusto. Por lo tanto, no cargó sus pertrechos en un carromato. Tampoco recorrió el camino que llevaba a Bear, luego a Crossland, a Goshen, a Palestine, en busca de un puesto de trabajo, como hicieron Joe y Victory, intentando dar con alguna granja que proporcionase a unos negritos de trece años comida y un rincón donde dormir a cambio de desbrozar los campos, o un molino que tuviera un barracón. Joe y Victory viajaron en compañía de los demás por una temporada, luego se separaron del resto. Supieron que habían dejado Crossland muy a sus espaldas cuando pasaron ante el nogal donde acostumbraban dormir aquellas noches en que, cazando lejos de su casa, sólo en las ramas altas podía encontrarse aire fresco. Y cuando miraron camino atrás todavía alcanzaron a distinguir el humo que se alzaba de lo que quedaba de los campos y la caña de Vienna. Les dieron trabajo por unos días en un aserradero de Bear, luego dedicaron una tarde a arrancar tocones en Crossland, y finalmente consiguieron un empleo fijo en Goshen. Más tarde, una primavera, en el tercio sur del condado hubo un estallido de gruesas bolas blancas de algodón, y Joe dejó a Victory ayudando al herrero de Goshen para dedicarse a la lucrativa recolección de la cosecha que se había producido en las afueras de Palestine, a unos veinticuatro kilómetros de distancia. Pero antes, antes tenía que saber si la mujer que él creía era su madre seguía aún allí; o si confundió fuego con cabello y aquél habla engullido su respiración.

Hizo en total tres solitarias excursiones tratando de encontrarla. En Vienna habla vivido al principio rodeado del temor hacia ella, luego de la chanza, finalmente de la obsesión por ella, seguida del rechazo. Nadie dijo nunca a Joe que la mujer fuera su madre. No directamente; pese a que una noche Hunters Hunter le miró a los ojos y declaró:

—Ella tiene sus razones. Incluso si está loca. Los locos tienen sus propias

razones.

Estaban limpiando los cacharros después de comer una de las piezas que habían cazado. Joe creía recordar más tarde que era un ave, pero pudo haber sido algún animal de pelo. Victory lo sabía. Victory limpiaba con unas hojas el asador mientras Joe apagaba el fuego.

—Os he enseñado a los dos a no cazar nunca una presa demasiado joven, y ninguna hembra si podéis evitarlo. No pensaba que tuviese que enseñároslo también en lo que respecta a las personas. Ahora, tened en cuenta esto: ella es una presa prohibida. Debéis entender la diferencia.

Joe y Victory habían estado bromeando, especulando sobre lo que costaría matar a Salvaje si se presentaba la ocasión. Si su rastro, que los tres habían visto y seguido algunas veces, los condujera a su escondrijo. Fue entonces cuando Hunter dijo aquello. Que los locos tienen sus propias razones. Después miró de hito en hito a Joe (no a Victory). El fuego casi apagado galvanizaba su mirada.

—Pensadlo. Esa mujer es la madre de alguien y alguien debería tener cuidado.

Victory y Joe intercambiaron miradas, pero fue la sangre de Joe la que se heló y su garganta la que intentó tragar saliva sin conseguirlo.

A partir de aquel momento se batió contra la idea de tener por madre a una mujer salvaje. En ocasiones la idea le avergonzaba hasta hacerle derramar lágrimas. Otras veces la cólera alteraba su puntería y fallaba el tiro, o éste tocaba la pieza en algún punto desastrosamente inadecuado. Pasaba gran parte del tiempo negándolo, convenciéndose a sí mismo de que había interpretado mal las palabras de Hunter y, sobre todo, su mirada. Ello no obstante, Salvaje estaba siempre en su mente, y él no iba a partir hacia Palestine sin tratar una vez más de encontrarla.

La mujer no se refugiaba siempre en la caña. Tampoco en la zona trasera de los bosques, terrenos de un granjero blanco. Joe, Hunter y Victory habían descubierto trazas de ella en aquellos bosques: panales de abejas arruinados, restos diversos de viandas robadas y con mucha frecuencia la señal en que más confiaba Hunter: mirlos alirrojos, aquellos pájaros negroazulados con una especie de relámpago rojo en las alas. Había algo en ella que les gustaba, decía Hunter, y la presencia de cuatro o más mirlos significaba siempre que estaba cerca. Hunter había hablado allí dos veces con la mujer, afirmaba, pero Joe sabía que aquellos

bosques no eran su sitio favorito. La primera ocasión en que la buscó, el intento fue poco entusiasta y vino después de dos horas de pesca espectacular. Cruzado el río, más allá de donde la trucha y la perca abundaban pero antes de que la corriente se hundiese en la tierra camino del molino, la orilla bordeaba una loma. En la cima de ésta, a unos cinco metros sobre el nivel del río, había una formación rocosa propicia al refugio cuyo acceso estaba bloqueado por una barrera de viejos hibiscus. Cierta día, tras haber pescado diez truchas en la primera hora del amanecer, Joe había pasado por delante de aquel lugar y oído lo que al principio pensó que era una mezcla del rumor del viento en las copas de los árboles y el sonido del agua corriente. La música que produce el mundo, familiar a pescadores y pastores, también la oyen los leñadores y otros merodeadores del bosque. Hipnotiza a los mamíferos. Los venados levantan la cabeza y las ardillas se quedan rígidas. Los hombres que conocen el bosque, atentos, sonríen y cierran los ojos.

Joe supuso que se trataba de aquello, y simplemente escuchó con placer hasta que le pareció que una o dos palabras se deslizaban en el rumor. Sabiendo que la música que el mundo produce no contiene palabras, se quedó quieto como una peña y escudriñó los alrededores. Una línea plateada se extendía a lo largo de la orilla opuesta: el sol que penetraba en los restos del azul cobalto de la noche. Arriba y a su izquierda se encontraban los hibiscus, densos, silvestres y viejos. Sus flores esperaban cerradas la llegada del día. El fragmento de cántico procedía de la garganta de una mujer, y Joe se abrió paso con múltiples dificultades cuesta arriba y a través de la barrera, una maraña de sarmientos, plantas trepadoras e hibiscus enmohecidos por el tiempo. Encontró la abertura de la formación rocosa, pero le fue imposible traspasarla desde aquel ángulo. Tendría que subir hasta más arriba y dejarse resbalar hacia su boca. Había tan poca luz que apenas distinguía sus propias piernas. Pero vio huellas suficientes para saber que ella estaba donde había supuesto.

Llamó con voz fuerte:

—¿Hay alguien ahí?

El canto cesó, y en su lugar sonó un chasquido como de ramas quebradas.

—¡Eh! ¿Estás ahí?

No se produjo ningún otro rumor, no hubo señal de movimiento alguno, y él no pudo sobreponerse al convencimiento de que la fragancia que flotaba en su dirección no era si no una mezcla de olor a miel y a mierda. Entonces optó por



retirarse, asqueado y hasta cierto punto atemorizado.

La segunda vez que la buscó fue después del desahucio de los negros. Habiendo visto el humo y notado en la lengua el sabor a azúcar que traía el aire, aplazó su viaje a Palestine para dar un rodeo y retroceder hacia Vienna. Bordeó el terreno calcinado y los campos de tronchos achicharrados; apartó la vista de las cabañas donde sólo quedaban unos ladrillos todavía calientes que en otro tiempo fueron el pedestal de una bañera, y se dirigió hacia el río, camino de la hoya donde las truchas se multiplicaban como moscas. Cuando llegó al punto en que el río describía su curva, descolgó el rifle que llevaba a la espalda y se agachó.

Lentamente, respirando por la boca con suavidad, avanzó a gatas en dirección a las rocas semiocultas por la vegetación cuyo especial desarrollo propiciaban el sol y el aire. No había el menor signo de ella, nada que él reconociese. Se las ingenió para trepar más arriba de la abertura, pero cuando se deslizó hacia abajo y se introdujo entre las rocas, tampoco vio nada que una mujer pudiese usar y los vestigios de habitación humana estaban fríos. ¿Se había marchado ella? ¿Había huido? ¿La habían ahuyentado el humo, el fuego, el pánico, el desamparo? Joe esperó allí, hasta que la escucha le produjo somnolencia y terminó durmiendo una hora, si no más. Cuando despertó, el día había avanzado y las flores de hibiscus eran grandes como su mano. Se arrastró pendiente abajo y, cuando se volvía dispuesto a alejarse, cuatro mirlos alirrojos salieron disparados de las ramas bajas de un roble blanco. Enorme, solitario, el árbol crecía en un suelo insólito: entrelazado con sus propias raíces. Joe se dejó caer inmediatamente sobre manos y rodillas y murmuró:

—¿Eres tú? Solamente dilo. Di lo que sea, cualquier cosa.

Alguien respiraba cerca de él. Se volvió y examinó el lugar al que acababa de llegar. Cada movimiento, cada roce de alguna hoja parecía ser ella.

—Hazme una señal, entonces. No tienes que decir nada. Déjame ver tu mano. Sostenla sólo un momento en alguna parte y me marcharé, lo prometo. Una señal.

Rogó, suplicó, imploró ver su mano hasta que la luz disminuyó aún más.

—¿Eres mi madre?

Sí. No. Ambas cosas. Ninguna de las dos. Pero no aquel silencio.

Hablando a los tallos de los hibiscus, sin cesar de escuchar la cercana

respiración, repentinamente se vio a sí mismo palpando la tierra en derredor en busca de una mujer no sólo loca sino, además, sucia, que resultaba ser su madre secreta, a la que Hunter había visto una vez, la que habla dejado huérfano a su hijito recién nacido en lugar de cuidarlo o mimarlo o quedarse en la casa con él. Una mujer que asustaba a los niños, que hacía que los hombres mantuvieran bien afilados sus machetes, para quien las jóvenes recién casadas dejaban comida en el umbral de la puerta (mejor hacerlo, porque en caso contrario la robarla). Esparciendo por todo el condado rastros de su indómita y desaliñada personalidad. Avergonzándole a él delante del mundo entero, con excepción de Victory, que ni se burlaba ni le miraba de soslayo cuando Joe le contó lo que creía que Hunter habla querido decir con aquellas palabras y especialmente con aquella expresión de los ojos.

—Ha de ser fuerte y valiente — fue la única respuesta de Victory —. Para vivir al aire libre de esa manera durante todo el año, ha de ser fuerte.

Quizá sí, pero en aquel momento Joe se sentía estúpido, necio, más loco que ella y no menos incivil, empeñado en resbalar en el barro, brincando para no tropezar con raíces ennegrecidas, arrastrando los pies por una tierra infestada de termitas. Él amaba los bosques porque Hunter le había enseñado a amarlos. Pero ahora los bosques estaban llenos de ella, de una mujer demasiado simple y absurda incluso para vivir de la mendicidad. Con tan poco seso que fue incapaz de hacer lo que la cerda más miserable hace: criar lo que ha parido. Los niños pequeños la tomaban por bruja, pero se equivocaban. Aquel ser no tenía la mínima inteligencia necesaria para ser una bruja. Era inepta, invisible, irremediablemente tonta. En todas partes y en ninguna.

Existen chicos que tienen por madres a prostitutas y no soportan la humillación. Otros cuyas madres deambulan tambaleantes por las calles de la ciudad cuando las tabernas cierran sus puertas. Madres que abandonan a sus hijos o los venden por un puñado de billetes. Él habría elegido a cualquiera de ellas en lugar de aquella indecente enajenada mental que se escondía y no hablaba. El disparo que efectuó contra el roble blanco no produjo la menor alteración, porque los cartuchos estaban en su bolsillo. El percutor emitió un clic inofensivo. Lanzando alaridos, resbalando, cayendo acá y allá, Joe corrió cuesta abajo para seguir luego la orilla del río y alejarse cuanto antes de allí.

En adelante trabajó como un maníaco. En el trayecto hasta Palestine aceptó cuantas tareas le ofrecieron o de las que oyó hablar. Taló árboles, cortó caña; manejó el arado hasta que a duras penas podía levantar los brazos; desplumó pollos y

recolectó algodón; acarreó madera, mieses, piedras de cantera y ganado. Unos creían que estaba ávido de dinero, pero otros dedujeron que a Joe no le gustaba estarse quieto o que le considerasen perezoso. En ocasiones trabajaba tanto y durante tanto tiempo que ni siquiera se acostaba en el catre de su barracón. Entonces dormía a la intemperie, a veces con la suerte de encontrarse cerca del gran nogal, balanceándose en la lona encerada que se guardaba allí para cuando fuese necesaria. Después de Palestine, cuando el algodón estuvo recogido, embalado y negociado, Joe se casó y trabajó más duramente aún.

¿Se quedó Hunter cerca de Vienna después del fuego? ¿Regresó a Wordsworth? ¿Se estableció en alguna casita de campo, como decía que haría, y se organizó la vida a su gusto? En 1926, muy lejos de aquellos lugares, Joe pensó que quizá fuera efectivamente Wordsworth o sus alrededores el destino que Hunter había elegido, y que si pudiera preguntárselo a Victory éste lo recordaría con exactitud (suponiendo que siguiera vivo y la cárcel no le hubiera machacado), porque Victory lo recordaba todo y en su mente tenía siempre las cosas claras. Como, por ejemplo, cuántas veces había utilizado determinado nido una hembra de pavo real; o en qué punto de una alfombra de agujas de pino color de alheña podías hundirte hasta la canilla; o si cierto árbol en particular (el árbol cuyas raíces crecían tronco arriba) había comenzado a echar yemas dos días o una semana antes, y el lugar exacto dónde estaba.

Joe rememora todo esto un gélido día del mes de enero. Una gran distancia le separa de Virginia y es mayor aún la que le separa del Edén. Mientras se pone el abrigo y la gorra puede prácticamente sentir la presencia de Victory a su lado, sin duda dispuesto a acompañarle cuando salga, armado, al encuentro de Dorcas. No ha pensado en causarle daño o, según Hunter le ha enseñado, en matar una presa joven. Además es hembra. Presa prohibida. Por lo tanto, él nunca piensa en semejante cosa. Ha salido de caza en pos de ella, sin embargo, y cuando se va de caza un arma es una compañía tan natural como la de Victory.

Merodea por la Ciudad y ésta no objeta nada ni interfiere. Es el primer día del año. La mayoría de las personas están cansadas de la noche anterior. La gente de color, empero, todavía anda de celebración con una reunión diurna, un festín que puede dilatarse hasta la noche siguiente. Las calles están resbaladizas. La Ciudad parece tan deshabitada como un villorrio.

«Solamente quiero verla. Asegurarle que sé que no quería decir lo que dijo. Es joven. Los jóvenes pierden fácilmente los estribos. Saltan porque sí. Como yo el día que disparé contra aquel árbol un rifle que no estaba cargado. Como yo cuando

dije: "Está bien, Violet, me casaré contigo", sólo porque no había podido ver si una mujer salvaje sacaba o no sacaba la mano entre los hibiscus.»

Las calles que recorre no sólo están resbaladizas, sino también oscuras. En el bolsillo del abrigo guarda el cuarenta y cinco a cambio del cual empeñó su rifle. Se había echado a reír al empuñarlo, un arma corta y rolliza que haría más ruido que un cañón. No encierra ninguna complejidad: tendría uno que luchar contra si mismo para fallar el tiro, aunque él no va a fallar porque no apuntará. No contra aquel cutis estropeado. Nunca. Nunca hagas daño a aquello que es joven: los huevos de un nido, el corzo, los pichones, los pececillos...

Una ráfaga de viento sale de la boca del túnel y le arranca la gorra. Corre a rescatarla de la cuneta hasta la cual se ha arrastrado. No ve la vitola de un cigarro marca White Owl que se ha pegado al casquete de la gorra. Una vez dentro del tren, suda abundantemente y se quita el abrigo. La bolsa de papel cae el suelo con un golpe sordo. Joe baja la vista, ve los dedos de un pasajero que se tienden hacia la bolsa y se la devuelven. Joe da las gracias con un movimiento de cabeza y embute nuevamente la bolsa en el bolsillo del abrigo. Una mujer negra también mueve la cabeza indicándole algo. ¿Se refiere a la bolsa de papel? ¿A su contenido? No, a su cara bañada en sudor. Le ofrece un pañuelo limpio para que se la seque. Él lo rechaza; vuelve a ponerse el abrigo y se desplaza hacia la puerta para extraviar la mirada en la rapidez del convoy y la oscuridad.

En tren se detiene bruscamente, impulsando a los pasajeros hacia delante, como si acabara de recordar que aquélla es la estación en que Joe necesita apearse si quiere encontrarla.

Tres muchachas salen apelotonadas del tren y bajan taconeando las heladas escaleras. Tres hombres que esperan las saludan y los dos grupos se aparejan. El frío es intenso. Las muchachas tienen los labios rojos y sus piernas se susurran una a otra a través de las medias de seda. Los labios rojos y la seda pregonan poder. Un poder que ellas cambiarán por el derecho a ser dominadas y penetradas. A los hombres que están a su lado esto les complace, porque, al final, serán ellos quienes tomen la iniciativa, quienes se impongan, quienes den la vuelta a aquel poder, lo capturen y lo reduzcan a la inactividad.

La tercera vez que Joe intentó encontrar a la mujer (por entonces era ya un hombre casado), había explorado la ladera en busca del árbol, de aquel árbol cuyas raíces crecían al revés como si, al entrar obedientemente en la tierra, hubieran encontrado interceptado el paso y retrocedido hacia el tronco por si podían servir

para otra cosa. Desafiantes y contra toda lógica, aquellas raíces ascendían. Hacia las hojas, la luz, el viento. Más abajo del árbol discurría el río que los blancos llamaban Treason<sup>[4]</sup>, donde los peces se precipitaban contra el anzuelo y nadar entre ellos podía ser una experiencia lo mismo bulliciosa que tranquila. No obstante, para llegar hasta allí te arriesgabas a ser traicionado por el mismo suelo que pisabas. Sólo la apariencia de los taludes y las lomas bajas que caían suavemente hacia el río era acogedora: debajo de las enredaderas, de la alfombra de hierba, de la viña virgen, de los hibiscus y de la acedera, el suelo era tan poroso como un cedazo. Un paso en falso podía hacer que te engullera un pie o se tragara toda tu persona.

«¿Para qué querría ella uno de aquellos gallos presumidos? Siempre cacareando en alguna esquina, vigilando a las pollitas para picotearlas. Nada tienen que no tenga yo y mejor. Encima, yo sé cómo tratar a una mujer. Jamás he maltratado a una y jamás lo haría. Jamás obligaría a una mujer a vivir como un perro en un rincón. Aquellos gallos sí. Ella misma solía decirlo. Decía que los jóvenes no pensaban en nadie más que en ellos mismos; que lo mismo en el campo de juegos que en un baile todos aquellos jovencitos sólo pensaban en sí mismos. Cuando la conocí, supe (aposté a ello mi vida) que no se escondería por ahí con ninguno de ellos. Sus ropas no se revolverían con las de ella. No, ella no. Dorcas no. Sería una mujer sola. Obstinada. Salvaje, incluso. Pero sola.»

Más allá del árbol, detrás de los hibiscus, había una peña. Detrás de ésta, una abertura tan mal disimulada que el intento de disimulo únicamente podía ser obra humana. Ningún zorro, ninguna corza que se dispusiera a parir hubieran sido tan chapuceros. ¿Habría estado ella oculta allí? ¿Tan pequeña era? Se puso en cuclillas para ver más de cerca si había dejado algún rastro. No identificó ninguno. Finalmente introdujo la cabeza. Oscuridad total. Ningún olor a excrementos ni a pelo. Sí había, en cambio, un cierto aroma doméstico (aceite, ceniza) que le indujo a entrar. Arrastrándose, serpenteando por un espacio de tan escasa altura que la parte superior le rozaba los cabellos. Y precisamente cuando decidía dar marcha atrás y salir de allí, la tierra sobre la cual asentaba las manos se tornó roca y le llegó una luz tan intensa que le asustó. Había recorrido en plena oscuridad una distancia equivalente a varias veces la longitud de su cuerpo y se asomaba al lado sur de la formación rocosa. Una excavación, una suerte de mina natural. Que no conducía a ninguna parte. En diagonal desde una curva a otra de la pendiente. Abajo brillaba el curso del Treason. Incapaz de dar la vuelta en aquel angosto espacio, salió del todo para volver a entrar de cabeza. En el instante en que se encontró al aire libre, el aroma doméstico se intensificó. La lacerante luz del sol difundía un tufo de aceite frito. Entonces distinguió una grieta en la roca. Entró en ella dejándose resbalar sobre las posaderas hasta que el contacto con el fondo puso fin a su descenso. Fue

como caer con el sol. La luz del mediodía le siguió como lava al interior de una estancia de piedra donde alguien cocinaba con aceite.

«Ella no tenía que darme explicaciones. No tenía que decir ni una palabra. Yo sé lo que son esas cosas. Pudo ocurrírsele que eran celos, pero yo soy un hombre apacible. No se trata de que no sienta cosas. He conocido unos cuantos momentos duros. Los superé, sin embargo. Siento cosas exactamente igual que los demás.

»Ella será una mujer sola.

»Acudiré a mí.

»Me tenderá la mano, caminará hacia mí con aquellos zapatos suyos tan feos, pero tiene limpia la cara y me siento orgulloso de ella. Sus trenzas, demasiado prietas, le molestan, de modo que las desata y suelta su cabello mientras se me acerca. Está muy contenta de que la haya encontrado. Arqueándose tiernamente, deseosa de que yo lo haga, pidiéndome que lo haga. Nadie excepto yo.»

Tuvo al principio una sensación de paz, y también un sentimiento como de vigilancia, como si algo estuviese a la espera. La sensación de antes de cenar cuando alguien aguarda a que llegue la comida. Aunque era un lugar privado, con una entrada cerrada al público, una vez dentro podías hacer lo que te viniera en gana: romper cosas, revolverlas, tocarlas, moverlas. Cambiarlo todo de una forma que jamás se había previsto. El color de las paredes de piedra había mudado de dorado a un azul de agalla de pescado cuando él se marchó. Había visto cuanto había allí. Un vestido verde. Una mecedora a la que faltaba un brazo. Un círculo de piedras para cocinar. Tarros, cestas, pucheros; una muñeca, un huso, pendientes, una fotografía, un anaquel de tablas, un juego de cepillos con mango de plata y una cigarrera también de plata. Además. Además de unos pantalones de hombre con botones de hueso. Cuidadosamente plegada, una camisa de seda, de un color crema pálido y desteñido... excepto en las costuras. En éstas, lo mismo el hilo que la tela seguían como nuevos y de un amarillo como los rayos del sol.

Pero ¿dónde está ella?

Allí está ella. En este lugar no hay hermanos bailarines, ni tampoco muchachas sin aliento a la espera de que la bombilla blanca sea sustituida por la azul. Ésta es una fiesta de personas adultas: lo que deba ocurrir ocurre a plena luz. Las bebidas alcohólicas serán ilegales, pero no secretas, y los secretos no están prohibidos. Paga un par de dólares cuando entres y lo que digas será más ocurrente, más divertido de lo que sería en la cocina de tu casa. Tu ingenio asoma a la superficie una vez tras otra como la sopa que hierve insiste en derramarse por el borde del puchero. Las risas son como campanas que repican sin necesidad de que ninguna mano tire de la soga; siguen y siguen y siguen hasta que te vence la debilidad. Puedes beber ginebra, que es de confianza, o limitarte a la cerveza, pero tú no necesitas ni una ni otra, porque un roce en tu rodilla, accidental o deliberado, te alborota la sangre como un trago del bourbon de antes de la Ley Seca o como dos dedos pellizcándote un pezón. Tu espíritu se eleva hasta el techo, donde flota unos momentos contemplando con placer las adornadas desnudeces que hay abajo. Tú sabes que algo perverso está ocurriendo tras la puerta cerrada de cierta habitación. Pero ya hay suficiente ofuscación y malicia aquí, donde las parejas se abrazan o se intercambian instigadas por una música desgarradora.

Dorcas está contenta y satisfecha. Dos brazos la estrechan y puede recostar la mejilla en su propio hombro y cruzar las muñecas por detrás del cuello de su acompañante. Es una suerte que necesiten tan poco espacio para bailar, porque apenas disponen de otro hueco. La habitación se ha llenado a rebosar. Los hombres expresan su satisfacción con gruñidos, las mujeres canturrean expectantes. La música se doblega, se hinca de rodillas para abrazarlos a todos, los incita a todos a vivir un poco, ¿por qué no?, si eso es precisamente lo que andabas buscando.

Su pareja no le murmura a Dorcas cosas al oído. Sus promesas son suficientemente explícitas a través de la mejilla que oprime contra su cabello, de las yemas de los dedos que la sostienen. Ella se estira hacia arriba para rodearle el cuello. Él se inclina hacia delante para facilitárselo. Ambos coinciden en todo por encima y por debajo de la cintura: músculos, tendones, articulaciones de los huesos y tuétano cooperan. Y si los danzarines titubean, si tienen un momento de duda, la música resolverá y disolverá cualquier problema.

Dorcas es feliz. Más feliz de lo que nunca ha sido. No hay canas en el bigote de su pareja. Es un hombre despierto y con futuro. Con ojos de halcón, infatigable y un poco cruel. Nunca le ha hecho a ella un regalo ni ha pensado siquiera en hacérselo. A veces está donde ha dicho que estará, a veces no. Otras mujeres le pretenden —con ardor— y se ha vuelto muy selectivo. Lo que ellas desean y el premio que a él le corresponde dar son cosas de su exclusiva incumbencia. ¿Qué son unas medias de seda comparadas con él? No hay competencia posible. Dorcas tiene suerte. Lo sabe. Y es feliz como nunca jamás lo había sido.

«Viene a por mí. Sé que viene porque vi cómo se le apagaban los ojos cuando le dije que no. Y cómo se le escindieron después. No se lo dije delicadamente, a pesar de que me había propuesto hacerlo. Lo practiqué punto por punto; recité toda la lista delante del espejo: lo de que constantemente andaba merodeando a mi alrededor, y lo de su esposa y todo lo demás. En ningún momento dije nada sobre nuestra diferencia de edad, ni tampoco sobre Acton. Ni una palabra sobre Acton. Pero él se puso a discutir, y entonces le dije: déjame en paz. Simplemente, déjame en paz. Aléjate de mí. Tú tráeme otra botella de colonia y te juro que me la beberé y moriré si no me dejas sola.

»Él dijo: "Nadie muere por beber colonia."

»Yo dije: "Ya sabes a qué me refiero."

»Él dijo: "¿Quieres que me separe de mi esposa?"

»Yo dije: "¡No! Quiero que te separes de mí. No te quiero dentro de mi. No te quiero a mi lado. Odio este cuarto. No quiero estar aquí, y no vengas a buscarme."

»Él dijo: "¿Por qué?"»

»Yo dije: "Porque sí. Porque sí. Porque sí."

»Él insistió: «¿Por qué?"

»Yo dije: "Porque me das asco."

»"¿Asco? ¿Yo te doy asco?"

»"Me doy asco a mí misma y me lo das tú."

»Éstas eran las palabras que no querría haber dicho: lo de que me daba asco.



No era verdad. Me refiero a que no era verdad que me diese asco. Lo que intentaba hacerle saber era que se me había presentado la ocasión de tener a Acton y que quería aprovecharla y quería hablar de ello con mis amigas. De adónde íbamos y lo que hacíamos juntos. De asuntos. De cosas. ¿De qué sirven los secretos si no puedes contárselos a nadie? Yo le había medio insinuado algo a Felice sobre Joe y yo, y primero se echó a reír, pero luego me miró preocupada y frunció el ceño.

»No pude decirle a él todo aquello porque había practicado los otros puntos y me armé un lío.

»Pero viene a por mí. Lo sé. Ha estado buscándome por todas partes. Quizá me encuentre mañana. Quizás esta noche. Puede estar ahí fuera, en cualquier lugar ahí fuera.

»Cuando nos apeamos del tranvía, Acton, Felice y yo, me pareció verle en el portal junto a la confitería, pero no era él. Todavía no. Me parece verle por todas partes. Sé que me busca, y ahora sé que está viniendo a por mí.

»Ni siquiera se preocupaba de mi apariencia. Yo podía ir de cualquier manera, hacer cualquier cosa, ser cualquier cosa: le gustaba siempre. En eso había algo que me sacaba de quicio. No sé.

»Acton, por ejemplo, me dice cuándo no le gusta cómo llevo arreglado el cabello. Entonces me peino de forma que a él le guste. Nunca me pongo las gafas si él está conmigo, y por él cambié mi manera de reír por otra que le gusta más. Sé que ahora si le gusta. Sé que antes no le gustaba. Y ahora me modero con la comida. A Joe le encantaba que tragase todo lo que tenía en el plato y pidiera más; Acton me mira significativamente cuando pretendo repetir. Se preocupa por mí de esa forma, en ese sentido, cosa que Joe no hizo nunca. A Joe no le importaba la clase de mujer que yo fuera. Y tendría que haberle importado. A mí me importaba. Yo quería tener personalidad, y con Acton lo estoy consiguiendo. Ahora me he creado una imagen. Eso de que unas cejas finas como un trazo de lápiz favorecen mi cara es como un sueño. Llevo todos los brazaletes justo debajo del codo. A veces me sujeto las medias por debajo de las rodillas, no por encima. Tres tirillas me cruzan el empeine y en casa tengo zapatos con el cuero recortado para simular cordones.

»El viene a por mí. Quizás esta noche. Quizás aquí mismo. Si viene, echará una mirada y verá lo pegados que bailamos Acton y yo. Cómo apoyo la cabeza en el brazo con que me agarro a él. El borde de mi falda cuelga por detrás y me roza las pantorrillas cuando nos balanceamos de atrás adelante y de lado a lado. La parte

delantera de nuestros cuerpos está en contacto permanente. Estamos tan cerca uno del otro que nada podría interponerse. Son muchas las chicas que hay aquí que querrían estar haciendo esto con él. Las veo perfectamente cuando abro los ojos y miró más allá de su cuello. Le acaricio la nuca con el pulgar para que las chicas entiendan que sé que le desean. A él no le gusta y aparta la cabeza para que deje de tocarle la nuca de aquel modo. Dejo de hacerlo.

»A Joe le tendría sin cuidado. A él puedo tocarle donde se me antoje. Consiente que trace dibujos con el lápiz de labios en lugares de su cuerpo que sólo con ayuda de un espejo consigue ver.»

Cualquier cosa que ocurra después de que esta fiesta termine no significa nada. El presente lo es todo. Como en la guerra. Todo el mundo es guapo, todos resplandecen con sólo pensar en la sangre de las demás personas. Como si el flujo escarlata de las venas no propias fuese un maquillaje facial reputado por su viveza de color. Vigorizante. Fascinante. Después habrá comentarios y se recapitulará sobre lo que pasó; nada, sin embargo, comparable con la acción en si misma y el latido violento del corazón. En la guerra o en una fiesta todo el mundo es taimado, intrigante; se fijan objetivos y son alterados; las alianzas se reorganizan. Devastados compañeros y rivales; nuevos apareamientos triunfan. Las posibilidades de quedar fuera de combate hacen perder el sentido a Dorcas porque aquí —entre adultos y como en la guerra— la gente se toma el juego en serio.

«Viene a por mí. Y cuando llegue verá que ya no soy suya. Soy de Acton y es a Acton a quien quiero gustar. El así lo espera. Con Joe me gustaba a mi misma porque él me animaba a hacerlo. Con Joe yo tenía el mundo en cintura, el poder en mis manos.»

Oh, la sala —la música—, la gente apoyada en los quicios de las puertas. Siluetas que se besan detrás de las cortinas; dedos juguetones que examinan y acarician. Éste es el lugar donde las cosas estallan. El mercado donde el gesto lo es todo: el lametón relampagueante de una lengua; la uña de un pulgar rozando la hendidura que divide las mejillas de un fruto purpúreo. Cualquier amante rechazado, con los zapatos mojados y desatados y un suéter abotonado hasta arriba debajo del abrigo, es aquí un intruso.

Éste no es lugar para viejos; éste es el mundo de la aventura romántica.

«Ya está aquí. Oh, mírale. Dios. Viene llorando. ¿Estoy cayéndome? ¿Por qué me caigo? Acton me sostiene, pero de todos modos me caigo. Las cabezas se

vuelven para mirar cómo caigo. Todo se oscurece y ahora vuelve a haber luz. Estoy tendida en una cama. Alguien seca el sudor de mi frente, pero tengo frío, muchísimo frío. Veo bocas que se mueven; todas me dicen algo que no puedo oír. Allá lejos, a los pies de la cama, veo a Acton. Tiene sangre en la chaqueta y la está restregando con un pañuelo blanco. Ahora una mujer le quita la chaqueta de los hombros. Parece que a él le fastidia la sangre. Es mi sangre, supongo, y tras impregnar la chaqueta le ha manchado la camisa. La dueña de la casa chilla. Su fiesta se ha echado a perder. Acton se muestra enojado; la mujer le devuelve la chaqueta, que ya no está limpia como lo estaba antes, como le gusta a él.

»Ahora puedo oírlos.

»"¿Quién ha sido? ¿Quién ha hecho eso?"

»Estoy cansada. Soñolienta. Y debería estar completamente despierta porque ocurre algo muy importante.

»"¿Quién lo ha hecho, muchacha? ¿Quién te ha hecho esto?"

»Quieren que diga su nombre. Que al fin lo pronuncie en público.

»Acton se ha quitado la camisa. La gente bloquea la puerta; algunas personas forcejean detrás para ver mejor. El tocadiscos ha dejado de funcionar. Alguien a quien habían estado esperando toca el piano. También hay una mujer que canta. La música suena débil pero yo me sé la letra de memoria.

»Felice se inclina muy cerca. La mano con que estrecha la mía aprieta demasiado. Intento que mis labios le digan que se acerque más aún. Sus ojos son más grandes que la lámpara del techo. Me pregunta si ha sido él.

»Necesitan que yo diga su nombre para salir en su persecución. Quitarle su muestrario, que contiene Rochelle y Bernadine y Faye. Conozco su nombre pero la nena no piensa decirlo. El mundo giraba entre mis manos, a mi antojo, Felice. Allá en aquel cuarto con el anuncio del hielo en la ventana.

»Felice coloca la oreja sobre mis labios y yo se lo grito. Creo que se lo estoy gritando. Creo que es así.

»La gente se marcha.

»Ahora se ha despejado todo. A través del hueco de la puerta veo la mesa.

Encima hay un frutero de madera marrón, muy llano, casi como una bandeja, rebosante de naranjas. Quiero dormir, pero ahora se ha despejado todo, todo está claro. Tan claro como el frutero oscuro o la pila de naranjas. Simples naranjas. Brillantes. Escucha. No sé quién es esa mujer que canta, pero me sé la letra de memoria.»

Amoroso. Así es como calificaban al tiempo. Hacía un tiempo amoroso, era el día más bonito del año. Y fue entonces cuando comenzó. Un día tan puro y tranquilo que los árboles se ufanaban de su propia belleza. Plantados entre losas de cemento, temiendo por sus vidas, se ufanaban. Ridículo, si, pero era esa clase de día. Yo misma podía ver cómo se ensanchaba la avenida Lenox, y a los hombres que salían de sus lugares de trabajo para contemplarla, para entretenerse con las manos ocultas debajo del mandil o metidas en los bolsillos traseros del pantalón mirando simplemente cómo una avenida se extendía y desplegaba para acoger el día. Ex combatientes inválidos vestidos mitad con prendas de uniforme y mitad con ropa civil se paraban a mirar a su vez a los trabajadores, sumidos en la melancolía y el abatimiento; se encaminaban hacia el carramato del padre Divine y después de haber comido liaban cigarrillos y se acomodaban en la acera como si ésta fuera un salón diseñado por Duncan Phyfe. Y las mujeres que taconeaban sobre el pavimento contoneándose tropezaban ocasionalmente con alguna grieta porque tenían perdida la mirada en los árboles para ver de dónde venía aquella luz tan pura, tan suave, tan serena. El sordo rumor de la M11 y la M2 se oía lejos, muy lejos, y también los motores de los Packards. Incluso los estrepitosos Fords se sosegaban, y a nadie se le ocurría lanzar bocinazos o asomarse desde el automóvil para abroncar a quien tardaba demasiado en cruzar la calzada. La dulzura del día les cosquilleaba a todos el ánimo, les impulsaba a gritar «¡Te daré todo lo que tengo! ¡Vente a casa conmigo!» a la mujer que sorteaba las grietas sobre los altos tacones de sus lustrosos zapatos negros.

Los jóvenes de las azoteas cambiaban de tonada; escupían, manoseaban un rato la boquilla, y cuando la volvían a encajar en el instrumento y soplaban con todas sus fuerzas hinchando los carrillos, el sonido era simplemente como la luz de aquel día, puro y sereno y una diría que gentil. Por la forma en que tocaban habrías creído que todo había sido perdonado. Los clarinetes tenían dificultades porque el metal sonaba muy agudo, no grave como a ellos les gustaba, sino alto y bello como el canto de una muchacha que junto a un arroyo deja pasar el tiempo con los pies bañados por el agua fresca. Los jóvenes músicos probablemente nunca habían visto a una muchacha así, ni un arroyo como aquél, pero ese día los inventaron. En las azoteas. Unos en la del 254, que no tiene baranda de protección; otro en la del 131, la

del depósito de agua color verde manzana, y algunos en la de la casa de al lado, la 133, donde cultivan tomateras en viejas latas de manteca y hay un jergón para dormir por la noche para disfrutar de un poco de aire fresco y evitar los mosquitos, incapaces de volar tan alto o reacios a alejarse de las tiernas carnes próximas a las farolas de la calle. Así pues, desde la Lenox a la St. Nicholas y al otro lado de la calle Ciento treinta y cinco, en la Lexington, desde la avenida Convent hasta la Octava, podía yo oír a los hombres exprimiendo sus corazones de azúcar de arce, sangrándolo de árboles de cuatrocientos años de edad y dejándolo resbalar tronco abajo, derrochándolo porque no tenían una cubeta donde recogerlo ni la necesitaban tampoco. Únicamente querían dejarlo fluir aquel día, despacio si así lo deseaba, o de prisa, pero que resbalase en completa libertad por el tronco de unos árboles que reventaban para soltarlo.

De esa manera tocaban los jóvenes sus instrumentos de viento aquel día. Seguros de sí mismos, seguros de que eran sublimes, allá en su santuario de las azoteas, mirándose al principio unos a otros, hasta que, cuando fue evidente que hablan dejado exhaustos los clarinetes, levantaron en alto sus instrumentos y se sumaron a la luz igualmente puros y serenos y una diría que tan gentiles como ella.

No era día adecuado para arruinar una vida ya astillada como un vidrio de ventana barato, pero Violet, bien, a Violet tenía que conocerla. Creyó que lo único que debía hacer era beber batidos malteados mezclados con reconstituyentes del doctor Dee, y comer carne de cerdo, y que con ello ganaría suficiente para rellenar la parte de atrás de sus vestidos. Normalmente usaba abrigo en días tan cálidos como aquél para evitar que los hombres reunidos en la acera sacudiesen compasivamente la cabeza cuando pasaba por su lado. Pero ese día, ese día tan gentil y bonito, no la preocupaba su trasero perdido puesto que salió por la puerta y se plantó en el portal con los brazos cruzados y las medias arrolladas en los tobillos. Había estado escuchando la música que traspasaba los sollozos de Joe, que ahora se habían calmado un poco. Probablemente porque ella había devuelto la fotografía de Dorcas a Alice Manfred. Pero el espacio donde estuvo la foto seguía presente. Quizá por este motivo, cuando se detuvo allí, en el porche, despreocupada de su trasero, creyó con tanta facilidad que lo que subía los peldaños en dirección a ella era otra Dorcas real como la vida misma, con las cuatro ondas de permanente y todo.

Lleva bajo el brazo un disco Okeh y en la mano media libra de carne envuelta en el papel color de rosa de una carnicería, a pesar de que el sol calienta demasiado para pasear por la calle con un paquete de carne. Si no se da prisa se le estropeará, se cocerá antes de que pueda meterla en el horno.

Una criatura perezosa. Los brazos ocupados, pero la cabeza vacía.

Me pone nerviosa.

Hace que me pregunte si este tiempo tan bueno durará más de un día. Ya estoy trastornada por la ceniza que cae sobre estas calles desde la distancia azul. Una película de hollín se deposita en el alféizar de las ventanas y ensucia los vidrios. Y ahora me trastorna ella, hace que dude de mí misma sólo con mirarla deambular a pleno sol de aquella manera. Sube ya los peldaños, avanza directamente al encuentro de Violent.

«Mis padres vivían en Tuxedo. Yo casi nunca los veía. Vivía con mi abuela, quien decía: "Felice, no viven en Tuxedo: trabajan allí y viven con nosotras." Simples palabras: vivir, trabajar. Los veía una vez cada tres semanas durante dos días y medio, más un día entero por Navidad y otro día por Pascua. Los conté. Cuarenta y dos días si incluyes los medios días —que yo no incluyo porque la mayor parte del tiempo se perdía en hacer el equipaje e ir a tomar el tren—, más las dos fiestas, suman cuarenta y cuatro días, que en realidad deberían ser treinta y cuatro porque no habría que contar los medios días. Treinta y cuatro días al año.

»Cuando venían a casa me besaban y me regalaban algo, como el anillo del ópalo, pero lo que de veras querían era salir a bailar a alguna parte (mi madre) o dormir (mi padre). Iban a la iglesia el domingo, pero mi madre todavía hoy se entristece por ello, pues a todas las cosas de la iglesia en las que debería haber participado —las cenas, las reuniones, el arreglo del sótano para las fiestas de la escuela dominical y las recepciones después de los entierros— tenía que decir que no debido a su trabajo en Tuxedo. Así que lo que más le apetecía era escuchar los chismes de las mujeres de la Sociedad Circulo A sobre lo que en su ausencia había ocurrido; y también le gustaba bailar un poco y jugar alguna partida de whist.

»Mi padre prefería quedarse en casa, en albornoz, y que para variar le atendieran mientras leía el montón de periódicos que mi abuela y yo le guardábamos. El *Amsterdam*, el *Age*, *The Crisis*, *The Messenger*, el *Worker*. Algunos se los llevaba a Tuxedo porque allí no los encontraba. Le gusta que estén bien doblados si son diarios y que no haya restos de comida ni huellas de dedos en las páginas de las revistas, así que yo no las leo demasiado. Mi abuela sí, pero pone mucho cuidado en no arrugarlas ni ensuciarlas. Nada enfurece tanto a mi padre como abrir un periódico que alguien ha doblado mal. Gruñe y refunfuña mientras lo lee, y ríe de vez en cuando, pero no dejará de leerlo aunque la lectura le revuelva la sangre, dice mi abuela. Para él, la gracia está en leerlo todo y discutir sobre lo que

ha leído con mi madre y mi abuela y los amigos con quienes juega a las cartas.

»Una vez pensé que si leía los periódicos que habíamos guardado podría luego charlar con él. Pero elegí mal. Leí algo acerca de unos policías blancos que hablan sido detenidos por matar a unos negros y dije que me alegraba de que los hubieran arrestado, que ya era hora.

»Entonces, él me miró y gritó: "¡El suceso ha salido en los periódicos porque es una novedad, niña, toda una noticia!"

»No supe qué responderle y me eché a llorar, por lo que mi abuela dijo: "Hijito, vete a otro sitio y tranquilízate", y mi madre dijo: "Walter, no le hables a la niña de esas cosas."

»Entonces me explicó lo que él quería decir: que por los negros que los policías mataban cada día no se arrestaba nunca a nadie. Después de aquello me llevó consigo a comprar algunas cosas que necesitaban sus patrones de Tuxedo, y no le pregunté por qué tenía que ir de compras para ellos en sus días libres, porque entonces no me habría llevado a Tiffany's en la calle Treinta y siete, donde hay más silencio que cuando el reverendo pide un minuto de meditación. Cuando esto ocurre se oye que algunas personas arrastran los pies y que otras se suenan las narices. Pero en Tiffany's nadie se suena la nariz y la alfombra del suelo evita cualquier ruido de zapatos. Como en Tuxedo.

»Años atrás, cuando era pequeña, antes de que fuera a la escuela, mis padres me llevaron allá. Tuve que estar callada todo el tiempo. Me llevaron dos veces, y las dos me quedé las tres semanas enteras. Se terminó, sin embargo. Mis padres hablaron de dejar aquel trabajo, pero no lo hicieron. Llamaron a mi abuela para que viviera con nosotros y se ocupase de mí.

»Treinta y cuatro días. Ahora tengo diecisiete años y la suma representa menos de seiscientos días. Menos de dos años de los diecisiete. Dorcas decía que yo era afortunada porque ellos, por lo menos, estaban en alguna parte y si caía enferma podía llamarlos o tomar el tren a ir a verlos. Sus padres tuvieron una muerte terrible y ella los vio después de muertos antes de que los hombres de la funeraria los arreglasen. Guardaba una foto de los dos sentados debajo de una palmera pintada. Su madre estaba de pie con una mano en el hombro del padre. Él estaba sentado y sostenía un libro. A mi me parecían personas tristes, pero Dorcas no se cansaba de comentar lo guapos que eran.



»Se pasaba el día hablando de quién era guapo y quién no. Quién tenía mal aliento, quién vestía bien o vestía mal, quién bailaba bien o bailaba mal.

»Mi abuela recelaba de nuestra amistad. Nunca mencionó el motivo, pero yo más o menos lo suponía. Tenía pocas amigas en la escuela. Los chicos no, pero las chicas de mi escuela se agrupaban según el color de la piel. Yo detesto estas cosas; Dorcas también las detestaba. En este sentido, pues, éramos diferentes de las demás. Cuando alguna descarada gritaba: "¡Eh, mosquita! ¿Dónde está el requesón?" o "¿Qué se te ha perdido aquí, ricitos?", le sacábamos la lengua y nos llevábamos los dedos a la nariz para hacerla callar. A las que no callaban las atacábamos. Algunas de aquellas peleas me dejaron perdida la ropa y a Dorcas le rompieron las gafas, pero luchar junto a Dorcas contra aquellas chicas era estupendo. No se asustaba nunca y lo pasamos en grande. Fueron nuestros mejores tiempos. En cada escuela superior donde estuvimos, y día tras día.

»Los buenos tiempos se esfumaron durante un par de meses, cuando ella empezó a entenderse con aquel viejo. Yo lo supe desde el principio, aunque ella no supiese que yo lo sabía. La dejé que creyera que era un secreto porque ella quería que lo fuese. Primero pensé que sentía vergüenza de aquellas relaciones, o que la sentía del viejo y sólo le importaban los regalos que él le hacía. Pero lo que pasaba era que realmente le gustaba la intriga. Planear y maquinarse la forma de embaucar a la señora Manfred. Refugiarse en mi casa para ponerse ropa interior sexy y volverse a marchar. Esconder cosas. Los secretos le gustaron siempre. Y no estaba avergonzada del viejo en absoluto.

»Porque es viejo. Realmente viejo. Cincuenta años. Pero se ajusta al patrón de lo que ella considera un hombre guapo, eso lo reconozco. Dorcas debía haber sido más bonita de lo que era. Sólo que algo fallaba. Tenía todos los elementos para ser bonita. Cabello largo, ondulado, mitad malo, mitad bueno. Piel clara. Nunca usaba productos blanqueadores. Linda figura. Pero algo le faltaba, ya digo. Si mirabas cada cosa por separado, todo te parecía admirable: el cabello, el color, las formas. Reunido, el conjunto no encajaba. Los tipos la miraban, le silbaban y le echaban piropos atrevidos cuando pasábamos por la calle. En la escuela querían hablar con ella chicos de toda clase. Pero enseguida lo dejaban correr, nunca llegaban a nada. No podía ser culpa de su carácter porque era buena conversadora, le divertía bromear y tomar el pelo. En absoluto altiva, arisca o reservada. No entiendo lo que sería. Salvo que fuera la forma en que presionaba a los demás. Quiero decir que era como si pretendiese que los demás hicieran constantemente algo arriesgado. Robar cosas, o volver a la tienda y cruzarle la cara a la vendedora blanca que no había querido atenderla, o increpar a alguien que la hubiese tratado con arrogancia. No

me lo explico. Para ella todo era como una película en la que ella era la que estaba atada sobre la vía del tren, o atrapada en la tienda del jeque cuando se incendiaba.

»Supongo que a esto se debió que al principio le gustara tanto aquel viejo. El secreto y el hecho de que él tuviera una esposa. Él debía de haber arriesgado algo cuando la conoció, o de lo contrario no habría andado escabulléndose con él por ahí. De todos modos, lo de que se escabullían se lo figuraba ella. Dos peluqueras, por ejemplo, los vieron juntos en ese club nocturno que se llama México. Pasé dos horas en la peluquería escuchando lo que las dos tenían que contar respecto a ella, respecto a él y respecto a las demás personas de pelaje diverso que salieron en la conversación. Las divertía hablar de Dorcas y el viejo porque la mujer de éste no les gustaba. Perjudicaba su negocio, así que nada bueno tenían que decir de ella excepto que, loca como estaba, era muy buena peluquera y si no hubiera tenido tan poco seso habría conseguido fácilmente la licencia para ejercer, en lugar de hacerles una competencia ilegal.

»Se equivocan respecto a ella. Fui a buscar mi anillo y digo que no está loca en absoluto.

»Sé que mi madre robó aquel anillo. Decía que su patrona se lo habla regalado, pero yo lo recuerdo en Tiffany's aquel día. Un anillo de plata con una piedra negra y lisa llamada ópalo. La dependienta fue a por el paquete que mi madre iba a recoger. Mi madre había mostrado a la chica la nota de su patrona para que se lo entregasen (e incluso la mostró en la puerta, a fin de que nos dejaran entrar). Mientras la dependienta estaba ausente, nosotras contemplamos la bandeja de terciopelo de los anillos. Elegimos algunos y pretendimos probárnoslos, pero un hombre que vestía un traje elegantísimo se acercó y movió negativamente la cabeza. Muy poquito, casi no se notó. "Espero un paquete para la señora Nicolson", dijo mi madre.

»El hombre sonrió entonces y respondió: "Por supuesto. Es una simple cuestión de normas. Debemos tener mucho cuidado." Cuando salíamos, mi madre comentó: "¿Por qué mucho cuidado? ¿De qué han de preocuparse? Sacan la bandeja para que la gente pueda ver bien las joyas, ¿no? Así, ¿por qué ha de tener él mucho cuidado?"

»Frunció el ceño y se puso nerviosa, perdimos mucho tiempo buscando un taxi que nos llevara a casa y desafió a mi padre a que dijese algo sobre el retraso. A la mañana siguiente hicieron el equipaje y se prepararon para tomar el tren con destino a Tuxedo Junction. Mi madre me llamó y me dio el anillo que dijo que su

patrona le había regalado. Puede que los fabriquen por docenas, pero estoy segura de que ella lo cogió de la bandeja de terciopelo. Impulsada por el despecho, supongo, pero me lo dio a mi y le tengo mucho cariño, y sólo se lo presté a Dorcas porque me lo suplicó una y otra vez y era verdad que la plata del aro hacía juego con los brazaletes que llevaba en el codo.

»Ella quería impresionar a Acton. Cuestión difícil, porque él lo criticaba todo. Nunca le hacía regalos, al contrario que el viejo. Sé que de éste conseguía muchas cosas, pues la señora Manfred se habría muerto antes de comprarle a Dorcas ropa interior provocativa o medias de seda; cosas que ella no podía llevar en casa ni para ir a la iglesia.

»Después de que Dorcas se emparejase con Acton, ella y yo volvimos a vernos como en otros tiempos, pero Dorcas era distinta. Hacía por Acton lo que el viejo había hecho por ella: regalarle pequeñeces que compraba con el dinero que gracias a halagos y carantoñas obtenía del viejo y de la señora Manfred. Nadie se enteró nunca de que Dorcas trabajase o buscara trabajo, pero se esforzaba al máximo en sus intrigas para obsequiar a Acton. Obsequios, por otra parte, que a él no le gustaban, porque eran simples baratijas: nunca se puso aquel horrible pasador de corbata ni tampoco usó, debido a su color, el pañuelo de seda. Imagino que el viejo le enseñó la manera de ser amable y delicada y que ella la desperdició con Acton, quien daba por sentadas aquellas cosas como daba por sentado que tendría a Dorcas y a cualquier otra chica que le agradase.

»No sé si ella dejaría al viejo o sencillamente le traicionaba con Acton. Mi abuela dice que ella misma se buscó lo que había de pasarle. Vive la vida; paga su precio, dice.

»Tengo que volver a casa. Si sigo aquí sentada demasiado tiempo, cualquier hombre va a pensar que estoy buscando diversión. Pues ya no. Con lo que le pasó a Dorcas, lo único que quiero es recuperar mi anillo. Para tenerlo y para demostrarle a mi madre que todavía lo tengo. De vez en cuando me pregunta por él. Está enferma y ya no trabaja en Tuxedo, y mi padre tiene un empleo en la Pullman. Es feliz como nunca le había visto. Cuando lee diarios y revistas todavía refunfuña y protesta contra lo que hay escrito, pero ahora es quien primero los recibe, recién plegados, y sus protestas no son tan ruidosas. "Ahora he visto mundo", dice.

»Se refiere a Tuxedo y a los lugares donde para el tren, en Pennsylvania, Ohio, Indiana o Illinois. "Y allí hay blancos de todas clases", dice. "Las clases de blancos que existen son dos: los blancos que te compadecen y los que no. Las dos

vienen a ser la misma cosa: ninguna te respeta."

»Tiene las mismas ganas de polémica que ha tenido siempre, pero está más contento porque los viajes en tren le han permitido ver a negros jugando al béisbol, "en carne y hueso, maldita sea". Le excita que los hombres blancos teman competir con los negros en igualdad de condiciones.

»Mi abuela se ha vuelto muy lenta y mi madre está enferma, así que quien cocina casi siempre soy yo. Mi madre quiere que encuentre a un buen hombre y me case. Yo quiero antes un buen empleo. Ganarme la vida por mí misma. Como hizo ella. Como la señora Trace. Como la señora Manfred hacía antes de que Dorcas se dejara morir.

»Me paré allí para ver si él tenía mi anillo, porque mi madre insistía en pedírmelo y porque no lo había encontrado cuando rebusqué en casa de la señora Manfred después del entierro. Pero además tenía otra razón. La peluquera decía que el viejo estaba completamente derrumbado. Lloraba día y noche. Dejó el trabajo y no servía para nada. Supongo que echa de menos a Dorcas y que piensa constantemente en que él la asesinó. Pero no debía conocerla demasiado bien. No supo cuánto le gustaba manipular a la gente, sobre todo a los hombres. A todos con excepción de Acton, aunque igualmente le habría presionado si hubiera vivido el tiempo suficiente o si él hubiese estado más tiempo con ella. Pretendía solamente llamar la atención, lo hacía solamente porque aquello la excitaba. Yo estuve allí, en la fiesta, y con quien habló cuando la acostamos en la cama fue conmigo.

»Tres meses pasé pensando en ello, y al enterarme de que él continuaba hundido, llorando y todo lo demás, decidí que debía hablarle de Dorcas. Contarle lo que ella me decía. Por lo tanto, un día que volvía a casa desde el mercado me paré en Felton's para comprar el disco que mi madre quería. Pasé por delante del edificio de la avenida Lenox donde Dorcas se citaba con él, y en el mismo portal estaba la mujer a quien llaman Violent por lo que dicen que hizo en el entierro de Dorcas.

»Yo al entierro no fui. La vi morir como una necia y me sentía demasiado furiosa para ir a su entierro. Tampoco fui al velatorio. Después de lo que había ocurrido la odiaba. A cualquiera le habría pasado igual. Valiente amiga resultó ser.

»Sólo quería mi anillo y decirle al viejo que podía dejar de apenarse de aquel modo. No me asustaba su mujer, porque la señora Manfred permitía que la visitase y ambas parecían entenderse bien. Sabiendo lo estricta que era la señora Manfred, de cuántas personas aseguraba que nunca las dejaría entrar en su casa y que no

consentiría que Dorcas les dirigiese la palabra, imaginé que si Violent era digna de que ella la recibiese no había motivo para que me asustase a mí.

»Veo claro por qué la señora Manfred consentía sus visitas. La señora Trace no miente. Nunca dice mentiras como es corriente que haga la gente mayor. Casi lo primero que dijo de Dorcas fue: "Era fea. Por fuera y por dentro."

»Dorcas era amiga mía, pero comprendí que en cierto modo ella tenía razón. Tantos elementos de belleza, y sin embargo la combinación no funcionaba. La señora Trace, pensé, simplemente estaba celosa. Ella misma es muy muy negra, negra como el betún, habrían dicho las chicas de la escuela. Y yo no esperaba que fuera bella, pero lo es. Nunca te cansarías de admirar su cara. Mi abuela diría que es delgada como una aguja, y lleva el cabello liso y estirado, peinado hacia atrás como el de un hombre, precisamente la última moda. Muy bien cortado por encima de las orejas e igual de bien en la parte de la nuca. Supongo que esta parte se la arreglará su marido. ¿Quién, si no? Nunca ha pisado un salón de belleza, o por lo menos eso decían las peluqueras. Imagino a su marido cortándole el cabello. La maquinilla, puede que incluso la navaja, luego unos pocos polvos suavizantes. Él era así de afectuoso y delicado, y creo entender de qué hablaba Dorcas cuando estaba desangrándose en la cama de aquella mujer, en la fiesta.

»Dorcas era una insensata, pero cuando conocí al viejo más o menos la comprendí. Tiene un aire especial. Y es guapo. Para lo viejo que es, me refiero. En él no hay nada flácido. Cabeza bien formada. Se comporta como si fuese alguien; como mi padre cuando se enorgullece de ser un empleado de la Pullman y ver mundo y partidos de béisbol y no vivir enjaulado en Tuxedo Junction. Pero sus ojos no son fríos como los de mi padre. El señor Trace te mira de frente. Tiene los ojos dobles; es decir, uno de cada color. Un ojo triste que te deja ver el interior de su alma, y otro claro que mira hacia el interior de la tuya. Me gusta que me mire. Me siento, no sé, interesante. Cuando me mira siento de una manera como más profunda; como si las cosas que siento y pienso fueran importantes y diferentes y..., repito, interesantes.

»Creo que le gustan las mujeres, y no sé de nadie que le gusten como a él. No me refiero a que las galantee, que corra tras ellas, todo eso. Le gustan sin esta clase de cosas, y además, aunque si lo oyeran las peluqueras se indignarían, estoy convencida de que también su esposa le gusta.

»Cuando fui allí por primera vez le encontré sentado junto a una ventana, mirando abajo, al callejón que separa su casa del edificio de al lado, en silencio. Más

tarde la señora Trace le trajo una bandeja llena de comida de viejos: verdura, arroz, la torta de maíz encima. Él dijo: "Gracias, nena. Ponte tú la mitad." Había algo en la forma de decirlo. Como si realmente apreciara lo que le traían. Cuando mi padre dice "gracias" no es más que una palabra. El señor Trace actuaba como si lo dijese de veras. Y cuando sale de la habitación y pasa junto a su mujer, la toca. Unas veces en la cabeza. Otras veces una sencilla palmadita en el hombro.

»Hasta ahora le he visto sonreír en dos ocasiones y reír en voz alta solamente en una. Entonces nadie adivinaría la edad que tiene. Cuando ríe es como un niño. Sin embargo, yo los había visitado ya tres o cuatro veces antes de verle sonreír. Y esto fue cuando dije que los animales en un zoo eran más felices que viviendo en libertad, porque estaban a salvo de los cazadores. Él no hizo ningún comentario; se limitó a sonreír como si lo que yo había dicho fuera una novedad o algo realmente gracioso.

»Por este motivo volví. La primera vez fui para ver si él tenía mi anillo o sabía dónde estaba, y para decirle que no sufriera más por Dorcas puesto que quizás ella no lo merecía. La vez siguiente, cuando la señora Trace me invitó a cenar, fue más para observar cómo era él y escuchar a su esposa hablando como lo hacía ella. Una manera de hablar que inevitablemente la metería en líos.

»"Arruiné mi propia vida —me dijo—. Antes de venir al Norte mi vida significaba algo e igualmente lo significaba el mundo. No teníamos nada, pero tampoco lo echábamos de menos."

»¿Quién había oído nunca semejante cosa? Vivir en la Ciudad era lo mejor del mundo. ¿Qué puede una hacer en el campo? Cuando visité Tuxedo, tiempo atrás, siendo niña, incluso entonces me aburrí. ¿Cuántos árboles puedes mirar? Esto fue lo que le dije: "¿Cuántos árboles pueden mirar? ¿Y por cuánto tiempo y para qué?"

»Ella replicó que no se trataba de eso, de mirar un puñado de árboles. Me dijo que fuera a la calle Ciento cuarenta y tres y mirase el árbol grande de la esquina y viese si era un hombre o una mujer o un niño.

»Me eché a reír, pero no tuve tiempo de coincidir con las peluqueras en pensar que estaba loca porque ella me preguntó: "¿Para qué sirve el mundo si tú no puedes componerlo como a ti te gusta?"

»"¿Como a mí me gusta?"

»"Claro que sí. Como tú quieres que sea. ¿Acaso no quieres que sea algo más de lo que es?"

»"¿Y eso qué sentido tiene? Yo no puedo cambiarlo."

»"Ahí precisamente está el sentido. Si tú no lo cambias, el mundo te cambiará a ti, y será culpa tuya porque se lo has consentido. Yo se lo consentí. Y arruiné mi vida."

»"¿Cómo la arruinó?"

»"La olvidé."

»"¿Olvidarla?"

»"Sí, olvidé que era mía. Mi vida. No hice más que correr de un lado a otro por las calles deseando ser otra persona."

»"¿Quién? ¿Quién quería ser usted?"

»"No tanto 'quién' como 'qué'. Blanca. De tez clara. Joven de nuevo."

»"¿Ahora ya no?"

»"Ahora quiero ser la mujer que mi madre no llegó a ver porque le faltó tiempo. Aquélla. La que a ella le habría gustado y la que a mí me gustaba antes... Mi abuela me contaba historias sobre un niño rubio. Era un chico, pero yo a veces pensaba en él como chica, o como un hermano, a veces como un amigo o un novio. Vivía dentro de mi mente. Escondido como un topo. Y sin embargo no lo supe hasta que llegué aquí. Hasta que llegamos los dos. Tenía que desembarazarme de aquello."

»Ella hablaba así. Pero entendí bien a qué se refería. Lo de tener dentro otro yo que no es en absoluto como tú. Dorcas y yo jugábamos a inventarnos escenas de amor y nos las contábamos una a otra. Era divertido y un poco indecente. Pero en el juego había alguna cosa que me turbaba. No lo referente al amor, sino la imagen que tenía de mí misma cuando lo hacíamos. No era yo, ni muchísimo menos. Me veía a mí misma como a alguien que había visto en una película o una revista. Entonces sí funcionaba la cosa. Si me imaginaba tal como soy, fallaba algo.

»"¿Cómo se libró de ella?"

»"La maté. Luego maté a la yo que la había matado."

»"¿Quién queda?"

»"Yo."

»No dije nada. Empezaba a pensar otra vez que quizá la peluquera tenía razón, debido al talante que adoptó para decir "yo". Como si fuera la primera vez que oía la palabra.

»El señor Trace volvió entonces a entrar y dijo que se iba a sentar fuera un rato. Ella replicó: "No, Joe. Quédate con nosotras. No muerde."

»Se refería a mi y a algo más que no supe captar. Él asintió y se sentó junto a la ventana, diciendo: "Un ratito."

»La señora Trace le miraba, pero comprendí que me hablaba a mi cuando dijo: "Tu fea amiguita le hizo mucho daño y tú se la recuerdas."

»No pude contener la lengua. "¡Yo no soy como ella!"

»No pretendía decirlo en voz tan alta. Ambos se volvieron a mirarme. De modo que se lo conté, a pesar de que no había previsto hacerlo. Se lo conté incluso antes de preguntarles por el anillo: "Dorcas se dejó morir. La bala le entró por el hombro, en esta dirección. —La señalé—. No permitió que nadie la moviera; dijo que quería morir y que después estaría bien. Dijo que iría al hospital por la mañana. 'Por favor, que no avisen a nadie —dijo—. Ni ambulancia, ni policía, nadie.' Pensé que no deseaba que su tía, la señora Manfred, se enterase. De dónde estaba y de todo lo demás. Y la mujer que daba la fiesta en su casa dijo que bueno, muy bien, porque tenía miedo de avisar a la policía. Todos tenían miedo. La gente, simplemente, se quedó por allí hablando y esperando. Algunos propusieron bajarla a la calle, colocarla en un coche y llevarla a Urgencias. Dorcas dijo que no. Insistía en que estaba bien. Que por favor la dejaran sola y que sólo necesitaba descansar. Pero yo sí lo hice. Llamar una ambulancia, me refiero; pero no se presentó hasta por la mañana, cuando ya había llamado otras dos veces. La nieve helada de las calles, dijeron, aunque el verdadero motivo era que quienes llamaban eran personas de color. Ella se desangró hasta morir, su sangre atravesó las sábanas de la cama de aquella mujer, empapó el colchón, y puedo jurar que a la mujer no le gustó ni pizca. No hablaba de otra cosa. Ella y el novio de Dorcas. La sangre. Qué estropicio. Era de lo único que hablaban."



»Entonces tuve que callar porque me había quedado sin aliento y lloraba.

»Odiaba llorar de aquella manera, sin poder contenerme.

»Tampoco ellos hicieron nada para calmarme. El señor Trace me tendió su pañuelo de bolsillo, que estaba completamente mojado, cuando al fin me dominé.

»"¿Es la primera vez? —me preguntó él—. ¿La primera vez que lloras por ella?"

»No se me había ocurrido, pero era cierto.

»La señora Trace dijo: "Oh, mierda."

»Luego los dos se quedaron mirándome, sin hablar, sin moverse, nada. Hasta que la señora Trace dijo: "Ven un día a cenar, ¿no te parece? El próximo viernes. ¿Te gusta la anguila?"

»Dije que sí, pero no tenía intención de volver. Al diablo el anillo. Sin embargo, el jueves me puse a pensar en cómo me había mirado el señor Trace y en la forma en que su esposa dijo "yo".

»La forma en que lo dijo. No como si "yo" fuera algún personaje concreto, o un personaje que hubiera compuesto para exhibirlo. Sino como, no sé, como alguien a quien ella apreciaba y con quien podía contar. Un personaje secreto por el cual no tenía que sentir pena ni necesitabas defender. Alguien que no tenía que robar un anillo para vengarse de las personas blancas y después mentir y asegurar que era un regalo de aquellas personas. Yo quería recuperar el anillo no sólo porque mi madre me pregunta si ya lo he encontrado. Es muy bonito. No obstante, aunque me pertenezca, no es mío. Me gusta mucho, pero esconde un engaño, y tengo que avenirme al engaño para decir que es mío. Me recuerda al falso chico rubio que vive en la mente de la señora Trace. Una cosa quitada a los blancos, que me regalan cuando soy demasiado joven para decir "No, gracias".

»Lo enterraron con ella. Esto fue lo que descubrí cuando volví para comer anguila. La señora Trace lo vio en la mano de Dorcas cuando la acuchilló en su ataúd.

»Yo tenía una sensación rara en el estómago y la garganta demasiado seca para tragar, pero a pesar de todo necesitaba preguntárselo; preguntarle por qué se había entrometido de aquella manera en el entierro. El señor Trace la miró como si

la pregunta la hubiera hecho él.

»"Perdí la mujer —dijo ella—. La guardé en alguna parte y olvidé dónde."

»"¿Y cómo la encontró?"

»"Buscándola."

»Pasó bastante rato sin que nadie volviera a hablar. Luego la señora Trace se levantó para responder a una llamada a la puerta. Oí voces. "Aquí mismo, no importa mientras sea ahora. Serán sólo un par de minutos."

»"Yo no hago trabajos de un par de minutos."

»"Por favor, Violet, no te lo pediría si no fuera absolutamente necesario, ya lo sabes."

»Entraron en el comedor, la señora Trace y una mujer que suplicaba que le arreglase un poco los rizos "solamente aquí y aquí. Y quizás puedas mejorarme esto una pizca, mira. No rizarlo, ahuecarlo o así, ya sabes a qué me refiero".

»"Pasad ahí delante; vosotros, no tardaré." La señora Trace nos dijo esto a su marido y a mi después de que ambos saludáramos a su apresurada cliente, pero nadie presentó a nadie.

»Esta vez el señor Trace no se sentó junto a la ventana. Se sentó a mi lado en el sofá.

»"Felice. Eso significa feliz. ¿Lo eres?"

»"Por supuesto. No."

»"Dorcas no en fea. Ni por fuera ni por dentro."

»"Me encogí de hombros. "Abusaba de las personas."

»"Sólo si ellas se lo consentían."

»"¿Usted se lo consentía?"

»"Pudiera ser."

»"Bien, pues yo no. Gracias a Dios ya no volverá a hacerlo."

»Deseé no haberme quitado el suéter. Mi vestido se ajustaba mucho por la parte de arriba, no hay manera de evitarlo. Él estaba mirándome la cara, no el cuerpo, de modo que no sé por qué me sentía tan nerviosa a solas con él en aquella sala.

»Él dijo entonces: "Estás furiosa porque ha muerto. Yo también."

»"Usted es el culpable de que muriese."

»"Lo sé. Lo sé."

»"Incluso si no la mató en el primer momento; incluso si ella se dejó morir adrede, el culpable es usted."

»"Soy yo. Por el resto de mi vida seré yo. Te diré algo. Nunca he conocido a una criatura más necesitada."

»"¿Dorcas? ¿Quiere decir que todavía está prendado de ella?"

»"¿Prendado? Bien, si te refieres a si me gustaba lo que sentía por ella, supongo que sigo prendado de aquello.»

»"Pero... ¿Y qué pasa con la señora Trace? ¿Qué hay de ella?"

»"Los dos hacemos juntos cuanto podemos por superarlo. Más deprisa ahora, desde que tú viniste a contarnos lo que has contado."

»"Dorcas era insensible —dije yo—. De principio a fin, hasta el último instante, no derramó una lágrima. Jamás la vi derramarla por nada."

»Él me replicó: "Yo sí. Tú conoces su parte fuerte; yo vi la débil. Mi suerte fue poder cuidarla."

»"¿Débil? ¿Dorcas?"

»"Dorcas. Débil. La chica que yo conocí. Que tuviera la piel escamosa no significa que no necesitase ser mimada y acariciada. Nadie excepto yo la conoció en este aspecto. Nadie había intentado amarla antes que yo."

»"Si la amaba, ¿por qué disparó contra ella?"

»"Por miedo. Yo no sabía amar a nadie."

»"¿Sabe ya ahora?"

»"No. ¿Sabes tú, Felice?"

»"Tengo otras cosas en que emplear el tiempo."

»No se rió de mí, así que añadí: "No se lo he contado todo."

»"¿Hay más?"

»"Supongo que también debería contárselo. Fue lo último que dijo. Antes de... que se durmiese. Todos chillaban: '¿Quién ha disparado? ¿Quién era?' Ella murmuraba: 'Dejadme sola. Os lo diré mañana.' Debía creer que al día siguiente aún estaría allí y pretender que yo también lo creyese. Luego me llamó, a pesar de que yo estaba arrodillada a su lado. 'Felice. Felice. Acércate, acércate más.' Me incliné hasta poner mi cara junto a la suya. Su aliento tenía un olor como a licor de fruta. Sudaba y susurraba cosas que sólo ella podía oír. No conseguía mantener abiertos los ojos. Pero finalmente los abrió, los abrió mucho, y dijo en voz alta: 'Hay una sola manzana.' Estoy segura de que la palabra era 'manzana'. 'Solamente una. Díselo a Joe.'

»"¿Lo ve? Su último pensamiento fue para usted. Yo estaba exactamente allí, exactamente allí. Su mejor amiga, creía, pero ella no me consideró lo bastante buena como para querer ir, por mí, a Urgencias y salvar la vida. Se dejó morir ante mis propios ojos con mi anillo y todo lo demás y ni siquiera pensó en mí. En fin. Era esto. Ya se lo he contado."

»Fue la segunda vez que le vi sonreír, aunque su sonrisa era más triste que alegre.

»"Felice — dijo. Y repitió mi nombre varias veces—: Felice, Felice, Felice." Lo pronunciaba con dos sílabas, no con una como hace la mayoría de la gente, incluido mi padre.

»La mujer del cabello rizado pasó camino de la puerta, parlotando, diciendo: "Muchísimas gracias ya nos veremos Joe lamento interrumpir adiós querida no recuerdo tu nombre eres una bendición Violet una verdadera bendición adiós."

»Yo dije que también tenía que marcharme. La señora Trace se desplomó en una silla con la cabeza echada hacia atrás y los brazos colgando. "La gente es maligna —dijo—. Realmente maligna."

»El señor Trace dijo: "No. Cómica, eso es lo que es."

Entonces rió un poco, para probar su afirmación, y la señora Trace se unió a su risa. Yo también reí, pero la risa me salió falsa porque no me parecía que aquella mujer fuera motivo para tanto jolgorio.

»En la casa que había al otro lado del callejón alguien puso un disco y la música flotó hacia nosotros por la ventana abierta. El señor Trace movió la cabeza siguiendo el ritmo y su esposa chascó acompasadamente los dedos. Dio delante de él unos pasos de baile y él volvió a sonreír. A los pocos momentos bailaban los dos. Ridículos, como es normal en los viejos, y esta vez me reí de verdad. Pero no exactamente por lo ridículo de su apariencia. Algo habla allí que me produjo la sensación de que yo no debía estar presente. De que no debía verlos haciendo aquello.

»El señor Trace dijo: "Vamos, Felice. Veamos cómo bailas tú." Me tendía la mano.

»La señora Trace le apoyó: "Sí, vamos. Date prisa; ya se acaba."

»Respondí que no con la cabeza, a pesar de que me habría gustado aceptar la invitación.

»Cuando ellos terminaron y pregunté por mi suéter, la señora Trace dijo: "Vuelve cuando quieras. Además, me darías una alegría si me dejaras cuidarte el cabello. Gratis. Convendría recortarte las puntas."

»El señor Trace se sentó y se desperezó. "En esta casa faltan unos cuantos pájaros."

»"Y una gramola."

»"Cuidado con lo que dices, niña."

»"Si consiguen una yo les traeré discos. Cuando venga a arreglarme el cabello."

»"¿Oyes eso, Joe? Nos traerá discos."

»"Entonces será mejor que me busque otro empleo. —Se volvió hacia mí, y cuando me encaminaba a la puerta me tocó el codo—. Felice. Te pusieron el nombre adecuado. Recuérdalo."

»Le diré la verdad a mi madre. Sé que está orgullosa de haber robado aquel ópalo, de haberse atrevido a hacer algo así para vengarse del blanco que creyó que estaba robando precisamente cuando no lo hacía. Mi madre es tan honesta que la gente se burla. Devuelve un par de guantes a la tienda cuando la dependienta, por error, le entrega dos pares en lugar del par que ha pagado; da a los cobradores de tranvía las monedas que encuentra en los asientos. Se diría que no vive en una gran ciudad. Cuando hace esas cosas, mi padre se lleva la mano a la frente y las empleadas de las tiendas y los cobradores de tranvía la miran como si estuviera loca de atar. Por lo tanto, sé que significa para ella haber robado el anillo. Lo satisfecha que se sentía de haber faltado por una vez a sus propias normas. Pero le diré que lo sé todo, que la comprendo, y que lo que de veras adoro es lo que hizo, no el anillo.

»Me alegro de que Dorcas lo tenga. Hacía realmente juego con sus brazaletes y era perfecto para la casa donde se celebraba la fiesta, una casa de paredes blancas con cortinajes plateados y color turquesa en las ventanas. La tapicería de los muebles era asimismo de color turquesa, y las alfombras que la señora de la casa enrolló y guardó en el dormitorio de invitados también eran blancas. Únicamente el comedor era oscuro y no estaba decorado como la parte delantera. Quizá la dueña no había tenido aún ocasión de arreglarlo conforme a sus colores favoritos, por lo que colocó como único adorno un frutero de naranjas navideñas. Su propio dormitorio era blanco y dorado, pero el cuarto donde puso a Dorcas, un dormitorio adicional apartado del comedor, era muy sencillo.

»Yo no tenía pareja para la fiesta. Fui con Dorcas y Acton. Dorcas necesitaba una coartada, y la coartada era yo. Acabábamos de renovar nuestra amistad, después de que ella dejara de ver al señor Trace y comenzara a salir con su "presa". Alguien que muchas chicas mayores que nosotras deseaban y algunas habían tenido. A Dorcas le gustaba esto: que otras chicas estuvieran celosas; que él la hubiera elegido entre todas; que ella hubiera ganado. Con estas mismas palabras lo decía: "Yo he ganado. ¡Yo he ganado!" Dios. A veces parecía que hubiera participado en una batalla.

»¿Qué cuernos ganó? Él la trataba mal, aunque a ella no se lo pareciese. Pasaba el tiempo maquinando cómo mantenerle interesado en su persona.

Rumiando lo que le haría a cualquier otra chica que tratase de interponerse. Así piensan todas las chicas que conozco: cómo atrapar a un tipo y luego retenerlo, y la mayor parte de la gracia está en tener amigas que quieren que lo consigas y enemigas que quieren lo contrario. Supongo que ésa es la manera en que hay que entenderlo. Pero ¿qué pasa si el juego no te atrae, como no me atrae a mí?

»Esta noche hace calor. Puede que no tengamos primavera y entremos directamente en el verano. Mi madre se alegrará: no soporta el frío; y mi padre, corriendo por ahí en busca de jugadores de béisbol de color para verlos "en carne y hueso", vociferando, dando saltos cuando describe los partidos a sus amigos, también se sentirá feliz. Todavía no hay brotes en los árboles, a pesar de la buena temperatura. Muy pronto los habrá. Ese árbol de allí está ansioso por tenerlos. No es un árbol hombre; creo que es un niño. Bueno, igualmente podría ser un árbol mujer, supongo yo.

»Su anguila era bastante buena. No tanto como la que guisaba mi abuela, o mi madre antes de padecer del pecho. Demasiada pimienta en la harina a la hora de rebozarla, tal como la señora Trace la preparó. Bebí agua en abundancia para no herir sus sentimientos. Aliviaba el dolor.»

El dolor. Yo parezco tener una inclinación, un gusto especial por él. Breves relámpagos, modesto retumbar de truenos. Y yo el ojo de la tormenta. Apesadumbrada por los árboles hendidos, por las gallinas que pasan hambre subidas en los tejados. Resolviendo lo que se podrá hacer para salvarlos, dado que no pueden salvarse sin mi porque..., bien, es mi tormenta, ¿no? Yo rompo vidas para demostrar que puedo recomponerlas. Y aunque el dolor es suyo, yo lo comparto, ¿no? Por supuesto. No lo aceptarla de otra manera. Pero es de otra manera. Ahora estoy intranquila. Me siento un poco falsa. ¿Qué, me pregunto, qué sería yo sin unas cuantas manchas de sangre sobre las cuales reflexionar? ¿Sin palabras dolientes que fijan, y luego yerran el objetivo?

Debo marcharme de este lugar. Eliminar la ventana; apartarme del agujero que hice en la puerta para introducir vidas en lugar de tener una vida propia. Era amar la Ciudad lo que me aturdía y me llenaba la mente de ideas. Me hizo pensar que podía hablar con su voz recia y hacer que aquel estrépito sonase humano. Perdí por completo a las personas.

Creí conocerlas y no me preocupaba que de hecho nada supieran de mi. Ahora está claro por qué me contradecían a cada momento: desde el principio ellas también me conocían. Me vigilaban por el rabillo del ojo. Y cuando yo me sentía más invisible, porque tenía cerrada la boca, guardaba silencio y me consideraba inviolable, ellas cuchicheaban hablando de mí unas con otras. Sabían cuán poco se podía contar conmigo; cuán pobremente, cuán miserablemente mi naturaleza de sabelotodo encubría mi impotencia. Que cuando inventaba historias acerca de ellas —y hacerlo me parecía tan refinado— estaba por entero en sus manos, era manejada sin piedad. Pensé que me había ocultado a la perfección mientras las espiaba a través de ventanas y puertas o aprovechaba cualquier ocasión que se me presentaba para seguirlas, curiosear e informarme de sus vidas, y en todo aquel tiempo ellas me observaron a mi. En ocasiones incluso me compadecían, y sólo con pensar en su compasión querría morirme.

Por lo tanto, me equivoqué del todo. Estaba segura de que una persona mataría a la otra. Lo esperaba para poder describirlo. Estaba completamente segura



de que sucedería. De que el pasado era un disco rayado sin otra elección que repetirse a sí mismo en la raya y que ningún poder terrenal levantaría el brazo que sostenía la aguja. Estaba plenamente segura, y ellas bailaban y caminaban encima de mí. Estaban atareadas, ocupadas en ser únicas, complicadas, mudables: humanas, supongo que dirías, en tanto que yo era la predecible, confusa en mi soledad hasta la arrogancia, pensando que mi espacio, mi perspectiva, eran los únicos que existían o que importaban. Me excité tanto entrometiéndome, ideando, diseñando, que me extralimité y se me escapó lo obvio. Admiraba las calles, emocionada por los grandes edificios que oprimían y a su vez eran oprimidos por la piedra; tan satisfecha de estar mirando por fuera y por dentro las cosas que deseché el contenido de unos corazones inaccesibles para mí.

Los vi a los tres, Felice, Joe y Violet, y me parecieron la imagen duplicada de Dorcas, Joe y Violet. Creí ver todo lo importante que hacían, y que, basándome en lo que veía, podría imaginar lo que no vi: cuán exóticos eran, qué impulsivos. Como niños peligrosos. Esto era lo que yo quería creer. Nunca se me ocurrió imaginar que albergaran otros pensamientos, que sintieran cosas distintas, que recompusieran sus vidas de maneras que nunca soñé. Como Joe. Hasta el momento presente no estoy segura de cuál era el verdadero motivo de sus lágrimas, pero sí sé que las vertía por algo más que Dorcas. Mientras anduvo vagando por las calles, con un tiempo pésimo, creí que la buscaba a ella, no la cámara dorada de Salvaje. Aquel hogar en la roca; aquel refugio donde el sol entraba la mayor parte del día. Nada de lo que sentirse orgulloso, o para mostrar a nadie, o para desear estar dentro. Pero yo sí lo deseo. Yo quiero estar en un sitio hecho expresamente para mí, a la vez abrigado y completamente abierto. Con una puerta que nunca necesite cerrarse, una vista propicia a la luz y al radiante follaje de otoño pero no a la lluvia. Donde se pueda gozar del fulgor de la luna si el cielo está claro y adorna con sus estrellas lo que haya que adornar. Y abajo, justo allí, un río llamado Treason del cual depender.

Me gustaría encerrarme en la paz dejada por la mujer que vivió allí y asustó a todo el mundo. Jamás vista, porque sabe lo bastante para no dejarse ver. A fin de cuentas, ¿quién iba a ver a aquella mujer esquiva que vivía entre rocas? ¿Quién la vería sin asustarse? ¿Sin temor a la mirada de sus escrutadores ojos? A mí no me preocuparía. ¿Por qué había de preocuparme? Ella me ha visto y no me teme. Me abraza. Me comprende. Me ha dado su mano. Me ha conmovido. Me ha liberado en secreto.

Ahora lo sé.

Alice Manfred se marchó de la calle donde se alinean los árboles para

regresar a Springfield. Allí está ahora una mujer que gusta de los vestidos de colores brillantes, cuyos senos son ya probablemente fofas bolsas de piel de foca y que acaso necesite unas cuantas cosas. Cortinas, un buen forro para el abrigo que llevará en invierno. La alentadora compañía, quizá, de alguien que pueda proporcionarle aquello que se suele precisar cuando llega la noche.

Felice continúa comprando discos Okeh en Felton's, y se entretiene tanto en el camino de la carnicería a casa que la carne se cuece antes de caer en la sartén. Cree que con ese truco volverá a engañarme: se mueve tan despacio que la gente que tiene cerca parece correr. Pero no voy a caer en la trampa: puede que no corra mucho, pero su ritmo es del siglo futuro. Lo mismo si las manos, en su compañía, se crisan o se abren para estrechar la suya, ella no es la coartada de nadie, ni tampoco un martillo o un juguete.

Joe ha encontrado trabajo en Paydirt, un empleo nocturno en un bar clandestino que le permite ver cómo la Ciudad despliega su increíble cielo y pasear con Violet bajo la luz de los atardeceres. Cuando se dirija a casa, justo después del amanecer, bajará las escaleras del Elevado, y si hay un carretón de leche parado junto a la acera comprará una pinta de cerveza de contrabando para refrescar la tarta de maíz de la cena de la noche siguiente. Al llegar al edificio de apartamentos, recoge los restos de basura que los vecinos puedan haber dejado en el portal, los arroja al cubo correspondiente y reúne los juguetes dispersos de los niños para colocarlos debajo de la escalera. Si encuentra entre los juguetes una muñeca que reconoce, la deja apoyada cómodamente contra la pila. Sube las escaleras, y ya antes de llegar a su puerta percibe el olor del jamón que Violet nunca olvida freír en su propia grasa para aderezar con él las gachas de maíz que se inflan en el puchero. La llama en voz alta al tiempo que cierra la puerta a su espalda, y ella le responde: «¿Vi?» «¿Joe?» Como si pudiera tratarse de otra persona, como si un vecino presuntuoso o un joven fantasma con la piel estropeada pudiera aparecer en su lugar. Entonces toman el desayuno, y con frecuencia se duermen. Debido al trabajo de Joe, y también al de Violet — aparte de otros motivos —, han dejado de dormir de noche y sustituido esta pérdida de tiempo por breves siestas siempre que el cuerpo lo pide, y no les ha sorprendido lo bien que se sienten. El resto del día transcurre más o menos a su antojo. Después de arreglarle el cabello a una cliente, por ejemplo, se citan en el drugstore para tomar ella su batido de vainilla y él su *smash* de cereza.

Recorren la calle Ciento veinticinco, atraviesan la Séptima Avenida, y si se cansan se sientan un rato en el portal que más les apetece y hablan del tiempo y de la mala conducta de los jóvenes con la mujer acodada en el alféizar de la ventana del primer piso. O pasean hasta el Comer y se unen a la gente que escucha a los

profetas y visionarios que peroran allí. (Les gustan aquellos hombres, aunque a Violet la preocupa que uno u otro se vaya a caer de la caja de madera o la maltrecha silla en que está subido, o que alguien del público grite algo que hiera los sentimientos del orador. Joe, que aprecia especialmente a los visionarios, les presta siempre apoyo y expresa su propia opinión en los momentos oportunos con palabras alentadoras.)

De vez en cuando toman el tren hasta la calle Cuarenta y dos para gozar de lo que Joe llama la escalinata de los leones. O vagan al azar por la calle Setenta y dos observando a los hombres que excavan grandes agujeros para construir nuevos edificios. Aquellos agujeros tan profundos asustan a Violet, pero fascinan a Joe. Ambos opinan que son una vergüenza.

La mayor parte del tiempo, sin embargo, la pasan en casa imaginando cosas, contándose uno a otro aquellas pequeñas historias personales que les gusta oír una y otra vez, o haciéndole carantoñas al último pájaro que compró Violet. Lo consiguió barato porque no está bien de salud.

Apenas picotea. Bebe agua, pero no come. La mezcla especial de alimentos para pájaros que Violet preparó tampoco sirve de nada. El bicho eludió mirarla a la cara y ni siquiera volvía la cabeza cuando ella se esforzaba en piar y gorjear para él delante de los barrotes de la jaulita. No obstante, como ya dije hace mucho tiempo, Violet es por encima de todo persistente. Dedujo que el pájaro no sufría de soledad porque ya estaba triste cuando lo compró y vivía en compañía de otros. Por lo tanto, si no le importaban ni la comida, ni la compañía, ni el cobijo que ella le daba, Violet decidió, y Joe se mostró de acuerdo, que como remedio para las penas, la desgana y la falta de amor sólo quedaba la música. Un sábado se llevaron la jaula a la azotea, donde el viento soplaba y lo mismo hacían los músicos, cuyas camisas se hinchaban y agitaban a sus espaldas. A partir de entonces el pájaro fue fuente de placer tanto para sí mismo como para ellos.

Dado que el horario de trabajo de Joe se iniciaba a medianoche, sacaban el máximo partido del intervalo de tiempo posterior a la cena. Si no jugaban al whist con Gistan y Stuck y la nueva esposa de éste, Faye, o se comprometían a cuidar de los hijos de alguien o recibían a Malvonne para escuchar sus cotilleos, con ánimo de que no se sintiese mal por haber fingido ser leal y haberlos traicionado a los dos, jugaban al póquer mano a mano hasta que llegaba el momento de acostarse bajo el cobertor que ahora se proponen descoser en cualquier momento recuperando los retales originales, y comprar una buena manta de lana ribeteada de satén. De color azul pálido, quizás, aunque sería arriesgado con el hollín y esas cosas que flotan en

el aire; pero Joe tiene predilección por el azul. Quiere deslizarse debajo de aquella manta y abrazarse a Violet; tomar su mano y ponérsela sobre el pecho, sobre el vientre. Quiere imaginar, cuando esté acostado con ella en la oscuridad, las formas que sus cuerpos darán al tejido de lana azul. A Violet le tiene sin cuidado cuál sea el color, con tal que de sus cuellos para abajo la satinada avenida de no-preguntas-nunca-nada-sobre-aquello enfríe la lava de ambos para siempre.

Tendido junto a ella, vuelta la cabeza hacia la ventana, él ve a través del vidrio que la oscuridad toma la forma de un hombro con una fina línea de sangre. Lentamente, lentamente se convierte en un pájaro que tiene un trazo rojo en el ala. Mientras tanto Violet apoya la mano sobre su pecho como si éste fuera el soleado brocal de un pozo y en su fondo alguien acumulara regalos (lápices, Bull Durham, jabones Jap Rose) para distribuirlos entre todas ellas.

Hubo una tarde, allá en 1906, antes de que Joe y Violet emigrasen a la Ciudad, en que Violet soltó el arado y se dirigió a su casita, agobiada aún por el calor del día. Vestía un mono de faena y una descolorida camisa sin mangas, que se quitó despacio junto con el pañuelo que le cubría la cabeza. Sobre una mesa cercana a los fogones de la cocina había una palangana esmaltada, moteada de blanco y azul y con el borde desportillado. Cubierta por una toalla cuadrada para protegerla de los insectos, la palangana estaba llena de agua limpia. Con las palmas hacia arriba, extendidos los dedos, Violet hundió las manos en el agua y se salpicó el rostro. Repitió la operación varias veces hasta que, mezclada el agua con el sudor, se refrescaron su frente y sus mejillas. Luego mojó la toalla y se lavó cuidadosamente todo el cuerpo. Del alféizar de la ventana tomó una enagua blanca, salida de la colada aquella mañana, e introdujo en ella la cabeza y los hombros. Finalmente se sentó en la cama a desenredarse el cabello. La mayoría de los lazos que se había puesto al comenzar el día se habían aflojado debajo del pañuelo y ahora tenía la cabeza cubierta de mechones lanosos, suaves al tacto, que hacían estremecer sus dedos. Sentada allí, con las manos tendidas en el vedado placer de acariciarse el cabello, se dio cuenta de que no se había quitado las recias botas que usaba para trabajar. Empujando con la punta de la bota izquierda el tacón de la derecha, la hizo caer al suelo. El esfuerzo le pareció exagerado, y a la ligera sorpresa de descubrir lo cansada que estaba se añadió la sensación de que una especie de amplio sombrero, grande y blando, tan gastado y deslustrado como la habitación en que se encontraba, descendía sobre ella. Violet ya no se enteró del momento en que su hombro tocaba el colchón. Bastante antes de ello había entrado en un sueño apacible, profundo, seguro, adornado de imágenes coloristas. El calor era implacable, insinuante. Como las voces de las mujeres que en las casas próximas cantaban «Baja, baja, baja hacia las tierras de Egipto...» requebrándose unas a otras

de patio a patio con una estrofa o su variante.

Joe había pasado dos meses ausente, en Crossland, y cuando llegó a casa y se asomó a la puerta vio el oscuro cuerpo juvenil de Violet relajado sobre la cama. Apareció a sus ojos frágil y delicado, accesible por todas partes con excepción de un pie, el izquierdo, que conservaba puesta la bota de hombre. Sonriendo, se quitó el sombrero de paja y se sentó en el extremo del lecho. Con una mano ella se cubría el rostro; la otra reposaba en su muslo. Contempló sus uñas, duras como la piel de las palmas, y por primera vez observó lo bien formadas que tenía las manos. El brazo que asomaba, flexionado, por la manga blanca de la enagua era musculoso a causa del trabajo en el campo, sumamente delgado, pero terso como el de una niña. Desanudó los cordones de la bota y se la quitó con suavidad. Aquello debió transmitir una sensación grata a su sueño, porque Violet inmediatamente rió, y con una risa ligera y feliz que él no le había oído hasta entonces, pero que parecía muy propia de ella.

Cuando las veo ahora no son de color sepia todavía, mientras van perdiendo sus contornos a la luz de una tarde futura. Atrapadas a medio camino entre lo que fue y lo que debió ser. Para mí son reales. Perfectamente enfocadas y chispeantes de vida. Me pregunto si sabrán que son el sonido de los dedos bajo los sicomoros que bordean las calles. Cuando los trenes llegan a la estación y se paran los motores, quienes escuchan con atención pueden oírlo. Incluso cuando no están allí, cuando en bloques enteros de casas del centro urbano y desde hectáreas enteras de barrios residenciales cubiertos de césped, hacia Sag Harbor, no pueden verles, el chasquido sí está. En los zapatos de tirilla en T de las jovencitas de Long Island, en los flecos centelleantes de las faldas audazmente cortas que se agitan y balancean al son de una música que embriaga más que el champaña. Está en los ojos de los viejos que contemplan a las muchachas y en los de los jóvenes que las exhiben a su lado. Está en la elegante postura de los hombres que ocultan las manos en los bolsillos del pantalón de su esmoquin. Hombres de blancas dentaduras y cabello liso peinado con raya en medio. Y que cuando toman del brazo a las muchachas de tirilla en T y las conducen lejos del gentío y de las luces demasiado intensas, es aquel chasquido, aquel castañeteo lo que los empuja a desviarse hacia los portales oscuros mientras la gramola suena en el salón. El repiqueteo de aquellos dedos y oscuros los lleva hacia Roseland, hacia Bunny's; hacia los paseos de suelo entablado que bordean la orilla del mar. A lugares contra los que sus padres han prevenido a las muchachas y que hacen estremecer a sus madres cuando piensan en ellos. Tanto las advertencias como los temores provienen de los dedos, del castañeteo que no cesa. Y de la sombra. Empujada hacia determinadas calles, limitada en otras, haciendo que sus habitantes suspiren aliviados y duerman tranquilos, la sombra se extiende,

precisamente allí, al borde del sueño, o se filtra por las fisuras al interior de una risa ahogada. Está ahí fuera en el seto de aligustre que delimita la avenida. Se escurre por las habitaciones como si estuviera poniendo un poco de orden aquí, enderezando algo allá. Se acumula en el bordillo de la acera, las manos cruzadas, disimulando su sonrisa bajo un sombrero de ala ancha. Sombra. Protectora, útil. O a veces no; a veces parece estar al acecho más que rondar gentilmente, y su expansión no es una forma de abrirse sino un incremento que hay que contener a bastonazos. Antes de que sus dedos chasquen o tabaleen o crujan.

Algunas de aquellas personas lo saben. Las afortunadas. Dondequiera que vayan son como el reloj mágico con las manecillas del mismo tamaño para que nunca descubras qué hora es, aunque sí oigas el tictac, el tabaleo, el chasquido.

Yo comencé por creer que la vida estaba hecha simplemente para que el mundo dispusiera de alguna pauta para reflexionar sobre sí mismo, pero descubrí que había perdido el rumbo con los seres humanos porque la carne, incluso atrapada en el sufrimiento, se aferra a ella, a la vida, con placer. Se aferra a los manantiales y al cabello rubio de un niño; tan pronto inhalaría el dulce fuego provocado por una muchacha ardiente como asiría la mano que, quizá sí quizá no, se le tiende. Yo he dejado ya de creer en aquello. Aquí falta algo. Algo engañoso. Algo más que tienes que imaginar antes de llegar a una conclusión.

Es bonito que unas personas adultas se hablen en susurros bajo la colcha. Su éxtasis es el suspiro de un pétalo, nunca el rebuzno de un asno, y el cuerpo es el medio, no el fin. Anhelan, los adultos, algo que está más allá, más allá y muy muy hundido por debajo del tejido. Mientras susurran recuerdan las muñecas de feria que ganaron y los barcos de Baltimore en que no navegaron nunca. Las peras que dejaron colgar de la rama porque si las cogían desaparecían de allí, ¿y quién más gozaría de aquellos frutos maduros si ellos se las llevaban para su exclusivo provecho? ¿Cómo podrían, quienes pasaran por el lugar, verlas e imaginar para sus adentros cuál sería su aroma? Respirando y murmurando bajo la colcha que ambos han lavado y colgado a secar, en una cama que eligieron juntos y juntos han conservado sin que importe que una pata se apoye sobre un diccionario de 1916 a manera de cuña, y cuyo colchón, curvado como la palma de la mano de un predicador que pide testimonio en nombre de Dios, los ha acogido cada noche, todas las noches, y ha envuelto su susurrante y antiguo amor.

Están debajo de la colcha porque ya no tienen que mirarse más; no hay ya ojos de semental ni mirada de hembra casquivana que los trastornen. Están cada uno dentro de la mente del otro, unidos y atados por las muñecas de feria y los

navíos que zarparon de puertos que ellos no llegaron a ver. Esto es lo que hay debajo de sus murmullos confidenciales.

Pero hay también otra parte no tan secreta. La parte que hace que se rocen los dedos de ambos cuando uno pasa la taza o el platillo al otro. La parte que cierra el broche del escote de ella mientras esperan la llegada del tranvía; y que sacude con la mano alguna mota de su traje de sarga azul cuando salen del cine a la luz del atardecer.

Yo envidio su amor público. Yo misma sólo lo he conocido en secreto y he deseado con ansia, oh, con qué ansia, exhibirlo, poder decir en voz muy alta lo que ellos no necesitan ni decir: *Que te he amado únicamente a ti, que he entregado todo mi ser atolondrado a ti y a nadie más. Que quiero que tú también me ames y me lo demuestres. Que amo la forma en que me abrazas, lo cerca de ti que me dejas estar. Me gustan tus dedos que se mueven y vuelven a moverse, levantando, volviendo, revolviendo. He mirado tu cara durante muchísimo tiempo, y echaba de menos tus ojos cuando te alejabas de mí. Hablarte y escuchar tu respuesta: ahí está el cosquilleo del placer.*

Pero esto yo no puedo decirlo en voz alta; no puedo contarle a nadie que llevo esperándolo toda mi vida y que haber sido elegida para esperar es precisamente la razón de que me haya sido posible esperar tanto. Si fuera capaz te lo diría. Diría que me creases, que me recreases. Eres libre de hacerlo y yo soy libre de permitírtelo porque mira, mira. Mira donde están tus manos. Ahora.

*Toni Morrison nació en Lorain, Ohio (EE. UU.), hace sesenta y dos años. Se graduó en la Howard University y se doctoró en Cornell. Actualmente vive con sus dos hijos en Rockland Country, cerca de Nueva York. Durante muchos años desempeñó la función de editora en la editorial Random House, Trabajando al mismo tiempo como profesora de Filosofía y Letras en las universidades de Yale, Howard, Texas y en la State University de Nueva York en Albany. Desde 1991 imparte sus clases en la Universidad de Pincenton.*

*La autora publicó su primera novela *The bluest eye* en 1970. Le siguieron *Sula* (1973), *La canción de Salomón* (1977), que le valió la concesión del National Book Critics Award, *La isla de los Caballeros* (1981), *Beloved* (1987), galardonada con el Premio Pulitzer, y *Jazz* (1992). Toda la obra narrativa de Toni Morrison está editada en castellano por Ediciones B.*



## Notas

<sup>[1]</sup> En inglés, *trace*, (N. del T.) <<

<sup>[2]</sup> *Golden*: dorado; *gray*: gris. (N. del T.) <<

<sup>[3]</sup> En inglés, *hunter's hunter*. (N. del T.) <<

<sup>[4]</sup> Traición. (N. del T.) <<